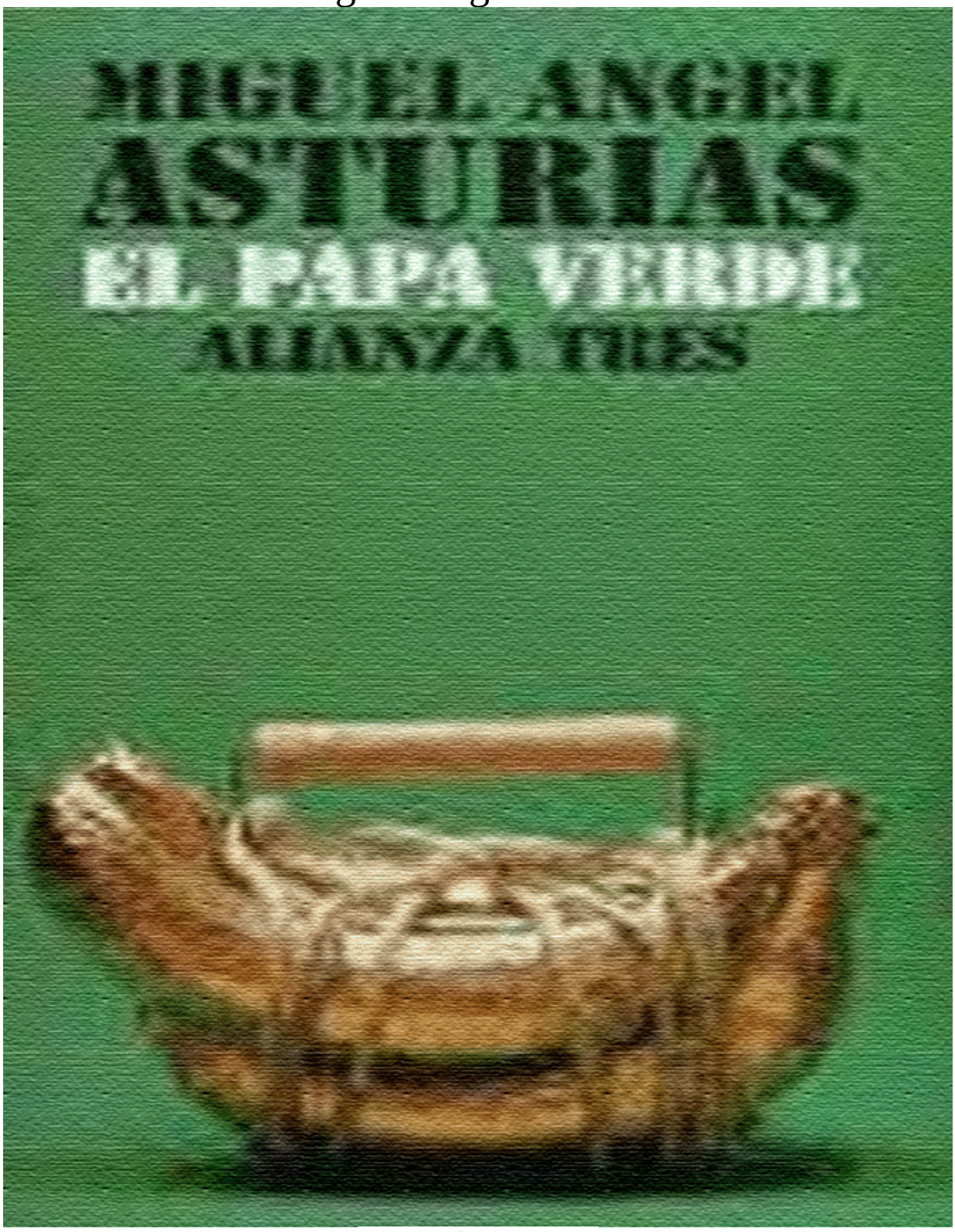
El Papa Verde
Miguel Angel Asturias



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Primera parte

I

Sacó la cara —¿quién iba a reconocer a Geo Maker Thompson?—, lo iluminaba de abajo arriba una luz de luciérnaga húmeda —¿quién iba a reconocerlo tiznado hasta el galillo?—, el sudor en gordas viruelas de cristal sobre la frente mantecosa de grasa de máquina y los grandes cartílagos de sus orejas friéndose en aceite. Por las espinas de la barba subía el débil claror de la lámpara que tenía a sus pies, sin pasar de sus párpados, los ojos en pozos negros, la frente en sombra y la nariz a filo.

Sacó la cara y fue todo humo su cabello, humo rojizo, humo de carbón con chispas de brasas visibles en la oscuridad de la noche caliente. No vio nada, pero estuvo con las narices fuera del rincón de la caldera hediendo a tablas hechas estropajo, herrumbre de fierro gastado por la sal y tufo de vapor de agua. Respirar... Respirar metiendo las narices en los pulmones del viento que acompañaba a pasto el crecer de las olas, animales de rabos espumosos.

Al erguirse, quebrado de la cintura, ansioso de respirar, de ver, de sacar la cara, cayó a sus pies la llave maestra, postrer herramienta en la busca del fallón de caldera que llevaban, golpe en el tablero que hizo parpadear la luz que desde abajo le iluminaba la cara impávida, ahora alumbrada por las luces de estribor, lagrimosas, chorreantes, rociadas por el oleaje.

Asomó la cara momentos ante de estabilizarse el vaporcito, combatido, entre peines de lluvia, por el viento horas y horas, más horas que las que marcaban los relojes de los pasajeros, porque a medida que la noche empezó a negrear sobre el charol enfurecido del Mar Caribe, el tiempo se detuvo en espera de que pasase algo que duraría un parpadear de segundo y que ya no sería de su reino sino de la eternidad, y se detuvo de tal suerte que nadie creía ver amanecer cuando pintó la luz del alba. Sobrevino la claridad de pronto, por sorpresa, por milagro, al entrar el vaporcito en la líquida quietud de la bahía, dejando atrás el cañoneo de las olas en la Punta de Manabique, las montañas de espuma en que estuvieron perdidos como en la cola de un cometa, y enfrentar la herradura de bosques flotantes en la costa dormida.

Bajo la cáscara de hollín, sudor y aceite, su cara blanca de amplísima frente, alargados ojos castaños, barbas cobrizas de joven lobo de mar, dientes uniformes un poco cortos de encías sanguíneas, recibió el frescor claro del ámbito de muchas leguas de amanecer y mar engolfado, como el primer premio de la lotería, mientras los pasajeros, lívidos, magullados, con el mascón de la noche más terrible de sus pobres vidas en las ropas, iban adivinando a la distancia, ansiedad de llegar, al final de sábanas de níquel manso, las palmeras y los edificios del puerto recortados en celeste sobre fondo de cielo color membrillo.

¡Pasajeros!...

Más parecían náufragos. Siempre terminaba en seminaufragio aquella travesía de una noche que en este viaje se tornó eterna, por la tormenta y la descompostura de la máquina.

Los treinta hombres que llevaba el vaporcito agonizaron y revivieron muchas veces. El abismo los escupía, ya para tragárselos, asqueado de sus blasfemias, desechos de muchas cosas deshechas en el Canal de Panamá. Sus blasfemias cavaban más hondo el mar.

La embarcación estallaba en oro, caja de fósforos incendiada a cada relámpago,

coincidiendo con el tranquear de la máquina que la hacía perder fuerza y quedar a merced de las olas, barrida océano adentro por la lluvia o devuelta como cáscara hacia la costa retumbante por el tronar de la tempestad.

El encabritarse de la nave, al mermar el impulso de la máquina, y su zangoloteo al reponerse y normalizar la marcha, alternaban el desesperar y la esperanza de los hombres, bien que su desesperar fuera cada vez mayor porque cada vez quedaba la nave más tiempo expuesta a los elementos desencadenados, enfurecidos, sin otro consuelo de capear el temporal que el timón en manos del práctico, un trujillano que los salvó casi por instinto.

Los pasajeros, antes de saltar al desembarcadero, obsequiaban monedas y joyas al trujillano, dábanle la mano, le decían mil veces: «¡Gracias! ¡Muchas gracias!», actitud contraria al rencor con que miraban al propietario del vaporcito, Geo Maker Thompson, que al final tuvo que sustituir al maquinista. «Bárbaro —ronroneaban—, bien pudo advertirnos que la caldera andaba mal, o no salir de noche, o detenerse ante el mal tiempo.» Los mareados bajaban a gatas, peor que borrachos, y los otros, en un temblor nervioso que los hacía sentirse en tierra inseguros, hamaqueándose. «¡Gringo más desalmado!»... «¡Yo con ganas le pegaba!» ...«¡Ambicioso: exponernos por unos cuantos pesos!»... Sólo la derrota física en que estaban después de aquel viaje-naufragio les detenía para no reclamarle a lo macho, y el temor a un ojal en el pellejo hecho con plomo caliente. Maker Thompson, mientras desembarcaban, manoteaba la mancuerna de pistolas que le acompañaba siempre, una de cada lado para no andar desparejo estando el suelo terso.

Mandó al trujillano en busca de cierta persona que esperaba encontrar en el puerto y al quedar a solas —el maquinista y los grumetes desertaron sin la paga— , le largó una gran patada a la máquina. No sólo la gente y los animales son llevados por mal, también las máquinas.

Y tras el puntapié, el mimo: le preguntaba cariñoso qué le dolía, como si entendiera, instándola a que se quejara, al ponerla en marcha, con algo más que ese soplidito de vapor agudo que no decía nada. Ni puntapiés ni mimos: al arrancar se paraba misteriosamente. Ajustó, limpió, sopló, limó... y el mismo pitido. Cansado, tendióse a dormitar. Después de la siesta vendría el turco. Le interesaba el barco. Pero así, descompuesto, ni que estuviera loco lo iba a comprar. Mal negocio venderlo, según el trujillano, pero peor negocio quedarse embarcado —¡ahí sí que embarcado!— en una calabaza descompuesta. Lo dejaría a la suerte. El trujillano debe volver de un momento a otro con la noticia de si encontró a esa persona. Si el turco viene antes y la máquina dispone andar, cierro el trato, y si no anda... Mejor dejarlo a la suerte. Los tiburones rodaban uno sobre otro en el cubilete azul del mar empozado bajo el desembarcadero. ¿Quién jugaba ante sus ojos con aquellos inmensos dados de sombras? Si esa persona viene y se vende el vaporcito, plantador de bananos. Si aquélla no aparece y el turco no cierra el trato, vuelta a piratear al mar.

Desde el muelle alguien preguntaba cuándo salía de regreso. Contestó que no salía. «La maquinaria anda mal» —dijo, como si hablara con las pilastras alquitranadas que sostenían al interesado en lo alto del muelle, o con los tiburones.

El trujillano bajó. Se le vieron los pies, las rodillas, el taparrabo, las faldas de la camisa, sus mangas, los hombros, la cabeza en el sombrero de hilama. Traía una carta. No la pudo leer. Le pasó rápidamente los ojos. Ya se oía el vozarrón del turco. Venía acompañado de otros hombres.

—¿Qué tiene la máquina? —le preguntó en inglés.

—Exactamente no sé... —contestó Maker Thompson.

—Es mejor que mis mecánicos la examinen. De todas maneras, es trato hecho. Esta noche le entregaré el dinero. Saldremos de madrugada para el sur.

—Entonces, trujillano, hay que sacar mis cosas...

—¡Otro vendrá que de tu barca te sacará! —farfullaba aquél mientras reunía hamacas, escopetas, pieles de venado, valijas con ropas, lámparas, mosquiteros, pipas, mapas, libros, botellas...

El último sol empezó a regar mostaza de fuego sobre la Bahía de Amatique. La brisa sonaba en las palmeras tostadas como si fueran de brasa y las apagara. Estrellas celestes, faros amarillos, costas de negrura flotante sobre el mar verde. Interminable no acabar de la tarde. Paseantes en el muelle. Negros. Blancos. ¡Qué raros se miran los blancos de noche! Como los negros de día. Negros de Omoa, de Belice, de Livingston, de Nueva Orleáns. Mestizos insignificantes con ojos de pescado, medio indios, medio ladinos; zambos retintos, mulatos licenciosos, asiáticos con trenza y blancos escapados del infierno de Panamá.

El turco le pagó con sonantes monedas de plata y oro, se firmaron los documentos del traspaso de la nave y en la madrugada, sin pasajeros, volvió al sur, de donde la trajo Geo Maker Thompson, ahora tendido en la hamaca de un rancho, sin sueño, sin calor, sin luz, oyendo venirse el cielo abajo en aguaceros torrenciales, dispuesto a cumplir las instrucciones contenidas en la carta que le entregó el ayudante.

El aire fresco, sonoro entre las palmeras que en la madrugada bajo la lluvia destilaban como paraguas viejos, suavizaba la salida del sol de fuego blanco que al ir subiendo regaba azogue de espejo sobre la líquida extensión de la bahía, apenas superficial al roce alado de golondrinas, garzas y gaviotas, y profundo al ojo cenital de gavilanes, zopilotes y buitres de cabeza colorada.

Plantador de bananos era su suerte. Desayunó con mucha hambre huevos de parlama, café hervido y trozaduras soasadas de una fruta con sabor a pan, obsequiosidades del ayudante, el trujillano navegador de mares abiertos en las costas de Centroparaisoamérica, como él llamaba a las costas de la América Central, donde solía comerciar con azúcar, zarzaparrilla, caoba, oro, plata, mujeres, perlas, carey, y el cual, a pesar del contratiempo que para él significaba quedarse a pie, por precio alguno aceptó acompañarlo más allá de la costa.

No y no. La selva y el pantano apresan, quema la lluvia que, salvo los meses de marzo y abril, cae sin cesar y casi a diario el año entero, y es menos arriesgado ser aprendiz de pirata que adueñarse de tierras que quién sabe si no tienen dueño. El negocio efectivo sería comprar una embarcación de más calado y comerciar con cueros, armas, cacao, chicle, pieles de lagarto, libremente, sin andar haciendo el garrobo en la humedad y la pereza.

—Para campero mejor si es en mi tierra. Allí hasta los pajuiles me conocen —decía el trujillano—; y el tabaco también es producto... ¿Por qué ha de ser sólo el guineyo?... De meterme a plantíos, donde yo siembro tabaco, caña...

Y se llevó al filo de los dientes, manchados de diarrea de nicotina, el habano de calidad que le acababa de brindar Geo Maker Thompson, cuyos ojos castaños navegaban en el humo —también él fumaba—, alargados, sin párpados, fijos en la visión de un mundo en que los fuertes se reparten los suelos y los hombres.

—Prefiero un pipante que la mejor plantación de guineyo, y pa comenzar por mi cuenta ya tengo en trato unas cincuenta cargas de arroz en granza. Menos mal que el turco no lo supo y que un compañero viene hoy o mañana con un barco de vela. —Y después de un largo rato—: Sí, señor, con un barco de vela.

El yanqui no dijo nada. Largas lenguas de sudor le lamían la espalda. Le ofreció en oro el valor de las cincuenta cargas de arroz, la escopeta, ropa, repartir las ganancias de las plantaciones de banano, cuando las tuvieran, todo, con tal que el trujillano lo siguiera tierra adentro.

—¡Juerza de años hace que yo estaría mangoneando plata, mucha plata, si me apego a la tierra; pero dende tierno ando en el mar, y de allí no salgo..., el agua es mi postrimería!

Acostumbrado Geo Maker Thompson a disponer del trujillano como de su persona, esta separación lo partía en dos. Lo encontró en Puerto Limón y se asociaron. Ambos andaban en el mismo negocio. Proporcionar a los infelices italianos y españoles que trabajaban en la construcción del Canal de Panamá el medio de evadirse, de no dejar sus huesos a lo largo de los caminos de hierro en construcción, ya blancos de esqueletos, ni esperar que los amansaran por hambre, para reducirles los salarios.

Lo encontró en Puerto Limón. Le hizo gracia verlo fornicar vestido y con el sombrero hasta las orejas; semejaba un espantapájaros sobre la hembra desnuda. El trujillano, al levantar el yanqui la persiana volante que cubría la puerta, no se inmutó —blanco cara de albayalde, a saber quién era y qué buscaba—, cerró los ojos bien duro y le siguió dando a la hembra clavado y cosido, clavado y cosido... Por algo fue aprendiz de zapatero.

Maker Thompson andaba buscando un hombre de su talla para que lo secundara en el mar y se topó con un verdadero anfibio, tan igual a él, tan identificado con su persona que ahora que se separaban sentía que dejaba algo suyo, su otro yo, la mitad de su cuerpo, una parte de su ser.

Sí, dejaba en el trujillano lo que de él seguiría libre en el mar, en la pesca de perlas y esponjas por los Cayos de Belice, en el contrabando de armas, dulces al paladar de los libres y rebeldes que merodeaban por esas costas, y en el rescate de los braceros que huían del infierno de Panamá. Dejaba en el sirviente un poco de Jamaica, un poco de Cuba, de las Islas de la Bahía, ron, pólvora, nalgas de mujeres, tambores, banjos, maracas, tetas, tatuajes, bailes... Dejaba en el sirviente, tan seguro como en sus manos, el timón al doblar el Cabo de Tres Puntas y se llevaba tierra adentro la encarnación del Papa Verde, plantador de bananos, señor de cheque y cuchillo, navegador en el sudor humano.

En el pizarrón cobalto amaneció una nave dibujada con tiza. Su blancura de yeso contrastaba con el muelle oscuro y los negros endomingados de barco. Su línea rompía la criatura de las bodegas, del edificio de la Comandancia, de los ranchos de techo de manaca, distribuidos como insectos gigantes en las tierras bajas, pantanosas, de la población más despoblada de la costa. Entre los pasajeros venía la persona que esperaba Geo Maker Thompson.

Traje, zapatos y casco, todo blanco, saludó desde el puente de proa con una mano rígida al final de un brazo formado como con piezas de un juguete mecánico, mientras sostenía en la otra una capa, un paraguas y una cartera grande.

Después de las autoridades, Maker Thompson pudo subir a bordo, al encuentro del pasajero, que adelantóse a tenderle la mano izquierda. En el aparato del brazo derecho sostenía una mano de caucho, bajo el sobaco la cartera, y en el antebrazo, la capa y el paraguas.

—¿Es el señor Kind?

—¿Y usted, el señor Maker Thompson?...

Bajaron seguidos del equipaje —baúles y valijas— a lomo de cargadores de color

que reían y andaban a grandes pasos para ir siempre apareados a los señores formando la comitiva. Para los negros, en aquel paraje desierto, más de una persona era comitiva; más de tres, comparsa; más de cuatro, procesión; más de cinco, ejército.

La vivienda de Maker Thompson, no muy amplia, quedó ocupada por los bultos del viajero, cuya mano de caucho, al dejar en una silla la capa que se la ocultaba, sorprendió tanto a los negros que hubo de amenazarlos para que se fueran. El más atrevido alcanzó a tocársela y se puso a dar vueltas y vueltas como enredado de los pies que se desenreda, y allí estuviera si el zapato de Geo no lo para de un golpe.

Jinger Kind, el recién llegado, se distinguía por el contraste de ser muy poco físicamente —apenas llenaba la ropa— y representar a la más poderosa empresa bananera del Caribe. El cabello gris, los labios delgados, tufo de un bigotito de anchoa, los ojos color de dados amarillentos de bordes redondos, gastados de tanto rodarlos mostrando siempre los ases de sus pupilas negras y menuditas, enfrentaban los veinticinco años de Geo Maker Thompson, su cabello rubio, abundante, su frente amplia, sus ojos castaños, superficiales, sin profundidad, sus barbas cobrizas y su boca de labios carnosos.

Sin perder el buen humor, Jinger Kind renunció al afán de enjugarse con el pañuelo el sudor caliente de las sienes, las mejillas, la nuca, el cuello, a punto de hacer saltar los botones de su camisa para secarse el pecho, los hombros, el muñón del brazo, todo. Por momentos, hasta la mano postiza sentía que le sudaba.

—¿Debo dormir en el suelo? —preguntó en tono jovial—. Porque no veo ninguna cama.

—No, señor Kind, van a colgar otra hamaca...

—¿Para mí?

—Una hamaca como ésta, una hamaca con mosquitero...

—Si hay posibilidad, yo prefiero un catre. En Nueva Orleáns yo tenía un catre de campaña. No lo traje, porque supuse que aquí se podía encontrar.

Los ojos se le llenaron de risa y las comisuras de los labios, entre los paréntesis severos de las arrugas, de una espumita de saliva seca. Y agregó:

—En último caso, que los del barco me dejen una colchoneta. Y a propósito de barco; viene a cargar correspondencia para el sur, y de regreso, además de correspondencia, cargará bananas. Deje dicho a su criado que no cuelgue la hamaca y vamos a almorzar al vapor; yo ya tengo hambre.

—Si va a dormir en catre habrá que conseguirse un petate —dijo el criado en inglés. Los escuchaba junto a la puerta.

—¿Qué es petate?

—Una esterilla de palma —explicó Maker Thompson, molesto por la intervención del criado; éste siempre estaba al acecho de lo que hablaba, de lo que hacía.

—¿Y para qué sirve? —inquirió Kind.

—Para refrescar la cama —le contestó el sirviente—, porque de noche, con el calor que hace, la lona del catre se calienta demasiado.

—Entiendo, muy bien. Un petate, muy bien.

Al salir a la calle de arena, camino del barco, bajo un cielo de horno, el señor Kind estornudó. Alforzó la piel de su pequeña cara arrugada al sentir la cosquilla en los embutidos de la nariz y la desplegó en el aspaviento del estornudo.

—Escogimos la peor hora —advirtió Maker Thompson.

—Por mí, no se preocupe; estornudo siempre así. Parece que me fuera a desaparecer en el estornudo convertido en polvo, y me quedo igual; me quedo como aquel que pasada la explosión de un petardo que le estalla en la cara, se suena, se limpia, y ve reintegrarse todo lo que en el estornudo se le borró. ¡Yo sería un buen zar de Rusia: me arrojarían bombas los terroristas y para mí, como estornudos!

Ya cambiando de tono, los ojos llenos de risa, las comisuras de los labios con espumita seca, entre los paréntesis severos de las arrugas:

—¡Qué bueno, Geo Maker Thompson, tenerlo con nosotros, qué bueno! Yo lo recomendé mucho en Chicago, no obstante estar en desacuerdo con sus puntos de vista anexionistas y el uso de la fuerza... Pero ya tendremos tiempo de hablar... ¿Qué persona es el comandante del puerto?

—No sé ni el nombre.

—Por lo menos lo conoce...

—De vista. Es un indio hosco. Apenas habla, según dice Chipó, el sirviente.

—¿Chipó es de confianza?

—No. Lo tengo para que asee la casa y haga mandados. Un pobre diablo, pero entiende inglés y lo chapurrea, ese inglés de negros que los ingleses hablan en Belice. Mi hombre de confianza, un trujillano, por nada quiso quedarse conmigo. ¡Lástima! Pocos hombres tan hombres. Le ofrecí... Bueno, ¡qué no le ofrecí!... Pero prefirió seguir navegando...

Y tras un breve silencio para hacer recuerdo de palabras precisas, Maker Thompson añadió:

—¡Chistoso el yanquito! Me dijo para despedirse: «quiere superar a los piratas»; y se me rió en las barbas.

—¿Conocía sus propósitos?

—No, salvo lo de hacerme plantador de bananos. Lo de pirata me lo dijo porque yo le hablaba de volverme filibustero con el nombre de Papa Verde, ser el Papa de la piratería y dominar estos mares a sangre y fuego siguiendo la tradición de Drake, el Francisco de Asís de los piratas; de Wallace, que le dio nombre a Belice y de aquel mi capitán Smith, para quien Centroamérica resarciría con creces a la corona británica de la pérdida de los Estados Unidos.

—Leí su correspondencia en Chicago...

—Pero los piratas, que fueron los señores del Caribe, se quedarán de este tamaño —y mostró su dedo meñique— en cuanto a riqueza, por fabulosos que hayan sido sus botines, pues los nuestros en el futuro superarán en cantidad, y en cuanto a métodos, el hombre no ha cambiado, señor Kind: ellos ensangrentaron el mar, nosotros enrojeceremos la tierra.

—No creo que en Chicago acepten. La gente de por allá prefiere oír hablar del papel civilizador que nos corresponde en estos países atrasados. Dominar, sí, pero no por la fuerza; por la fuerza, no, vale más el convencimiento. Mostrarles las ventajas que sacarán si les hacemos producir sus tierras incultas.

—En Chicago prefieren oír hablar de dividendos...

—Pero es que tampoco es eso... Dividendos... —Kind se bajó el ala del sombrero sobre la nuca con el brazo postizo para defenderse del sol que ampollaba, un gracioso movimiento de muñeco—. Se trata de civilizar pueblos, de sustituir el egoísmo y la violencia de los europeos por una política de tutela del más capacitado.

—¡Música celestial, señor Kind! ¡Domina el más fuerte! ¿Y para qué domina?... Para repartirse tierras y hombres!

Subían por la pasarela del barco, a la sombra de un piadoso toldo naranja ribeteado de flecos blancos.

—¿La fuerza?... —exclamó el manco, antes de encararse a su joven compatriota—. A ese paso, ¿por qué no invocar, como Tolomeo, la influencia de las constelaciones para sojuzgar a los pueblos, dividiendo a los hombres en aptos para la servidumbre y aptos para la libertad? Y entonces, ni qué hablar de éstos que están al lado del Trópico de Cáncer, ni qué hablar: ¡salvajes, condenados a ser siervos siempre!

Y con los ojos llenos de risa y las comisuras de los labios ensalivadas, saliva seca, saliva de calor, añadió:

—Por fortuna, ya hemos superado la mentalidad del *Cuatripartito* y superaremos la concepción aristotélica de la fuerza, siempre que personas como usted acepten el término medio, lo que se ha dado en llamar el «altruismo agresivo», que ya se experimentó en Manila.

Y cambiando el tono vivo de su voz, dijo quejoso:

—Me molesta este aparato. No es cómodo ser manco en ningún clima y menos en el infierno... ¡Qué calor!

—La mano le disimula bastante.

—No sé. La uso porque algo es algo y porque después de los cinco primeros whiskys nadie podría convencerme de que es postiza: la empuño, golpeo; es mi mano.

El comandante del puerto almorzaba en el comedor del barco acompañado de una joven morena con aire de veraneante, tez pálida, dorada, naranja, ojos negros. Un chorro de bucles sueltos sobre su nuca y dos aretes sangrantes de rubíes se agitaron cuando, más coqueta que curiosa, volvióse para ver quiénes entraban.

Kind saludó con la cabeza, contestó el comandante, y seguido por Maker Thompson ocuparon dos sillas en una mesa vecina.

—*Consommé* frío, *beefsteak* y fruta —ordenó Kind sin mirar la lista; con la mano zurda sacudía la servilleta para extenderla sobre sus rodillas de hombre menudo.

—Sopa de tomate, pescado a la manteca y ensalada de frutas —pidió Maker Thompson.

—¿Cerveza? —interrogó el criado.

—Para mí, sí —dijo Kind.

—Sí, traiga cerveza —añadió su compañero.

La proximidad de las mesas molestó un poco al militar por la jodarria de oír hablar gringo. Puso la mirada en faro para ver el mar espumoso, lleno de carneros, sin por eso perderles gesto con el rabo del ojo, mientras su compañera se restregaba en el asiento, recogía y dejaba caer la servilleta, se abanicaba, se pasaba el pañuelo por la nariz, jugaba con los cubiertos, alzaba los ojos de pupilas de ébano, juntaba y separaba los pies bajo la mesa, rodaba la cabeza buscando el aire de los ventiladores.

Kind se dio cuenta. Los ademanes de su mano postiza, tan parecidos a los de una tenaza de cangrejo, hacían remolinarse a la cimbrante carne morena apenas cubierta por una tela vaporosa en forma de vestido, presa de la risa más irresistible. Y ya no podía más, ya no podía, entre los dientes le castañeteaba la

carcajada apenas contenida con sus movimientos.

Una pirueta de Kind, ademán de fantoche, desgranó el racimo de cascabeles sonando, reír que se contagió a todos, pues hasta el jefe militar enseñó los dientes de oro.

—Los señores deben saber si el vapor se va hoy —dijo ella dirigiéndose un poco al comandante, pero tratando de remendar la burla con aquella media atención hacia el míster impedido.

—Supongo que a medianoche —se apresuró Kind a contestar, deseoso de establecer lo antes posible el puente necesario entre su figura casi implume y la geológica existencia de la suprema autoridad del puerto.

—¿Y siguen viaje? —inquirió ella.

—Por ahora, no; mi compañero, el señor Maker Thompson, ya estaba aquí; sólo yo vine en el barco de Nueva Orleáns.

—Sí, el caballero hace días que anda por aquí —intervino el comandante, amabilidad que no suavizó su voz autoritaria—. Como que vive donde Chipó.

—Exactamente...

—¿Y el vaporcito se lo compró el turco?

—Se lo vendí; la maquinaria no andaba bien.

—Sólo con el trujillano no hubo cacha —retuvo la palabra el militar, acumulando datos para que vieran aquellos hijos de... el *Onde Sam* que no se mamaba el dedo, que estaba muy enterado de lo que hacían.

—Efectivamente, le ofrecí dinero, ropa, mi escopeta de cacería...

—¡Salvaje! —interrumpió el comandante, al tiempo de limpiarse los bigotes, listo para apurar el vino que le quedaba en la copa; y tras saborear el líquido ambarino, remató—: ¡Esta gente, esta gente es el puro salvajismo en marcha! ¿Qué quieren ustedes?

—¡En marcha para atrás! —exclamó el viejo Kind, los ojos llenos de risa, espuma en las comisuras de los labios.

—Me disculpan ustedes si defiendo al trujillano —levantó la voz sonora Maker Thompson—, pero no tenía nada de salvaje. Lo que pasa es que los costeños aman la libertad y temen perderla tierra adentro; prefieren por eso las penalidades, la pobreza...

—¡El atraso! —le quitó la palabra el comandante—. ¡Gente enemiga del progreso, gente que no le gusta mejorar, no me va a decir usted que no es salvaje!

—Sí, tiene razón, tiene razón —Maker Thompson hablaba con los ojos puestos en la guapa morena pensativa, que le sonreía y se abanicaba—, siempre que no se les ofrezca el progreso a cambio de lo que ellos no están dispuestos a perder: la libertad. Y por eso no creo en las tutelas civilizadoras. A los hombres se les somete por la fuerza o se les deja en paz.

—¡Bravo! —exclamó el militar.

Kind arrojó los dos ases de sus pupilas mínimas muy negras a la cara juvenil de su compatriota, escandalizado de oírlo hablar en forma tan poco velada de la fuerza a emplear sólo como último recurso en países que era mejor someterlos con el señuelo de los adelantos modernos.

Los sirvientes negros del comedor no daban otra señal de vida que su presencia obsequiosa y los movimientos rítmicos de sus brazos. Una mecánica de astros oscuros acompañaba el cambio silencioso de platos, cubiertos, fuentes, botellas, y cuando callaban los comensales, sólo se oía el zumbar de los ventiladores, el

cacarear de las cadenas de la carga y descarga y la palpitación honda de la bahía.

—Sí, señores, estamos muy, muy atrasados —creyó oportuno recapitular el comandante—, muy atrasados...

—Exacto —contestó Kind a boca de jarro.

El militar lo midió con el gesto; que lo dijera él, pasaba, para eso tenía grado en el ejército, charpa, galones, mando, y era del país; pero que un recién llegado cochino manco hijo de... gringa, lo ratificara con tan poco miramiento y tal franqueza, cambiaba de aspecto.

—¡Exacto! —enfatizó Kind, después de un silencio difícil—. Atrasados es la palabra y no salvajes, como antes oí decir. Sólo por ignorancia se designa a los países poco desarrollados con los términos de salvajes o bárbaros. En el siglo veinte decimos pueblos adelantados y pueblos atrasados, y los pueblos adelantados tienen la obligación de ayudar a progresar a los países atrasados.

—¿Y qué será necesario para que los pueblos atrasados, como los llama usted, progresen? —intervino la que no pasaba de testigo, fijando sus ojos de ébano negro en los ojillos de Kind.

—Sí, porque alguna vez habrá que civilizarse —dijo el jefe militar, esgrimiendo un palillo de dientes.

Kind reflexionó un momento, pausa que hizo más valiosa su contestación.

—Nada del otro mundo, un simple trueque. Cambiar riqueza por civilización. Si ustedes lo que necesitan es progresar, nosotros les damos el progreso a cambio de los productos de su suelo. Siempre, cuando se hace este trueque, el país más adelantado administra la riqueza del menos desarrollado, hasta que éste alcanza su mayoría de edad. A cambio de riqueza, progreso...

—Por el progreso puede sacrificarse eso y más... Yo, como militar que se respeta, no creo en Dios, pero si me exigieran adorar a alguien, no dudaría en declarar que mi Dios es el Progreso.

—¡Muy bien! —Kind estaba entusiasmado—; ¡muy bien! Y como el movimiento, señor comandante, se demuestra andando, nuestros barcos han comenzado a traer y llevar correspondencia. Un barco por semana, para empezar. Correspondencia, mercaderías, pasajeros...

—Yo, como mujer, bendigo el progreso. Algo tan frágil como es una carta, soplo del corazón..., soplo del alma...

No continuó porque el comandante señalaba la importancia que para el movimiento del puerto tenía la llegada de un barco cada siete días. Hablaba con la taza de café a la altura de los bigotes, ya para dar el trago.

Kind insistió:

—Romper el aislamiento del país y dar vida a su principal puerto en el Atlántico, son señales inequívocas de progreso. Veremos ahora qué nos dan ustedes. Por de pronto, necesitamos bananas; ya estamos comprando a los mejores precios; pero creo que tendremos que sembrar por nuestra cuenta y riesgo, porque los plantadores nacionales producen poco, y cada vez será más insuficiente, dado que en los mercados aumenta la demanda, y prefieren la fruta de ustedes.

—Pues, amigos —dijo el comandante—, ¡adentro que está sin tranca!... Allí está la tierra. ¿Qué esperan?

—A eso venimos con el señor Maker Thompson, a reforzar la producción. Los consumos aumentan y se desacreditan ustedes y nos desacreditamos nosotros, si

no hay suficiente fruta en los mercados. Está en juego el buen nombre del país, su crédito. Vamos a producir en gran escala, no fruta, sino riqueza. ¡Riqueza! ¡Riqueza! Las aldeas se convertirán en ciudades, las ciudades en urbes, todo comunicado con ferrocarriles, carreteras, teléfonos, telégrafo... No más aislamiento, no más miseria, no más abandono, no más enfermedad, no más pobreza... Bananales, cortes de madera, extracción de minerales... Aquí cerca, sin ir muy lejos, hay lavaderos de oro, minas de hulla, islas de perlas... ¡Un emporio! ¡Un emporio de civilización y de progreso!

—Amigos —se levantó el comandante—, no sólo estamos haciendo la siesta despiertos, sino soñando...

Kind se adelantó a darle la mano izquierda, seguido de Geo Maker Thompson, al tiempo de cambiar los nombres en la presentación, lo que después hicieron con la guapa costeña pálida de ojos de ébano dormidos en las pestañas y que dijo llamarse Mayarí.

—Vamos a seguir esta conversación con los *cocos* menos calientes —lo de *cocos* por cabezas lo dijo el militar en son de gracia—. Y para esto tenemos que esperar hasta la noche. ¿Ustedes vienen a comer al barco?

—Desde luego —contestó Kind, y dirigiéndose a la que dio el puente cristalino de su risa para entablar aquella conversación—, siempre que usted prometa no burlarse de este pobre manco...

—¡No ha empezado el truco y yo soy una salvaje!

—¡Malo, malo eso que ha dicho!

—¡Trueque quise decir, no truco!

—¡No por eso, sino porque no hay salvajes! ¡Ya hemos convenido que no hay salvajes, y que vamos a cambiar riqueza por civilización!

—¡Qué callado el señor Maker Thompson! ¿No habla? —buscó ella, para evadir la respuesta a las palabras de Kind, el arrimo del joven norteamericano hermoso, atlético, rubio, tostado por el sol del trópico, de espaciosa frente, barba cobriza, ojos castaños.

—Con el permiso de las autoridades y si el tiempo no se opone —rió pensando en una Carmen para una plaza de toros—, digo que usted no sólo es bella, sino encantadora.

Jinger Kind siguió con la vista la espalda del comandante —casi no tenía cuello, la espalda y la cabeza juntas— y Maker Thompson el andar mecido del cuerpo de Mayarí.

«Por mí puede empezar ya el trueque», iba a decir Maker Thompson, «siempre que me toque Mayarí». Pero cambió de pensamiento y exclamó:

—Después de todo, ha jugado usted muy bien, señor Kind... —detrás de su voz había una risa que no salía más allá de su gesto.

Y mientras les servían el café, al sentarse a la mesa nuevamente, Kind se le acercó:

—A que jamás había visto a un gato manco jugar con un ratón uniformado...

—Jugar hasta donde el gato manco no cree también en el progreso...

—No voy a negar que creo en el progreso. ¿Fuma usted?

—Prefiero uno de los míos, gracias.

—Creo que estos países pueden llegar a ser verdaderos emporios. El emporio del banano... No el «imperio», como quieren algunos.

La amplísima frente del joven gigante se iluminó con las centellas que fulgían en sus ojos castaños al coronar de risa lo que decía:

—¡Emporialistas en lugar de imperialistas!

—Las dos cosas. Emporialistas con los que nos secunden en nuestro papel de civilizadores, y con los que no muerdan el anzuelo dorado, sencillamente imperialistas.

—De regreso a la teoría de la fuerza, señor Kind.

—Falta el «altruismo agresivo».

—Con lealtad debo decirle que aprendí muchas cosas al oírle hablar del emporio, muchas cosas...

—Sin burlas, ¿eh?

—Entrevi una posible táctica a seguir. A los dirigentes —por malo que sea un hombre siempre aspira a lo mejor para su país— hay que hacerles creer que los contratos que suscriban con nosotros traerán como consecuencia un inmediato cambio en favor de las condiciones de vida de estos pueblos... El emporio...

—¡Es que lo traerán, Maker Thompson, lo traerán!

—Eso es lo que no creo y donde usted se engaña, señor Kind, no sé si a sabiendas. ¿Cree usted que nosotros nos proponemos el mejoramiento de estos pobres diablos? ¿Se le ha pasado por la cabeza siquiera que vamos a tender ferrocarriles para que ellos viajen y transporten sus porquerías? ¿Muelles para que ellos embarquen sus productos? ¿Vapores para llevar a los mercados artículos que nos hagan competencia? ¿Cree usted que vamos a sanear estas zonas para que no se mueran? ¡Que se mueran! Lo más que podemos hacer es curarlos para que no se mueran pronto y trabajen para nosotros.

—Lo que no entiendo es por qué no se pueden dar en el mismo árbol la riqueza para nosotros y el bienestar para ellos.

—Porque en Chicago se piensa simple y llanamente en la extracción de la riqueza y nada más, haciéndoles ver desde luego que ferrocarriles, muelles, instalaciones agrícolas, hospitales, comisariatos, altos jornales se destinan a que algún día ellos lleguen a ser como nosotros. Eso no sucederá nunca, pero habrá que hacerlo creer a los dirigentes que no caigan en la tentación del poder o del dinero. Reelecciones para los presidentes, cheques para los diputados, y para los patriotas, el humito del progreso, divinidad que en lugar de manos tiene yunques, en lugar de ojos faros gigantescos, en lugar de pelo humo de chimeneas, y músculos de acero, y nervios eléctricos, y barcos que circulan por los mares como glóbulos por la sangre...

—Sí, el progreso —dijo Kind—: el progreso, como elixir para adormecer la sensibilidad patriótica de los idealistas, de los soñadores...

—Y aun para los que siendo prácticos quieran encubrir su complicidad con nuestros planes llamando progreso a lo que ellos saben que si existe no es para pueblos inferiores, pueblos a los que sólo corresponde el papel de trabajar para nosotros. Y venga esa mano, señor Kind, ya entendí muchas cosas.

—No, ésta no... —excusó Kind su mano de caucho.

—¡Esta, ésta, la postiza, la mano del progreso falso, del progreso que les vamos a dar a ellos, porque la verdadera mano derecha la guardaremos para la llave de la caja y el gatillo de la pistola!

Todo el cuerpo de Kind, en el momento en que aquél le apretaba la mano de caucho, se le quedó como paralizado, y Maker Thompson tuvo la idea de que si le

daba un puntapié y lo echaba al mar, la supresión del soñador apenas sería el naufragio de un muñeco.

II

Por ese lado de la bahía quedaban los islotes. Un viento color de fuego soplaba de la tierra candente al horizonte en ascuas de la tarde. Mayarí tomó la delantera al solo salir de la playa, en la angosta garganta de arena, riendo, risa de sus dientes y risa de su pelo en negra carcajada por el viento, para dejar sin respuesta a Geo Maker Thompson que la seguía si quejoso por su poca seriedad, no menos ardiente en la porfía de pedirle que cumpliera la promesa de contestarle ese día en el islote por donde ella, después de trepar a los peñascales, saltaba a lo largo de las piedras sumergidas en que nace y muere, muere y nace la babeante soledad de la marea.

El no parar del viento, del soplar del viento, del soplar y soplar del viento, embriagaba a la pareja que había perdido el habla y seguía adelante por donde el islote ya no era islote, sino adivinado espinazo de lagarto petrificado, un pie tras otro pie, Mayarí con los brazos abiertos en cruz para guardar el equilibrio, mínima garza morena con las alas extendidas, y él con mudez de hipnotizado, gigante tímido al penetrar en el mundo desconocido de un espejo que formaba en el aire el reflejo del agua. Peces tontos y bocudos, aletas y burbujas, otros ojizarcos y llagados de rubíes entre sesgadas lluvias de pececillos negros, se materializaban en la coagulada y cristalina profundidad del mar quieto como la atmósfera en que de ellos dos sólo quedaba la imagen, habían perdido el cuerpo, ella adelante en su encontrar y no encontrar las piedras bajo los pies desnudos y él a la zaga sin poder darle alcance, encendido su cabello de pirata.

Geo Maker Thompson hendía el misterio de esas soledades indivisibles, infinitas, con su pecho de hércules blanco, la camisa abierta, en los brazos recogida hasta los codos. ¿Adonde iba? ¿A quién buscaba? ¿Qué lo llevaba? Una profunda respiración de animal triste le anunciaba que todo lo que él había hecho antes con todas las mujeres que fueron suyas nada tenía que ver con aquel amor imposible. No se explicaba, no se explicaba por qué le parecía imposible alcanzar aquella criatura en su vertiginosa fuga de estrella que se suelta del cielo y desaparece. Materialmente era fácil atraparla, pero una vez que la atrapara, una vez que la apresara en sus brazos, seguiría ella, ella sola, elástica y silente como ahora iba.

De pronto, donde del islote ya sólo quedaban islillas de piedras bajo el pelaje flotante de las algas, la imagen de Mayarí se detuvo y volvióse para mirarlo, como si le hiciera falta antes de dar un paso más, contestarle que «Sí» con la mirada, si la acompañaba un paso más hacia donde sólo el amor acude y de donde sólo el amor vuelve.

La alcanzó. Pero fue como no alcanzarla, porque apenas estuvo junto a ella, la imagen fugitiva de Mayarí siguió adelante balanceando su cuerpo codiciable.

¡Mayarí!...

Pensó llamarla, pero luego se dijo:

—No la llamo. La sigo. Lo que quiere es que la llame. No la llamo. La sigo. Esta punta de tierra se va a cortar y caerá al agua, sin que yo la llame, sin que yo me dé por vencido. Tiempo habrá para nadar y rescatarla.

Acortó el paso para ver si ella dejaba de avanzar. Pero fue en vano. Iba con el agua a las rodillas y seguía, seguía, seguía terrible, voluntariosa, en toda la plenitud de su belleza de madera naranja, la turbulenta noche de su pelo y sus ojos de pupilas negras como brasas apagadas con llanto.

—No la llamo. La sigo. Lo que quiere es que la llame, que me dé por vencido.

La imagen empezó a hacerse borrosa. Lo que emergía de Mayarí de la superficie del agua, su torso de sirena, empezaba a ser confuso. El oscurecer distante se acercaba desenvolviendo sus alfombras en oleajes sombríos. Del mar viene la noche que exige al viento que la levante para caer en chubascos blancos.

Un grito de hombre de mar que rompe la mudez del ámbito, de filibustero rubio que chapotea por atrapar un tesoro que va a caer al fondo del mar, rompió su garganta, un grito gutural, estremecido y anhelante, ya no la veía, estaba perdido, por buen nadador que fuera dónde encontrarla. El viento arreciaba, el soplar del viento, el soplar y soplar del viento. Una máscara salobre frente al infinito con la voz mínima que quién oía. Nadie.

—¡Mayaríííí...! ¡Mayaríííí!...

Ni un segundo había pasado, pero para él fue una eternidad. Volvió a gritar:

—¡ Mayaríííí...! ¡ Mayaríííí!...

Estaba entre sus brazos y no lo creía. La tenía entre sus brazos y no lo creía. La apretaba entre sus brazos y no lo creía.

—¡Mayarí!... ¡Mayarí!... —la palpó, palpó lo que era el bulto de una imagen que se fue de su lado, que se fugó de su vecindad amante. Tenía el bulto, pero no la imagen.

El vasto anfiteatro con miles de astros encendidos, la, desolación del viento fuera de la bahía. Ella le acercó la nariz a la cara. El la besó. El traje mojado sobre la carne palpitante y el temor, el temor ilímite de estar juntos, cada vez más juntos.

—¡Mi pirata adorado!

—¡Mayarí!

—¡Geo!

—Hay que volver...

—Volvamos pronto...

Y los dos presentían que volver no era sólo regresar por el afilado lomo del islote que la marea empezaba a cubrir con su melena leonada, lechosa, sino arrancarse de un espejo de sueño en que el amor hace transparente la muerte y se ve del otro lado de la vida la posibilidad de seguir viviendo de ese amor y de ese sueño.

Estaban vivos. ¡Qué maravilloso es estar vivo! Haber llegado a un paso de la muerte y estar vivos. Qué más podían pedir. Una plena sensación de grandeza nacida de ellos y ya en peligro mayor por las olas que los expulsaban, con todos los sonidos de la cólera divina, espadas gigantescas de los ciegos ángeles del mar, de lo que fue un paraíso, fragmento del edén en un espejo...

El último paso en el islote y el primero en la playa y un sollozo de mujer, un sollozo de prisionera atada. El llanto le goteaba las pestañas.

—Geo...

—Mayarí...

Sus pobres nombres.

—El mejor paseo —murmuró, mientras Geo la *abrazaba*— es aquel del que se puede no regresar... Si no me llamas hubiera seguido hasta desaparecer...

—Hablas como si hablaras dormida...

—¿Y para qué despertar?

—No me parece cuerda una persona que está siempre soñando...

—Los de tu raza, Geo, están despiertos siempre, pero nosotros, no; de día y de noche soñamos. Un sueño me parece el que nos hayamos encontrado. Si hubiéramos estado despiertos no nos encontramos. Y esa vez hablaste poco. Yo te miraba. ¿No te fijaste? Mudo, perdido en tus pensamientos, te veía con un contento extraño, mientras Kind predicaba que el progreso aquí, que el progreso allá... Otro sueño... Pero vamos andando, que se nos hace tarde...

Y tras los primeros pasos, agregó:

—Cierra los ojos, Geo; no pienses, siente. Es horrible estar junto a una máquina de calcular. Cierra los ojos, sueña...

—No tengo tiempo...

—Pero si el que sueña vive siglos. Ustedes son como niños, porque no se envejecen por dentro. Por fuera se envejecen, son adultos siempre, adultos aniñados. Hace falta soñar para envejecer la sangre.

—La pesadilla de perderte, de que perdieras el equilibrio y te arrastraran las olas... A eso le llamas tú soñar...

—¡Bobito; yo muchas veces, sola, con Chipo Chipó hice antes el recorrido, y te traje para vencer tu orgullo, para oírme llamar desde tu corazón!

—A un hombre como yo...

—Y gritaste, Geo; me llamaste como no habrás llamado a nadie...

—A un hombre como yo no le está permitido salirse de la realidad. Nada fuera de los hechos.

—Materialistas, en una palabra...

—Nosotros, *business;* fantasía, ustedes... Por eso vamos a encontrarnos siempre en polos opuestos. Mientras nosotros nos volvemos cada vez más concretos, más positivos, ustedes se van volviendo ausentes y negativos, inservibles...

—Pues, Geo, no les envidio las ganancias...

—¿Por qué?

—Porque debe ser horrible vivir en perpetua realidad..., tener los pies grandes... —Y entre seria y sonriente, con los ojos llenos de picardía—: Mientras a nosotros se nos achican los pies, a ustedes les van creciendo... Nosotros no estamos en la tierra. ¿Para qué queremos pies? Y ustedes están cada vez más sobre el planeta y para eso hay que tener pies grandes, muy grandes...

Chipo Chipó vino en busca de ellos. Cruzaban la playa algodonosa de sombra, humedad y espuma, silencio alunado, rumor de palmeras.

—Llegó una locomotora nuevecita —le explicó Chipó—, y diz que soltó buen golpe y le hizo al freno. La imponen como a cualquier animal. Traiba jalón de carros, con gente y fruta. Vino su mamá.

—¿Dónde la dejaste, Chipó?

—En mi casa...

—Extraño que no se apeó donde mis padrinos.

—Llegó con el comandante y se quedaron mermando el silencio con míster Kind. Por un poco lo agarran sin el brazo. No lo tenía puesto. Yo se lo tuve que alcanzar. ¡Pobre! Con el calor se lo quita. Le molesta. Le molesta y es mucho fastidio. ¿Por qué no, mejor, se deja la manga vacía? Así digo yo. Menos carga. Si uno pudiera quitarse un brazo, una pierna y los huesos que más pesan, andaría aliviado. Es mucho esqueleto el que cargamos y cansa.

—Vas a conocer a mi señora mamá... Es mucho más joven que yo... ¿No lo

crees?... ¡Qué hombre!... Ni sueña ni cree... Voy a casa a cambiarme de ropa... ¡Dios libre mamá me fuera a ver destilando agua!...

Doña Flora —a ella le gustaba que le dijeran Florona, al diminutivo no contestaba, igual que sorda, y cuando alguien de confianza la llamaba Florita, respondía: «¡Tu florita aquí te la tengo escondida», señalándose por el ombligo—. Doña Flora, después de la presentación de Geo Maker Thompson, abrazó a su hija temblando. Siempre que la volvía a ver la abrazaba presa de aquella sensación inexplicable. Cuando, durante sus estudios, después de largos siete meses volvía del internado del colegio, en la capital, y cuando como ahora, tras quince o veinte días de tenerla de temporada en el puerto donde sus compadres Aceituno, se encontraban, doña Flora temblaba, porque a fuerza de ser su hija tan diferente a ella, mujer práctica, le parecía abrazar a una persona ausente, a un habitante de la luna.

Maker Thompson quiso halagar a doña Flora, confesando que la encontraba primaveral como su hija, pero la joven señora, otoño y primavera, sin dar oídos a lisonjas que sobraban en el terreno de los negocios, continuó hablando:

—Como dice el comandante, señor Kind...

—Sí, sí; yo digo que los particulares venden a ojos cerrados si se les paga buen precio. Son tierras que no valen mayor cosa: pantano, monte, mucha culebra, plaga, calentura; pero habrá que ofrecerles bonito, más de lo que les cuestan, porque para ellos significan el pedazo en que nacieron, lo que heredaron de sus padres y del que no van a querer salir si no se les alucina con el montón de «pisto» por delante.

—En los ejidos se puede empezar a plantar para no perder tiempo —intervino doña Flora—, y empezar a comprar a los que vendan tan con tan, pagando el precio que pidan.

—En eso no hay problema —dijo Kind—; el problema está en los que no quieran vender. ¿Qué se hace, qué hacemos con los que por ningún precio quieran vender sus tierras ?

—Allí —suspiró doña Flora— ya entra mi señor comandante. Acabado don Dinero, empieza don Fusilo.

—¿Y ustedes creen que no les podría fusilar? —se atizó los bigotes carbonosos la primera autoridad—; si la patria necesita del progreso y ellos con su negativa cerrera lo obstaculizan, lógico es que la traicionan.

—Eso— acentuó doña Flora encarándose al comandante, dejando en paz el abanico— es lo que usted les tiene que hacer ver: venden o se hacen de delito.

—Lo malo —reflexionó Kind antes de hablar— es que según nuestros informes, los vecinos en ese caso recurrirán a las municipalidades, y las municipalidades pondrán el grito en el cielo.

—Dos municipalidades —precisó el jefe militar, masa blanca por el uniforme de lino en la oscuridad del rancho, tratando inútilmente de juntar sus piernas de gordo, al tiempo de tomar espacio hacia atrás en el espaldar de la butaca.

—Bueno, pero son muchos; dos municipalidades son muchos para fusilarlos a todos...

—Fusilar, no, señor Kind, pero «pistearlos» sí... «Pistearlos»... Se mata de muchas maneras... Hay muchos fusilados con balas de oro...

—¡Muy bien, doña Morona, muy bien!... Aunque no sería del todo malo hacer también un escarmiento con bala de plomo...

—Los dos son metales, comandante, pero todos preferimos las balas de oro...

—Pues ya va a ver que no —reaccionó el comandante atizándose a dedazos los bigotes—; habrá los que por ningún precio se dejarán sacar de sus tierras. ¡Ah, los hay! Y entonces tendremos que proceder. El progreso exige que desalojen las tierras para que los señores las hagan producir al máximo; y saliendito o dejandito el pellejo. Bala de plomo o bala de oro, sin titubeos; mano dura, sin contemplaciones; y el llamado para eso, según mi opinión, es el señor Maker Thompson, partidario de la fuerza, como le oí decir el otro día en el comedor. Se me grabaron sus palabras: a los hombres se les domina por la fuerza o se les deja en paz. Se les domina para hacerlos progresar, ¿eh?, se entiende, para hacerlos progresar, como a los niños que se les castiga para su bien, para su progreso.

Mayarí levantó las pupilas de ébano para interrogar a Geo con aquellas dos astillas de madera preciosa; pero ya éste, entusiasmado por la alusión, afirmaba a toda voz la necesidad de seguir una política de avasallamiento en la conquista de aquellas tierras, necesarias en su totalidad, no en fragmentos, pues así y sólo así serían útiles al progreso de la región, donde se proponían realizar gigantescas plantaciones de bananos..., millares de plantas..., millones de racimos...

Sin pensarlo dos veces, doña Flora apoyó al comandante en lo que les proponía. El señor Kind, más diplomático, debía marchar a la capital a entrevistarse con las autoridades superiores y obtener las órdenes del caso; y el señor Maker Thompson, hombre de los que entran a la vida mandando, como dijo la misma doña Florona, impresionada por el físico y el modo de pensar de aquel muchachón gigante, debía internarse en la selva.

—En la capital —sugería el jefe militar—, el señor Kind debe lograr que el ministro de Gobernación llame a los alcaldes en el término de la distancia y les haga sentir que el gobierno tiene interés en que los vecinos vendan sus tierras, estén o no estén cultivadas, por ser indispensables al adelanto del país. Nadie negará que vale más el progreso de la nación que el que unos pinches costeños se aferren a lo malsano en plantíos que apenas les producen.

—¡Y como se les van a pagar, no es robo, es compra! —exclamó doña Florona.

—Y el joven Geo, Geo, como le dice Mayarí... —¿Qué insinuaba el comandante? Que vieran, que vieran que no se mamaba el dedo; miraditas, suspiros, arrumacos, más de parte de ella, porque lo que era él, como muñeco de palo—. Y el joven Geo a la selva. En su finca, doña Flora, puede este caballero hacer su cuartel general, sembrar lo que se pueda; hay mucha tierra en las márgenes del río a propósito para guineo; comprar a los que venden y ver qué medida se toma con los reacios al progreso... —Y ya de pie, golpeando amistosamente la espalda a Maker Thompson—: Porque agallas no le faltan al Papa Verde. Le luce el nombre.

—Buena la hace el comandante —se oyó la voz de doña Florona—; ni calor ni zancudos para el señor Kind... ¡Quién fuera diplomático!... La capital..., sus días tibios..., sus noches que ni soñadas... Aquí en la costa soy la mujer práctica, pero cuando estoy allá me entra la sueñera y divago horas enteras, como si en los ojos me cayera del cielo polvo de mundos dormidos. Y la conversación está muy buena, pero yo tengo muchas cosas pendientes. Vamos, Mayarí...

Y al salir a la puerta que daba a la calle, donde apenas se veía nada que no fuera la inmensa noche caliente —las estrellas picaban los ojos como polvo de chile de oro—, doña Flora soltó un grito al dar con un bulto, para luego exclamar:

—¡Y este Chipó oyendo lo que se habla! ¡Cuidado vas a repetir lo que has oído, vos, Chipó, porque son cosas muy delicadas!

El comandante, de dos pasos, se puso frente al sorprendido Chipó para

castigarle. Su cara indefensa, temerosa, vacía como las caras de los indios, mientras le amenazaba de muerte si repetía media palabra de lo que acababa de escuchar, se contrajo dolorosamente, como si allí la piel fuera más viva, al primer fuetazo.

—¡Amarrado te vas a ir a la capital, indio abusivo, y no vas a llegar vivo, media palabra que yo sepa que repetiste de lo que se habló hoy aquí!

Kind adelantóse para intervenir. Nunca había visto que se le pegara a un hombre como no se le pegaba a un animal, en la cara; pero se interpuso el brazo fuerte de Maker Thompson.

—¡Usted me ha dicho que es partidario de la política de no intervención!

—¡Pero le está pegando!

—¡Con mayor razón, pues si hemos de intervenir, siempre será en favor de los que pegan!

La sirena de un barco cuajó su sonido en la distancia. El manco no dijo nada, pero cuando estuvo en la nave blanca que había entrado a cargar correspondencia, comunicó a Geo su decisión de volver a Nueva Orleáns. Ya su equipaje estaba a bordo, y al despedirse, sacando la voz sobre el barullo del cadenaje que levantaba el ancla, gritó en inglés:

—¡Somos el hampa, el hampa!... —Ya no le oían, sólo se veía su mano de muñeco—. ¡El hampa de una nación de las más nobles tradiciones!

III

Chipo Chipó... Chipo Chipó... Chipó Chipó... Inasible por su nombre, se fue volviendo para las patrullas que lo buscaban algo así como la escarcha, sudor helado que amanecía sobre los cactos y se esfumaba al salir el sol a encalar el cielo y la tierra de amarillo, amarillo que ver fuera de techado era quemarse los ojos con todo lo que ardía en el incendio de la costa.

Con el nombre de Chipo Chipó salía al claro de los caminos, pero al sólo nombrarse él mismo Chipo Chipo, desaparecía y quedaba flotando, de su ser de gato de monte, la fuerza del ensalmo, entre los micoleones, las ardillas y los monos gritones, para reaparecer al nombrarse él mismo Chipó Chipó, y estabilizarse en el Chipo Chipó.

El hervor de los pantanos, ampolladuras gigantes de aguas estancadas bajo el peso de la tiniebla verde, esponjada, de las selvas sin rumor, luz de plata negra y atmósfera de horno de vidrio, se turbaba con su paso por las piedras, su respiración de hombre con los pulmones llenos de peces-moscas para respirar bajo el agua, o su descolgarse por los bejucos, entre las ramas, alas de murciélagos gigantes, o su trepar por los troncos después de haber dormido sobre las hojas secas.

Nadie sabía pronunciar su nombre como él para aparecer o desaparecer en un momento, estar o no estar en un sitio. Y soplo fue en las chozas, soplo ácido de aliento de hombre que amasa harina de yuca, cuando habló y dijo áspero, duro, directo: «Les van a mercar las tierras para echarlos de aquí.» Los propietarios, sus mujeres y sus proles numerosas, hembras y machitos, parecían empinados de tan flacos, de tan desnudos, afilados de las orejas, de las narices, de los hombros, al oírlo hablar, dar la voz de alarma por pueblos y caseríos, tierra adentro y a lo largo del río Motagua.

«De 'rompida' los días se rasgan así», hablaba, «los días que no parecen tener nada raro, que son como todos los días, se rasgan así de 'rompida'». Así se rasgó su día la mañana que abandonó su casa, ahora decomisada, vacía, sin gente, y el de los principales en los Ayuntamientos, cuyo andar empezó cuando Chipó les previno que fueran a la ciudad en demanda de amparo, para no ser despojados así no más. ¡Cuánta esperanza reunida en torno de los alcaldes y síndicos que aguantaban los ataúdes de los zapatos para ir a la capital, y el vestido de jerga, y la camisa almidonada, sin faltar el corbatín negro de lazo hecho en forma de trébol! Y marchaban con los títulos de propiedad hediendo a papel húmedo, al óxido de los tubos de lata en que los guardaban, borrosos los sellos color de cobre, sellos no matados, muertos de viejos. Esa auténtica antigüedad de los papeles que hablaban de derechos sagrados en las manos vigorosas de los cabezas de pueblos, mientras los jóvenes se podaban las ganas de empezar a echar «riata» con sus escopetas y machetes.

Las escoltas entraban y salían de los ranchos, sin orden ni permiso, en busca de Chipó, aunque más llegaban a pedir de comer, cansados de monte y agua, monte y agua, agua carredeando en el río o llovida de las nubes que se juntaban a hacer sombra sobre el cielo de fuego.

Al preguntar en las aldeas y rancherías por el fugado, si hombres les contestaban, acentuaban y decían Chipó; si mujeres tragábanse el acento al pronunciar suavemente Chipo. ¿Qué clave, qué mafia, qué enjundia encerraba aquel

diferente acentuar hombres y mujeres el nombre del hijo de Chipopo Chipó, nieto de Chipo Chipopó?

¡Yo sé los versos del agua,
sólo yo, Chipo Chipó;
soy hijo de una piragua
que en el Motagua nació!

Pero las escoltas, además de gastar caites para seguir al prófugo —de tanto pensar en su captura a veces les daba la idea de que iba con ellos— sembraban el terror con su presencia, atemorizando a los que tenían tierras con la amenaza de quitárselas por la fuerza, visita a la que seguía la del Papa Verde, «rubio sacerdote del progreso», como llamaba doña Flora al novio de su hija, Maker Thompson, aparecido que asomaba proponiéndoles comprárselas al furioso contado —por los ojos les metía las monedas de oro— y al precio que le pidieran.

Los camperos, flacos pero macizos unos, otros con el paludismo, fiebre de pantano que los iba volviendo verdes, le daban la callada por respuesta. Ni sí ni no. Hueso, pelo y sudor silentes.

Al cabo de un rato, conminados por doña Flora para que resolvieran —amenazas, promesas, injurradera— uno de los más viejos patrocinaba un evasivo:

—Pues se verá, pues...

Y todo flotaba en el aire, casi líquido caliente, metal solidificado de tapadera de olla hirviendo; los improperios de doña Flora, los ladridos dentados de los chuchos, el jocear de los coches, el aletear de los gallos tras las gallinas, menos aquel «pues se verá, pues» que no caía afuera, sino en el interior de sus personas, como un eco remoto, porque ni remotamente estaban pensando deshacerse de sus tierras.

—Pues se verá, pues...

—¡No se verá, carajo! —respingaba doña Flora.

—¡Se verá, doña Florona!

—¿Pero qué es lo que se verá?

—¡Eso ái veyan ustedes!

—¿Vendes o no vendes? ¿Venden o no venden? Contesten de una vez. El señor es ocupado y no puede estar aquí perdiendo su tiempo. Se les va a pagar a precio de oro, al contado, chan con chan, no sé qué es lo que esperan.

Callaban. Se les oía parpadear, sudar, tragarse la saliva.

—Lo fregado es que van a salir jodidos si no le venden al hombre este —insistía doña Flora—. Yo sé lo que les digo. Llévense de mi consejo. Si la autoridad interviene se los van a quitar todo. Mandan la escolta, los echan a la mierda y no sacan ni un peso.

Callaban. Huesos, pelo y sudor silentes.

El vaho de la calentura de la tierra ahogaba a los compradores que optaban por seguir adelante. Somnolencia. Moscos. Tábanos. No valía la pena apearse, hacerles la visita, mostrarles las monedas. Desde sus cabalgaduras les rociaban las propuestas a hombres y familias amontonados en la puerta de los ranchos, piojos, mugre, sueño, vestidos de remiendos, camisa y calzón los varones, o sólo taparrabo, naguas color de lluvia las mujeres con las tetas al aire, y los niños sin

vestimenta.

Al final del recorrido, más que el cansancio físico, les agobiaba la fatiga moral de la derrota, fatiga y rabia de sentirse impotentes para vencer con dinero la resistencia de los pequeños propietarios a desprenderse de sus tierras. ¿Quiénes eran para no dejarse tentar por el oro, para encoger las manos y no recibir los puños de monedas que brillaban más que el sol a cambio de parcelas expuestas a las crecidas del río, la amenaza del tigre, el azote del chapulín? No eran humanos. Eran raíces. Raíces. Y no quedaba sino arrancarlas, exterminarlas, como parte de los bosques que ya se descuajaban en los terrenos baldíos para empezar las plantaciones.

—Echémonos aquí en el monte —propuso doña Flora, ya descabalgando de la yegua baja, retinta y andadora que montaba—. No sé, pero la terquedad de estos bestias de mis paisanos me cansa. Son unos solemnes brutos. Bien decía mi abuela que el mayor de los males es tratar con animales. Dichosos ustedes que allí sólo gente civilizada tienen. Nosotros, aquí, ¿qué vamos a hacer con esta ralea?

El yanqui se descolgó de su mula prieta y vino a tenderse al lado de ella, en un claro del matorral, bajo una higuera.

—¡Qué fino es usted, fuma y no convida!... ¡Yo también tengo hocico! —y aproximó los labios juntos, como para dar un beso, al cigarrillo que aquél le puso en la boca ya encendido.

—No tenía otro, por eso no le ofrecí.

—Entonces fúmelo usted...

—No, ya lo tiene usted en la boca...

—Bueno, fumémoslo entre los dos si no tiene asco.

Maker Thompson no contestó. El humo alejaba los mosquitos. Sólo después de un rato se oyó su voz:

—No por muy cansada se queda Mayarí en casa. Yo le quería hablar de eso...

—No por muy cansada ni por no muy cansada... ¡Jerigonza la que se gasta usted, por la gran su mica miona!... Se queda en casa, porque es enemiga de los *business* de «vendes o te jodés». Estudió para maestra recibida y sólo le faltó el título. El título, porque todo lo demás lo tiene. Inútil, mandona a su manera, triste y alegre como el perejil. ¡Pobre mi hija, le vendría bien irse al puerto a casa de sus padrinos, los compadres Aceituno! Allá la mando siempre que se desespera aquí conmigo. Como los viejos no tienen hijos, la miman. Se desespera porque no hace nada. Y así era yo, pero enviudé muy joven y no tuve más que apechugar, abrir las piernas para montar a caballo como hombre —yo siempre había montado como señorita con las piernas juntas— y cambiar la polvera por la pistola.

Hinchó el pecho para soltar un hondo suspiro. Dentro de la blusa, ya para saltar, temblaron sus senos morenos.

—Está como desencantada —dijo Geo—, me ve como si yo fuera un forajido, una bestia, una máquina...

—¡Pobre, fue siempre todo lo contrario de mi persona, soñadora a lo baboso, porque se puede ser soñadora como yo, con la tajadota en la mano, y esto no ha dejado de crear cierta enemistad entre nosotras! Por eso quiero que se casen ustedes pronto y se vayan a vivir a las tierras que ella heredó de su padre.

—Lo malo es que parece que ya no se quiere casar conmigo...

—¿Ella se lo hizo saber o usted de adelantado lo está inventando?

—Ella me lo dijo...

—¿ Últimamente ?

—Sí...

—Viarazas de pollita con calentura, ya le pasarán... Es que usted también..., también... ¡Qué gente para no tener «vení acá» fuera de los galanotes que son!... ¡Ni gracia... ni picardía!... ¡Ya mero le muestro yo cómo es del amor la verdadera seña!... ¡Pobre mi hi... ja... ja... ja... con este hombrón que no sabe el punto de bolita!... ¡Ya mero le digo así se hace!... —Y se apropió de la mano del gigante rubio, oloroso a agua de Colonia seca, inexistente junto al fuerte almizcle de su transpiración de hembra, pero lo soltó casi en el acto, riéndose a carcajadas de espaldas sobre el césped.

Las bestias que ramoneaban bajo unos chilamates, alzaron la cabeza y apuntaron con las orejas hacia un claro de monte y cafetal, por donde apareció una patrulla. Llevaba por delante a un hombre amarrado de los brazos. Doña Flora se levantó y antes de ver bien a quién traían pie con jeta, se dijo: «¡Pescaron al Chipó!»

Pero a ese, ¿quién le puede?, como dijo el sargento que mandaba la escolta. Un prieto con ojos casi verticales.

—Y a este fulano, ¿por qué se lo llevan? —interrogó ella, mientras Geo acercaba las cabalgaduras.

—Porque se insolentó..., dijo cosas...

—¿Qué dijo?

—Pa repetirlo no es; se hace uno de delito —excusóse el sargento.

—¿Qué dijiste? —se aproximó doña Flora al hombre amarrado de los brazos hacia atrás, bien juntos en la espalda los codos, el sombrero de petate hasta las orejas para que no se lo llevara el viento, tiñoso de una mano, color colorado amarillo, y la otra mano sin tiña, todo él color negro de gallo.

—¿Que qué dije?

El norteamericano le alcanzó un cigarrillo medio deshecho que le quedaba en el bolsillo. Doña Flora se lo puso al preso en la boca. Luego se lo encendió.

—Dios se lo pague, doña... —le agradeció y chupeteó con hambre, como murciélago atado de las alas con hambre de humo. Luego añadió—: Dije lo que el hombre Chipó anda mostrándonos por los campos: los fulanos que diz nos traen el bienestar del progreso, lo que auspician es otra cosa: dejar aquí la yuca sembrada y que la flor se dé en otra parte, allá donde ellos, porque es allá donde se va a cosechar por millones el pisto-dólar. Eso es lo que dije, que nos quieren sembrar la yuca.

—¿Y no sabes que ese hombre Chipó los anda engañando? ¡Falto de noticias andabas, «m'ijo»!

—Bien puede ser, doña... Y también dice que en lugar de sacarnos los terrenitos, nos debían mercar la fruta. Ese sí sería progreso para nosotros.

—¡Melindroso, ya te voy a echar riata! —intervino el sargento, sudando, cenizo de tostado, los ojos oblicuos—. Te traemos porque afirmaste que el comandante estaba vendido con el Papa Verde. Por eso lo llevamos y que agradezca que va entero.

—¡Esa sí es una majadería tuya, muchacho! ¿Cómo podes considerar que se pueda vender una autoridad militar?

—Pues no sé cómo, doña; pero Chipó oyó de sus oídos, cuando hicieron el trato,

«tanto más cuanto para el comandante», en el negocio de las tierras.

—A mí me parece, sargento —dijo Maker Thompson—, que al que hay que capturar vivo o muerto es a Chipó, y soltar a este hombre que no tiene más culpa que repetir lo que el otro les predica.

—Usted manda. El comandante dijo que a falta de jefe de los nuestros, le obedeciéramos a usted; y por eso un poco estamos bajo sus órdenes.

—Sí, suéltenlo; no se gana nada con asustar a la gente —dijo doña Flora, acercándose a desatarle los brazos—, y que se vaya...

El hombre agradeció y salió corriendo por entre los cafetales, donde nubes de mariposas blancas simulaban copos de algodón esparcidos sobre el duro metal de las hojas de los cafetos.

—Capturar a Chipó, fácil se dice —el sargento se quedó con la espina—; pero cómo poder sin una buena lancha para seguir por el río; eso nos hace falta..., con cayuquitos rascuaches, puros pipantes, cuándo se le da alcance, más que es mágico... Los muchachos lo han visto y le han hecho fuego, pero es como disparar al aire...

¡Yo sé los versos del agua,
sólo yo, Chipo Chipó;
soy hijo de una piragua
que en el Motagua nació!

¡Yo sé los versos del agua,
sólo yo y sólo yo...,
porque iba en mi piragua
cuando el agua los cantó!

Maker Thompson sintió el llamado de los mares encerrados en sus venas azules y dijo:

—Por mí queda, sargento, cogerlo vivo en el agua. Lo que necesito es gente de temple para el remo. ¿Dónde se puede construir por aquí una embarcación rápida? Voy a dibujar una de esas lanchas que parece que tienen filo para cortar el agua...

—Vamos todos a casa —propuso doña Flora—; nosotros iremos a caballo por el camino real, y usted, sargento, para que le salga más cerca, acorte aquí por este lado hasta donde hace tope un bosque de bambú, allí dobla a la derecha; a la derecha, porque a la izquierda hay mucho pantano y zarzal.

Geo se acercó para ayudarla a montar, pero ella, escabullándose el cuerpo, no sin antes dejar que sus dedos palparan lo que se iba de las manos, exclamó:

—¡No se acomida, «m'ijo»..., que de los acomidos se vale el diablo!

El joven yanqui montó y fue tras ella. Bosques de palmeras, arenales de las crecientes del río, vegas azuladas en el verde de los pastos, zacatales, plantaciones de guineos dorados, cañaverales con las borlas de plata rosada mecidas por el viento caliente.

No podía ser. Al oír que él espoleaba, ella hizo lo mismo. Tuvo la evidencia nacida de su deseo, de la atmósfera tórrida y del convencimiento de que aquel hombre no era para su hija, dinámico, metalizado, cruel, de que al espolear se le

acercaba para decirle... y no podía ser que lo dijese y que ella lo oyera...

Su menuda yegua de paso picado guardaba la distancia que la otra cabalgadura trataba de acortar tranqueando. ¡Qué deleite sentirse perseguida por un jinete que avanza a trote largo, pronto a tomar el galope! Ella puso la yegua a paso ligero, cuando lo oyó correr. «Que me alcance —se decía—, que me alcance, que me tome de la cintura, que me apee, que me bote, que me vuelque»...

La yegua a la carrera y la mula al galope cruzaron sembrados de fragantes limas, naranjas, limones, toronjas, mangos, nances, donde el sol quieto, la tierra tostada, quemante y el zumbar de los insectos, apenas se turbó con el ímpetu de su paso, y allí le dio alcance. Se medio detuvo la yegua asustada por una sombra, y la alcanzó, pero antes que él tuviera tiempo de hablar, ella le preguntó:

—¿Cuándo le dijo Mayarí que no se casaba con usted?

—Hace como tres días...

—Martes entonces...

—Sí, el último día que nos acompañó y que estuvimos en casa de esos mulatos que tenían muchos, muchos hijos. ¿Recuerda? Los que al fin convinieron en vendernos sus tierras por necesidad de dinero para comprar medicinas. Pero yo le quería hablar de otra cosa. Lo he pensado bien. No nos queda otro camino...

Doña Flora sintió que se le aguaba la cabalgadura bajo sus piernas y tuvo la sensación de perder la cabeza. Volaban alrededor de ella para su bien o para su mal, los ángeles del amor. El corazón la azotaba. Aparatos de telegramas llamando eran sus sienes. Las varias mujeres que en ella había dispersas —madre, socia, suegra— debían fundirse en la mujer que aquel hombre esperaba encontrar en su persona: la compañera para todo, ambiciosa, comprensiva, amante y con experiencia de la vida... No nos queda otro camino... Lo he pensado bien... Se repetía las palabras de Geo, el ser menos apropiado para su hija, muchacha poco despierta, más bien boba, que siempre estaba triste, ausente, soñando... ¡Ah, cómo pedirle que no hablara, que esperara, que lo dejara estar! Pero ya su voz salía de sus cuerdas varoniles vibrando y sonaba en sus labios sin alterar su fisonomía... Era raro... Era raro... ¿De qué le estaba hablando?...

—La embarcación —decía Geo— debe tener las medidas claves para esta clase de botes de persecución. Botes muy rápidos si se consiguen buenos remeros. Mañana mismo empezaremos a construirla, y se posterga mi boda con Mayarí, hasta que yo haya capturado a Chipó.

Las bestias ya iban al paso, apaciguadas, relumbrosas de sudor y sol, mosqueando las colas.

—Capturado o muerto Chipó, veremos si su señorita hija quiere o no quiere casarse. Por ahora dice que conmigo ni pensarlo...

—Alguna razón debe dar... —dijo doña Flora con la voz apagada. Los ejércitos de poros que se movilizaron en su cuerpo como hormigas, hacia la dicha, se desbandaban, fuera de acción.

—¡Oh, sí, da muchas razones!

—¡No puede tener tantas; es usted un hombre joven, honrado, de mucho porvenir!

—¡Muchas razones!... —y se inclinó sobre la marcha a componerse el estribo. De su espaciosa frente cayó el sudor como de una regadera.

—¿Cuáles? ¡Mengambrea se volvió esto si todos se ponen enigmáticos! ¡Ella que no habla y usted que no cuenta!

—¡No sé, voy a hacer la barca y veremos!

—¡Primero me cuenta lo que dice esa estúpida!

—Se lo diré después...

—¡Ahora! —la voz de doña Flora no dejaba escape—. ¡Ahora mismo me cuenta usted lo que dice!

—Tener necesidad del progreso y abominar de él porque nos lo traen ustedes que no son nadie, es nuestro triste destino; y por eso me subleva que te quieras casar conmigo; que yo vaya a partir el pan en mi mesa con un hombre que se lo ha quitado de la boca a los míos; el lecho con el hombre que ha dejado a mi gente sin sus tierras, sin sus techos, errando en los caminos...

—¡Pero está loca —gritó doña Flora—, está loca!

—¿Por qué no te embarcas de nuevo y vas a pescar perlas? Yo sería entonces tu mujer y esperaría tu regreso ilusionada. Las manos llenas de perlas y no sucias de sudor humano. Ahora, cada vez que vuelves me da miedo verte entrar. ¿Qué ha hecho? ¿A quién ha despojado? Y tu caricia me quema y tu beso me ultraja, porque sé que en tus dedos va la onza de oro que todo lo corrompe, lo ensucia, lo vuelve ruin, o la fusta que golpea al rebelde, cuando no la cacha de la pistola; y en tus labios el desprecio, en forma de adjetivo bajo para los que se te entregan y destruyes, y en forma de insulto impotente para los que te escupen...

—¡Está loca! ¡Está loca!...

La casa se dibujaba en una pequeña prominencia, sobre tierras sembradas de bananales, café, maíz, caña, corrales con ganado lechero y campos de repasto que bajaban hasta las márgenes del río Motagua, que por ese lado se encallejonaba y fluía hacia el mar como un relámpago de oro azul entre retumbos que semejaban truenos, nubes de espuma golpeando las rocas de minerales espejeantes y acolchada vegetación borracha de perfumes.

Pájaros amarillos, rojos, azules, verdes, y otros sin color pero con la clamorosa alegría en sus gargantas de cristal el cenzontle, de madera dormida el guardabarranca, de aguamiel el pito de agua, de meteorito sonando la calandria___

Menos mal que iban llegando y doña Flora podría pedirle de inmediato cuentas a esa estúpida. Una no sabe nunca con los hijos. ¡Qué hijos, cosijos! ¡Cosijos son todos, y peor las hijas!

Al acercarse a la casa vieron que la escolta ya estaba, ya había llegado, por el sargento que aproximóse a saludarlos. Los soldados dormían bajo una enramada. Soltaron los caballos y subieron al corredor. A doña Flora le tardaba el tiempo de gritarle un par de verdades a su hija. Helechos en macetas, orquídeas, hojas de colores, sillones, cornamentas de venados, mesas, sillas de descanso, capoteras, jaulas...

Doña Flora apresuró el paso —el corredor era largo— para ganar las habitaciones interiores, ya reclamando a voces la presencia de su hija.

—¡Mayarí!... ¡Mayarí!...

Nadie respondió.

—¡Mayarí!... ¡Mayarí!... —la fue llamando a voces por su cuarto, por el comedor, por el costurero, por el cuarto de los santos...—, ¡Mayarí!... ¡Mayarí!... ¿Adonde habrá ido esta loca? —se preguntaba en voz baja— .. .a la cocina..., a los corrales... —y siguió llamándola—: ¡Mayarí!...

—No, por aquí no vino... —decía la cocinera, una enana con las trenzas pegadas a

la cabeza como estiércol de vaca.

Pasaron las horas. De los corrales volvió doña Flota a ver si faltaba algo en los armarios. No faltaba nada. Su ropa. Sus vestidos. Todo completo.

Corraleros, mozos y soldados se repartieron por los alrededores de la casa en su busca, y se mandó a un propio a que fuera en el mejor caballo hasta la estación de Bananera a preguntar por ella, y caso de no tener noticias, pedir las horas en que esa noche pasarían trenes de carga. Esperar hasta mañana el de pasajeros era muy tarde. Después se mandó a otro propio con un telegrama en clave para el comandante, en el que Maker Thompson le decía a pedido de doña Flora, que buscara a su hija en casa de los compadres Aceituno y que si no estaba allí diera aviso a la capital, a todas partes, pues se había fugado.

Eso si no le pasó algo, si no le hicieron algo estos malditos... Por quererles comprar las tierras lo que se saca una: enemistades, inquina... Ese es mi mayor miedo, una venganza... No, pero con los compadres Aceituno debe estar... Mi esperanza es que se haya ido para allá con ellos... El sargento, por de pronto, que se vaya con la escolta y le avise al capitán del destacamento...

—Yo no me alarmo, porque sé que se fue huyendo de nosotros.

—¿Por qué pluraliza? Huyendo de usted... ¡Pobre mi patoja!...

—Sí, de mí... Aunque una vez dijo: «ya no puedo ver a mi mamá, porque se parece a la Malinche.»

—¡Ah, eso decía!... Pues no sé si soy peor o mejor, pues no sé ni quién fue la Malinche... Alguna gran perdida, porque en la historia no hay más que las más perdidotas...

—La Malinche ayudó a Cortés contra los indios en la conquista de México, y como usted me está ayudando a mí...

—Si es así, pasa. El progreso lo exige, y usted, sin ser ese Cortés, está comprometido a traernos la civilización.

—¿Yo?

—Sí, señor, usted...

—Yo no estoy comprometido a nada. Esas eran cosas de Jinger Kind, el manco. Susto se llevó de ver al comandante pegarle a Chipó. Si en vez de pegarle lo mata, nos hubiéramos ahorrado muchas molestias.

—Bueno, a mí mucho no me importa que traigan o no la civilización. Lo que me interesa por el momento es que en el próximo vapor que pase para el Norte carguen mis bananas.

—Eso, señora, debe darlo por hecho...

—A sesenta y dos centavos cincuenta, cada recimo...

—De ocho manos, sí...

—Ni en la pena pierden ustedes, siempre andan a la pepena. Véngase conmigo, traiga la lámpara, quiero ver una cosa... Ya me parecía... Estas jaulas están vacías... Alúmbreme de este otro lado. Todas están vacías...

—¿Qué deduce?

—Que Mayarí se marchó definitivamente, y se fue casi detrás de nosotros, muy temprano. Los pájaros apenas habían comido lo que se les puso en las jaulas esta mañana.

El croar de los sapos, el balido de las vacadas, las ramas de los árboles en el viento, barrían como escobas locas, para que todo luciera limpio, limpio al salir la

luna. Las criadas trajeron algo de comer, pero quién iba a poder probar bocado. Estaban a la espera de uno de los correos que fue a Bananera, las cabalgaduras ensilladas, listos para marcharse a tomar el primer tren que pasara esa noche en dirección al puerto, y casi preparada la maleta de ropa que doña Flora no acababa de llenar nunca.

De repente despegó las manos de las prendas que apañuscaba en la valija, como de una masa de harina, y dijo:

—Tengo mis dudas...

No esperó a que el norteamericano alzara la lámpara. Ella la levantó y fue que se hacía pedazos hasta la pequeña habitación en que se guardaron las cajas con los vestidos de la boda, pedidos a Nueva York. Alzó la luz lo más alto que pudo. Geo se la quitó para alumbrarle desde más arriba. Una sombra de angustia subió por las mejillas de doña Flora, hasta nublarle los ojos y enfriarle el pelo empapado en sudor caliente. Quiso arrebatar la lámpara de manos de Maker Thompson, pero no pudo; le temblaba la mano, como si le fuera a dar un ataque. Mayarí se había vestido de novia —era el único traje que faltaba—, se había vestido de blanco, se había vestido de novia... ¿Para qué?... ¿Para qué?... ¿Para qué?...

¡Yo sé los versos del agua,
sólo yo, Chipó Chipó;
soy hijo de una piragua
que en el Motagua nació!

¡Yo sé los versos del agua,
sólo yo y sólo yo...,
porque iba en mi piragua
cuando el agua los cantó!

IV

El corredor estaba inundado por la luna. Más parecía un brazo de salina. Todo, patios, huertos, parecía una salina. Una sábana blanca sobre collados, cañadas y valles en los que, como cirios apagados, se alzaban los órganos, cácteas altísimas y solitarias, ya de por sí algodonosas de mechones nevados. No eran luciérnagas, sino llamas de antorchas las que brillaban en la noche blanca. ¿Adonde se dirigen? ¿Qué hacen? ¿Qué buscan? Leche derramada semeja el río que avanza cada vez más ancho, entre playas de arena que lo palpan para ver si es el mismo que baja torrentoso de las montañas y en la costa se duerme bajo el plenilunio, diluvio de plata que lo ciega.

—¿Para qué?... —repetía doña Flora con voz de autómata—. ¿Para qué?

—No sabemos si se ha vestido o sólo se llevó el traje...

—¡Se ha vestido, Geo! ¡Se ha vestido de novia, yo estoy segura! ¿Por qué no me da un vaso de agua?

Geo fue a la cocina en busca de la servidumbre, pero ya no había nadie. El fuego en la ceniza fantasmal. Hasta los perros ambulaban fuera aullando. Se detuvo a oír. Se oía que andaban pueblos enteros. El pegarse de la planta del pie desnudo en la tierra caliente. Pegarse y despegarse. Ruido de hojas que tras tostarse al sol se han humedecido con la noche. Asomó un soldado con los labios azules de comer coras. También buscaba de beber. Todos tenían sed. Sed bajo la luna. Sed de arena junto al río. Sed de cenizas.

—Soldado, ¿qué significado tiene esta noche? ¿Por qué se mueven todos con luces de antorchas en las manos? ¿Por qué han encendido tantas luminarias?

El soldado movió los labios azules, pero no se oyó que contestara. Geo tuvo la impresión de que no era un ser humano, sino una de las figuras esculpidas de Quirigua. Llenó el vaso de agua y volvióse temeroso, sin dar la espalda. Doña Flora, tumbada en una hamaca, los ojos pegados al techo, le dijo al oírle venir:

—¡Apúrese, que me ahogo!

Peinada la cabellera en dos bandas, la cara más bien larga, la boca afligida hacia las comisuras, la nariz en gancho, pegadas las orejas, bajos los hombros, también ella parecía una divinidad de piedra. Imaginativamente la aproximó Maker Thompson a la danta sagrada mientras a tragos iba tomando el agua.

—¿A qué horas volverá el que fue a la estación? —indagó al devolver el vaso.

—A mí me parece que no debemos esperar aquí. Hay que estar allá, sea porque pase un tren de carga o porque nos toque tomar el tren de pasajeros mañana. Aquí no estamos haciendo nada. Todos andan en el monte. Los criados, los soldados, ya se le dijo al sargento que se fuera, la gente campesina. Parecen enloquecidos. Se acercan al río, hablan con el agua, se mojan los pies y regresan.

Doña Flora se conformó con suspirar.

—Bueno, vamos, es mejor estar en la estación. ¿Se fue el sargento? Yo quería darle unos pesos, y unas dos botellas de aguardiente para el capitán del resguardo.

—Se fue hace rato...

—Hay que llevar dinero, armas. Vea que mis armatic queden con llave. Esas puertas hay que atrancarlas por dentro; salimos por la puerta de la sala y allí

echamos

—¿Y si Mayarí vuelve?... No se puede... Lo va a encontrar todo cerrado...

—¡Primero vuelven los pájaros a sus jaulas!

—¡También hay que cerrarlas!

—Vea, no sea pesado...

Geo se encaminó a ponerle tranca a las puertas. Un grito de doña Flora lo hizo detenerse. Fijos los ojos, paralizado el aliento, mordiéndose los labios, acababa de constatar la posibilidad de que Mayarí, vestida de novia, se hubiera arrojado al río para suicidarse. ¿No se suicidó el padre? ¿No se suicidó un abuelo de su padre en Barcelona? Para Maker Thompson era evidente, después de lo del islote, aquella vez que estuvieron a un paso de ahogarse, pero no dijo nada, calló junto a la madre que en la desesperación se tragaba los ojos convertidos en llanto, la lengua abarquillada en la boca entreabierta llena de saliva sollozante.

—Me parece más probable que se haya ido al puerto en el tren de pasajeros. Si, como usted dice, salió muy temprano, casi detrás de nosotros, tuvo tiempo de tomarlo en Bananera. Por eso lo que urge es llegar a la estación y preguntar. Aquí está uno a ciegas.

Lo urgente, lo imperioso era ganar tiempo, cerrar las puertas, moverse, salir. Tomaron las cabalgaduras. Las sombras de los caballos que Maker Thompson ensilló se dibujaban en el piso refulgente, como figuras recortadas en papel negro.

—¡Geo, esto es terrible, siento que voy nadando contra toda esperanza!

—Por el contrario, señora, allá nos van a informar. Durante el día pasan trenes de carga, o tomó simplemente el de pasajeros.

Se internaron por un medio desierto cegados por los miles de chispas espejeantes que brillaban en la arena, silenciosos, enharinadas las caras de plenilunio, la de él casi de hueso, por la blancura de su piel, y la morena de ella como de barro encalado. La vegetación de chaparrales y bosques sin estatura respiraba aplastada contra el suelo, con respiración de iguana. Grillos. Cientos, miles de grillos. Los órganos solemnes, visibles a la distancia. Música de espinas, música de arena, música ígnea hecha silencio.

Más adelante, donde el agua del río empezaba a retumbar en los pedregales, nada quedaba del mutismo inmenso de la naturaleza bajo el disco de la luna gigante ni del pequeño rezo de los grillos; todo resonaba al compás del estruendo del Motagua, bravo como toro encajonado.

La escolta, del lado de los caseríos, bajando por donde dicen que hay un pueblo enterrado, sorprendió a un hombre con la cara tiznada, las orejas cubiertas con caracoles y en la cabeza, a modo de sombrero, una concha de tortuga, sobre la cual, valiéndose de una piedra, daba golpes al andar.

El sargento le preguntó qué hacía, y aquél le respondió:

—Hago...

—Pero ¿se puede saber qué es lo que haces?...

—El mundo...

—¿Casual no has visto a una muchacha llamádase Mayarí Palma?...

No contestó, conformándose con sonar la tortuga en su cabeza, golpes que no dejaban de conmoverlo.

—Llévenlo, muchachos... —ordenó el sargento a los soldados; y dos le tomaron de los brazos, mientras otro le dio un empellón tan fuerte que lo hizo trastabillar

con los soldados y todo.

Todo se lo lleva el agua. Ya está dormida. Todo se lo lleva el agua. Ya está dormida. Mueve las manos como si cazara mariposas. Todo se lo lleva el agua. Ya está dormida. Vestida de novia para desposarse con el río. ¿Quién se casa con ella, el agua que pasa? ¿El agua-pájaro-verde? ¿El agua-pájaro-azul? ¿El agua-pájaro-negro? ¿Su esposo será el quetzal? ¿Su esposo será el azulejo? ¿Su esposo será el cuervo? ¡Qué débiles sus brazos! ¡Qué débiles sus piernas! ¡Qué silencio hondo en su sexo virginal!

Sola ella, Mayarí Palma, tendría que llegar a la columna pétrea de las cronologías, cerrar los ojos ante el cometa cabeza de girasol y entregarse a los vahos del humo celeste, corazón y sustento del monte verde, no de otra manera podría celebrarse la nupcia de su ser y el Motagua.

Sola ella, Mayarí Palma, tendría que subir a conversar con los jaguares de los cerros, donde las hormigas del azufre van carcomiendo la roca, y entregarse a las garras sangrientas del árbol de cacao, no de otra manera podría celebrarse la nupcia de su ser y el Motagua.

¿Por qué se fijaba en el pobre rancho lleno de moscas? ¿Por qué se fijaba en el pobre rancho lleno de tierra? ¿Si todo era pasajero, si no estaba más que escondida, mientras llegaba esa noche la más bella lunación del año?

Se pasó a una cocina de paredes de caña, para ver desde la penumbra el resplandor del campo sin cabeza, cortado a ras de los hombros, decapitado por el sol y la luna. El campo de la costa es un campo sin cabeza. Las cabezas van surgiendo a medida que se sube a las mesetas. Es un campo degollado, de cuyo cuello sangrante surge la vida a borbotones, se riega, se multiplica, se expande, no cesa de florecer, florece en vicio, en cosechas sucesivas de maíz, de fríjol, de calabazas y cañas dulces.

Los cerdos cebados, echados en el lodo, se freían en el calor casi sin movimiento, bajo los moscones, entre las gallinas cansadas, medio dormidas de piojillo, y patos viejos con telarañas blancas en los ojos y los picos rojizos.

Lo único vivo en aquel patio de seres apagados bajo el calor, era la guacamaya refulgente, azuzadora, con ojos de jade de naranja líquida, el pico en forma de uña de caña con la punta negra, y todo lo que la rodeaba respondiendo a los grandes elementos de su plumaje; verde el monte, azul el cielo, amarillo el sol, y más tarde el violeta del crepúsculo combinado con los lilas y celestes.

Una silla de tiras de cuero la recogía de su cansancio. Imposible seguir en pie. Sobre un cuero de becerra depositó su vestido de novia. Lo usaría esa noche para desposarse con el río. Manos de costureras rubias dejaron en aquella prenda de encajería horas y horas de fatiga. Por un momento le palpitó en los labios el nombre de la ciudad en que las costureras trabajaban para otras mujeres hasta quedar ciegas: Nueva York, Nueva York... ¡Qué feliz poder vestir aquellos rasos, aquellas sedas, aquellas gasas, para entregarse, como si se bañara bajo la luna, al violento amor de un río! Vestir así para casarse con Geo Maker Thompson habría sido como salir de nube a que le pasara una locomotora encima. Mejor el río, más blando, más dulce, más profundo, cuando ya fluía como amante manso, sin más que sus barbas y sus ojos. Sí, primero la tomaría entre sus brazos de titán y con ella se golpearía contra las rocas, más adelante la perdería y recobraría en sus remolinos haciéndola girar enloquecido. Más adelante la olvidaría abandonada a una cabellera de aguas cenagosas, para recordarle de pronto tocándola, golpeándola con la corriente tributaria de un arroyo cristalino. Más adelante volvería a ultrajarla poseyéndola con denuedo. Una vertiginosa sucesión

de imágenes fragmentarias. Los juncos le tejerán cárceles transitorias, jaulas en las que se besará con los peces más raros, peces-pájaros que cantan burbujas, peces-danzarines que bailan y dejan estelas.

La turbó el andar de un anciano que se acercaba seguido de un perro que cada dos pasos daba un salto.

Trajo un panal —más parecía un pulmón de oro, el pulmón de un dios antiguo— y lo puso en el suelo, sobre la lengua de una hoja de bananal verde brillante. La miró sin hablarle. Silencio añoso de viejo. Pasóse la mano, rígidos los dedos, por la cara para botarse el sudor. Después, mucho después, vino una anciana, sostenida por un bastón rojo, una pierna al aire mostrando el nacimiento del muslo y la otra cubierta por la nagua hasta el empeine del pie ganchudo. La seguía un perro negro. Sobre el suelo depositó abanicos de palmeras y encima, encima una jarra con agua de maíz sin cal. ¿Dónde está sin estar mi niña blanca? Así decía golpeando en el piso el bastón rojo. ¡Yo quisiera esperar a que fuera espuma! ¡Yo quisiera esperar a que fuera arena! ¡Yo quisiera esperar a que fuera orquídea!

La vieja se volvió al revés de lo que era, se metió en el caracol de sus arrugas y, como al darle vuelta a una funda, por el otro lado quedó convertida en una moza joven.

—Te voy a peinar —le dijo— con un peine hecho de jade de los manantiales y cuando ya estés peinada te pondrás tu vestido. Yo te ayudaré a vestirte de novia. No vale la pena llevar más ropa. Tu novio te querrá desnuda. ¡Cuánto broche! Sus manos tardarán siglos en llegar a tu cuerpo naranja. Una banda turquesa ataré a tu cintura, para que cuando flotes en el mar te reconozcan los marineros. Tus senos son como dos limas pequeñas. ¡Qué lindo llevar así los senos bajo el vestido blanco! El árbol que da azahares, dio caracoles para esta boda. Florecillas iguales a los azahares, pero de conchanácar.

Y empezó la claridad que alumbra el Peten. Toda la tarde y parte de la mañana estuvo escondida en aquella choza. La claridad lunar fuera del aire no penetra la atmósfera de la costa hasta ocultarse el sol por completo. La claridad que alumbra el Peten estuvo escondida con ella en aquella choza hasta el momento en que, muerto el padrastro que la deseaba sin alcanzarla, empezaron las piedras a mostrar fauces de jaguares, los tordos ojos de azafrán, los monos-moscas su pelambre de oro y los espineros las uñas.

No fue robada por los brujos. Su cara empapada en agua de sal cuando lloraba a mares por las noches sobre la nube de la almohada, sudando bajo el tenue peso de una sábana —sudaba de angustia—, asomó a los días vacíos que le esperaban casada con la ambición de un capitán de empresa. Eso era Geo, un ambicioso capitán de empresa, sin otro horizonte que el de la cantidad, cantidades siempre fabulosas, lo que le daba superioridad de amo en un medio en que la gente no hablaba de negocios de millones y apenas si tenía sus capitalitos en papel que pasaba por dinero; superioridad de la que carecía, pues en sus maneras era vulgar, hablaba a gritos, manoteaba, andaba con tamaños pasotes y siempre estaba hablando de «darlas». Estar unida a un hombre que desconocía la emoción, el ensueño, que se burlaba de ella cuando le decía que se le espeluznaba el cuerpo al contemplar una imagen de la Virgen o un paisaje, la horrorizaba, mas lo habría sobrellevado, lo sobrellevaba ya como su novio que vivía en su casa; pero lo que le atravesó un hueso en la garganta, que al solo verlo, oírlo o sentir que llegaba, no le pasaba ni para atrás ni para adelante, era su desprecio para la gente del país. Esto la hería, la sublevaba.

A la familia de mulatos con muchos hijos fue a los primeros que Mayarí se animó a decirles algo. Pero después de hablar a otros campesinos su exposición fue más

concreta. El esfuerzo de tratar el asunto con palabras elementales clarificó su pensamiento. Al principio la miraban con desconfianza. «Otra que bien baila», dijo un viejo güegüecho color de palo jobo que no quiso escucharla. Y una anciana de ojos de rata murmuró: «Dios haga que la muerda un chucho con rabia.» Pero contra estos pocos, hubo los más, los que oyeron. ¿Por qué no iban a seguir su consejo, si no venía a despojarlos de sus terrenos, como los otros, sino a reforzarlos en su creencia de que no debían vender por ningún precio? Vender por ningún precio. Estas cuatro palabras sintetizaron la conducta a seguir. Vender por ningún precio. Es mejor que los saquen por la fuerza, que los despojen sin darles un centavo. Tierras arrebatadas por la violencia pueden recobrarse algún día. Vendidas, no. Hay que hablar a todos los vecinos, reunir a las municipalidades, cercar apresuradamente donde los terrenos no tengan cerco, guardar bien los títulos...

Pero lo que más la conmovió en esta actividad, nacida y alimentada de su odio a Geo Maker Thompson, fue la mañana, casi a mediodía, en que se entrevistó con Chipo Chipó. La bajaron con ayuda de unas cuerdas en un como trapecio a una de las cuevas del río Motagua. Primero descendieron a una playa y de allí, siguiéndole los pasos a un hombre desnudo, el taparrabo y nada más, subieron por un sendero pedregoso hasta la caverna en que al fondo, agazapado, estaba Chipó.

Mayarí le conocía del puerto cuando no era cabeza de gente y excursionaba a los islotes y él la reconoció en el acto. Se paró, quitóse el sombrero y vino a pedirle la mano, en la que sus labios carnosos estamparon el aliento en un soplo que recogió con la nariz, al tomarle el olor. Fuera se oía el retumbar del río que acababa por ensordecerlo todo. Por eso era gente de mucha mímica al hablar la gente de los playados. Se ayudaban con los gestos, como sordomudos.

—El hombre es poderoso como los dioses por la voz —le dijo Chipó—, y mientras la voz nos acompañe, seremos poderosos. ¡Te saludo!

Mayarí cobijó sus ojos de ébano en las pestañas espesas al tiempo de sonreír. Qué mejor respuesta al saludo de aquel hombre que no salió de la penumbra, borroso, del que sólo lucían los dientes nevados y el blanco de sus córneas de máscara, en algunos momentos.

—Ensangrentados quedarán los caminos —agregó— donde hubo ahorcamientos. La pequeña justicia del hombre mestizo nos entregará al blanco, calabozo y látigo nos esperan, pero nuestros pechos quedarán bajo la tierra en quietud, hasta que llegue el día de la venganza que verán los ojos de los enterrados, más numerosos que las estrellas, y se beba la jícara con sangre. El temor es el hueso de la garganta que se vuelve saliva. Yo no lo siento. Tengo la boca seca y hablo en paz. Tú eres la yerbabuena y llorarás por nosotros cuando venga la pelea.

—¡Cómo poder evitarla!... Las municipalidades ya se han reunido, y los vecinos se dan la voz de alerta todos los días. Si yo puedo hacer algo...

—¡Nada, dar olor como la yerbabuena!

—Chipo...

—Y si te casas con el Papa Verde, yunque con brazos de mono, ni eso podrás, ni dar olor de yerbabuena.

—No me casaré con él...

—¿Y el traje de novia?

—Lo vestiré para casarme con otro...

—Con el río Motagua no hay quien se case...

—¡Yo me casaré!

—Esperarás la gran luna, la luna del maíz...

—Esperaré la gran luna...

—Te llevaré en mi barca...

—¿Qué seña me das, Chipo Chipó?

—Un sartalito de perlas, de nueve perlas, las nueve perlas de Chipo-po-po-po-po-po-po-pol.

Al cuartel instalado planicie adentro en una casa vieja asomó el sargento y la patrulla que operaba por las propiedades de doña Flora viuda de Palma, con el hombre que les pareció sospechoso por llevar la cara tiznada, caracoles en las orejas, y una tortuga en la cabeza en lugar de sombrero.

—Que se lave la cara y se quite esas babosadas, para que yo lo pueda interrogar —dijo el capitán palúdico hasta los zapatos que le quedaban flojos, pues con el paludismo se achiquitan y enflaquecen hasta los pies. Era el jefe del destacamento.

Y al volver el preso con la cara limpia, los caracoles y la tortuga en la mano, el capitán preguntó:

—¿Qué parte trae, sargento?

—Andar vestido de jicaque...

—No la joda... —dijo por lo bajo el capitán—. ¿Qué hizo? ¿Por qué lo trae?

—Como desapareció tantito hoy la hija de doña Flora, una llamádase Mayarí Palma... Me se olvidaba, es que le mandó a decir que si no tenía usté noticias de ella, que la buscáramos.

—No veo qué relación puede haber entre la desaparición de esa niña y este hombre... Y a vos, ¿qué te dio por tiznarte la cara *y* ponerte los caracoles en las orejas y la tortuga en la cabeza? No se les quitan mañas a ustedes.

—Por la luna, siñor... La luna va a salir grande hoy en la noche, y la tortuga y los caracoles alumbrados por la luz de esta luna dan virilidad, poder fecundo.

—Bueno, si cuando hay luna llena todos los impotentes se tiznaran la cara y se clavaran esas babosadas en las orejas y en la cabeza, ya usted, sargento, tendría para divertirse.

Otra escolta, al mando de un cabo, avanzó con otro sujeto disfrazado en la misma forma.

El capitán, como en el caso anterior —ya había un precedente—, ordenó que se lavara el tizne de la cara, se quitara los caracoles de las orejas y se apeara la tortuga que traía amarrada a la cabeza.

El parte del cabo era más completo. Se le capturó mientras vestido en esa forma hacía sahumerios con incienso y pom, hablando de las nupcias de una virgen con el río Motagua, hoy en la noche, al estar la luna en lo más alto del cielo.

El capitán enarcó las cejas para descubrirse los ojos vidriosos que se le dormían bajo los párpados medio cerrados, el frío feróstico de la fiebre que ya le iba a entrar.

—¿Dónde lo capturaron y cómo supieron que decía esas cosas?

—En un caserío que hay al borde del río. Buscando algo de comer nos metimos por entre unos chilares hasta allegarnos al rancho. Acercamos el ojo pa ver adentro, y pelamos la oreja, y lo dicho, jefe. El hombre éste en lo de los sahumerios y las invocaciones. «¡Te la damos para que no haya sangre!», así

decía. «¡Nuestros pechos quedarán en quietud bajo las aguas, bajo los soles, bajo las semillas, hasta que llegue el día de la venganza, en que verán los ojos de los enterrados!»

—¿Y usted, sargento, dice que dasapareció misteriosamente la hija de doña Flora, esa que se está por maridar con el gringo?

—Sí, mi capitán...

—¿Y la mamá?

—Se fue con el novio para el puerto en la creencia de que la muchacha haiga agarrado para por ái con unos sus padrinos.

—Pues hicieron bien en acarrear con éstos, porque si no aparece la joven esa en el puerto... Póngalos separados, uno en cada una de las piezas que arreglamos para calabozos, con centinela de vista y prohibición de que se hablen entre ellos. Si a la muchacha esa la agarraron los brujos...

El calor sofocante, calor y fiebre, lo amargo de la boca, el invencible sueño de momia viva. Telarañas color de orines de quinina y cada palúdico convertido en un gran anofeles. Si todos los males se curaran con caracoles y tortugas. La impotencia ante la vida en que lo mantiene a uno la costa. Hecho un molote de tendones fláccidos, más hueso que carne, se enroscó el capitán en la hamaca, los ojos de vidrio, los clientes amarillos. El tufo de fríjol sancochado le trastornó el estómago. Se levantó antes de vomitar lo que no tenía y alejóse con las manos sepultadas en los bolsillos. Al final de la planicie iba saliendo la luna, redonda, inmensa, no como un satélite, sino como dueña y señora de la tierra.

—A las cuatro de la mañana pasa un tren de carga... —anunció Geo Maker Thompson a doña Flora, después de hablar con el jefe de trenes—, y de Mayarí me informé que no la vieron llegar a la estación; son amigos y la hubieran visto tomar el tren de pasajeros; otro tren no ha pasado.

—Yo también anduve preguntando y nadie me supo dar razón; ahora lo que hay que asegurarse es que ese tren de carga pare aquí, que no se vaya a pasar de largo, porque entonces sí que nos rompen. ¿Cómo llegamos al puerto? Y por todo es mejor llegar allá lo antes posible.

—Para con seguridad, por eso no hay pena; tiene que enganchar varios carros de fruta.

—Allí tal vez cargaron la mía...

—No sé, pero mejor, así usted se trae su dinero de vuelta, ¿no le parece?...

—Mirándolo bien es un gran negocio. Lo que falta es que empiece a producir la plantación que se hizo en los terrenos de Mayarí. ¡Pobre patoja! Muchacha tonta, indefensa ante la vida... Mejor me da lástima...

—Yo pienso lo contrario. Le voy a contar el caso. Cuando me le declaré, día a día le reclamaba la respuesta. ..

—Terquedad de enamorado...

—Terquedad de enamorado, como usted dice. Y no me contestaba, y no me contestaba, hasta el día en que usted llegó a buscarla. Ese día me citó al muelle a las cinco y media de la tarde y del muelle me dijo que si la acompañaba de paseo a los islotes. Allá fuimos gozando de la brisa, muy de la mano, yo pidiéndole desde luego que me correspondiera o me dijera que no.

—Yo a mi marido estuve seis meses para aceptarlo.

—Pues bien, al entrar en uno de los islotes, se soltó de mi mano y marchó

adelante. Yo la seguía y la seguía, pero poco a poco me fui dando cuenta que el juego era peligrosísimo. Hubo un momento en que pensé volverme, tomar una barca y salir a recogerla al mar.

—*¿Y* por qué usted no la llamaba?

—Porque eso era lo que ella quería, que yo la detuviera...

—¡Qué malo!

—El islote empezó a perder superficie y ella a sumergirse en el líquido cristal del agua, como si tal cosa, sin acortar el paso, con el agua hasta las rodillas... No pude más... La llamé a gritos... —doña Flora le había agarrado las manos—. La llamé a gritos... Eso era lo que esperaba... Se detuvo y al venir a mí y refugiarse en mis brazos, me dio un largo beso.

—Realmente que es una extraña manera... Bueno, lo que ella quiso es probarlo... Me deja usted confusa... ¿Y qué es esto? Yo, agarrándole las manos... estoy tan nerviosa... Y eso confirma mi suposición, lo que le dije en casa: se vistió de novia para tirarse al río...

—¡Tanto no creo!

Y por no afligirla más —¡qué negociaba!— no le contó que Mayarí decía siempre que estaba arrepentida de no haberse arrojado al mar aquella vez, de haber vuelto cuando él la llamó.

Las palmeras bañadas por la luna semejaban surtidores de agua verde, silenciosa, rutilante.

—¡Qué noche la que fue a escoger esta amolada!... Con lo que usted me acaba de contar del islote, no sé... no sé a qué voy al puerto... La luna, el agua, el vestido de novia, todo se junta...

El tren pitó a la distancia. La estación de láminas acanaladas pintadas de alquitrán, los rieles largos como sus lágrimas, los brequeros igual que muñecos sobre los vagones, lámparas agitándose para el movimiento del enganche, poco brillantes en la claridad meridiana de la luna majestuosa.

Lo abordaron, acompañados por el jefe de trenes. Doña Flora repetía a cada momento: «¡No sé a qué voy al puerto!... ¡No sé a qué voy al puerto!...»

El contacto de la luna y el agua transparente era música. Se oía. Se oía un canto enmadejado, profundo, sacudido entre las olas, apagándose en las playas, rozando las rocas, desnudando el miedo batracio de las piedras medio sumergidas en la corriente. No es fácil decir lo que le falta al agua para hablar, pero su fábula de cristal y espuma saca lenguas de astilladas puntas diamantinas para decir adiós a los que se quedan en las riberas: los árboles vetustos, las fluviales enredaderas de quiebracajetes, las palmatorias nevadas de cera de los izotales, las huellas verdes que en el aire semejan las tunas; y para decir vamos a lo que en el fluir de sus moléculas rodantes le acompaña, desde la arena movible revuelta con oro, hasta pedazos de montaña.

Mayarí, eterna enamorada del agua, sabía que esta vez realzaría su gran sueño, que esta vez no habría voz humana que la hiciera regresar de su ambicionado viaje a los líquidos profundos. Geo la recobró aquella vez de la inmensidad del mar, al llamarla, y se refugió en sus brazos creyéndolo transparente. Pero Geo era de sólidas paredes, de oscuridades que la encerraron, como en una tumba, oyendo hablar de números.

Esta vez sería la feliz esposa de un río. Probablemente nadie se da cuenta de lo que es ser la esposa de un río, y de un río como el Motagua, que riega con su

sangre las dos terceras partes de la sagrada tierra de la Patria, por donde hicieron camino los mayas, sus antepasados, que viajaban en balsas de coral rosado, y más tarde frailes buenos, encomenderos y piratas en grandes o pequeñas barcas movidas a remo a pica por esclavos encadenados, desde los rápidos, hasta donde la corriente, en la desembocadura, pierde impulso y se torna sueño de talco entre cocodrilos y eternidades.

Mayarí sabe que las lágrimas son redondas, esféricas inmensidades líquidas que acaban por ahogar a los que aman sin ser correspondidos. Por eso no le arredra morir en la gran lágrima rodante de su esposo. Mejor morir en el río que ahogada en su propio llanto. Pero ¿cómo llamar muerte a la que se tiende en la horizontal blandura de la mártir que flota a la deriva? ¿Cómo no pensar que sobre su frente, mientras descienda dormida, vestida de blanco, acunada en su velo como en una nube, girarán nueve estrellas, nueve, como las perlas del sartalito de Chipó?

Y sentada en la choza donde estaba escondida vio surgir la luna mayor del año, el espejo redondo en que los enamorados se ven muertos. Nadie la acompañó en su coloquio agónico. Su cuerpo de madera naranja en medio del espejo cóncavo del cielo que absorbía el polvo de la temblorosa claridad lunar, para devolverlo cernido en un más fino y azuloso polen húmedo. Su cabello de madeja negra trenzado con caracolitos de conchanácar, como azahares. Una isla. Una isla de novia. La llevan sus pies en zapatos minúsculos de raso. Anda la luna, anda ella, anda el río. Es una isla vestida de novia rodeada de luna por todas partes. Las chalupas vienen a su encuentro. Una jícara de chocolate. Lo bebe. Oro rojo con espuma en jícara que no está en sus dedos, sino en el sueño de sus dedos.

—¿*A* qué distancia está Barbasco?

—¿Quién pregunta?

—Yo...

—Más vale bajar hacia la desembocadura, la noche está muy linda... (Ella oyó decir: la novia está muy linda, y es que era igual: una novia linda era la noche para el río inmaterial, sonámbulo, translúcido...)

La brisa fresca colocada entre sus clientes le quitaba de la boca el sabor del chocolate de oro, ahora que bajaba sobre el fuego de la corriente impetuosa, apelotonada, apretando los muslos, abrazándose ella misma con sus manos, hasta quedar inmóvil, paralizada, tensa.

Barcas adornadas con jazmines sobre arcos de siemprevivas, llenas de niños y palomas, saludaban su paso por el agua que la luna volvía miel espesa, retorciéndose en tirabuzones para mostrar el esplendor de sus reflejos múltiples, plurales. Mas no, el momento no era llegado, su pie no tocaría el dulce líquido movible, para que la transportara fuera de la barca, como cosa suya. Navegaría en la barca de Chipó hasta donde iban, vestida de blanco, en una semioscuridad azul, entre las anchas alas de polvo de plata de los playados, el susurro pajarero de los afluentes y acantilados doblegados bajo el rocío. «El Chilar». Iban hasta «El Chilar», con Chipo Chipó, a recoger algunas firmas, hablar con la gente y entrevistarse con un Chama, a quien pedirían, rogarían, suplicarían que estas tierras inmejorables en el mundo para el cultivo del guineo, secaran sus lodos vegetales hasta quedar convertidas en miga de pan viejo. Para grandes males grandes remedios.

Respiraba con todos los pulmones toda la vida del río elástico, dorado, casi felino en la montaña de palmas de corozo. Un dulce malestar ahogó su palabra. Iba a preguntar a Chipó si aquel paseo era su boda con el río. En la mano llevaba el sartal de perlas, sobre sus senos que parecían dos mentiras.

—Tienes el color de la rama que da sombra —dijo al barquero de brazos tan delgados que eran un poco la continuación de la pica con que impulsaba la piragua— y tu voz da silencio sonoro... ¡Déjame que dé el paso de la pequeña gota! Sólo eso se oirá, una pequeña gota que cae al agua, que hace *pluc...* y que se acaba... —Chipó picaba, sudoroso, jadeante, sin entender lo que iba hablando—. ... No pretenda tu voz de hombre detenerme como Geo, en el islote. Es horrible... No tienes derecho...

Exhalas el olor del hombre que se opone a que yo me despose con el río... Tú lo quisiste... Tú me lo pediste... Mis piernas amorosas van ya en el temblor del que me hará suya, voy en él, sobre él, como su pertenencia, y ya sólo nos separa una cáscara de madera... Nadie, ni tú mismo, ni toda la sabiduría, sabrá dónde di el paso, en qué punto, sobre qué onda móvil hundiré mi zapato para en seguida irme toda entera...

Chipó picaba sudoroso, jadeante. Ya empezaban las aves marinas engañadas por el claro de la luna. Los móviles y hondos lomos de las olas ya fluían pausados. Cada una era un lecho. Remero y novia perdidos, borrados donde Mayarí dio el paso. No se oyó nada. No se vio nada. No se supo nada. La lucha de Chipó por rescatarla. Una capa de burbujas y nada más.

V

Las cabezotas de los soldados, recortadas sobre la pared del patio, seguían el movimiento de los dos cuerpos colgados. La luna los alcanzaba al sesgo cuando, empujados por el viento, en su oscilación de péndulos humanos caían bajo su fulgor de plata húmeda, y este ir y venir de los ahorcados se repetía en el balanceo de las cabezas de los soldados, enormes sombras sobre la pared hosca del patio.

El capitán, en cueros —sólo zapatos para no lastimarse los pies, sólo zapatos tuvo tiempo de ponerse, se los metió como pudo, la mano agarrándose el sexo para cubrirse—, vino a ver lo que ocurría a las voces del centinela que, aunque había pasado la noche despierto, le pareció que despertaba a una segunda realidad cuando vio, a la altura del techo, pendientes de las vigas, los cuerpos de los dos presos.

El jefe se quedó en pelota, sembrando en el suelo, entre los soldados que también corrieron a los gritos del centinela con las armas caladas. Una escupida del capitán. Una escupida entre los rascones secos de la tropa. Volvió a taparse las partes con la mano y tornó a su pabellón, alzando los zapatos para dejarlos caer y que resonaran las baldosas. El centinela miró a los soldados sin comprender. Los solados miraron al centinela. El silencio. La luna. La luna. El silencio. Los largos cuerpos de los ahorcados, ya fúlgidos, ya negros en la sombra. Se colgaron de sus fajas. Las fajas con que se atan los calzones. La del uno era corinta y la del otro verde. Un frío de pozo, de piedra de brocal de pozo en el patio. Trotes de ratas. Se van al monte. La luna en los techos.

En el pabellón del capitán un amago de cáscaras de luz alrededor de un quinqué. Tres ruedas de sombra y al centro, de la cintura a la cabeza, detrás de la mesa, él, su mano. Escribe un mensaje. Llama al cabo. Hay que ir inmediatamente a Bananera. No está cerca. Si estuviera allí, a la vuelta, ¡qué bueno sería! «Despierta al telegrafista y ordena que mande con carácter de urgente este telegrama.»

«Lo malo es que aquí no hay juez...», se dice en voz alta. Lo oye el sargento y le contesta que cualquier alcalde puede levantar el acta de defunción, según la ley. La voz del sargento en sus oídos, como respuesta que él mismo se hubiera dado. Pero fue el sargento el que contestó. Contestó simplemente eso. Muy bien. Correcto. Que el sargento vaya a la Municipalidad más próxima y se traiga al alcalde para que levante el acta. Va el sargento. No se puede llegar a «Todos los Santos» sin vadear el río. Es tanta la claridad que el río parece pasar quemando los bosques, las peñas, los llanos. Fuego ambulante, fuego que anda, fuego que se va al mar. Pero el alcalde no está. No está y no está. El sargento pregunta a una mujer encinta. Ya es de meses el panzón que tiene. La cabeza amarrada, la cara pañosa, la ropa limpia, pero pobrecita.

—¿Adonde se fue el alcalde? —le pregunta.

—Se fue a la capital por eso de que nos quieren quitar la tierra.

—No se las quieren quitar, señora, se las quieren comprar.

—Igual es porque no la estamos vendiendo. Si yo le merco lo que usted no me quiere vender, se lo quito, más se lo quito que se lo compro. Ansina es... Y ansina lo ve la niña de doña Flora Polanco, viuda de Palma.

—Vea, señora, usted mejor si se viene conmigo.

—Yo no...

—¿Cómo que no ?... ¡ Mandará usted!...

—¡Soy la mujer del alcalde!

—¡Me viene flojo! Y véngase por bien, más vale con su gusto, que si no me la llevo a la fuerza. Allá le va a contar al capitán todo lo que sabe de la hija de doña Flora... Si habla, si grita, peor para usted, porque la arrastro, del pelo me la llevo... ¡Salga!... ¡Nada de ayes!... ¡Salga!... Un paseíto le cae bien... No había contado salir andar... Así es la vida... Le cae bien por su estado y allá le informa al jefe lo que decía la niña de no dejarse quitar las tierras ni compradas...

—Bien bueno si es sólo para ir a eso... aunque es una barbarie.

Empezaba a amanecer. La luna igual a una gran rueda rota, despedazada, se enterraba en la sombra, sin poder rodar más, desprendida del eje, ladeada, pugnando para dar una vuelta más. Del otro lado, la planicie lechosa, caliente, ya bañada por la luz del día.

El sargento informó al capitán de lo que decía la mujer del alcalde. El capitán, sentado —bajo la mesa no se veía que estaba desnudo, sólo la guerrera tenía puesta—, hizo pasar a la mujer.

—Su nombre...

—Damiana soy yo...

—¿Soy yo es su apellido?

—No, yo soy Damiana Mendoza...

—¿Casada?

—Me extraña, con el bulto que ando ya pa no ser casada.

—El sargento me da parte que usted vio a la niña Mayarí, hija de doña Flora.

—Sí, hará como diez días.

—¿Dónde la vio?

—La vide en mi casa. Vino al pueblo para hacer ver a los que tienen tierras, los hombres, que no es de ley vendérselas a ese canche que anda ofreciendo por ellas el oro y el moro. «Si se las venden —es lo que dijo— se pierde todo derecho.» Y además aconsejó a mi marido, que es el señor alcalde de allí del lugar, que se fuera a la capital a pedir protección, porque no es recto lo que están queriendo hacer ese hombre, la madre, doña Flora y el comandante, que también diz está aconchabado con ellos.

—Muy bien, señora. Su marido ¿cuándo regresa?

—¡Pues quién sabe! No dejó dicho.

—Vamos a que se quede usted aquí con nosotros, detenida.

—¡Y mis otros hijos! ¿Usted cree que sólo este encargo me dio Dios? —y se pasó la mano por el vientre grávido.

—Entonces, lo que hacemos es lo siguiente. Un soldado se va a ir con usted y le va a quedar la casa por cárcel.

—Vivo en la Municipalidad...

—Pues la Municipalidad le va a servir de prisión.

—Si así lo dispone usted, que es autoridad, así debe hacerse. ¿Qué soldado me voy a llevar?

—El sargento que le diga...

—¿Un amargo, jefe?

—A su gusto, y a ver, sargento, si se va a otro pueblo, porque no todos los alcaldes agarrarían viaje por consejo de la señorita desaparecida.

—Debe haber hecho viaje a la capital para mover pitas contra el gringo. Por una parte me alegro. El baboso ése me cae tan mal. Se cree un rey.

—Es que es su novio y lo anda traicionando.

—De la mujer sólo el placer, jefe.

Más parecía un cenizal el pueblecito adonde el sargento llegó ya con el día. Una mañana calurosa y en aquel agujero de tres casas de adobe y lo demás rancherías, mayor era el bochorno. Eso sí, ladraron mil chuchos. Brotaban como moscas de los cercos de cañas, cercos de piedra, chilcales y sitios en que hubo casas. Tampoco en «Buenaventura» estaba el alcalde.

—¿Que onde anda? —le contestó un muchacho al que le preguntó en la plaza por el alcalde.

Debía ser la plaza un predio lodoso, rodeado de árboles.

—¿Que onde anda el alcalde?... Pues mero bien no se sabe onde—. Sólo un ojo se le veía al muchacho, el otro se lo tapaba el pelo.

—¿Y para dónde agarró, no sabes?

—No sé. No se sabe, pues. Ausente anda dende dos días hace.

—¿Y no dijo dónde iba?

—No dijo nada. Se fue...

El sargento anduvo indagando el paradero del alcalde en los ranchos. Las tres casas de adobe estaban desiertas. Los patios con gallinas y coches. Alguna venadita sombreándose en el corredor. Y el sol, el sol de fuego, como asador. Ni ruido ni aire.

Nadie sabía el paradero del alcalde. Se volvió. En el camino cuando uno va solo, luce fumar. Encendió una tagarnina, obsequio del míster que tenía que ver con doña Flora, porque «que tenía que ver con doña Flora, tenía que ver; cómo estaban, pues, acostados en el monte cuando él asomó con aquel preso amarrado...».

Cada vez que se quitaba la tagarnina de la boca se frotaba los dedos en la camisa, para secarse el sudor, que ya bastante la humedecía con la saliva y el sudor que le «dimanaba» de la cara.

«Antes mejor —humaba y andaba— la madre para el gringo que la niña, más hembra, más donde echar a retozar el ca... rácter... Y a la prueba me remito; últimamente ya no iba más la niña con ellos a ofrecer plata por las tierras a los camperos, porque se dormía, porque se quedaba revisando las cuentas, porque calentaban el horno para que hiciera pasteles, por tener que escribir a los padrinos, todos pretextos de la vieja para dejarla en casa y salir ella a 'reventarse' con el gringo por el bien de todos y el progreso del país. El mal fue que la muchacha se dio cuenta y les empezó a llevar la contraparte... Por no dar su brazo a torcer, no le decía a la madre, no te aproveches mi gringo, pero salía a predicarles a los camperos que no vendieran, por confesión hecha por la preñada que se capturó en 'Todos los Santos'»...

«Ya va el cabo con el doctor —se dijo— agora que voy allegando, y pa qué, pa qué...Pa que sartifique la causa del fallecimiento, como si no estuviera a la vista... ¡Pobres brujos, ayer cholísimos con sus caras tiznadas y sus caracoles y conchas de tortuga y ahora como pencas de guineo colgando muy del pescuezo!...»

Cuando el sargento, tras escupir la chenca de la tagarnina de tabaco picante como chile —el puro es como el freno, cuanto más arde más bueno—, cruzó el zaguán de la casa convertida en cuartel, para dar parte al capitán de no haber encontrado al alcalde en «Buenaventura», éste salía con el médico de su despacho, para proceder al descendimiento de los ahorcados. Se trozaron con machete las fajas de donde pendían y a registrarlos. Uno conservaba unas medallas del Señor de Esquipulas pendientes de un cordelito sobre el pecho. El otro nada. Ni pelo. Sólo el basto pecho y el corazón parado. El facultado certificó la causa de la muerte, sin tasajearlos. Una nube de zopilotes revoloteaba sobre los techos. Para enterrarlos se esperó la orden del comandante del puerto. Ya tenían mal olor cuando los echaron a un gran hoyo abierto en el puro campo. Tierra encima, y cielo más encima; sólo que el cielo no se lo echaban ellos, el cielo, día y noche, se los echaba Dios.

Ni vista ni oída en la casa de sus padrinos, los Aceituno. Levantados los encontraron doña Flora y el yanqui. En sus quehaceres. Si no se madruga en la costa, para aprovechar el fresco, no se hace nada.

—Alguito, comadre, café con pan... No cae bien estar con el estómago tanto tiempo vacío... Alguito va a ir tragando, si le pasa...

—Un velorio andando... ¿Sabe usted, comadre, lo que es velar la inmensidad desde un tren en marcha a sabiendas de que en algún punto de esa inmensidad yacía mi hija, vestida de novia, blanca, flotando en las aguas del río?

Don Cosme Aceituno la consolaba:

—No puede ser, comadrita; yo conversé cientos de veces con Mayarí, y jamás la oí hablar de quitarse la vida. Son ideas suyas...

—No sé, no sé ni cómo llegué viva... Por momentos yo también sentí impulsos de arrojarme del tren para matarme... ¡Horrible, horrible, horrible!... Rodar, rodar, rodar y la inmensidad bajo la luna con el color de mi hija muerta en el río...

—Alguito, comadre, café con pan —le insistió doña Paula de Aceituno, acercándole la taza y una canastillo con pan.

—¡Que Mayarí nunca pensó quitarse la vida!... El padre se mató.

—Pero eso no se hereda, comadre, no se hereda; ya uno de viejo ha visto y sabe...

—Y aquí está Geo; que le cuente, que les cuente, compadres, lo que hizo cuando lo aceptó de novio; ir andando la muy desalmada por uno de los islotes, hasta la punta, para que él la llamara, y la llamó cuando vio que ya iba con el agua hasta las rodillas; si no llama, se ahoga.

—Esa era otra cosa, doña Flora —articuló Maker Thompson—, era una prueba de amor.

—Sí, una prueba de amor que principió allí y terminó anoche, vestida de novia, en el río... Por el amor de Dios, vamos a ver al comandante para que hagamos algo... El corazón no engaña...

Hubo que hacer tiempo al comandante. Después de las dianas salía a bañarse lejos del puerto. A veces se escuchaban disparos. Era él, que les tiraba a las garzas. ¿La mano se tiene que hacer a la pistola o la pistola a la mano? ¿Ser o no ser? Miles de puntos negros pringaban el cielo. Aves que pasaban hacia el sur formando figuras caprichosas. Lecciones de geometría del espacio. Algunos pescadores. Volvían. Se iban. No se sabía si volvían o se iban chorreados de sol y de zafiro.

—El bien es que el barco no ha llegado y mi fruta ya está aquí —dijo doña Flora al salir de casa de los esposos Aceituno camino de la Comandancia.

Los compadres quedaron a la expectativa de lo que dijera el comandante, muñeco de brea vestido de blanco, infuloso, a quien sólo devolvían el saludo por aquello de que era autoridad. Si no, ni eso. ¿Gamo podía ser que no le diera lugar a don Cosme, maestro de muchas generaciones, jubilado por la edad y una sonsera de oreja?...

—Vos, Cosme, vos... ¿Vos pensás que la ahijada se haya quitado la vida, o que ésos le hayan hecho algo?...

—En las dudas, no sé qué decirte. Lo del suicidio lo descarto, porque, como le hice ver a la comadre, Mayarí es una chica muy cuerda, inteligente y sobre inteligente, de buenos sentimientos. Las madres como doña Flora poco saben de lo que pasa en el corazón de sus hijos. Por atender sus negocios descuidan el único negocio en que hay que estar, como es el de la salvación del alma, en la educación de los hijos, pues acaso sea en ellos en los que se salva o condena el alma de los que les dieron la vida. Un hijo malo es el infierno. Un hijo bueno es el cielo.

—¿Me dejas hablar a mí?...

—Habla, Pablita, habla, pero no entre dientes; en voz alta para que yo te oiga.

—Según las malas lenguas —no me lo creas a mí— la ahijada sufría mucho por la contrariedad de ver a la madre y al míster ese que se les pegó empeñados en arrebatarles las tierras a los de por ái por Bananera, y en ese caso, en un momento de desesperación, pudo haber hecho una que no sirve.

—Las mujeres saben más que uno siempre, porque tienen aquello en forma de oreja...

—¡No seas puerco!

—De oreja peluda...

—Te voy a pegar un palo, pues...

—Entonces tuve razón de sacarle a la comadre de la cabeza la idea de que Mayarí se hubiera suicidado; pues si ella sufría, se trataba de un sufrimiento nacido de sudar calenturas ajenas, y en cambio los amenazados con las pérdidas de sus tierras sufrían en carne propia el verse mañana sin ellas, y por eso se vengaron, se vengaron en lo que más quería doña Flora y el señor Geo. Claro, ella no se iba a suicidar por contrariada que estuviera; en cambio, los otros... ¿Sabes cómo le dicen a ese gringo?... El Papa Verde...

—Dios sea con nos, es como decir el Anticristo.

Una lona verde volandera en el balcón del despacho atenuaba la luz. El comandante esperó a las visitas que se habían hecho anunciar muy de mañana, con todas las cartas del juego en la mano. Así era como a él le gustaba dar audiencia.

Dos ahorcados, una niña desaparecida, los alcaldes en la capital, los pequeños propietarios negándose a vender sus tierras por ningún precio. Lindo empezaba el día.

Se sonó como si se fuera a sacar las tropas por las narices, estrepitosamente, al oír que avanzaban doña Flora y su futuro yerno. Esa forma de sonarse a lo militar era una advertencia anticipada a los comparecientes, a fin de que se dieran cuenta que se aproximaban, después de las dominaciones, los soldados de la guardia, al trono del señor.

Sin saludar, precipitóse doña Flora:

—¿No ha habido noticias de ella, comandante?...

Y antes que el militar tuviera tiempo de contestarle, amontonó palabras, frases, lamentaciones, acusando a los propietarios de las tierras que iban a comprar o a expropiar de haber hecho desaparecer a su hija, para saciarse con ella... «¡Ay, mi patoja!..., ¡ay, mi patojita chula!..., ¡ah, mi patoja!...» —sollozaba.

Maker Thompson contentóse con aproximarle una silla, mínima silla de hierro para soportar todo el pesar de una madre que por momentos perdía el control de su persona, siempre en guardia, con la altanería del dolor que es ira y sed de revancha.

—De eso, señora, de que a su hija le hubiera podido pasar eso que usted supone, por venganza de la gente del campo, no debe usted tener ni sospecha. Aquí estoy yo para asegurárselo.

—Bueno... —masculló ella—, me quita un peso de encima... Y entonces, ¿qué le pudo suceder, por qué desapareció a la chita callando? No dejó dicho me voy, voy a tal parte, o cree usted que una gente se puede ir así nomás... El corralero fue el último que la vio. Pasó con la leche ordeñada para la cocina, y estaba en el corredor...

—Es que su hija, señora, andaba en cosas que no debía...

—¡Mienten, comandante, mienten! Aquí el señor Maker Thompson, que puede responder por ella, como su novio y su futuro marido.

—No se subleve. No se trata de eso.

Maker Thompson levantó los ojos castaños, fríos, para mirar al comandante —el calor apretaba, la cara le sudaba; éste, parsimoniosamente, le ofreció un cigarrillo.

—Mayarí, la patojíta... —recalcó el diminutivo y dio tiempo a que Geo tomara el cigarrillo que le brindaba—, no era ninguna mansa paloma. Perdonen que hable así. Se las traía, ¿eh?, se las traía como buena hija de tata.

—No entiendo... —dijo Maker Thompson vivamente intrigado y hasta dio un paso para quedar más cerca del comandante y poder seguir el movimiento de sus labios, sobre los que cabalgaba el bigote carbonoso.

—Mayarí Palma, como ustedes lo van a oír, era el jefe de todos los que se resistían a vender sus tierras. Una señora capturada anoche, esposa de uno de los alcaldes, a quien se le dejó la casa por cárcel por estar preñada y tener otros hijos pequeños a quienes alimentar, refirió que su señorita mosca muerta, concitó a los alcaldes y vecinos principales, para que marcharan a la capital a pedir auxilio contra Maker Thompson, y de paso informar que yo estaba comprado por ustedes.

—Y esa mujer, ¿existe? ¿Cómo se llama?...

—¿Cómo si existe? No le estoy diciendo, señora, que está presa, y su nombre es Damiana Mendoza...

—Me deja usted muda...

—Mayarí, aunque usted no lo crea, salió a su padre, que había sido anarquista en Barcelona y vino aquí quién sabe si huyendo.

—Sí, él tenía esas ideas; pero Mayarí era muy niña cuando él se suicidó.

—Las ideas políticas se heredan, doña Flora, se traen en la sangre y nada más peligroso que esta clase de herencias. Así como de un revolucionario nace otro revolucionario, de un policía nace otro policía...

—Pero de ella, de ella ¿qué es lo que se sabe? —intervino Maker Thompson con cierta ansiedad en la voz.

—Nada concreto. Para mí que se fue a la capital con los alcaldes y principales. Telegrafíe esta mañana dando parte y pidiendo que se la busque y la detengan por agitadora. De hoy a mañana vamos a tener noticias y ya verán ustedes, ya verá doña Florona, cómo la que usted creía violada y muerta por los camperos, o vestida de novia flotando ahogada en el río Motagua, anda en la capital meneando pitas para que no despojemos de sus tierras a los que se les iba a pagar su precio en pesos oro.

—Bueno, tendré tiempo con Geo para ir a ver lo de mi fruta...

—Eso es, la señora hace el gran negocio y su hija me acusa a mí de estar vendido a ustedes, señor Maker Thompson... Todo porque me apasiona la idea de que mi país progrese, de que estos pueblos mejoren y se tornen alguna vez estas costas emporios de riqueza y civilización. ¡Ya estoy cansado de ver indios! Uno, desde que entra al cuartel, sólo indios ve, sólo con indios trata. Por eso, si yo hubiera tenido un hijo —no lo tuve porque de muchacho me pegaron un mi mal— primero le metía un tiro que dejarlo abrazar la carrera de las armas..., para que se pasara la vida como yo viendo indios, tratando con indios, oliendo a indio... y eso que parezco purísimo izcamparique.

Doña Flora separó la silla en que había estado sentada, frágil esqueleto de hierro desnudo, salitroso, y salió seguida de Geo y del comandante que les acompañó algunos pasos, hasta la guardia.

—Pero esta mañana hubo otras novedades. ¡Bonito empezó el día! Dos hombres se ahorcaron allá por Bananera, en el local donde instalamos la guarnición que les ayuda a ustedes a la formación de las fincas para las plantaciones.

—Y eso, comandante, ¿no tendrá nada que ver con Mayarí?...

—Que yo sepa, no. Eran brujos al parecer. Los agarraron con caracoles y tortugas en las orejas y en la cabeza, y diz que esperaban la medianería de la luna en el cielo, ayer hizo llena. A medianoche se colgaron tranquilamente.

—Bueno, jefe, ya volveremos por aquí.

—Nos estamos viendo, señor Maker Thompson.

—Pensamos estar donde los compadres Aceituno; si hay alguna noticia, nos avisa.

—Muy bien, muy bien, señora... ¿Y dice que vino su fruta?

—Sí, anoche, en el tren de carga en que nosotros nos acomodamos. Está muy hermosa. Sólo que este señor es muy codo y no quiere pagarme más de sesenta y dos centavos y medio por racimo...

—Y eso si son pencas de ocho manos; precio parejo para todos...

—Negocio y amistad son aparte... *Bisnes... Bisnes...* —fueron las últimas palabras del jefe al darles la mano.

Antes de volver a su despacho, desde la puerta de la guardia donde los soldados se mantenían firmes y el oficial se había acercado a decirle «Sin novedad, mi comandante», quedóse contemplando largamente el mar, como si fuera la primera vez que lo veía, como si no lo tuviera enfrente todos los días y a todas horas: imagen de lo imposible, retrato de lo imposible, espejo de lo imposible.

El sol quemaba con la fuerza de un soldador que derritiera lingotes de plomo sobre el poblado de ranchos de techo de manaca, la vegetación chaparra, tostada, color de arena verdosa, los edificios del puerto, las casas de madera pintada de colores chillones, el muelle, los rieles, los vagones de ferrocarril en

que vivían algunos empleados, chimeneas, algún ventanuco forrado con cedazo y el graderío para subir a la vivienda.

Del lado de la bahía, mar y cielo en un solo zafiro, apareció un barco blanco. Iba entrando y resplandecía. Pronto se oiría la sirena. Sol quemante de agua. Empezaba a gotear del lado de la tierra. Sin más ulular que sus gruesos goterones, el aguacero navegaba de la costa hacia el golfo, como a cerrar el paso a la nave fantasmal que al pronto quedó oculta tras cortinados de lluvia.

No hubo más horas por eso, no duró más la tarde. Incertidumbre de minutos, de segundos, y la lluvia que no escampaba, y el calor desesperante. Doña Flora telegrafió por su cuenta a su hermano, ingeniero Tulio Polanco, preguntándole si Mayarí no había ido a dar a su casa, pues nada sabía de ella, después de haberse marchado sin permiso a la capital. También telegrafió a una amiga y compañera de colegio con quien se carteaba, pero en este caso sin decir que Mayarí andaba por ahí sin su autorización. Más vale no acabarla de desacreditar. Ya el comandante se dio el gusto de llamarla con toda la bocota de indio bozal: «agitadora». ¡Mejor!... ¡Agitadora..., anarquista..., todo..., todo..., con tal que no esté muerta!

—A Cosme le pica el ojo y voy a buscar al gato. A lo menos pasarle la cola de ese animal por el párpado, para que no le vaya a dar escúpelo.

Y al salir la comadre, el viejo dijo:

—Ahora que estamos solos le quiero contar... —bajó más la voz—. Yo creo que anda por la capital o por allí en eso de ver que no le quiten las tierras a los paisanos, porque mi mujer me contó que decían que Mayarí estaba muy disgustada por lo que usted y el gringo ese andaban haciendo. Pero mire, comadre, lo que son las cosas. Nosotros pensamos en el suicidio como una solución para el caso, de parte de ella, de su desilusión al ver lo que sucedía, de su desengaño al ver a la madre y al novio mancornados contra esa pobre gente, y no se nos pasó por la cabeza esta otra salida: la estratagema de levantarles a los propietarios en contra, con el apoyo de las municipalidades. ¿Qué le parece?

—En estando ella viva, don Cosme, todo me parece muy bien. —Y lo de «Don Cosme» se lo dijo, porque aquellos juicios sobre su conducta ya no eran muy de compadre.

Doña Pablita volvió con el gato y el maestro retirado se prestó a que le pasara la cola por el párpado.

—La tiranía del remedio casero, comadre...

—¡Por San Caralampio, escúpelo!... —decía la señora Pablita—. ¡Por San Caralampio, escúpelo y no escúpelo, escúpelo y no escúpelo!...

El gato empezó a maullar. Miau, miau, miau...

—¡San Caralampio! ¡San Caralampio!

Geo trajo del barco un paquete con carnes frías para ajustar la comida, el magro caldito de pescado con trozos de pan frito en aceite y unas papas en colorado de la cocina de los Aceituno, y una botella de vino tinto, clarete, y una botella de ron cubano, y una botella de whisky, y una botella de coñac, y una botella de ginebra, y una botella de champán, y una borrachera que por poco se vuelve catastrófica. Iba a caer sobre don Cosme. ¡El gran poder de Dios!, invocó doña Pablita, pasando en seguida a rezar «La Magnífica», mientras doña Flora detenía aquella torre de carne, de carnes y botellas que en la semioscuridad de fondo oceánico que formaba la luz del quinqué paseaba los ojos castaños como ojos de vidrio. Lo malo es que se le había olvidado el español. Todo lo decía en inglés. Y

ellos allí no entendían. Don Cosme, todo lo que recordaba de sus años de maestro, cuando integraba las ternas de los exámenes de inglés en el Instituto Nacional, era: «forguet», «forgot», «forgoten», y se lo dijo, lo que hizo que Geo se echara a llorar como un niño, tomara de las manos, para besárselas, a doña Flora, la abrazara, la apretara la cabeza con sus dedos de gigante y terminara entre voces cortadas y gesticulaciones, moviendo la cabeza para repetir: «¡No!... ¡No!... ¡No!...»

—Pero qué les has dicho... —le reclamaba doña Pablita a su marido—, qué le has dicho para que se haya puesto así...

—Yo qué sé, mujer...

—¿Cómo, entonces, se lo decís?

—Me acordaba del sonido: «forguet», «forgot», «forgoten»...

Maker Thompson, al oír de nuevo a don Cosme se lanzó un gran puñetazo él mismo para golpearse la cara y se hubiera dado otro más fuerte, si doña Flora no le pone una almohada a tiempo. Allí quedó su puño tembloroso, blanco, hirviente. «¡No!... ¡No!... ¡No!...»

—¡Cállese, compadre! —le gritó doña Flora, mientras por la cabeza de Geo empapada en sudor pasaba su mano, acariciándolo, para que se calmara.

Al irse hundiendo la llama del quinqué se iban hundiendo todos en una luz aterronada. Con los dientes mordió el borde de un paquete de cigarrillos para abrirlo, y lo abrió; luego, sin usar otra mano, quedóse con uno en los dientes y pasó el paquete. Don Cosme, solícito y callado, aproximóse a darle fuego. Fumaron todos. Lejos se oía el Norte que estaba haciendo de las suyas fuera de la bahía. Más lluvia que viento. Lluvia fresca. Barría el calor momentáneamente.

—¿Whisky? —preguntó doña Flora.

—¡Oh, yes!

Doña Pablita trajo el tirabuzón y todos, como dijo don Cosme, se sirvieron como cristianos, menos él, que se sirvió como yanqui.

Ni por más que se esforzaba conseguía don Cosme esclarecer en su memoria aquellos sonidos («forguet», «forgot», «forgoten»), que en mala hora recordó. Pero insulto no podía ser. Se preguntaba en los exámenes. Sin embargo, el gringo planta del Anticristo —qué bien le cuadraba lo de Papa Verde—, trenzado en una jerigonza de orgía —el box es la orgía de los sajones—, empuñaba y desempuñaba la mano, grande como un guante de dieciséis onzas, repitiendo a cada momento:

—¡Shut-up!... ¡Shut-up!...

Se fue, sin importarle el chubasco y sin cerrar la puerta, después de estrellar el vaso de whisky en el suelo.

¿Quién estaba queriendo arrancar el mar?

El aire con agua le cerraba los ojos y hubo de inclinar la cabeza para que no le dejaran ciego los disparos de sal, escopetas cargadas de sal que le rociaban la cara. Pero no sólo él andaba a tientas preguntando quién arrancaba el mar, sacudido desde sus raíces más hondas, hasta la redondez inmensa de sus ramas. Los faros pizpiriciegos en vano alargaban sus pescuezos de sombra para clavar su luz mojada en los litorales, espumajeantes.

Todo se tambaleaba con él, sin él y alrededor de él, tan, tan, tan, tambaleante iba...

Golpeó la arena con el pie, hasta encontrar en el dolor del tobillo la argolla del

encadenado y en simulacro de fuga, temeroso de estar con cadena, echó a correr sin rumbo, bien que sabía dónde, entre el eco desenfrenado de la marea y la tiniebla de lodo fino, siniestramente dulce, que se alzaba de los pantanos. Osciló, las rodillas requebrándosele, en lucha con un cocal que no le dejaba pasar, y al que se arrojó, del toro el abrazo de los cuernos, para que no le embistiera con sus cornamentas peinables, y entre las cornamentas racimos de testículos. Y después de la lucha con los cocales, resoplar de toros enraizados, los caballos de espuma, de los que unos montaba y otros le pasaban por encima, tan, tan, tan, tambaleante iba.

¿Quién lo había arrebatado?... ¿Adonde iba con los caballos que le pasaban por encima? Gran manera de cabalgar, él tirado en el suelo y los caballos saltando, pasando sobre su cuerpo.

No regresó a la playa nadando ni trasportado por el oleaje, sino en el viento, acostado en el viento que lo estrelló contra la superficie de un playado rocoso.

Palpó, como si reconociera el islote y con voz de bandeja sumergida en copas dijo señalando al mar embravecido:

—¡Me resbalé en esa cascarita!...

Imposible saber si iba bien, si iba mal. Ni veía ni oía por dónde lo llevaban sus pasos. Iba a llamarla. ¿Quién la hace volver de su voluntaria marcha hacia la inmensidad si él no la llama?

—¡Mayaríííí!... ¡Mayaríííí!...

Mayarí marchaba delante y él la seguía. Por su jadear notaba que la seguía a grandes pasos, casi a la carrera, aunque cada vez más lejos. Contra su pecho de hombre medio desnudo, contra sus grandes huesos,, contra su pequeña carne de papel mojado, se alzaban bosques de lluvia sesgada con sabor a tierra y penachos gigantescos de espumas sobre grandes masas líquidas decapitadas en el mar y mar afuera combatiéndolo.

—¡Mayaríííí!... ¡Mayaríííí!... ¡Mayaríííí!.... —Qué cantidad de agua los separaba, en lo profundo y en el cielo agua y más agua...— ¡Mayaríííí!... ¡Mayaríííí!...

Ya áfono, la voz perdida en el baúl de su garganta, enderezaba la cabeza entre pelo y agua, el agua corriéndole por la cara, para gritar frente al vaivén bullente del oleaje:

—¡Vuelve, Mayaríííí!... Vuelve..., regresa... Yo me haré de nuevo al mar..., seré el que era, pescador de perlas..., venderé indios de Castilla del Oro..., comerciaré con ébano humano y ébano vegetal..., con pepitas de oro y con oro de cabellos de rubias vendidas en Panamá... Y entonces, cada vez que mi bajel arribe, desde el islote me llamarás: «¡Mi pirata adorado!...» ¡Pero vuelve, vuelve, regresa, está muy lejos la isla de Utila para llegar nadando! Geo Maker Thompson ha dejado de ser el plantador de bananos. Se acabó el Papa Verde. Para navegar es mejor el mar que el sudor humano...

Amaneció en el barco, adonde lo arrastraron dos negros un poco violentamente. En la noche no se veía que eran negros. Doña Flora dirigió la maniobra.

Las ocho, las nueve, las diez de la mañana y las comunicaciones interrumpidas por el mal estado de las líneas. Doña Flora se instaló en el telégrafo. Cuanto más cerca, mejor. Se levantaba, se escabullía por la puerta, para salir a ver fuera de la oficina —nada, porque no había nada que ver—, para volver a entrar a dejarse caer en el escaño. Nuevamente se incorporaba, como si el escaño la quemase, y empezaba a deletrear las palabras de un almanaque, o a leer las tarifas...

—No digas que soy mal pensada, Cosme, pero estoy con la espina de si la ahijada

no se iría de su casa por ce... lestiales. Ese amor con que trata la comadre al yerno. A saber si vos te fijaste. No te habrás fijado por estarte queriendo acordar de lo que quería decir ese for... no sé qué..., for... no sea lo de for... nicar de la doctrina cristiana...

—Son los tiempos del verbo olvidar, Pablita, esta mañana me acordé. Me estuve y me estuve toda la santa noche, hasta que me acordé. Verbo irregular. Con razón que se puso tan alterado cuando yo lo dije...

—Le estabas pidiendo que la olvidara, ¡qué vivo sos vos!; aunque eso con los hombres nada tiene de irregular. Se ve todos los días. Para mí fue por celos que se huyó la muchacha. El hombre ese se ve más propio para ella.

—Por la ambición, no te contradigo. Tipo del pirata...

—¿Del pirata? Te quedas corto. ¡Del tiburón!... Y ella, vieja bribona que quisiera que los barcos esos de la inocencia blanca fueran repletos de guineo hasta las chimeneas. Esos barcos blancos son como sepulcros, Cosme. En lo que paramos..., que de otras partes nos manden tamañas tumbas flotantes, como sí nosotros no estuviéramos aquí ya bien soterrados.

Los ojos del telegrafista no pudieron engañar a doña Flora, al oír la llamada. Estaba llamando la capital. Apoyó el dedo en el manipulador y contestó. Ella, para estar más segura, le preguntó si ya estarían buenas las líneas. El, con la cabeza, le dijo que sí. Y siguió manipuleando.

—¿Y ella? —preguntó don Cosme.

—Allá está en el telégrafo. Desde aquí la estoy viendo. Pues lo cierto que la ambición los hizo mancuerna, los amancornó.

—Las mujeres ven más que nosotros, porque aquello lo tienen en forma de ojo..., el ojo en el triángulo...

—¡Ve, te callas, o te doy tus palos! Viejo podrido, sólo en ésas vive... Mejor sería que me contestaras. Hasta ahora no me has dado tu opinión sobre si crees, como yo creo, que la ahijada se fue por celos.

—No. Se fue porque la sublevó la injusticia, y andará levantándoles a la gente, para que no aflojen las tierras.

El telegrafista le largó abiertos dos mensajes a doña Flora. Su hermano Tulio y su amiga contestaban que Mayarí no había llegado. Su hermano agregaba: «Sumamente apenados infórmanos al saber de ella.»

No se preocupó de su fruta. Fue al muelle para ver el agua. Estúpidamente. Ver el agua. Las bodegas no tenían fondo. Centenares, miles de racimos. Los cargadores, curvados como «enes», con el tilde del racimo en el hombro, se le antojaban una procesión de «enes» a don Cosme, que vino a preguntar a doña Flora por la respuesta de sus telegramas.

—A mí lo de la capital no me convencía del todo, compadre...

—Ni a mí... —apoyó don Cosme tras leer los mensajes.

Doña Flora le midió con los ojos antes de que siguiera.

—Hable, diga...

—A mí lo de la capital no me acababa de convencer, porque presumo que Mayarí anda cerca, moviendo a la gente que teme por sus tierras y por allí aparecerá...

—Dios lo oiga, compadre, porque lo de la capital no resultó. —Y después de suspirar y callar—: ¿Por qué se llevó el vestido de novia? Eso es lo que yo me pregunto a cada momento... No se iba a vestir de novia para andar de «agitadora» en el monte, como dice el comandante. Se vistió de novia para suicidarse, eso es;

sanamente, para arrojarse al río. Y nadie me quita la idea de que así fue. Mi corazón la ve vestida de desposada, flotando como una orquídea blanca... Acuérdese, compadre, que el corazón no engaña...

—Si fuera usted de más lecturas diría yo que está obsesionada por la imagen de Ofelia...

—Mi hija, don Cosme, qué Ofelia... ¡Una agitadora vestida de novia! ¿La ve usted, compadre?

—¿Y si se llevó el vestido para significar que ya no quería casarse con su enamorado? Comadre, hablemos las cosas como son. ¿No cree usted que la niña haya sentido celos de usted y el gringo? En ese caso, sí podría suponerse lo del suicidio.

—Vea, compadre, no me haga decir una barbaridad. Jamás pudo sentir celos de nosotros.

—¡Qué sabe usted!... Tengo entendido que ya ella no los acompañaba en sus recorridos, que se quedaba sola en la casa... Y usted es todavía apetecible, señora, apetecible; esas carnes están...

—¡Cuidado, compadre, que se vuelve piedra!

—¡Por usted, aunque me quedara hecho un tetunte!

—Déjese de estupideces, viejo majadero, peor que porquería... Ya se lo voy a decir a la comadre, para que le quite las ganas a sopapos...

Del barco bajaba Maker Thompson. La saludó a gritos. Con la mano le hacía señas de que estaban cargando su fruta. Don Cosme se quedó mirando el agua.

—No está en la capital —dijo ella al acercarse a Geo, con los telegramas en la mano.

—Bueno, tal vez no quiso asomarse a casa de su hermano ni a donde su amiga. Muy natural, por otra parte. ¡Como no iba a nada limpio!... Lo que tal vez aclare el asunto es la respuesta que le den al comandante. Vamos para allá. Podemos preguntarle si recibió alguna contestación.

—El telegrafista me dijo que no...

—Bueno; entonces, ¿quiere subir al barco?...

—Sí, me disgusté mucho con ese viejo imbécil del compadre. Dice esa mala bestia que tal vez Mayarí se fue por celos, celos porque existiera algo entre nosotros dos.

—Claro, es una opinión; cualquiera puede decir eso y más, pero no es verdad.

Ya en lo alto del barco, entre los ventiladores del saloncito, el calor era menos. Pidieron dos limonadas con bastante hielo. Sin hablar, se conversaban con el humo de los cigarrillos. Sus pensamientos fueron como la brisa hacia los espinazos de los islotes, apenas dibujados en lontananza. ¿Cuál de todos era? ¿Podría señalarse? ¿Era aquél? ¿Era el otro? Por uno de ellos avanzó una tarde. ¡Mayarí! ¡Mayarí!, la llamó Geo. Y por eso se detuvo. En el iris del mar, llanto en cristales visto desde los ojos nublados por las lágrimas de doña Flora.

—No llore, alguna noticia habrá...

—Ahora yo sé que usted la quiere; tanto me consuela eso que usted no se lo imagina. Anoche, si no lo detenemos, se mete al mar en busca de ella. Dígame. ¿Qué lo llevaba? Quiero saber, porque las almas se dan citas y mi pobre hija acaso lo haya estado llamando desde la borrasca. Ahora me pregunto: ¿por qué no lo dejamos? Somos tan estúpidos los humanos queriendo enmendar el destino, y por eso todo nos sale al revés. Ella lo llamaba. Se lo quería llevar. No lo quería

dejar aquí. No lo quería dejar...

—Lo único que recuerdo es que yo la llamaba, y la ofrecía volver a pescar perlas. Estaba muy borracho. .

—¿Y qué le dio contra ese viejo sordo de mi compadre? El decía una palabra y usted se indignaba.

—¡Olvidar! Decía a cada momento, olvidar, olvidar...

—Vea qué sinvergüenza; después de meter las patas resultó con que él no sabía lo que quería decir con esas palabras. Le pedía que la olvidara, vea qué zángano.

Y tras un largo silencio y otros cigarrillos, al tomarle Geo el vaso de limonada vacío, para dárselo al criado —un negro que lo miraba con cierta risa, uno de los que lo trajeron la noche anterior—, explicó doña Flora que hubiera o no hubiera noticia en la Comandancia, ella pensaba volver a Bananera.

—El dinero de mi fruta lo cobra usted. Yo me voy esta tarde; no puedo dejar tan abandonadas mis cosas. Acuérdese que allá yo soy todo: el administrador, el mozo, el buey...

—¿Almorzaremos en el barco?

—No, voy a irme a recostar un rato. Siempre le agradezco.

—La acompaño... Me hace falta gente allá en Bananera y voy a ver si encuentro algunos hombres. Aquello está creciendo y faltan brazos.

—Y de paso, ya que nos queda en el camino, si le parece pasamos a la Comandancia; quién quita que hay alguna noticia... ¡Que frióte usted! ¡No sea tan frióte! Sólo porque anoche vi que la quería ir a buscar al mar le perdono el que se quede peor que palo, indiferente, como si no se tratara de saber el paradero de su futura esposa...

—Para mí, ya no...

—¿Por qué?... ¿Por lo del vestido?... Señor, se pide otro...

—Aunque aparezca ya no es para mí... —y tras un momento, tratando de aclarar, añadió—: ... no el vestido; aunque aparezca ella, ya no es para mí. Se puso de parte de los otros, de ellos, de los indios, de los mulatos, de los negros, y ella sabrá por qué, y no voy a ser yo el que le va a reclamar o a pedir explicaciones. ¿Para qué? Los hechos valen más que las palabras. Mayarí es enteramente eso: otra persona para mí; para mí sí se perdió para siempre...

—Pues, señor, amanecí con el santo volteado, ¡sólo falta que me cague un zope! Por un lado el compadre y por otro usted; el viejo sordo queriéndome andar los nueve días y usted afligiéndome más con que mi hija se puso del lado de los otros. Lo que tengo que hacer es irme...

La pena acentuaba sus rasgos bellos. La costa realzaba sus atractivos de mujer de fuego.

No estaba el comandante. Doña Flora se fue a descansar y Geo en busca de sus hombres. Ahora ya sabía a qué atenerse. ¡Niña boba! Reclutaba gente para todo. Descuaje de bosques, socolas, chapeos... y algo que habrá que incendiar de ranchos —les explicaba sin dar importancia a sus palabras—, para que así se acabe la enfermedad, mucha plaga está viniéndonos de Panamá, viruela y fiebre amarilla... Hay que meterle fuego a todo, rancherías viejas que no son sino focos de infección... Por parejo la quema, pues más vale acabar con unos cuantos ranchos y que se achicharren unos fulanos que exponerse todos los que por allá van a trabajar a morir de uno de esos males...

Lo que no convenía a los hombres era tener que renunciar a las diversiones que

menudeaban en el puerto. En el monte no hay alegría —se hablaban entre ellos—, no hay regocijo, y peor en esos montes donde todo es monte, monte, monte tupido. El que no sepa estar sin los esparcimientos del puerto, mejor que no vaya. La hora de las trompetas y los clarines en la comandancia militar. Oír cuando están todos juntos tocando, ya sea la misma diana o la mismísima retreta. Ver llegar los barcos que vienen de por Belice, de las islas o de por allí no más de Livingston. Estar en el muelle cuando dejan caer un recreo de desperdicios que se vuelve recreo de tiburones. Admirar los vapores que vienen a cargar guineo. La arrebiata de hombres trepando en fila de hormiguero, uno tras otro, con el racimo a cuestas. Qué mejor diversión para el pobre que ver trabajar a los «canches», como trabajaban en los barcos, lavando pisos, haciendo la comida, pelando papas...

Mucho y bueno lo que había que abandonar en el puerto, por irse al monte a ganar la moneda. Esperar la llegada del tren de pasajeros y subirse por los coches de primera para bajarse por los de segunda, o al revés, trepar por los de segunda y bajar por los de primera, o sentarse y sentir en los asientos el movimiento del viaje. Y las visibilidades. Estar a la hora en que encienden los foquitos del muelle, rosarios de luces que mermaban su brillo junto a los trasatlánticos iluminados. Ser de los que hacen grupo cuando el cadenaje llora para extraer algún monstruo marino. Y los que tenían gallos cuándo iban a poder moverse para el monte. Y los que tenían mañas de espiritistas. Y los enconados. Ni pensarlo. La ardentía del guaro era otra. Dónde beber con amigos en lugares en los que no se ve alma viviente. Dios se lo pague al míster que les promediaba tan buen sueldo, pero mejor quedarse pobres en el puerto, donde de tanto mirar el mar, de repente se les formaba una perla bajo el párpado. La única esperanza. Y por eso, horas y horas, sin cansarse, miraban la inmensidad. De tanto mirar el mar, la lágrima más salada puede convertirse en perla. La paga era buena, magnífica. Imprudente el hombre con los jornales que les ofrecía. Eso sí, con su «pero». Habían de ir a quemar ranchos. Por eso de la enfermedad. Pero, *¿y* si no fuera sólo por eso, sino por otra cosa, y se hicieran de delito? El dinero siempre acaba haciendo a la gente delincuente, aunque no esté presa ni en juzgado.

Pero todo fue comenzar el enganche y como moscones en agua con azúcar, ante lo principal de la paga, ir cayendo uno tras otro. Les hacían el adelanto, unos pesos para el bastimento del viaje, y los que quisieran ir en tren, con decirlo bastaba; pasaje gratis.

A medianoche salía el barco. Geo invitó al comandante para comer a bordo. Alguna atención antes de volverse a sus guaridas selváticas. Doña Flora, después de aceptar, dijo que no. Geo Maker no entendía. Igual que si le hablaran en otro idioma que no fuera el español, que él dominaba perfectamente.

—Es incorrecto que yo vaya a comer con usted, que me siente a su mesa, si dice que ya nada tiene que ver con mi hija, señor Maker Thompson. —Y para sus adentros, ella se dijo: le siembro el señor y el apellido, para que vea que ya no es Geo, que si para él se acabó mi hija, para mí se acabó Geo.

—Lo siento... ¿Podría venir a tomar café?...

—Lo voy a pensar, señor Maker Thompson, porque si ya nada tiene que ver con Mayarí, nada tiene que ver conmigo...

—Con usted, sí...

—¿Cómo conmigo sí? ¡Primera noticia!

—Y no la última; con usted tengo que tratar por cuestión de negocios.

—Solamente por esta vez lo molestaré con lo del cobro de mi fruta, porque debo

irme; después yo me las arreglaré sola. Una cosa más: no estando mi hija, preferiría que usted no fuera a la casa.

—Correcto; yo también lo tenía pensado así. Me voy, porque se hace tarde; el comandante debe llegar de un momento a otro; si usted quiere venir a tomar café, con el mayor gusto.

—Si voy será por ver al comandante; telegrafió a la capital y no le han contestado. Es desesperante... El calor, la angustia, estar aquí como presa sin saber para dónde ir...: si quedarme, si marcharme a Bananera, si largarme hasta la capital!... ¡Ah, pero..., es verdad que a usted ya no le importa Mayarí!

—¡Cómo no me va a importar, doña Flora, si soy su amigo, si soy amigo de la casa, si a Mayarí la quiero, por qué había de negarlo; lo que no veo es que al volver ella yo siguiera siendo su novio o nos casáramos inmediatamente, como pensé hacerlo antes de saber en lo que andaba!

—¡No sabemos si es verdad!

—Bueno, habrá tiempo para ponerlo en claro...

—La duda en esos casos ofende...

—Resolver las cosas amontonadas es pasearse en todo, como usted misma dice... Y hasta luego, venga a tomar el café en el barco...

Lo odiaba. Lo aborrecía con todas sus fuerzas. Bien débiles por cierto, como las fuerzas del moribundo que odia y aborrece a los que se quedan a la hora en que él emprende el viaje. La agonía de los pequeños productores de guineo a la hora en que la gran plantación llegaba como si se saliera el mar a cubrir los valles entre las montañas, las cañadas, los socavones de helechos rumiantes, por el ruido que hacen al comerse el viento y la luz que alcanzan desde su penumbra, y en lugar de agua quedara todo sumergido, todo bajo los bananales, cientos, miles, millones de plantas, a perderse de vista, a verlas engullidas por el horizonte.

Maker Thompson leyó dos veces el telegrama de papel blanco marfil con la viñeta y los encabezamientos azules, telegrama oficial, que el comandante acababa de desdoblar, para entregárselo abierto.

—¿Qué le parece?

—No me extraña; en cierta oportunidad, al hablar de Chipó me salió diciendo. Espero que lo recuerde bien, para contarlo exacto. Voy a tratar de reconstruir sus palabras. «Chipó no es, como tú crees, un hombre y un individuo. Chipó es la opinión de todos los que están contra la entrega de las tierras, vendidas o no vendidas. ¿Para qué quieren capturarlo? Para que no repita lo que todos saben. Mejor, metan a toda la gente en la cárcel.»

—Lo que usted acaba de recordar, señor Maker Thompson, aclara todo. ¡Pobre mamá!...

—Por ella lo siento, porque es una mujer como yo hubiera querido que fuese Mayarí; pero la vida no da a todos los «laures», como decía el trujillano aquel que tuve, por decir lauros.

—Habrá que mostrarle el telegrama; allí sí que como dicen en los diarios cuando se archizurran en algunos: sin comentarios.

—Quedó que tal vez vendría a tomar café.

—Y cada vez va a ser más. Allá es mucho el consumo y eso es lo que nos mueve a sembrar por nuestra cuenta. El productor nacional no puede con la demanda del mercado americano. Pero, y de eso le quería hablar, comandante, pero termínese

ese whisky para pedir otro...

—Para mí creo que ya no; hasta la cuenta perdí de los que nos hemos tragado. Un penultimazo, sin embargo, no cae mal.

—Mientras lo traen y antes que venga doña Flora, quería decirle dos cositas. No me ha dicho usted cómo vamos a arreglarle sus gratificaciones. Lo que se usa es no dejar traza, salvo cuando se quiere tener agarrada a la gente. Por ejemplo, en Centroamérica, a los diputados se les dan cheques; así quedan cogidos de la cola. No les importa. Son gente que abiertamente colabora con nosotros. Pero en el caso de otros colaboradores, preferimos entregar *greenbacks.* Eso no deja huellas. En este sobre encontrará usted lo prometido, como un simple adelanto a todo lo que vendrá.

El camarero se presentó con los whiskys.

—Bueno, amigo, a su salud; y gracias por el regalito. Conste que yo no se lo estaba pidiendo. Mi apoyo se lo brindo desinteresadamente, en el buen entendido de que nos hagan progresar, civilizarnos. Lo que necesitamos es un poco de maquinaria, para construir caminos, emprender cultivos, sacar la madera de nuestros bosques, ponerles coto a los ingleses en Belice...

—Salud, comandante, y una segunda cosa. En Bananera estoy concentrando muchísima gente —ya pasan de mil— y temo que un día de éstos se nos desencadene una peste de viruela, fiebre amarilla... Mucha de esa gente ha venido con el miasma de Panamá...

—Bueno, usted dirá lo que hay que hacer; siempre que no sea pedirle dinero al Gobierno, porque para eso siempre está agotado el presupuesto. Si lo sabré yo, que he querido sanear el área del puerto, una cosa tan pequeña.

—Por el contrario, nosotros vamos a colaborar con el Gobierno; pero necesito, no que me autorice, sino que se haga la vista gorda si yo le meto fuego a todas esas rancherías inmundas que hay por allí, nidos de piojos, de gente sucia...

—¡Qué jodido está eso!

—Bueno, no es así no más. Voy a proporcionarles donde vivir decentemente; voy a construirles casas nuevas, ya en las nuevas plantaciones, donde podrán trabajar si quieren o, si no, vivir allí como en casa propia y salir a trabajar adonde les parezca.

—Si es así, me va gustando su modo, como dicen los indios. No hay duda, amigo, ustedes son prácticos. Si me da usted su palabra de reponerles casas, que no se vayan a quedar a la descampada...

—Las viviendas y los muebles y trapos que tengan; que alguna vez, pobre gente, tengan todo nuevo...

—Si a ellos también se les pudiera quemar y cambiarlos...

Le supo a lágrimas la taza de café, entre el zumbar de los ventiladores, las voces de pasajeros y visitantes, y el silencio del comandante y Geo. El llanto le nublaba las letras del telegrama:

«... *Alcalde Gabriel Guerra informó esta superioridad mujer Mayarí Palma Polanco desaparecida esa zona, según suyo fecha... embarcó para playado 'El Chilar' barca conducida individuo Chipo Chipó. L. y C. Meneos.»*

—No hay nada irreparable en eso, mi señora —trataba de consolarla el comandante—. Por el contrario, ahora ya sabemos dónde anda y en qué anda; vamos a ordenar que el capitán que está al frente del destacamento en Bananera

salga inmediatamente para el playado «El Chilar», donde es fama que el paludismo enterró el ombligo...

—Y yo me voy en seguida...

—Y usted se va en seguida, en el primer tren...

—De todas maneras arreglaremos para llegar a Bananera en la madrugada —simplificó Geo—; yo también tengo que estar por allá mañana.

—La embrujó Chipó —mascullaba ella—; la embrujó Chipo Chipó...

Una riña al costado del barco entre negros y blancos. Se golpeaban ferozmente bajo los reflectores. Ni un quejido. Sólo el jadeo y el ruido fofo de los cuerpos al golpear en el muelle, el yuxtaponerse el eco de los pisotones, los puñetazos, los cabezazos, los puntapiés, y entrecortados insultos y blasfemias. Además de los hombres intervenían mujeres, unas tratando de poner paz y otras dando mona; desgreñadas, las ropas casi arrancándoseles, arañaban, escupían, maldecían, intervención que les daba aspecto de danza de zapateado, de golpeado, de jaleo sin música a la orilla del Caribe.

La luna en menguante, barca de oro rojizo, emergía del infinito cálido sobre las montañas achocolatadas y la superficie de la bahía. Abajo, soledad y rutilantes monedas de oro, monedas de los faros en el agua, y arriba, la noche en soledad de estrellas.

VI

Se le calcinaban los pies aterronados. Pedazos de tierra que se va. Pies desnudos. Interminables filas. Pies de campesinos arrancados de sus cultivos. Imagen de la tierra que se va, que emigra, que deja escapar pedazos de su gleba buena, caída de los astros, para que no permanezca donde ha sido privada de raíces. No tenían caras. No tenían manos. No tenían cuerpos. Sólo pies, pies, pies, pies para buscar rutas, repechos, desmontes por donde escapar. Las mismas caras, las mismas manos, los mismos cuerpos sobre pies para escapar, pies, pies, sólo pies, pedazos de tierra con dedos, terrones de barro con dedos, pies, pies, sólo pies, pies, pies, pies... Se les ve donde van, ya no están en sitio alguno, van, marchan sin hacer ruido, sin levantar polvo, marchan, marchan, marchan, brasa y humo las viviendas, y el descuaje de los bosques semisumergidos en el agua, humedad jabonosa donde sólo impera el zompopo, la abeja negra, nubes de insectos, guacamayas y monos.

La familia de mulatos se agarró con todos sus hijos al terrenito sembrado de guineo. Pero fue inútil. Los arrancaron, los pisotearon, los despedazaron. Se agarró al rancho. Pero fue inútil. El rancho ardió con trapos, santos y herramientas. Se aferró a la ceniza. Pero fue inútil. Una veintena de energúmenos, al mando de un capataz de pelo colorado, los expulsó a latigazos. Las viejas mulatas, colgadas de sus lágrimas, se revolcaban como si les hicieran cosquillas, gritando, chillando, intentando defenderse con sus manos de higuerillo, heridas, golpeadas, sangrantes, para resistir aquel llover de látigo. Y los mulatos tostados de viejos, pelo entrecano sobre los cráneos redondos, salían borrachos de angustia, trastabillando, empujados golpeados, desposeídos, seguidos de la prole menuda, hijos, nietos que traducían el choque del cuerazo sobre las carnes de sus padres repitiendo, mientras lloraban de miedo bajo un calor de llaga, inarticuladamente: *¡chos, chos, moyón, con... cboss, chos, moyón, con...!*

Los mestizos resistían. Dulce es la tierra donde uno nace. No tiene precio. Toda la demás es amarga. ¿Dejar así no más los guineales, los trapiches entre cañas en vicio, los venados que las escopetas detenían en misteriosa coincidencia de bala dominguera y animal raudo, las colmenas, los tepemechines, la hamaca? Las guarisamas al aire, lenguas-machetes que hablaban el único idioma que ahora se usaba por allí, puntazo y planazo, para hacerse entender rápidamente, marchaban con patachos de mulas cargadas de fruta hasta la estación de Bananera, donde paraba el tren frutero, para completar los embarques de bananos. Las patrullas les daban el alto y una y otra vez, interrogándoles de dónde sacaban la fruta, adonde la llevaban, quién era el dueño, cuánto acarreaban, todo para retardarlos y que el tren se les pasara, pues en este caso la fruta se perdía. Aguaceros hoy, calor de fuego mañana, crecidas de los ríos bravos, noches enteras avanzando con las bestias hasta la cincha el agua y el lodo, el criollo mantuvo su ritmo de entrega de bananos para los embarques. Ningún atraso, ninguna remora lo detuvo; él también era ambicioso. Le faltaban elementos de cultivo y de transporte. Pero los tendría, los compraría. Le sobraba la plata. Mal vestido andaba, pero no era miserable. No le gustaba la ostentación. Era silencioso por naturaleza, pero en su callar estaba hablando. Le gustaba el ocio, no la pereza. Detestaba el ruido y no conocía la prisa. La velocidad no le embriagaba. Y ante todo, no quería perder su libertad. Su pequeña libertad. Esa que nacía de su montura y de su gana. Cambiar de amo. Ir a trabajar por cuenta

ajena, cuando él era su único patrón. Por ninguna paga. Y por eso, en la entrega de su guineo, para los embarques de fruta, vio la solución que compaginaba su querer ser él, sin depender de nadie, y tener en la entrega un medio de progreso.

Pero el empuje cedió, no se mantuvo al ritmo del arranque. Los grupos fueron llevados a los cuarteles, para el servicio, a los más bragados y por las aguas del Motagua empezó la bajante de muertos. ¿Dónde se ahogaban? ¿Cómo se ahogaban? Mujeres enguirnaldadas de lágrimas corrían a las playas a reconocer los cadáveres de sus esposos, padres, hijos, hermanos. Otras, con menos suerte, recibían los cadáveres de sus deudos medio comidos por el tigre, restos devorados de huesos y carnes fétidas o secas. Y otras, ¡ay!, debían apartar los ojos de la terrible e hipnótica luciérnaga que guardaban en las pupilas vanamente abiertas, los que caían víctimas de las serpientes.

Los huérfanos, más dóciles que sus padres, se enganchaban en los trabajos de las plantaciones. Otra de las muchas ventajas de liquidar gente revoltosa. Su muerte produce muchos braceros. Niños que la orfandad adelanta a hombres, adolescentes que el desamparo vuelve jóvenes, muchachones que por necesidad dragonean de adultos, todos resignados en el trabajo abundante y la paga inmejorable, resignados pero sin olvidar el *¡Chos, chos, moyón, con!* de los mulatitos que sonaba en sus oídos a algo así como «¡Nos están pegando!»

¡Chos, chos, moyón, con!, grito de guerra hecho de la carne golpeada y el miedo de los niños. *¡Chos, chos, moyón, con!* ¡Nos están pegando! ¡Manos extranjeras nos están pegando!...

Donde se oía cuerpeaba la tierra algún civilizador con la gran helazón de la bala en el pecho. «¿Quién? Nadie. Sólito él se juntó a la bala. Su bala. Fue y se juntó con ella. ¿Para qué buscar quién?

El vuelo en embudo de los zopilotes, bajando en cerrado círculo, participaba su muerte; si no, ni el cadáver, como ocurría cuando ríos de lodo con dientes de hiena arrastraban los cuerpos, o cuando los cubrían ejércitos de hormigas coloradas, mundo en movimiento que les daba instantáneo color de hierro cascarudo.

¡Chos, chos, moyón, con!, grito de guerra hecho de la carne golpeada y el miedo de los niños.

El cadáver de un blanco no vale más que otro e igual se lo disputan aves, coyotes, chacales, insectos, y con qué poco gusto se entrega a sus atacantes. Los seres más extraños, más hambrientos, más dientudos, más uñudos, más voraces lo desintegran hasta dejarlo en palillos de dientes; sólo huesos, huesos que el sol de la jornada caldea como la sangre los caldeaba cuando sostenían al ser que se fue de ellos en las garras, en los colmillos, en las uñas, en los dientes de los que se lo llevaron a integrar otros seres.

Los negros no tienen el esqueleto negro. Al negro chombo que ayudó a quemar casas le tocó su onza de plomo. Escuchó el *¡Chos, chos, moyón, con!* y se vino al suelo gimiendo, con gemido de mono corpulento. Del agujero profundo le manaba el borbotón de sangre remolacha. ¡Cómo habría gozado de verse el esqueleto de marfil, luna y harina, o un poco de color sucio del humo que se alzaba de los caseríos quemados por su brazo, como medida sanitaria, para arrancar de la tierra al hijo del país, borrar sus ranchos, borrar sus cerros, borrar sus siembras!

Y ya pitaba el tren por allí. El progreso: la «colamotora», como llamaban a las locomotoras, por ser toras que arrastraban colas de vagones de fruta por los

ramales desviados hacia donde se descuajaba el bosque y surgía la plantación.

Colamotoras, incendios, teodolitos y los mestizos ya sólo con las ropas que llevaban puestas. Hubo que vender las chaquetas —de buen género las chaquetas— para pagar el gasto del último escrito en que se hacía ver que pueblos con cuarenta y cinco años de vida (Barra del Motagua, Cinchado, Tendores, Cayuga, Morales, La Libertad y Los Amates), dos de ellos constituidos en municipalidades que son las primeras de la jurisdicción, quedaban sin ningún elemento de vida, porque los agricultores nacionales, en su mayoría nacidos allí, eran expulsados por la «Tropical Platanera, S. A.», careciendo ahora de derecho hasta para cortar o sembrar una planta...

Todos echaban los ojos sobre lo que el letrado escribía, no porque entendieran, sino para dejar la fuerza de su mirada en aquellas letras y que del papel sellado se aclara su exigencia en derecho, su tremenda angustia de quedarse en la calle, y su esperanza.

—¡Que ponga!... —decían—. ¡Que ponga!... ¡Que ponga!... ¡Que ponga! ¡Que ponga!...

—Sí, se va a poner eso... Eso ya está puesto... También eso se va a decir... Pero no hablen todos a la vez, no hablen todos juntos...

El resultado fue el de todos sus memoriales. No los leían o no les hacían caso. Siempre estaban en trámite y de repente a la canasta o al archivo.

—Leer y escribir para los pobres es inútil. No «mandes» a tu hijo a la escuela... —reflexionaban entre ellos—. ¿Para qué va a ir a la escuela?... ¿Que aprenda a escribir?... ¿Qué saca, si nadie le hace caso?... Escribirá..., escribirá... Sabrá leer..., sabrá escribir... Escribirá..., sabrá leer..., sabrá escribir... y todo inútil...

De entre las copas de los árboles pelados como en peluquería por podadores y jardineros asomaban los techos de las edificaciones, coronadas por torres para depósitos de agua potable. Oficinas, casas de los jefes, subjefes, administradores, empleados, hospital, hotel para visitantes, mundo guardado entre vidrios y cedazos que colaban el aire sin dejar pasar los insectos que como chingaste del trópico quedaban en las ventanas y puertas alambradas con aquel tamiz.

Pero allí mismo, en coladores más tupidos, también quedaba fuera, igual que borra, el universo del maíz y el fríjol, el pájaro y el mito, la selva y la leyenda, el hombre y sus costumbres, el hombre y sus creencias.

El fuego que en mano del español consumió las maderas pintadas de los indios, sus manuscritos en cortezas de amatle, sus ídolos e insignias, devoraba ahora, cuatrocientos años más tarde, reduciéndolos a humazones y pavesas: cristos, virgenesmarías, sanantonios, santascruces, libros de preces y novenas, rosarios, reliquias y medallas. Fuera el rugido, dentro el fonógrafo; fuera el paisaje, dentro la fotografía; fuera las esencias embriagantes, dentro las botellas de whisky. Otro dios llegaba: el Dólar, y otra religión, la del *big stick.*

Diez años. Medio katún, como dirían, siguiendo la cronología maya, los arqueólogos y chiflados con hambre de moscas de museo, tics y gafas, que llegaban a extasiarse ante los monolitos de Quiriguá, piedras gigantescas con bajo relieves de figuras sacerdotales y zoomórficas superiores a las egipcias. Medio katún. Diez años. Sobre el escritorio del Papa Verde, jefe supremo de las plantaciones, señor de cheque y cuchillo, gran navegante del sudor humano, hay alineados tres retratos: el de Mayarí, muerta en acción, como decía él mismo evocando su arrojo al lanzarse al río, acompañada de Chipo Chipó, para ir a un pueblo feliz a procurar las firmas de sus moradores contra las expropiaciones; el

de doña Flora, con quien contrajo matrimonio, muerta también en acción, decía, irónicamente, por haber fallecido al dar a luz una niña que ocupaba, sobre su escritorio, el tercer marco de plata, Aurelia Maker Thompson. Tres retratos: Mayarí, su novia; Flora, su esposa, y Aurelia, su hija, internada desde muy niña en un colegio de monjas, en San Juan, capital de la colonia inglesa de Belice.

Manejando el flamante motocar del jefe, Juambo el Sambito lo condujo una vez más a la visita de las plantaciones. Esa vez iba acompañado de un señor de piel tan encarnada que daba la impresión de no tener pellejo, sino estar en carne viva quemándose por castigo al sol del trópico, y con el que Maker Thompson hablaba en voz alta, casi a gritos, por el ruido del motor y el rodar de las ruedas en los rieles. Los regatos pasaban bajo los puentes y qué sensación de libertad daba el agua suelta en contraste con los rieles que por allí tenían frialdad de barrotes carcelarios. El motocar se movía como saltamontes con ruedas. Sobre la plataforma, sentados en un escaño atornillado abajo, Maker Thompson con las piernas cubiertas por un plano de papel celeste, encerado, lustroso, y el señor en carne viva con un lápiz que le ayudaba a señalar en el plano lugares y distancias.

El recorrido duró toda la mañana. De vuelta al despacho de Maker Thompson, el visitante, tras desdoblar nuevamente el plano sobre un escritorio, dijo:

—Muy bien; pero mis abogados me han hecho saber que hasta la fecha no tenemos título legal para operar en estas tierras. Lo hacemos usando ilegalmente estos campos. No se puede seguir así.

Maker Thompson le salió al paso.

—Nadie, que yo sepa, dice lo contrario y la gente de por allá debe saber que hasta la fecha nada han podido hacer las municipalidades, porque sus reclamaciones no han prosperado en las altas esferas.

—Pero a precio de qué no han prosperado...

—A precio de oro, naturalmente...

—Eso no es correcto...

—¡Nada de lo que la compañía ha hecho en estos países es correcto; y no por carecer de títulos vamos a dejar abandonados los cultivos, las instalaciones, y lo que es más, el ferrocarril!...

—El ferrocarril no nos pertenece. Pertenece al país y está casi concluido.

—¡Quién sabe!...

—No, señor Maker Thompson; debe conseguirse el título de las tierras, hay que obtener la autorización legal para seguir operando.

—Eso se obtendrá con la compra de los peces grandes...

—No sé cómo se obtendrá; pero mi opinión es ésa... —y el despellejado caballero se detuvo frunciendo las cejas rubias para fijar a la distancia sus ojos pálidos color celeste—. Y... algo más: esa política de soborno que usted preconiza, no es de mi gusto, me enfada, me da vergüenza. Duele verse uno la cara al espejo cuando ha estado en Centroamérica, donde arrebatamos las tierras a los que las poseen pacíficamente, y hacemos muchas otras cosas cubriéndolo todo con el unto del metal amarillo, oro que hiede a *merde,* porque eso hemos hecho, transformar el oro en porquería... He conversado con toda la gente desposeída por usted y tengo mi documentación lista...

Geo Maker, mientras el visitante hablaba y hablaba, lo medía con la mirada, olvidándose del fósforo que había encendido para dar fuego a su pipa, hasta que la llama le quemó los dedos. Lo arrojó violento, echóse saliva en las yemas del pulgar y el índice, y no dijo nada. Sólo después de breves instantes, añadió:

—¿A qué hora parte usted?

—Debo quedarme, si ustedes no tienen algo más que yo deba inspeccionar.

—Efectivamente, falta que vea usted las plantaciones de la «Vuelta del Mico». Son las mejores. No le llevé esta mañana, porque no nos hubiera alcanzado el tiempo para ir y volver. Quedan un poco lejos. Pero esta tarde, después del *lunch,* podemos aventurarnos.

En el motocar, mientras los señores *lunchaban,* esperaba Juambo el Sambito comiendo bananos. Pelaba la fruta con parsimonia y luego se engullía hasta el galillo la candela de crema vegetal en que la seda y la vida van juntas. Un banano tras otro. Babasa de lujo le rezumaba de la boca, por las comisuras de sus labios gruesos, ligeramente morados. Cuando le chorreaba por la quijada, ya para resbalarle el güergüero se sacudía, moviendo la cabeza, de un lado a otro con fuerza, o se limpiaba con el envés de la mano. Y otro banano, y otro banano, y otro banano. Ellos, los jefes *lunchaban;* él, Sambito, comía bananos.

—Juan se vendió... —allegóse a decirle un desconocido, o si tal vez lo conocía, no lo reconoció; tan cambiado andaba andando.

—¡Juambo vendido, no! ¡Sambito el mismo!

—Y eso que su apelativo es Sambo, si fuera Smith...

—Pero no por zambo...

—*¿Y* por qué entonces?

—Porque me da la crisis... Sambito, mal Sambito... Sambo no vendido. Juanito vigila. Come «mañano» y vigila.

Al oír el desconocido el cambio de «Sambo» y «Juambo», «Sambito» y «Juanito», se le acercó más:

—*¡Chos, chos, moyón, con...'.* —susurró, como santo y seña, y después de volver la cabeza a todos lados, para ver si había alguien cerca en voz aún más baja, imperceptiblemente casi, le sopló al oído—: Esta noche vamos a limpiar a tu jefe, le llegó el turno y ése que vino de visita diz está a nuestro favor y quiere devolvernos los terrenos; «vos» cuando el gringo Geo esté durmiendo, haces que te da el ataque y aullas como chucho que ve llegar la muerte para el amo.

Al ver que se aproximaba uno de los jefes al motocar alejóse el vagabundo desnudo —sombrero, taparrabo y nada más— no sin antes despedirse con el grito de guerra hecho de carne golpeada y miedo de criatura. *¡Chos, chos, moyón, con...!* Un esqueleto de huesos negros por la quemadura de los soles y el relente nocturno, humedad de baño de *temascal* que de noche lo sigue quemando todo.

—Juambo... —dijo Maker Thompson, quitándose el sombrero de corcho para darse aire y abanicándose la cara con la ligera prenda, ligera no obstante abultar mucho en la cabeza—. Juambo, ¿qué tal está la «Vuelta del Mico»?... ¿Se puede ir?...

—Sí, jefe, pero siempre es peligrosa. El motocar éste es muy grande para dar la vuelta, y hay que hacer la maniobra de sacarlo de la vía, cargarlo y echarlo en los rieles después de la curva. La otra vez, por no hacerlo así, por poco nos matamos con los caporales de la bomba de agua.

—Pues, ni la otra vez se mataron ni esta vez nos mataremos nosotros. Vamos a ir con el caballero, visitante a conocer las plantaciones de por ese lado y no es cosa de anclarse bajando para esos trasbordos, de bajar del carrito, volverlo a poner y seguir, porque nos desacreditamos. Va a decir ese hombre: ¡qué descuido! ¿Por qué no amplían esa curva?

—Eso como usted mande, pero ya de antemano le digo lo que puede pasar. Si se desacarrila en la Vuelta, lo fletado es que de un lado podemos caer contra el paredón del corte de peña que allí hicieron y nos destripa el mismo carro, nos hace tortilla; y del otro lado rodamos al barranco, que tal vez es peor.

—Te falta práctica, Sambito.

—Quizás es eso...

—Y en ese caso, ya para llegar a la «Vuelta del Mico», yo voy a tomar el gobierno del motocar... Ya verás cómo se hace... y de paso, te enseño y aprendes...

—Uno más, uno menos...

—¿Qué decís?

—Nada...

Pero al «¿Qué decís?», ya Geo le había descolgado un latigazo con el bastón de manatí que le acompañaba siempre, además de la mancuerna de pistolas.

—Uno más, uno menos...

—Un Sambito más, un sambito menos... Digo yo, patrón.

—Creí que decías que uno de nosotros más o menos, qué importaba.

El honorable visitante, pellejo de ratón recién nacido, tan colorado que parecía en carne viva, subió al motocar para sentarse al lado de Maker, en el escaño de los pasajeros y Juambo, a una señal del jefe, puso en marcha el vehículo. Antes de salir de la vía principal, frente a las bodegas, hubo que hacer *swich,* para tomar el primer desvío hacia la izquierda. El sol desflecaba la sombra de los cocales. Pastos amarillos. Cactos. Izotales. Lejanas filas de palmeras. Y a la espalda de los edificios, lo de atrás descolorido, ahumado, como si los nubarrones dejaran en ellos cicatrices de ventosas. Una chimenea alta con mechón de humo negro. Otra más baja también humeante. Chozas. Regatos. Puentes de hierro, sin barandales, sólo para el paso de los rieles. Tierras anegadas, bosques húmedos, fronda acolchada, caliente. Bóvedas de palmeras al paso entre montañas. Fuga atontada de los cochemontes al asomar el carro que va que el diablo se lleva. Vuelo de grandes aves de carne mansa. La violencia de un plumaje púrpura. El celeste convulvulo de una paloma que no es flor, porque se mueve. Monos de colas prensiles disparándose en bandadas alharaquientas. Lianas, bejucos, algunos gruesos como la pierna de un hombre. Flores en ramos disparadas a mansalva contra la tarde sepia. Y otra vez el campo abierto para dar ámbito a las plantaciones. Nubes y nubes de azafrán dorado. El lujurioso silencio de la carne verde, esperanzada en brotes, tallos, hojas y racimos. Las geométricas líneas, lógicas y solas, de las filas de plantas de banano, cortadas al horizonte por bosques confusos y sin orden, auténtica respiración de la tierra encerrada en las plantaciones, sometida, aprisionada, condenada a que se le extraiga hasta la última gota de vida.

Al aproximarse a la «Vuelta del Mico» ¡qué glotonería de verde devorándose todo lo visible e invisible! Nada más que verdes. Pero no el verde plácido que se contenta con beberse el aire que le queda cerca, beberse y comerse la atmósfera que lo circunscribe. No. En la «Vuelta del Mico», los verdes glotones no sólo mascaban y tragaban cuanto les rodeaba, sino que comían bajo la tierra con raíces de agua verde y se hartaban del horizonte al reflejar su verdura fluida en las franjas solares de la caída de la tarde, esas franjas que flotaban sobre los campos. El cielo alzaba su franja azul, muy alto, para salvar su pura inmensidad dormida en el temblor del ocaso de aquella insaciable presencia de campos, tallos, raíces, hojas, aguas, piedras, frutos, animales, todo de color verde.

Juambo, al aproximarse a la «Vuelta del Mico», ya le había dado el manejo del motocar a Geo Maker Thompson y a favor de la velocidad que llevaban, impulsado por el viento, de dos saltos se llegó a la parte de atrás de la plataforma que rodaba como una balsa arrastrada por el más rápido de los rápidos del Motagua.

Todo le hacía presentir al Sambito que, no obstante ser el jefe para él infalible, en aquella prueba iba a... a... a... La «Vuelta del Mico» se divisaba próxima, más próxima... Entre paredones de peñas y barrancos se encallejonaban los rieles en aquella curva maldita... Al paso del motocar, al lado de los terraplenes, resbalaban arenas igual que hilos de costuras que se corrieran, con el mismo ruido del hilo que se va..., hilos de piedrecitas y arenas que caían... Otras veces piedras, otras chorros de tierra, casi derrumbes... Tan ligero, tan aprisa, tan locamente iba manejando el jefe...

Juambo empezó a rezar:

—San Benito, salva a Sambito... Sos negrito, San Benito, pero Juambo es mulato, casi negrito... Salva al Sambito... San Benito, San Benito, San Benito...

La curva. No hubo tiempo. Juambo saltó hacia atrás al ver que el motocar, sin gobierno, empezaba a salirse de los rieles, antes de ser despedido, como si las ruedas, en la elástica voluntad nacida de la velocidad que llevaban, hubiesen querido juntarse y tener cabida en el codo de la vuelta cerrada.

El jefe, prendido de unas ramas y bejucos, se bamboleaba sobre la vía entre el polvo calizo, mientras el vehículo, con el honorable visitante, se precipitaba en el vacío dando una, y otra, y otra vuelta...

—¡Se volcó!... ¿No le dije?... —vino Sambito a gritar a Geo Maker, que de un salto acababa de caer a la vía, desde las ramazones y bejucos en que se quedó prendido.

Precipitadamente, ambos corrieron al borde del terraplén, buscando en el abismo al motocar y al visitante...

Sólo se veía un camino de árboles desgajados y ramas decolgadas, por donde se desprendió el motocar antes de enterrarse en un arenal, donde quedó con las ruedas para arriba, libres, girando.

Sambito se lanzó mitad colgado de las ramas, mitad resbalando, por la ladera, en busca del visitante. No se veía nada. La penumbra del anochecer tupía las ramazones. Se detuvo varias veces, para apagar sus pasos y afinar el oído. Pero aunque hubiera tenido filo en las orejas no habría escuchado nada, porque el honorable visitante ya no era de esta vida. Así le pareció; pero no, todavía alentaba sobre un piedrón, boca arriba, los párpados fríos, la boca entreabierta, el cuerpo aguado. Dio de gritos llamando al jefe para que se apresurara, acompañado de la gente que con su silbato logró reunir, hombres que tras él, más curiosos que solícitos, fueron barranco abajo. Hubo que improvisar un medio camino a filo de machete para sacarlo. Luego, entrecruzando los brazos para formarle media cama, sin hamaquearlo mucho, fueron sacando al resquebrajado, de pellejo de cera rojiza que, en lugar de derretirse con el calor, se enfriaba.

Se le colocó en la vía, sobre una parte suavecita del terraplén de arena, mientras alguien iba a caballo a que mandaran otro motocar. Tras el jinete se fue, en ancas, Juambo, para regresar manejando. La noche cerrada. Los pasos de las fieras. Hubo que encender hogueras. Maker Thompson, por precaución, subió a uno de los árboles para montar guardia, con sus dos pistolas listas. El ataque para él no vendría sólo del lado de las fieras; también los hombres eran sus enemigos. El honorable visitante respiraba agónico, ahogándose, cristalizados los ojos celes-

tes, las babas secas en los labios, el pelo sucio de tierra vegetal y arena. Un trasegado mutismo de los presentes, ese mutismo que se comunica de una persona a otra cuando alguien lucha entre la vida y la muerte por subsistir. Murciélagos, insectos. Murciélagos que avanzaban por pares y, al dividirse, al bifurcar su vuelo, parecía que se partían en dos. Otros curiosos. Increíbles. Les parecía una cosa increíble que uno de *ellos* hubiese muerto de esa clase de muerte que sólo estaba reservada a los peones, a los hijos del país. Uno hoy y otro mañana, aplastados como bestias, en los descuajes de los bosques, en la movimentación de la piedra. Los que no tenían familia ni cruz les ponían. Al hoyo y a saber quién fuiste.

En el motocar que trajo Juambo volvieron el honorable visitante gravemente herido —no recobraba el conocimiento— y el jefe con la pipa en la boca. Entre los claros de las plantaciones y los cruces emboscados, las estrellas se amontonaban y les saltaban por encima a millares. Llegaron. La noticia del accidente había cundido. De las casas alegremente iluminadas salía la gente a verlos. Enfermeras y médicos les esperaban enfundados en delantales y gorros blancos.

—¡San Benito, gracias porque salvaste a Sambito; no es negrito como vos, pero es casi negrito! —repetía Juambo a quien todos preguntaban detalles de la tragedia.

Lo primero que Sambito ponía en claro era el milagro de San Benito; luego que no iba manejando él, sino el jefe, el señor Maker Thompson, y en tercer lugar, que a cualquiera le habría pasado lo mismo por ser muy cerrada la «Vuelta del Mico».

—Yo salvé —explicaba Juambo— porque salté a tiempo, milagro de San Benito, y el jefe porque se quedó prendido, agarrado, colgando de una rama y bejucos. Si no atina a eso, se va con el otro míster...

El honorable visitante, Charles Peifer, no recobró el conocimiento. Lo entraron y sacaron de la sala de operaciones sin tocarlo. Fractura de la base del cráneo.

—¡San Benito, gracias porque salvaste a Sambito; no es negrito como vos, pero es casi negrito! —seguía repitiendo Juambo.

Vagos contornos de serranías lejanas emergieron al salir la luna. Ladraban perros nocturnos. Luces de lámparas de sombreros de cucuruchos explayados, aplastaban toda la claridad de los focos sobre las mesas de billar. Brillaba el paño verde, las bolas de marfil. Los jugadores y los mirones cambiaban palabras. Sambito le rozó el codo a uno de los mirones, y éste, al sentir y ver de quién se trataba, haciéndose el desentendido se rascó largamente la nalga.

Juambo no esperó mucho en la esquina a don Chofo; sólo que éste le apareció de la sombra y él estaba parado en la luz de la puerta. Y se fueron juntos a un monte, sin hablar palabra, mojándose los pies en el sereno caliente.

Varios, no sólo don Chofo, lo interrogaron sobre el accidente. No lo veían muy claro. El honorable visitante, según comunicado que tenían, era partidario de que se les hiciera justicia en lo de las tierras. Pero los elementos que sobre el suceso proporcionaba Juambo no dejaban lugar a dudas. Fue una desgracia originada en la imprudencia de Maker Thompson y podía sobrevivir y dar su informe en los Estados Unidos, lo que al fin y al cabo era una esperanza.

Los Esquivel, meteoros en potros de sangre peruana, dos hermanos primogénitos del mismo padre en distinta madre, y tres primos, opinaban abiertamente contra el pacifismo suicida de don Chofo.

—¿Qué hace uno si lo van a sacar de su casa? Rechazar a la fuerza con la fuerza. Bueno. Por esperar la protección del gobierno nada hicimos, pero aún es tiempo, siempre que se haga algo efectivo.

—¡Hay que echar bala!... ¡Hay que echar bala!... ¡Hay que echar bala!... —movía cada uno de los Esquivel la cabeza al decir así, el sombrero apelmazado en el pelo.

—¡Sólo las mujeres gritan socorro! —protestaba otro con los ojos lechosos de algo de pus que le pegaron los moscos.

Don Chofo salía al paso defendiendo su política:

—Socorro no hemos pedido a naiden; una cosa es pedir socorro, me parece, y otra reclamar por vía legal a lo que uno tiene derecho.

—¡ Son babosadas!

Y otro:

—¡Puras babosadas! Aquí, en el monte, la ley es otra y el que tiene bien cabal lo que Dios le dio no anda en reclamos de legalidades. Sacarlos a balazos es lo que queda.

—Todo eso estaría muy bien, pero yo soy partidario de Chofo, porque no es con ellos, sino con las escoltas que habrá que pelear. ¿Qué nos sacamos, voy a ver yo, de troncharnos soldaditos?

—Los representan a ellos porque los defienden, soldados de la injusticia. A mí, si mi mismo hermano los intentara defender, con ser mi hermano me lo doblaba. ¡Caritativo con los soldados me resultó el fulano! ¡Quemémosles por lo menos las casas, que el mismo fuego de ellos tenemos nosotros, el fuego no es de ninguno! ¡Chingado, es que le hierve a uno la sangre!

—¡Vos, Manudo, sos de los nuestros, nuestros! —dijo uno de los Esquíveles.

—¡Pero ya no para echar Ermitas, que vayan a donde los parió su madre! ¡Yo, muchachos, voy con ustedes a donde ustedes quieran, a donde me lleven, si con gringos muertos hay que mandarle decir a Dios que no hay derecho a lo que están haciendo con nosotros!

El mayor de los Esquivel, Taño Esquivel, dijo tartajeando:

—¡Ve que de a som... sombrero, los gri... grin... gringos estos le güe... güe... «güevean» a uno cuanto pueden, le... le... levantan fortuna robando y des... pues... pues... dicen que que son hombres prác... prácticos, de ne... ne... negocios!

—Toda la razón la tenes vos, Taño Esquivel. Medio mundo abre la boca ante lo rápido que los yanquis hacen sus fortunas, por ser gente de trabajo, dicen, y no por piratas, que es lo que son...

La esfera del cielo, tiniebla de manso caudal, empezó a girar lenta. No pasaba el tiempo. Los ojos se tropezaban con las estrellas que siempre estaban en el mismo sitio parpadeando. Un ligero rumor de viento en las ramas de los cocales.

Sin recobrar el conocimiento, el honorable visitante murió al amanecer.

Maker Thompson hablaba a gritos, como si hablara con la más lejana de las estrellas, para comunicarse por teléfono a Chicago. Apenas había variado la posición de la esfera. Estaba donde mismo la misma estrella lejana.

Los grupos de descontentos, al saber la muerte del honorable visitante, Charles Peifer, se dispersaron. Sambito trajo la noticia. El jefe pensaba partir en el primer tren de carga que pasara llevando el féretro, para embarcarlo antes que zarpara el vapor «Turrealba».

El mar celeste pálido, del color de los ojos del honorable visitante, Charles Peifer, cuyo cuerpo envuelto en la bandera de las estrellas y las barras fue llevado a bordo por la oficialidad, dando un breve descanso a las recuas de

hombres desnudos, quebrados de la nuca, cimbrándose de los riñones a los pies bajo el peso de los racimos de bananas que transportaban en los vagones del ferrocarril estacionados no lejos del barco hasta sus bodegas, desde antes que amaneciera, a luz de los reflectores y lámparas de luz de porcelana muerta. Mestizos, negros, zambos, mulatos, blancos de brazos tatuados. El peso de la fruta los trituraba. Al final de la jornada bochornosa quedaban como seres atropellados, sobre los que hubieran pasado trenes y trenes de banano.

VII

Desde la madrugada en que Maker Thompson embarcó el cadáver del honorable visitante, Charles Peifer, cerrados sus pálidos ojos celestes, borrado lo sanguinolento de su cara y sus manos; desde que lo dejó en el «Turrealba», extraterritorialmente ya suelo de su país, no volvió al puerto hasta años más tarde en que vino a encontrar a su hija, Aurelia Maker Thompson. Regresaba de Belice, después de terminar sus estudios, convertida en una señorita.

El sentimiento paternal regaba su cuerpo de ternura amorosa, como si le hubieran devuelto la sangre que circulaba por sus venas cuando tuvo entre sus brazos a Mayarí, después de la prueba del islote, única debilidad de su corazón. En quince años no había vuelto a sentir lo que sentía ahora que regresaba su hija. Paseaba por el horizonte su mirada ansiosa o interrogaba a Juambo a cada momento.

—¿Ves algo, Sambito?

—No, jefe, para mí no es hoy que viene.

—¿Y el telegrama?

—Eso sí. Entonces sí viene.

Pero al recorrer el horizonte de la bahía, herradura empapada en espumas azules, hundiendo sus pupilas en la luz dormida que se alzaba de las ensenadas y en la distancia tibia, sus ojos se juntaban como las agujas de un reloj sobre la palma del islote en que fue tras ese ser de sueño que se vistió de novia para desposarse con el río, y la llamaba, secretamente la llamaba: —¡Mayarí! ¡Mayarí!...

—¿Qué dice, jefe?

—Que si ves algo, Juambo...

—No veo nada...

Sólo de los amores sin carne queda recuerdo. El día transparente, caluroso. La orgía de colores. El vuelo sosegado de los pelícanos. Los ámbitos robados a las esponjas. Aquí estaría Mayarí esperándome, si yo abandono las plantaciones y me vuelvo al mar, como el trujillano a pescar perlas. Y la premiosa nave imaginaria en que él se veía volver de las islas se esfumó en el mar dulce de su pensamiento a las voces de Juambo. Sus ojos habían vuelto a juntarse como las agujas de un reloj sobre el petrificado islote y no quería oír al Sambito anunciándole una embarcación de poco calado en el horizonte.

Mayarí... No, no era Mayarí la que volvía... No era a su novia a la que esperaba..., sus carnes de madera naranja, sus ojos dormidos de pupilas de ébano entre las pestañas sedosas...

Aurelia surgía del internado de un colegio de hermanas educadoras, prematuramente envejecida. El cabello tremado a la espalda en un buey de pelo

lacio. El cuerpo sin forma, longo, como si no fuera su cuerpo, sino un tubo envuelto en un uniforme gris, por el que ella pasara a asomar la cara orejona en un extremo.

¡Qué poco tenía que ver este ser con el retrato que él lucía sobre su escritorio! En el retrato era una niña, no bonita, pero graciosa. Aurelia advirtió la decepción de su padre y éste, al darse cuenta, le soltó de mal humor que era la indumentaria la que la hacía parecer otra, no la que él esperaba, más compuestita, más coqueta...

Hundiendo el cacho de su pipa en su sonrisa amarga, Maker Thompson se dijo: «Y como las desgracias no vienen solas, viene con anteojos.» Las gafas que usaba su hija para corregir un defecto focal, la envejecían más que el peinado, los modales y la indumentaria inglesa.

También el Norte que les azotó fuera de la bahía. Cuando Aurelia se repusiera de aquella navegación movida, algún color le asomaría a la cara, no aquella palidez de mestiza palúdica en la que brillaban los aros de los anteojos, aunque más le brillaban los dientes fuertes y hombrunos.

Juambo sacó el poco equipaje que traía, el jefe de la Aduana ordenó que no se registrara, y lo fue llevando al motocar en que padre e hija tomaron asiento en el escaño: ella, escolar y distante; él, desencantado y confuso.

Las palmeras, mechones de mar verde en anillados cuellos de jirafas, se fueron quedando atrás, fundidas en el resplandor de la bahía, rápidamente, a la velocidad del motocar que se alejaba del puerto de calles de barro seco, chozas, casucas, edificios.

El Sambito se rió de la señorita Aurelia para adentro. Para eso tenía la jeta grande, para reírse con los dientes desnudos en carcajada silenciosa detrás de sus labios. Mulato mañoso. El mismo se llamaba así, a sabiendas de que esas mañas eran parte de su vida. Esas y otras de la mafia negra y la santa fe.

—¡A la niña Aurelia la persignaron aullando! —comentó con sus compañeros de pieza: vivía en el pequeño edificio de los capataces de la bomba de agua—. ¡Aullando es que la persignaron!...

El mimo de la libertad, la alimentación abundante, el trópico, la natación, las caminatas a caballo, los cócteles, el whisky, el cigarrillo y los secretos de belleza fueron cambiando a la longitudinal Aurelia en una joven de gran hermosura, morena, jovial, alegre, que de sus años de internado en el colegio de monjas de Belice sólo conservaba el inglés tartamudeado de las clases privilegiadas británicas.

Trataba a su padre de igual a igual, lo que facilitaba todo. Para Aurelia su padre no era el señor Geo Maker Thompson, sino Geo Maker, simplemente; y a decir verdad, qué bien se sentía Geo Maker en el nombre lacónico que le daba su hija, qué cerca de las cosas sencillas, qué ágil, sin el peso del pasado ni las responsabilidades y preocupaciones de su cargo, y eso que siempre estaban hablando de negocios, como contratistas, lo que exasperaba al joven arqueólogo Ray Salcedo, un yanqui moreno de origen portugués, enviado por una institución científica para estudiar la evolución del bajo relieve en las estrellas de Quiriguá.

—¿Qué miras en esas piedras que nosotros no vemos? —inquirió Aurelia cuando el arqueólogo aceptaba tomar el té en su casa o iba ella al anochecer al bar del hotel de la compañía, que no quedaba lejos y donde aquél se hospedaba con sus libros, planos, cámaras fotográficas, colecciones de ídolos y jades, pedazos de cerámica y piedras talladas.

Palmeras, amates de hojas pintadas y cactus, flores y arbustos fragantes, enredaderas de jazmincillos en forma de estrellitas blancas, olorosas hasta causar

opresión, y de flores caprichosas a modo de espuelas, rodeaban la casa de Aurelia, a cuya puerta más de una vez quedó como olvidada hoja de planta triste su mano en la mano de Salcedo. El calor los acercaba, el silencio, la violenta angustia que produce el trópico.

—Sí, dime, ¿qué le miras a tus piedras?

—Chiquita...

Los senos de Aurelia, como los bajo relieves cuya evolución él estudiaba, parecían adquirir una dimensión más en su redondez de piedra caliza, tersa, dura, de frágil eternidad.

—A mí me da vergüenza no entender... Es todo tan complicado... Malo, no me explicas...

—Lo más sencillamente posible. El bajo relieve...

Aurelia adelantó sus senos y dijo, imitando la voz de profesor que acababa de adoptar el arqueólogo:

—El bajo relieve...

—¡Bajo relieve, niña!

—Si lo hago para que no me expliques... Adiós..., es tarde... Geo Maker no apaga su lámpara hasta que yo vuelvo... Pero está para marcharse de viaje a Chicago y entonces junto a los monolitos, me explicarás lo de tus bajo relieves.

La noche estampillada de estrellas, como un sobre negro con sellos de oro en que fuera escondida la felicidad humana, cerraba el horizonte. ¿Qué contenía el aire tórrido, quemante? ¿Qué perfume desconocido de horno de quemar perfumes? ¿Qué sueño vegetal giraba con los astros?

Ray Salcedo volvió al hotel. Tenía hambre y devoró dos *sandwiches,* tres *sandwiches,* seis *sandwiches* y muchos vasos de cerveza.

Al pasar para su trabajo al día siguiente, botas, sombrero de corcho y todo lo necesario, entre las hojas de las enredaderas asomó una hojita morena llamándole como todas las mañanas. Se detuvo y subió a saludar a la planta de esa hojita que, tendida en una hamaca, le esperaba para quejarse con él del calor, de los mosquitos, de lo larga que se hacía la jornada sin tener con quién hablar, todas quejas superficiales de niña que quiere que la mimen, pues al marchar Ray Salcedo al encuentro de sus sacerdotes de piedra, empezaba la persecución de los cristianos con su padre, para que le pidiera libros que trataran del arte de los antiguos mayas.

—¿Ya no te interesan los negocios?

—No. Ahora me interesa lo bidimensional en los bajo relieves de Quiriguá y el enigma de los jeroglíficos que no han sido descifrados, la geometría de las ciudades ceremoniales... ¿Has oído hablar de Nacúm? Pero, por de pronto, quiero que me acompañes a Copan...

—A mi regreso de Chicago, todo lo que se te antoje. Ray Salcedo debía acompañarte. ¿Por qué no se lo pides?

—Ya él estuvo en Copan y de aquí sigue a Palenque.

Y sin más brújula que el corazón de Aurelia, el paseo matinal o vespertino a caballo, en compañía de su padre, antes a las plantaciones para calcular la riqueza que tenían a ojo de buen bananero, terminó en diaria visita a las esteras de Quiríguá, fundada en el siglo de oro de la cultura maya, donde el arqueólogo moreno de pelo negro y ojos verdosos no parecía estudiar, sino esperar que de los labios de los sacerdotes de piedra surgiera la clave que les permitiese

descifrar el secreto milenario de las edades.

—La vida está hecha de comienzos sin fin... El fin, al fin llega, pero, mientras tanto, todos son comienzos... —reflexionaba Geo Maker de regreso, en vísperas de su viaje, la cabeza bajo el aludo sombrero de *cow-boy,* entre las hojas de los bananales, al compás de un himno religioso que cantaba su hija. Los caballos prestaban a sus cuerpos el movimiento ondulante del anochecer de ir cabalgando un río.

—¡Jisé, musié!... —exclamó Juambo todavía con la boca en chumchucuyo después de tragarse el silbido a la puerta de la lavandería apenas entornada y se paseó los dedos por la cara con santiguadas de patas de araña.

Si el buen criado ve sin mirar y oye sin escuchar, Juambo ni miró ni escuchó, bien que fuera todo ojos y tímpanos, la parte de su persona que no estaba al servicio doméstico, mirando más de lo que veía y escuchando más de lo que oía, actitud de espectador ansioso en la que se mantuvo antes de batir su desaprobación con la cabeza, molinillo con pelo en motitas de espuma de chocolate quemado, y gesticular en silencio, con córneas y los dientes unidos al desorbitar los ojos y encoger el labio superior.

Alejóse de la puerta. Guarde Dios lo fueran a encontrar espiando, tunda de golpes y bofetones la que le daban, antes de mandarlo a hacer gárgaras de muelas y sangre, o... no le pegaban, pero al sentirse sorprendidos se descaraban con él, para que les sirviera de tapadera. El piso crujía bajo sus pies entre el bullido de chorlos, sanates, calandrias, chorchas, pericas que poblaban de amor la vecindad del cielo, en las ramazones de los árboles de hojas color de miel verde y flores coloradas, revoloteo dichoso que también se oía bajo el techo de la lavandería, no sólo encima, entre la ropa, donde la señorita y el arqueólogo...

El domingo no se levantaban las persianas de ese lado de la casa y nadie asomaba por allí, salvo Juambo. Venía a media mañana, en traje de excursión, silbando el vals *Cadalso* sin saber qué le gustaba más, si la música o la letra.

¡Baila, baila este vals que yo valso
sin dejarte poner la peluca
del Buen Rey que perdió en el cadalso
la corona, la testa y la nuca!
«¡Baila, baila este vals del cadalso,
soy la muerte, tal vez lo adivinas,
la corona de Francia me calzo
y de Cristo, corona de espinas!»

Pero si no sabía qué le gustaba más, la música o la letra, lo cantaba un paisa de Omoa, tampoco podía decir el Sambito si los domingos se asomaba a la lavandería por la toalla o por olfatear el olor de las lavanderas impregnado en el local, como un olor del sábado, más fuerte que el de las lejías y más a su gusto que el de la brea y el barniz del machimbre del cielo recalentado por las láminas de cinc.

Los hueles de hembra —huele-de-noche, huele-de-fiesta, huele-de-siempre— avivados en aquel baño de calor caldoso, hacían sentir a Juambo su soledad de mulato baldío, condenado a ser zonzo por estar al servicio de Maker Thompson, de quien era algo así como su mujer desde que enviudó. No por nada malo, sino

porque le servía al pensamiento, le obedecía ciegamente y le temía más que a Dios. El patrón lo rescató de las garras del tigre, cuando sus padres lo abandonaron en el monte para que el tigre se lo comiera, luego lo crió como hijo de nadie en su casa, y como del susto de lo del tigre le quedaron los ataques del mal de sambito, lo curó amenazándolo de muerte con el revólver ya levantado el gatillo y apuntándole al corazón cada vez que le amenazaba la crisis, pues en lugar de zangoloteo, sólo le bajaba por todo el cuerpo un sudorón hediondo a miedo helado, a meados fríos, a lo que «jieden» las personas en la agonía.

Se santiguó de nuevo ya lejos de la puerta al pensar en el patrón. Nos mata a todos si lo sabe. Por fortuna que no está en el país, anda en el extranjero, en Chicago... ¡Nombrecitos los de algunos lugares de por «ái»!... El nació allí, pero mejor le llamaran Chicomo.

Más que las mujeres, al mulato le gustaba el vaho de la hembra, ser que se desangra y se trasvasa con la luna. Y su domingo era olfatear el huele-de-hembra reden bañada que se encerraba en la lavandería mezclado al tufo ácido de azul de jiquilete con que le azulaba la ropa blanca, para poder darle a probar lo que era el cielo, y que quedara más blanca, como se hace con las nubes que se azulan en las tardes para que amanezcan inmaculadas. ¿Qué mayor gusto para un hombre solo que abandonarse en lo que allí quedaba de carne prieta olorosa, de manos suaves por el contacto acariciador de la espuma, algo quemadas por lo cáustico del jabón, brazos roillos de torcer la ropa antes de tenderla, hermosos ojos espejeantes por el reflejo de la corriente fluvial en que vivían, risas como dentelladas y habla de lava de volcán que baja quemando lo que toca, sin dejar cristiano con pellejos?

El gusto de Juambo los domingos era entrar, estarse un rato en la lavandería y salir con esa toalla que olvidaba siempre. La del lavabo del comedor. Sólo que esta vez se tuvo que tragar el vals *Cadalso* y volverse a esconder, como si le fuera a dar el ataque, a chuparse los dedos para probar la suciedad ácida de sus uñas.

Montañas de sol blanco, como sí en lugar de la ropa hubieran entrado el sol para amontonarlo en la penumbra, universo de sábanas, pañuelos, servilletas, manteles, sobrefundas, crujientes como hojas secas bajo sus cuerpos. Aurelia alargaba el cuello y torcía la cabeza hacia atrás, para dejar todo el espacio de su hombro amoroso a la frente de Salcedo que la veía cerrar los ojos, víctima sobre la piedra de los sacrificios, tras probar el aire con sus pupilas, como si fuera la última vez que lo miraba todo. (El sacerdote, ataviado con el traje más suntuoso, hunde el cuchillo de obsidiana, fría lágrima de la tierra, la tierra llora pedernales, y extrae el corazón caliente como un pájaro de fuego.) «¡Desquitarse!», decía ella. «¡Oh, sí, desquitarse!...» Irrealidad de las materias, lino y algodón, empapadas en el denso aroma de los tamarindos, sobre las que su capricho vengaba el tiempo que estuvo en el colegio sin jamás verse el cuerpo... «¡Oh, sí, vengarse, desquitarse!», repitió Aurelia, mientras su boca gemebunda buscaba la de su compañero hasta encontrarla junto a las cascadas de sus pupilas verdes volcadas sobre ella. Vengarse de su padre que ni la mano le dio cuando la fue a encontrar al puerto, cuando volvía del colegio después de muchos años de ausencia, pero su orfandad la sintió más, le dolió más, cuando su padre la hizo sentir que no era bella... Una pobre descolorida con anteojos, pelo lacio en una trenza prieta y ropa de tela gruesa como tumba. «¡Oh, sí, vengarse, desquitarse!»... El tósigo del sudor le salaba los besos, pero no por eso era menos dulce aquella entrega total, enloquecida, en la que ella se cobraba de todo lo que le habían hecho. Chasquidos de besos latigueantes, gotas de llanto en las pestañas... Vengarse de ser... de la crueldad de los que nos dieron la vida... (su papá... ni siquiera le dio la

mano y ella volvía de tan lejos, del internado de donde vuelven los huérfanos, como de un mundo decapitado)... y de no ser más que eso, lo que eran, y faltarles ser todo lo que no eran al ir tocando fondo, anudados más y más en la frontera del sollozo... El amor carnal tiene no sé qué de venganza...

Juambo se desabrochó la camisa dominguera y fue en busca del grifo. Empaparse la *cabeza* que le estallaba, abierto todo el chorro para que le cayera con fuerza en las orejas, la nuca, la espalda y le corriera por allí hasta la colita. Apagarse las orejas que sentía como sopladores que han estado avivando el fuego, remojón que le alcanzó la cara cuando volvió un cachete, cerrados los ojos, paseó el chorro por su nariz, entre resoplidos y balbuceos, para terminar con un baño en la frente, y el otro cachete, y la nuca. Luego, retiróse para sacudir la cabeza como perro recién bañado, y antes de cerrar el grifo, se llenó la boca y con los ojos vanos y sin pensamiento, quedóse jugando con el líquido de mejilla a mejilla, como siguiendo el compás de su corazón que con buchadas de sangre se enjuagaba en su pecho.

Pero ¿por qué hacer el alegre, si estaba triste, ferozmente triste?...

Del jefe que andaba por los «Estados», quedaban sobre su escritorio los tres retratos: el de Mayarí, la niña Mayarí, a quien Juambo apenas conoció, era muy niño, pero la quería y besaba la foto cada vez que estaba solo, porque fue la defensora de los pobres; el retrato de doña Flora que en paz descanse boca abajo, para que si por desgracia resucitara y quisiera salir se fuera más hondo, y el de la señorita Aurelia. También quedaban del patrón, en una percha, las fundas de su mancuerna de pistolas. Estaba ferozmente triste. Metió los dedos en los vacíos cueros en que iban las armas azulosas, gélidos relojes que dan la hora exacta. («El mapa de ustedes tiene la forma de una funda de pistola —repetía el amo—, y ¡ay! del día en que nos descuidemos y ustedes saquen el pistolón que esconden en esa funda».)

Del escritorio al cuarto del patrón, y de allí, al tapanco. Tufo de telarañas, de maderámenes de cedro caliente, serrín de polilla y caquitas de ratón. Se dejó caer tras unos cajones, consciente de lo que hacía: exponerse al ataque de las arañas y los alacranes de la costa. Y no se hizo esperar el relámpago del animal en su sangre. Rechinó los dientes, ensordecido, la lengua en el galillo en el ansia de quererse tragar una sortija, seca la boca instantáneamente, las pulsaciones anudadas y unas como culebrillas de temblor recorriéndole el cuerpo.

Lo despertó el silencio de una sala en que muchos como él yacían inmóviles en sus camas, sin más señal de vida que el parpadeo. Junto al lecho, además de la enfermera vestida de blanco, la señorita Aurelia y Ray Salcedo, vestidos también de blanco, zapatos que no nacían ruido al dar el paso, raquetas de tenis. No cerró los ojos porque no tuvo fuerza. Los dejó quietos, líquidos, sobre ellos... En sus oídos, el paisa de Otnoa le *cantaba* el vals:

Baila, baila este vals que yo valso
sin dejarte poner la peluca
del Buen Rey que perdió en el cadalso
la corona, la testa y la nuca...

—¡ Posiblemente!... ¡ Posiblemente!...

Y él sabía que ya era imposible. Aurelia le acompañó hasta la estación,

doscientos pasos. Juambo llevaba las maletas, cambiando mentalmente el «mente» de ese posible en posible-corazón, posible-corazón...

Se confundían hacia el mar lejano las tierras bajas, verdes profundidades expuestas al azul colérico de una tarde tormentosa, tan sofocante que por momentos se respiraba apenas.

Conmovida por una turbación ilímite, Aurelia dominaba sus sentimientos, bien que de las veces que levantó el pañuelo para enjugarse el sudor, muchas fueran para secarse el llanto.

La tempestad se acercó lejana. Relámpagos al choque de nubes imantadas, truenos quebrando las cerbatanas del eco, cristalerías goteantes de peines de cardar crines de caballos de fuego y luego el aguacero de larguísimos dientes finos para peinar paisajes. Cal húmeda, cal muerta, cal oscura, cal verdosa, cal rojiza de la atmósfera sobre el cuero de bestia mojada de la costa.

La sensación completa de lo que sintió cuando, al salir de casa para la estación, Ray Salcedo dijo «posiblemente» dos veces, la reconstruía ahora que volvía sin él a toda prisa y ya casi mojada, porque el agua fue pintar y caer.

Nubes pulverizadas como sueños. Relámpagos que iluminaban las concavidades del caracol del trueno. Y el recogerse y esponjarse de la lluvia torrencial. Sintió que se le desprendía la espalda de su vestido de hilo blanco, expuesta su espalda a la intemperie, desnuda su espalda, contra el infinito.

Todo lo demás fue candente, candente porque salieron de la casa con sol, candente hasta el aguacero que apedreaba los cristales del tren, sobresalto en el que ella abandonó una vez última su boca húmeda y caliente en los labios de su amor.

Y sólo llovió, sólo se mojó la tierra para que él se fuera y al quedar ella sin su compañía, desnuda la espalda contra el infinito, se alzara de las costas volcánicas, encendidas por el calor tórrido y el inmenso océano calcinante, una atmósfera de somnolencia, vaho de sueño en que la realidad se borra.

—Deja pasar los rayos de la luna. Esta noche tus manos van tocando la nada. A veces vuelven con las manos enjoyadas de rocío...; vuelven...; vuelven como las manos frías de otra persona hasta tu rostro afiebrado y te palpas y te encuentras ausente, ajena, extraña. Son tres cosas distintas. Ausente estás cuando no te cercan los que te quieren y a quien amas. Ajena, cuando poco o nada te interesan los que te creen presente y extraña... ¡qué terrible posibilidad!..., extraña, extraña a tu piel cuando no reproduces la geografía de tu Centroamérica que tan bien representas acostada de lado, con las piernas medio recogidas...

Y todo esto se lo decía amándola con sus ojos verdes, ayer, ayer a estas horas después de poseerla. De pronto juntó los párpados y se quedó ciego contra ella, la cabeza pegada a su cuerpo desnudo, como la apoyaba a veces contra las esculturas de los bajorrelieves cubiertas de encajerías.

Pensó en su padre ahora que Ray Salcedo estaría llegando al puerto. Lo nombró. Geo Maker. Su padre era inseparable de su visión del puerto. Podía seguir en la hamaca. Juambo y los ángeles custodios de sus perros orejones la guardaban de todo lo que en la noche estaba quieto, quieto y amenazante.

¿Por qué fue su primer amor como venganza? No la satisfizo la colocación de las palabras. ¿Por qué su primer amor fue como una venganza? Tampoco estaba diciendo lo que quería. Y no encontraba. ¿Cómo decirlo? ¡Padre! ¡Padre!... *¡Father! ¡Father!...* No me entregué por amor, sino por venganza, amor que era venganza, venganza, pero ¿venganza contra quién?... Contra mí, contra la vida, contra todos, contra ti... ¡Padre! ¡Padre!... *¡Father! ¡Father!..,* ¿De qué me

vengaba?... ¿De quién me vengaba?... ¿Qué instinto sacié al entregarme sabiendo que en mí iba a graznar el cuervo como única música de amor en todos mis días y en todas mis noches? ¡Padre! ¡Padre!... *¡Father! ¡Father!...*

Los orejones ángeles, sus perros, afinaban el oído al más leve rumor del viento entre las hojas mojadas de las palmeras, que subían al horizonte nocturno igual que columnas de sombra que a cierta altura desparramaran hojas de silencio. ¿Cuál de los perros levantó los párpados primero? ¿Cuál después? Ambos, con sus cuatro ojos de cristal, vivos y luminosos entre las pestañas, fijáronse en Sambito, que emergía de la escalera con un vaso lleno de un líquido rojo.

—Le traigo un fresco de granadina; hace tanto calor... —dijo Juambo, solícito, y se quedó respirando, con el plato en que traía el vaso en la mano.

—Sí, tengo sed, he fumado mucho...

—Y tal vez se acuesta... Ya va siendo medianoche... Yo voy a quedarme aquí en la puerta, por si me necesita, y a esos chuchos había que sacarlos; van a llenar todo de pulgas.

Apremiados por Juambo, los perros bajaron uno tras otro; eran sólo bostezos entre las orejonas, seguidos de aquél que fue a su casa en busca de una chiva para acostarse en un catre, junto a la puerta de la señorita.

Aurelia empezó a desvestirse. Casi nada llevaba encima. ¡Con aquel calor!... Y se dejó sólo el calzoncito que era un vaho de seda celeste. Y mientras se peinaba, mientras bajaba el peine rinrineante por su crencha oscura, repetía aquello que Ray Salcedo le musitaba, mirándola fijamente con sus pupilas verdosas:

«Me trocarán, señora, entre tus brazos
en lagarto y culebra;
pero abrázame bien y no me sueltes
y tu marido sea...
«Me trocarán, señora, entre tus brazos
en un cervato esquivo;
pero abrázame bien y no sueltes
al padre de tu hijo...
«Me trocarán, señora, entre tus brazos
en un candente hierro;
pero abrázame bien y no abandones
la flor de tu deseo...»

Entre los dientes fuertes, hombrunos, una rara sensación de saliva pastosa y el percutir de las últimas sílabas de la anterior estrofa que repetía indolente: *«The father o'your child...» «The father o'your child...» «Al padre de tu niño...»*

El peine aún en la mano, bajando por su pelo seguía recordando la voz de Ray Salcedo:

«...Y un grito de pavor oyóse entonces:
¡Tam Lin se nos ha ido!...
«Entre los brazos de ella lo trocaron
en lagarto y culebra;

pero muy abrazado lo tenía
que otro esposo no quiere.»
«Entre los brazos de ella lo trocaron
en un cervato esquivo;
pero ella lo guardó, muy abrazado,
al padre de su hijo...

Y la saliva pastosa entre sus dientes, y la pereza de su mano para mover el peine en sus cabellos, y el percutir de las mismas sflabas: *«The fatber o'your cbild»... «Al padre de tu niño...»*

«Entre los brazos de ella lo trocaron
en un hombre desnudo;
pero encima le echó su manto verde
y entonces ya fue suyo...»

Se tendió en la cama, larga, inválida... El vaho del calor no dejaba lugar al sueño... Igual que recibir en la cara el vapor que suelta una locomotora... Varias veces viajó ella asándose con el maquinista entre las plantaciones y el puerto... Se ahogaba... Púsose en pie para cerciorarse con su mano de lo que estaba cierta, porque lo veía, la ventana abierta de par en par, sólo defendida por el cedazo... Acercó los dedos a la redecilla en que del lado de afuera zumbaban los insectos pugnando por llegar a la luz que ella tenía encendida en su cuarto... ¡Tam Lin se nos ha ido!... ¿Quién era ella sino otro ser minúsculo, volandero, ansioso, detenido a la puerta de la felicidad por el destino?... Se volvió a su cama, el calzoncito celeste, sus senos como los bajo relieves cobrando ya otra dimensión..., desesperada de aquella cama en que no había un trecho que su cuerpo no hubiera caldeado... Era un candente hierro la flor de su deseo... «Le eché mi manto verde y entonces ya fue mío.»

Bajo la sábana blanca, Juambo la vio dormida. Jugó la tiza de las córneas al abrir y cerrar los ojos recordando que la sorprendió con el fulano en el oficio de las lavanderas, sobre la ropa, en la penumbra del domingo. Tras él subieron los perros. Le lamían las manos callosas de manejar el motocar. Por en medio de los pies le pasó una rata. Los perros la siguieron rasguñando el piso. Después se juntaron en la puerta y se durmieron con Sambito que se tendió en la hamaca.

El silencio quedó suelto. Ya todos dormían.

VIII

—No maneja sus suelas, pero nos trae buenas noticias —dijo el presidente de la Compañía a un felino orangután, senador por Massachusetts, apenas oyó los pasos del visitante que esperaban.

El senador se había llevado las manos velludas, velludas hasta el nacimiento de los dedos, a las peludas orejas, para significar su disgusto por las pisadas de aquel bárbaro bananero en los vidriados *parquets* de madera que pertenecieron a uno de los más suntuosos edificios de Chicago, yendo a parar allí después de los incendios, por compra que se hizo a precio de liquidación de escombros.

Las suelas de los zapatos de Geo Maker Thompson atronaban sobre el piso, antes de desembocar su figura a la puerta del despacho del presidente de la «Tropical Platanera, S. A.», a quien no le molestaba del todo aquel repiqueteo, por ser el paso del vencedor.

—¡Es una bestia!... —protestó el felino orangután blanco, senador por Massachusetts, presa de indignación.

—¿*Y* qué otra cosa quiere el señor senador que sean los que viven en los trópicos?

—¡Bestia!

—¡YA llega!

—¡Viene marchando, ¿no lo oye?, viene marchando!

—¡Pasos así son triunfo, señor senador!

Geo Maker Thompson, imaginando el sillón en que le sentarían, para escucharlo, los cigarrillos que le brindarían, obsequiosos, la luz tácita de los ventanales velados por persianas verdes, los mapas roturados como cicatrices de la pobre Centroamérica colgados de las paredes, no menguaba la fuerza de sus pasos al avanzar: por el contrario, ya cerca de la puerta del despacho pateaba más duro.

—¿Quiere usted que nos sentemos, señor Maker Thompson? —dijo el presidente de la Compañía, amablemente; al fin había llegado.

El felino orangután blanco, senador por Massachusetts, jugó sus ojillos de color de confites rosados, y al encontrar al visitante inmóvil en el sillón, principió:

—Lo hemos convocado urgentemente, señor Maker Thompson, para oír de sus labios los informes que tenemos sobre la posibilidad de anexar esos territorios a nuestra República; desde 1898 que no tenemos anexiones, y eso no puede ser... ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!... —esponjóse al reír como si se riera con todo el pelo rubio de su cuerpo asomándole por las bocamangas y por el cuello, como una especie de musgo de oro.

—El 7 de julio —intervino el presidente de la Compañía— se cumplirá el octavo aniversario, ¿octavo o sexto?, de la anexión de las islas Hawai, y el señor senador

por Massachusetts, aquí presente, no fue ajeno a esa gran conquista. Es un técnico, es un especialista en anexión de territorios. Por eso lo he convocado.

—¡Gran honor!... —exclamó Maker Thompson, torpemente embutido en el sillón de visitantes y desesperado de verse en aquella actitud pasiva, siendo que él traía ya casi anexado a la República ese territorio.

El senador se inclinó, más para ver el mapa que tenía extendido en el escritorio que para agradecer la felicitación. Un monóculo ligeramente teñido de verde, casi una esmeralda, plantóse en el ojo izquierdo para examinar mejor el mapa, y entre los clientes se le vio la lengua temblorosa, granuda, como tomando aliento antes de hablar.

—Efectivamente, fue un honor muy grande para mí estar al lado de mi coterráneo, señor Jones, nacido en Boston, cuando provocamos en Hawai una revolución que dio por resultado la anexión de esa maravillosa isla a nuestro país. ¡Sin filibusteros! ¡Sin filibusteros! —repitió el senador clavando en el visitante su ojillo de confite rosado a través del monóculo verde—. Las revoluciones, nuestras revoluciones, deben ser hechas por hombres de negocios, y lo hemos convocado, por lo tanto, señor Maker Thompson, para que nos informe de viva voz sobre las posibilidades de anexarnos esos territorios que veo dan sobre el Mar Caribe, tan importante para nosotros.

Maker Thompson, saliéndose un poco del sillón, empezó a hablar ensayando algunos ademanes, amplios ademanes, lo que al presidente le pareció insoportable.

—Sin restar valor en lo más mínimo a la forma como se anexaron las islas Hawai, debo principiar mi información haciendo ver que los territorios que ahora tratamos de anexar no están poblados de bailarines de *ula ula,* sino de hombres que en todas las épocas han combatido, y donde las palmeras no son abanicos, sino espadas. A la hora de la conquista española combatieron hasta la muerte con bravos capitanes, la flor de Mandes, y después con los más audaces corsarios ingleses, holandeses, franceses.

—Por eso el señor senador —dijo el presidente de la Compañía— expuso ya que los métodos pacíficos son los que deben emplearse. Nada de aventuras armadas innecesarias. Pacíficamente, como se hizo en Hawai. Procurar primero que el capital invertido sume las dos terceras partes, y entonces, proceder.

—Y por eso yo, sin disentir del criterio del señor senador, expliqué cuan diversos son los habitantes de los países de América Central de los de las islas Hawai, para corroborar en todo el propósito de la anexión pacífica.

—¡Bravo! —exclamó el presidente de la Compañía.

—Y es más: siguiendo esa política de penetración económica, se ha conseguido ya: primero: que en la zona que dominamos en Bananera sólo corra nuestro signo monetario: el dólar, y no la moneda del país.

—Es un paso muy apreciable —subrayó el senador levantando los ojos del mapa al tiempo de soltar el monóculo, como una escupida verde de sus párpados rosados.

—Segundo —siguió Maker Thompson—: hemos abolido el uso del español o castellano, y en Bananera sólo se habla inglés, así como en los demás territorios en que nuestra Compañía opera en Centroamérica.

—¡Excelente! ¡Excelente! —terció el presidente de la Compañía.

—Y por último: hemos también desnaturalizado el uso de la bandera nacional: sólo se enarbola la nuestra.

—Un poco romántico, pero...

—Pero útil —cortó la palabra al felino orangután blanco el presidente—. ¡Usan nuestra moneda, emplean nuestro idioma, enarbolan nuestros colores!... ¡La anexión es un hecho!

—Lo que falta en el informe —siguió el senador— es tener el detalle de nuestras inversiones, de nuestras tenencias en tierras, empresas subsidiarias o auxiliares, influencia en la banca y el comercio, para poder planear la organización de un «Comité de seguridad pública», que se dirija a Washington pidiendo la anexión.

«Aquí la mía —pensó Maker Thompson—: voy a dejar a este mono con monóculo, del tamaño de su... anteojito verde.» Se puso en pie, pasóse la mano por la amplia frente, como si recapacitara, y fijó sus ojos castaños antes de hablar:

—El Gobierno actual de ese país nos cedió el derecho de construir, mantener y explotar su ferrocarril al Atlántico, el más importante de la República, del que tenían construidos los cinco primeros tramos; y nos lo ha cedido sin gravamen ni reclamo de ningún género.

—Bueno, entonces lo que ese Gobierno quiere es la anexión. Ya nos está cediendo todo su ferrocarril al Atlántico, que es lo más importante y que ellos tenían construido, dice usted, en sus cinco primeros tramos. Me parece que no hay que proceder a que se haga la declaratoria en Washington.

—Se estipula, además, en el contrato por el que nos cede el ferrocarril, que en dicha transferencia se comprenden, sin costo para nosotros: el muelle del puerto, de su puerto mayor en el Atlántico, las propiedades, material rodante, edificios, líneas telegráficas, terrenos, estaciones, tanques, así como todo el material existente en la capital, como son durmientes, rieles...

—¡Nos deja usted, Maker Thompson, con la boca abierta; el que firmó ese contrato estaba borracho!

—¡No, estaba tambaleándose, pero no borracho! Y por si eso fuera poco: el terreno que ocupan todos los estanques, almacenes de depósitos, muelles, manantiales y mil quinientas caballerías en un solo cuerpo, fuera de treinta manzanas en el puerto y una milla de playa de cien yardas de ancho a cada lado del muelle...

—¿Por qué no dijo usted, señor Maker Thompson, que ya la anexión estaba hecha? —repitió el senador por Massachusetts.

—Tenemos muelles, ferrocarriles, tierras, edificios, manantiales —enumeraba el presidente—; corre el dólar, se habla el inglés y se enarbola nuestra bandera. Sólo falta la declaración oficial y de eso nos encargaremos nosotros.

El felino orangután blanco, experto en anexión de territorios, tras ocultarse con las puntas de los dedos las barbas de musgo de oro que se le salían por el cuello, colocóse el monóculo verdoso sobre el ojo de confite para consultar en una libreta que extrajo de su cartera el teléfono que para estos casos le había dado el secretario de Estado.

—*Allons enfants de la Patrie...!*

Canturreó al acercarse al teléfono verde, el teléfono para el que no hay distancias ni demora.

Los reflejos de sus muelas de oro se iban por el teléfono con sus palabras, mientras solicitaba audiencia al alto funcionario; el monóculo suelto bailaba sobre su chaleco; sólo quedaba el ojo de confite muy alto perdido en su cara voluminosa a la que seguía el cráneo untado en una pelusa color de pata de ganso.

Al salir sonaban los pasos de Maker Thompson fuertemente; iba hundiendo los pisos. Pero tenía derecho.

Tenía derecho a somatarle los pies encima a la próspera Porcópolis, donde en cada puerta había un Papa Verde. Eran quince años en el trópico y una anexión en perspectiva, a orillas del Mar Caribe convertido en un lago yanqui. Eran quince años de navegar en el sudor humano. Chicago no podía menos que sentir orgullo de ese hijo que marchó con una mancuerna de pistolas y regresaba a reclamar su puesto entre los emperadores de la carne, reyes de los ferrocarriles, reyes del cobre, reyes de la goma de mascar.

Sir Geo Maker Thompson, eso sería si hubiera nacido en Inglaterra, como sir Francis Drake, y se habría detenido la ciudad al verle pasar bajo sus banderas verdes —verde hoja de banano—, entre antorchas de racimos de oro más oro que el oro y esclavos centroamericanos de hablar tan melancólico como el grito de las aves acuáticas. Pero nacido en América, en Chicago, tendría que conformarse con los servicios de una agencia de publicidad que desplegaría en los periódicos acuñando asesinatos, asaltos de banco y *rackets* sensacionales, la noticia de la llegada de uno de los reyes del banano.

Dejó *Michigan-avenue,* donde se da cita la riqueza del mundo, e internóse en el dédalo de los barrios en que las calles hieden a intestinos largos y las bocacalles son como anos cuadrados adonde asoman los transeúntes no suficientemente digeridos por la miseria de la vida, pues se les ve desaparecer por otros callejones intestinales y salir a otras calles. Chicago: de un lado, la grandiosidad de los mármoles, el frente de la gran avenida, y de otro, el mundo miserable, donde la gente pobre no es gente, sino basura.

Buscaba su barrio, su calle, su casa. Otros vivían en su casa. Quince años. ¿Eran las mismas gentes con distintas caras, o eran las mismas caras con distintas gentes?

Se detuvo en la esquina en que asomaba con las manos como murciélagos en el pelo, tirándose de las mechas, la ramera que borracha les contaba el misterio del *María Celeste,* el barco que salió de Nueva York para Europa llevando once personas, la mujer del capitán y un niño, trece en total. Diez días después un barco inglés lo encontró en pleno Atlántico y como nadie contestara en él a sus señales, largó un bote y al abordarlo encontraron que navegaba solo, silencioso como un barco difunto. Todo estaba en orden, todo en su lugar. Los botes en sus pescantes, las velas desplegadas, la ropa de la colada puesta a secar a proa, brújula y rueda de timón intactos, en el castillo de proa las vasijas con el rancho de los marineros, en la cámara una máquina de coser, la aguja parada sobre la prenda de un niño, el cuaderno de bitácora llevado hasta cuarenta y ocho horas antes... Ahora también ella había desaparecido; terminaron llamándola «María Celeste» y sólo quedaba el recuerdo de su voz ruca por el gálico, su inglés de abrelata preguntando a las estrellas y a los policías por el paradero de los trece navegantes de quienes no se supo nada, nada, nada.

Maker Thompson abrió los ojos, la campanilla del teléfono achicharrándole los oídos, sin moverse de la cama... ¿Aló?... ¿Aló?... ¡Maldita sea la estampa!... ¿Aló?... ¿Aló?... La central del hotel le comunicó al instante con Nueva Orleáns. ¿Su hija en Nueva Orleáns? ¿Aurelia en Nueva Orleáns?... Acababa de llegar y le pedía que al volver a los trópicos se detuviera en esa ciudad para verla y hablar con ella.

Se le espantó el sueño. Tuvo la impresión de que el joven arqueólogo de ojos verdosos y la cara de yanqui-portugués, no era extraño al viaje de su hija. «La ilusionó y ahora estará queriendo cerrar el negocio —rectificóse sonriendo— anexársela (la anexión es el mejor negocio), y para adelantar las cosas se ha

disparado esta babosita a mi encuentro. Que se casen. Los ricos se casan y se descasan cuando quieren. No hay problema. El problema es querer casarse o divorciarse sin plata. Lo que demuestra que el amor actual es el *Amor-business* y cuando, como en el caso de Mayarí, deja de serlo, se vuelve una locura que no cabe en la tierra, que nada tiene que ver con la raza humana. Aurelia es dueña de lo que le dejó su madre, tierras en producción, acciones en la «Platanera» y un fuerte depósito en el banco; total: trescientos mil dólares por lo menos, y algo debe haber olido ese pichón de sabio que entre sus monolitos y mi monolito, prefirió el mío, pasándose de los bajo relieves de Quiriguá a las cotizaciones de Wall-Street.»

Encendió un cigarrillo y abrió el diario que acababa de traerle el camarero. Hojeó, hojeó, hojeó, para luego, a la misma velocidad, volver las páginas de aquella catapulta de papel tamaño sábana, buscando la noticia de la llegada de un tal Geo Maker Thompson como hijo predilecto a su ciudad natal. Estuvo a punto de quemarse con la brasa de la colilla. El humo le entró en los ojos. Moqueó. Otro humo más liviano se alzaba en la mesa donde estaba el desayuno. Y el agua se oía en el baño llenando la artesa. Y el barbero se anunciaba dentro de breves instantes. Lo salvó. El fígaro lo salvó. ¡Si hubiera llegado antes!... En la mano traía un periódico y en sus labios, expertos en el chisme y la lisonja, los mayores parabienes por lo que decían de su persona, convertida en personaje. Le arrebató el papel de un tirón. Allí estaba. ¡Y cómo él no lo había encontrado! Su fotografía en un periódico de Chicago. ¡Qué confortable! El mejor diario de Chicago. Su fotografía entre banqueros y políticos. La frente amplia, el pelo abundante, los labios carnosos, los ojos inteligentes y abajo su nombre: «Geo Maker Thompson.» *«Green Pope».* Mágico, mágico... *«Green Pope».* Leyó, devoró el artículo, hasta el final, hasta el último punto. El deleite de poseer un espejo en que las cosas se cambian. Eso son los periódicos. Espejos en que las cosas aparecen otras. ¿Qué creían las estúpidas linfas que copiaban a lo bobo la imagen verdadera? ¿Qué las planchas venecianas de hondo bisel, que no desfiguraban en un ápice lo que se les ponía enfrente? ¿Creían que el hombre no iba a inventar algún día ese otro espejo, ese divino espejo del periódico, donde todo aparece mejor o peor, pero jamás igual? Y allí estaba reflejado, copiado, retratado en el fondo de un río doblado en muchas páginas; un periódico es un río de papel doblada en muchas páginas, y como el río, pasa, se borra, se va a medida que corren las horas. Otros periodistas quieren entrevistarlo. Otros espejos. Nuevas fotografías. Duchas de letras. Nuevas deformaciones, insospechadas hazañas en las costas atlánticas del istmo que une las dos Américas. Uno de los pulpos más raros, el pulpo-golondrina, lo atrapa en el litoral de Nicaragua. Lucha con él a cuchilladas. Cae en una hamaca de peces musicales. Todos los que navegan con él se duermen. En el río Motagua, vestida de novia, se suicida por él una princesa maya. La selva. Los cocodrilos que se alimentan de un agua especial. Un agua que se convierte en vidrio. Las más venenosas serpientes. Nahuyacas, corales, cascabeles, tamagaces. El bosque de la goma de mascar. Los indios lacandones. Y un día la fortuna. El plantador de bananos en las mejores tierras del mundo para esos cultivos, sembrados sobre el vello verde de la tierra púber, donde el lodo de los ríos tiene color de girasol, y salen las estrellas de día en los ojos de los tigres y unos gatos dorados en anillos negros que no son tigres, ni jaguares, sino una especie rara, el ocelote. No atacan al hombre. Son los perros que se usan por allá. Tienen, además, la particularidad de producir una saliva dulce, color ambarino, que los nativos recogen en pequeños recipientes y usan después como jarabe para preparar refrescos contra la insolación. ¿Y los millones?... Una noche, en pleno trópico, el rayo le dio el espaldarazo. Estuvo convertido en ceniza un

segundo, de ceniza pasó a relámpago y en el instante en que fue relámpago todo lo que sus manos tocaron se convirtió en oro. No alcanzaría a ser más de un puñado de objetos. Por el contrario, fue mucho, muchísimo. El trueno multiplicó sus manos, sonidos y ecos con todos los movimientos de sus dedos, para abarcar las tierras donde hoy está regada y en producción de millones de racimos de oro verde, la más fantástica plantación del guaneo que el paladar norteamericano prefiere. Y de relámpago se convirtió en lo que era, el Papa Verde, el Papa Verde, nombre que los voceadores de periódicos paseaban, como estandarte, por las calles de Chicago, centenares y centenares de grandes calles, de pequeñas calles... *¡Green Pope!... ¡Green Pope!...,* mientras en la bolsa de Nueva York, de París, del mundo subían las acciones bananeras: «¡Tomo a 511!»..., «¡Tomo a 617!»... «¡702!»... «¡809!»... *¡Green Pope!... ¡Green Pope!...*

Secretarios, guardaespaldas y aduladores formaron un círculo cerrado, casi impenetrable alrededor de su persona. Una palpable atmósfera de bala enfrió sus días y sus noches, de bala no disparada, de bala latente, hecha frío metálico y amabilidad en redor suyo. Pistolas, ametralladoras, armaduras de acero muy delgado, locales y vehículos blindados. Los aduladores venían a que se viera en espejos de porcelana, revistas de gran lujo donde sólo asoman la cara los multimillonarios. El papel áspero, el papel de diario dejó de existir en su mundo, sustituido por superficies laminadas para sedas y perfumes, donde con letras de oro se le enfocaba de cuerpo entero como un virtual candidato a ocupar en el futuro la presidencia de la Compañía, con el título del Papa Verde.

¡Pontífice de las bananeras del Caribe digno de llevar en el anular la Gran Esmeralda!

Maker Thompson aspiraba a todo. Su ambición era ser el Papa Verde o gobernador de los nuevos territorios anexados. Lo daba ya por hecho. El presidente de la Compañía y el senador por Massachusetts le esperaban a las 10 horas. El felino orangután blanco le tendió las manos velludas, con las uñas lustradas casi color de mandarina pálida, cordialidad desusada, pero explicable; había visto en los periódicos todo lo que él era y lo cotizaba mejor.

—Vengo de Washington —se apresuró a decirle—, pero si les parece nos sentamos. Traté el asunto de la anexión con el secretario de Estado, viejo amigo mío, y hay mucha tela internacional que cortar. Dígame, señor Maker

Thompson: ¿qué distancia separa lo que nos «pertenece en esos territorios de la colonia inglesa llamada Honduras Británica?...

—En el mapa lo tiene el señor senador, y si me permite, podemos establecerlo en seguida.

—Plena vecindad inglesa... —exclamó el senador paseando el confite del ojo rosado en el monóculo acuoso por el mapa abierto sobre el escritorio—, plena vecindad inglesa. Inglaterra suele apropiarse de lo que en la superficie del globo considera útil a la corona alegando vecindad; para eso es dueña de los mares, para ser vecina de todo lo que codicia y avasalla, pero en este caso la vecindad no es ficción, sino realidad geográfica.

El musgo de la pelambre dorada empezaba a no respetar límites en la vestimenta del senador que, al inclinarse nuevamente sobre el mapa, acezoso por la gordura, arrugado al retener el monóculo tambaleante, con uno, con dos, con tres dedos, dejando el pulgar afuera, devolvía a su sitio la blanca viruta de oro que se le escapaba del cuello por atrás, entre los dobleces de la nuca.

—Plena vecindad inglesa... Señores, tendremos que conformarnos con sólo las ventajas de la anexión...

—No veo las ventajas sin la anexión —respondió Maker Thompson—; si por no disgustar a los cochinos ingleses perdemos la partida de entrada, lo perdemos todo.

—Desgraciadamente no son sólo los ingleses. Existen puertos fluviales lacustres y marítimos que son vitales para el movimiento del café alemán que sale hacia Alemania, y los alemanes, y con ellos los Imperios Centrales, se considerarían molestos por nuestra marcha anexionista en esa dirección.

—Al contrario, los alemanes simpatizan con esta idea porque están contra los ingleses que siguen avanzando, peleando la tierra. Basta saber lo que han hecho en Honduras Británica, un hueso de rodilla, sin un árbol, donde los habitantes, en su mayorías negros, viven peor que acémilas. Estuve allí de visita y conversando con el gobernador, un inglés que se vestía de *smoking* para comerse una papa y media lechuga, cuando le hablé de la esclavitud de esos negros, me contestó: «Honorable amigo, los ingleses, adonde vamos, proclamamos la libertad de los esclavos, no de las acémilas...» Y seguimos asomados sin un parpadeo a la ventana más grande de la casa de la Gobernación viendo el mar, el divino mar Caribe. Todo esto viene a cuento de que los británicos no pueden oponerse a que nos anexemos esos territorios, porque no tienen más derecho que nosotros para permanecer en Belice.

—Razón de más para que se opongan —intervino el presidente—; careciendo de título para permanecer en Belice temerán que un vecino más poderoso, como somos nosotros, al anexarse esa pequeña república, les exija desalojar lo que no les pertenece, marcharse de una vez por todas y echar pulgas a su isla.

—Exactamente en la cabeza del clavo ha dado usted —exclamó Maker Thompson, quemando con el fuego castaño de sus ojos los ojos metálicos del presidente de la Compañía. Y tras un breve silencio de paladeo de pensamientos, prosiguió—: Una vez anexada esa pequeña república, los echamos de Honduras Británica invocando la doctrina de Monroe, que ya nos valió una isla de azúcar.

—La doctrina de Monroe, en este caso, es inoperante —intervino el senador—; no hay que olvidar que existe por ahí un pacto anglo-nipón con la tinta bastante fresca y que por algo se dio la batalla de Trafalgar. Inglaterra no es España; pero abreviemos palabras para ganar tiempo y llegar a una conclusión. Inglaterra, Alemania y los Imperios Centrales se opondrían a cualquier anexión de gran estilo y debemos conformarnos, por ahora, con lo que ya tenemos: la anexión de hecho. Dejemos a los ingleses con su Honduras calva, sin árboles, pero eso sí, como si lo estuviera viendo, con algún club para tirarse al suelo cuando están borrachos y mujeres tremendamente «ladies»... —pronunció «dadies» en francés para que sonara a «tremendamente feas», riendo y pasándose la mano por los labios en lugar del pañuelo que, medio salido de su bolsillo, parecía esperar la cosecha de babas en sus dedos.

El jefe de la Compañía también se reía. El senador remató:

—Y dejemos a los alemanes en sus tierras de café y sus puertos, contentándonos, repito, con lo que ya tenemos: ferrocarriles, muelles, plantaciones... ¿Qué más anexión?...

—Si me permite el señor senador...

—Todo lo que usted quiera, señor Maker Thompson...

—El problema ha sido mal planteado y por eso, la conclusión a que llegó el señor senador con su Excelencia el señor secretario de Estado, me atrevo a calificarla de inaceptable para mí. Voy a explicarme. Las tierras en que está operando la Compañía no le pertenecen legalmente. No somos dueños. No poseemos título

alguno para permanecer en ellas. En cualquier momento se nos puede decir: ¡Afuera, caballeros, que esto no es de ustedes! Nos sostenemos en ellas repartiendo pesos y más pesos oro en las esferas gubernativas. El clamor de los desposeídos no llega, no sube, se les queda en las bocas, como bostezo de hambre. Hay un muro de oro entre el pueblo y los que mandan, y ese muro de oro somos nosotros, muro que mantiene el silencio sin eco, y cuando la grita es mucha, muro del que se desprenden pedazos para aplastar a los alzados. Por otra parte, el contrato, único en la historia, por el que se nos ceden ferrocarriles, muelles, instalaciones, manantiales, materiales rodantes, fajas de terreno en las costas, sin costo ni compromiso de ninguna clase para nosotros, mejor que una lotería, puede ser revisado en cualquier momento y dejar de tener vigencia, porque entre sus muchos vicios legales tiene el que le invalida totalmente, es contrario a la Constitución del país. Y por eso, por el peligro de quedarnos sin nada, se plantea la anexión como un medio para cubrir intereses norteamericanos. No hay que olvidar que penetramos en ese país con el pretexto de llevar y traer correspondencia en nuestros barcos, y que paulatinamente hemos llegado a ser...

—¡A todo señor, todo honor, Maker Thompson; Chicago entero aplaude su formidable *perfomance!*

—Aplauso —se volvió al presidente— que tampoco nos pone a cubierto de perderlo todo; y por eso insisto en lo de la anexión y espero que el señor senador, con estos antecedentes, vea nuevamente al secretario de Estado, con quien cultiva antigua amistad nos ha dicho, y le plantee el asunto tal y como es. Necesitamos proteger nuestros intereses con la anexión de esa República que nos ha entregado sus ferrocarriles, sus muelles, sus riquezas y en cuya banca, en cuyo comercio, en cuya política influimos decisivamente, se nos consulta, se nos teme, somos más que los tres poderes del Estado juntos, y el cuarto lo mantenemos, porque sin nuestra publicidad y dineros que van subterráneamente a manos de muchos periodistas, ese poder no existiría.

—Sí, desde luego, con esas bases el planteamiento del problema es otro —aceptó el senador—; pero me parece un poco violento ir al Departamento de Estado con el pedido de anexarnos una república para proteger intereses afincados en unas plantaciones...

—El señor senador no debe reducir el problema a las plantaciones solamente, a los intereses que defendemos, porque entonces es tiempo perdido. Hay otros hilos vitales en el juego político. La opinión pública es una mosca estúpida que nuestra prensa puede atrapar en sus telarañas. Debe desencadenarse una campaña por la seguridad de nuestro territorio que virtualmente se extiende hasta Panamá, porque México, aun sin haberle tomado Tehuantepec, es parte de nuestra continuidad geográfica y del sistema norteamericano. Esta campaña, paralela a una serie de comunicados sensacionales sobre la vasta red de espías japoneses en América latina, y el peligro amarillo, prepara un clima favorable para nuestra política anexionista. Si antes de hacer el canal por Panamá, se pensó en Nicaragua y Tehuantepec, nada tiene de extraño que entre Tehuantepec y Nicaragua surja un estado de la Unión, llamado a evitar que los japoneses, aprovechando la carretera panamericana en construcción, ataquen desde México el canal de Panamá, y nuestra flota quede embotellada. Insistir en esto del embotellamiento de la flota. Datos técnicos, opiniones de personajes autorizados, siempre dispuestos a opinar a nuestro favor, porque tengo entendido que contamos con algunos representantes en el Congreso...

«¡Pontífice del divino mar Caribe!, es lo que debías ser», pensó el senador por

Massachusetts oyéndole hablar.

—El señor senador nos hará el bien de volver a Washington —dijo el presidente de «Tropical Platanera, S. A.— y si el momento internacional no es propicio para una anexión a lo Polk, una anexión de gran estilo, creo que nuestros intereses quedarían a cubierto si se establece sobre esos territorios un protectorado por cien o doscientos años.

—No sé, no sé hasta dónde, porque, como dije a ustedes, ésa no es gente de *ula-ula,* sino de guerra, y el protectorado que en sí lleva oculto el cebo de la liberación estimularía sus instintos belicosos y sería fuente de mártires, de luchas... La anexión, en cambio, no deja ninguna esperanza, ninguna esperanza... Piensen ustedes que para llegar a lo que tenemos tuve que arrancar gente como árboles que se les rompen las raíces y echan nuevas raíces, incendiarles las casas en que vivían con el pretexto de combatir las pestes que nosotros mismos importábamos de Panamá y vencer algo que parece increíble: la tenacidad del nativo, su capacidad de trabajo cuando lo espoleaba la competencia nuestra y obtenía ganancias apreciables con su fruta. Hubo que diezmarlos. Unos al cuartel, al servicio militar, y otros al agua, ahogados, o al tigre, o al tamagás... Esto les hará ver a ustedes cuan difícil nos sería allí mantener un protectorado.

—La misma dificultad habría —intervino el senador— en obtener firmas de los que tendrán que solicitar a nuestro gobierno el acta de anexión, como se hizo en el caso de las islas Hawai.

—Cambia, cambia... En primer lugar, y en el idioma más elocuente, el de los hechos, se nos solicita la anexión obsequiándonos un ferrocarril que no sólo se nos obsequia, sino, pásmense ustedes, después de que nosotros lo usemos en el transporte de nuestra riqueza bananera, al devolvérselo, ellos nos lo van a comprar, a pagar en pesos oro. Lo que ellos nos regalan, una vez usado por nosotros, según el contrato, ellos nos lo comprarán. Caso único, y por lo mismo hay que proceder a que mañana no se revea este convenio que parece de *Las Mil y Una Noche,* e interpretar el sentir del mismo, como un patente deseo de ser nuestros, de que los anexemos.

—Pero eso no basta, señor Maker Thompson; habrá necesidad de ciudadanos, de vecinos notables, que vengan a Washington y se presenten a pedir la anexión.

—El señor senador convendrá conmigo que los que nos cedieron los ferrocarriles en esas condiciones miliuna-nochescas, serán los primeros en venir a Washington a solicitar el acta de anexión, orgullosos y honradísimos, casta sin clase que cree que formando parte de los Estados Unidos van a ser como nosotros, y tanto sueñan en que algún día sea así que educan a sus hijos para norteamericanos y repudian como inferior todo lo que les es privativo, abominan de lo nacional.

—En esas condiciones, no tengo inconveniente en volver al Departamento de Estado...

—Hay que dar la batalla —animó al senador el presidente de la Compañía, levantando el auricular del teléfono verde, para que el felino orangután blanco se comunicara con Washington.

—Les dejo —se puso de pie Maker Thompson—, porque yo también tengo que marcharme por unos días a Nueva Orleáns. Espero que todo saldrá bien, y que en la próxima reunión el señor senador nos dé noticias que nos hagan dignos sucesores de los anexionistas de gran estilo, Jackson, Polk, Mac-Kinley.

Geo Maker, como le llamaba Aurelia, llegó a Nueva Orleáns de incógnito y paseaba con ella por las calles de la ciudad como animal caído en una trampa, haciendo de papá por primera vez en su vida, impecables los zapatos lustrados

por los limpiabotas de color que charolaban los cueros con su alegría al ir abetunando, untando, cepillando, musicalizando con el ir y venir de la badana en polea hasta dejarlos como espejos; el traje de hilo celeste rigurosamente limpio y el sombrero derrengado sobre un lado de la frente, para dejar por el otro suelto un mechón de pelo rubio algo cenizo.

Aurelia, recargada en su brazo, no lo veía de abuelo, como no lo vio de padre ni de pariente de nadie. Hombre. Hombre sin familia, hombre de mar, hombre de las plantaciones de banano, y actualmente el hombre del día, atento a los periódicos que bajaban cargados de acontecimientos y siempre de paso por el río del tiempo.

El estado de Aurelia exigía largos paseos a pie y Geo Maker la acompañaba de escaparate en escaparate, de esquina en esquina, «paceando», como dicen en el trópico. En las esquinas, el cielo mostraba sus joyerías sobre el cielo aterciopelado, nocturno, y la ciudad su gente de color vestida de colores chillones, negros regados, cuando había luna, como fríjoles en un mantel de fiesta.

—Geo Maker —dijo ella tirándole del brazo—, ven vamos a leer ese cartel, dice algo de la fiebre amarilla.

—¡Mejores propuestas me han hecho!

—¡Ven, vamos a leerlo, hay que saber qué dice!

—Lo mismo que decía el otro y el otro, o ¿crees tú que en cada cartel van a cambiar de texto?...

La separó suavemente del muro para que no se detuviera a leer aquel «heraldo» de muerte redactado en términos municipales. De sus letras empapadas en el luto de la peste se desprendía un vaho de alarma, al recordar el estío de 1867, cuando la fiebre amarilla diezmó la población.

Maker Thompson pasó muchas veces por Nueva Orleáns, pero nunca se detuvo, hasta ahora que acudía al llamado de su hija, desde una noche en que siendo muy joven, tras beber abundantes copas, al salir de la taberna lo arrastró, bajo una lluvia torrencial, el turbión de aguas que inundaba la ciudad. La correntada lo zarandeaba, entre los muebles de las casas que se iban llevando, como un mueble humano, pero empezó a tomar conciencia de que no se trataba de una pesadilla de borracho, sino de que en realidad eran transportado como un beodo que se lleva el whisky. Un golpe en la cabeza contra un balcón lo extrajo de la borrachera con ropa y todo, hecho una sopa de agua hedionda. Abrió los ojos y ante el peligro que corría optó por nadar a favor de la corriente hasta asirse de un árbol. La oscuridad apenas dejaba ver los bultos y no pudo saber quiénes eran las personas que se acomodaban junto a él, poco dueñas de sus movimientos, y un caballero, rígido, y decididamente borracho, a juzgar por los equilibrios que hacía en el agua, sin medir el riesgo que corría. «¡Caballero, si no se agarra está usted perdido... De esa rama que tiene cerca se puede usted agarrar!...», arengó Maker Thompson al rígido personaje. En ese momento, la correntada trajo a un nuevo sujeto, engarabato y silencioso, sin burbujas de respiración en el agua que fluía tibia, ya casi llegando a las techumbres. Algunos llegaban y se iban sin una palabra, sin un ay, sin un grito, sin el patalear de los que se ahogan. Uno le acercó el brazo y Geo Maker, al tomarlo para que no se lo llevara la corriente, tuvo la sensación de haber palpado a un náufrago.

El alba fue tiñendo la ciudad y Maker Thompson, que empezó la noche en una taberna, entre borrachos alegres, viose flotando en un círculo de esqueletos vestidos, tan inanimados como los de cualquier otro club, unos mostraban las

calaveras, otros sus rostros apergaminados, cadáveres que la inundación arrancó de algún cementerio.

Le conmovió pensar que una mujer que le pasó rozando, él la tomó por una ramera borracha.

Temperatura de fuego. La evaporación sofocante. En uno de los navios que zarpaba del puerto hacia el Caribe, aterrorizado por aquel club de muertos en que amaneció ese día, refugióse Maker Thompson, y no tuvo paz, hasta desembarcar en la costa de Honduras.

—Geo Maker, ¿aceptas?... —dijo su hija, sacándolo de sus pensamientos—. ¿Aceptas un pacto firmado a ciegas con tu hija?

—Debo saber de qué se trata...

—Si te nombran gobernador de los territorios anexados, perdonas a Ray Salcedo.

Maker Thompson casi le quitó el apoyo del brazo, retirándola de su arrimo; pero Aurelia le retuvo silenciosa y siguieron por las calles, ella mirándose los pies —la gente pasaba, pasaba, transeúntes, vehículos— y él tratando de buscar en algún reloj público la hora exacta.

—Y pongamos por caso que no lo perdone...

Aurelia volvió en sí, levantó la *cabeza:*

—Pues, entonces, Geo Maker, no me perdones a mí, no me perdones...

—Muy bien, no te perdono; y como se debe hablar de todo, no sé si mis abogados te avisaron que lo que fue de tu madre y de Mayarí, tu hermana, está a tus órdenes, es tuyo, debes entrar en posesión y disponer.

—Ayer me avisaron... Pero no se habla de intereses, sino de algo que no tiene valor, tu perdón; quiero que lo perdones, me parece que en la medida de tu perdón él seguirá valiendo para mí lo que creo que vale; sin tu perdón, Geo Maker, ya no sería igual.

—La ofensa para mí no está en que vayas a ser madre, sino en que se haya marchado sin ponerme una letra comunicándome sus intenciones. Estás semiabandonada. No tienes noticias de él. ¿Cómo voy a perdonarlo? No, de ninguna manera.

—Ya escribirá. Iba para Egipto y los arqueólogos se olvidan de todo ser vivo cuando están junto al mundo del silencio que ellos van descubriendo.

—Si te dejó su dirección lo llamaremos por teléfono a El Cairo...
,

—Dijo que me la enviaría...

—¿Supo tu estado?

—No le dije nada, porque me pareció que era usar el ser que venía para atarlo, y ya estamos demasiado involuntariamente atados en la vida, para que también sirva de atadura y cárcel lo que no ha nacido...

Se apresuraron. Geo Maker tenía una cita importante. El tiempo de vestirse. Pantalón negro, corbata negra, *smoking* blanco, cigarrillos, perfume y una pequeña escuadra.

No se sabía si agua o silencio pasaba junto a la casa, salvo en los espacios en que el reflejo de las ventanas doraba las aguas del Misisipí. Un negro condujo a Maker Thompson hasta el salón en que se veían viejos tapices, porcelanas, marfiles y muebles de época. Onduló un cortinado y vino a su encuentro el

accionista más fuerte de la «Tropical Platanera, S. A.», bajo de cuerpo, ancho de hombros, carotón, enfundados los pies en escarpines charolados.

—¡Bien venido!... ¡Sólo de referencias le conocía, de referencias y por nuestra correspondencia!

—Muchas gracias, señor Gray... El gusto de estrechar su mano. A mí también me complace conocerle personalmente.

—Un cigarrillo... Vamos a que nos traigan whisky y vamos a sentarnos. Donde le plazca. En ese sillón queda bien.

—Muy amable...

—¿Agua mineral? ¿Agua simple? ¿Mucho whisky?

—En el trópico, no sé si usted sabe, se toma con agua de coco.

—Dicen que es bueno contra el paludismo.

—Es bueno contra el aburrimiento.

—No dirá por eso que lo inventaron los ingleses. Bueno, vamos a brindar por nuestro encuentro y por su triunfo en la próxima junta de accionistas. Su elección para presidente de la Compañía está asegurada y ese día descorcharemos *champagne.*

—Por su salud, señor Gray; con un padrino como usted...

—La elección está asegurada: contamos con la mayoría de los accionistas fuertes. Poco podrá un pequeño número de cuáqueros encabezados por Jinger Kind. ¿Lo conoció usted?

—Hace más de quince años. Debe estar muy viejo.

—Es el decano de los accionistas. Pero nada podrá, pobre manco. La mayoría votará por usted, Maker Thompson, hombre probado y que interpreta fielmente el modo de pensar de los hombres de negocios en el sentido que sólo el dinero vale, sólo el dinero da autoridad.

—Recuerdo que Jinger Kind —yo era muy joven y sin duda por eso se me quedó grabado— se despidió gritando que nuestra compañía frutera era el hampa de una nación de muy nobles tradiciones.

—Y lo sigue siendo...

—Tiene razón, señor Gray; sólo el dinero da autoridad y el «hampa», como nos llama Kind, ya está manejando más de doscientos millones de dólares y en nombre de esa majestad podemos anexarnos países que otros conquistaron en nombre de reyes miserables, que empeñaban sus joyas y no tenían segunda camisa, con mesnadas de pordioseros y frailes descalzos.

—Y, amigo, los tiempos cambian...

—La autoridad se originó de Dios, corroborando lo que usted decía hace un momento, señor Gray, después, de la realeza, después, del pueblo, ahora del dinero; sólo el dinero da autoridad.

—Pero le decía yo, Maker Thompson, que los tiempos cambian. Las más nobles tradiciones, lo que nos echa en cara Kind, afortunadamente han sido sustituidas por los *trusts* y como formamos parte de uno de los cien *trusts* que manejan la política de los Estados Unidos, a qué titubear en anexarse a esos países, para asegurar nuestra riqueza y acabar con los gobiernos que mantenemos en ellos con el fin, imagino, de que se desesperen los habitantes y salgan a gritar a las calles que quieren ser de cualquiera con tal de no seguir de víctimas de sus sanguinarios paisanos.

—Nada más exacto, señor Gray...

—Porque no es necesario ser muy perspicaz para advertir que ése es el objeto que persigue la Casa Blanca al sostener esa clase de regímenes en que los grandes ociosos, los militares, se dedican al pillaje, y a sembrar la muerte y el horror.

—Un protestante no conoce mejor la Biblia.

—Amigo, si Nueva Orleáns es el quejadera de toda esa pobre gente. Pero bebamos. ¿Un poco más de whisky?... En la anexión verán la tranquilidad para sus hogares y la seguridad de sus intereses y personas. Hay que salvar lo que queda, destrozos de pueblos inferiores...

—Nada de salvar, no pertenecemos al ejército de salvación. Kind padece de esas ideas humanitarias. Usted no ha estado en los trópicos, señor Gray. El que como yo ha vivido allá años y años sabe que no hay nada que salvar, ni el polvo de los muertos, porque en esos climas, los que mueren, ni duermen en tumbas a lo egipcio, como aquí, ni flotan por las calles. Ya le contaré lo que me pasó una noche en su hermosa ciudad siendo joven. En los trópicos hasta los muertos, los despojos, son insalvables, desaparecen, se van, no queda nada de ellos; la muerte no es eterna y la vida muy fugaz.

Se interrumpió Maker Thompson, al oír pasos. Otras personas llegaban. Banqueros y fuertes accionistas, según le fue anunciando Gray, de la «Socony-Vacuum Oil Co.», mil cuatrocientos millones de dólares; de la «Gulf Oil Corp.», mil doscientos millones de dólares; de la «Bethle, Steel Corp.», mil millones de dólares; de la «General Electric Co.», mil millones de dólares; de la «Texas Company», mil millones de dólares; de la «General Motors Corp.», dos mil ochocientos millones de dólares; de la «U. S. Steel Corp.», dos mil quinientos millones de dólares; de la «Stand Oil Co.», tres mil ochocientos millones de dólares...

—No quise avisar a los poquiteros —dijo Gray sonriendo, antes de salir al encuentro de sus invitados—, ¡pigmeos, no! Ninguno de menos de mil millones de dólares; todos accionistas poderosos de la Compañía y partidarios de usted.

El perfume de las resedas entraba por las ventanas abiertas sobre la luz sonámbula de la noche cálida, y se fundía con el humo plateado de los tabacos suaves y el aroma de los licores que ayudaban, con el café, la digestión de una comilona acompañada de vinos blancos, secos en hielo y vinos rojos calentados a la temperatura de la yema del dedo.

Montañas de la luna, montañas de oro... Se le enfría el cuerpo... Está agarrado a su cigarro... Lo marca con hambre, con rabia y escupe el tabaco... El es Maker Thompson... ¡Yo soy Maker Thompson!... El Papa Verde... Mi dominio está fuera del tiempo y dentro del tiempo, fuera de la realidad y dentro de la realidad... «Señor Presidente de la Unión Panamericana, el Papa Verde le ordena inscribir entre los países que forman la Unión de las Américas, a uno de los Estados más fuertes de nuestro continente, éste en que yo, pontífice de la Gran Esmeralda, reino secundado por gobiernos y pueblos. El veinticuatro Estado de la familia panamericana posee territorios en el Golfo de México y en el Mar Caribe. Fragmentos verdes de mi poderío se extienden asimismo en el Pacífico. Además del territorio es dueño de centenares, de miles, de cientos de miles de habitantes, sobre los que ejerce gobierno y autoridad suprema. La autoridad que da el dinero. Territorio, habitantes y un gobierno todopoderoso en Chicago, en las oficinas de la "Tropical Platanera, S. A.". Además, el Estado que ahora exijo que se inscriba entre los países de la Unión Panamericana, posee barcos en

ambos mares, ferrocarriles, puertos, bancos, representantes en el Congreso de los Estados Unidos, todos los medios informativos de un Estado moderno, ejército y marina movilizables; una moneda: el dólar; un idioma: el americano. Esta veinticuatro República Frutera, es más fuerte que cualquiera de las otras Repúblicas de intereses limitados o canaleras que figuran en la Unión de las Américas, y por eso reclamo que se le dé el lugar que le corresponde en la mesa de deliberaciones y se agregue, a las gloriosas banderas americanas, la no menos gloriosa de nuestro Estado Frutero, consistente en un paño verde, y al centro una calavera corsaria sobre dos ramas de bananal.»

Un barco impulsado por una gran rueda iba dejando sus barbas espumosas en las aguas dormidas del Misisipí. Lo inconmensurable. Se frotó las manos después de despedirse del señor Gray y de los fuertes accionistas que le ofrecieron sus votos para presidente de la Compañía, en la próxima junta anual. Lo inconmensurable. La calle, cruzaba Canal-Street, el automóvil, el chófer uniformado, las campanas de algún templo —debía ser la madrugada—, el estruendo frío de la ciudad, unos como estornudos gigantes en los mercados, y las ambulancias, y la luz de cobre pálido sobre los edificios de ladrillo.

Cero horas... Chicago... El tren en agujas... Cero horas... Chicago... El tren en agujas... La llamada fue tan urgente... Apenas tuvo tiempo de despedirse de Aurelia... Pero ya volverá... Por ella y por el señor Gray... Nueva Orleáns, desde aquella noche, no fue para él la ciudad de los muertos nadando, sino la de los millonarios, ninguno menos de mil millones de dólares, que canturrean «¡dichoso aquel que tiene su casa a flote, su casa a flote»...

Cero horas... Chicago... El tren en agujas... Cero horas... Chicago... El tren en agujas... La llamada fue de urgencia, de toda urgencia. Pero qué pesadez, decir a su hija al despedirse: ¡Ojalá que las pirámides te sean leves!... Ray Salcedo... El nombre ya es tan conocido en las centrales telefónicas del mundo —Nueva York, Londres, París, Berlín— que ahora ya no cuesta hacerles entender que no es Rey, sino Ray... ¿El Rey de qué? —preguntan. Del acero, del petróleo, del caucho... Ray, Ray,

Ray Salcedo, arqueólogo... No, pero no estuvo mal haberle dicho: Aurelia, si Ray Salcedo no aparece, y es varón, se llamará Geo Maker Júnior... Suena bien, ¿no?... A mí me suena como si fuera a ser otra vez yo con ilusiones juveniles, como si ese nombre hoy seco, gastado, duro como la fibra de la madera vieja fuera a cubrir de nuevo un mundo de frescura y de ilusiones juveniles...

Cero horas... Chicago... Cero horas... Chicago... El tren en agujas... El tren en agujas... Sssstoooop... Sssssoooop... Secretarios, guardaespaldas con ametralladoras livianas... Adiós anonimato... Fotógrafos... Periodistas... Corresponsales... Sí, caben algunas cuñas con la noticia de la llegada... Declaraciones... Ninguna... Hará declaraciones hoy mismo... Sí, hay que reservar la primera página hasta las 5 de la tarde... Puede ser antes o más tarde... Hay que reservar espacio en las ediciones nocturnas... Los corresponsales... Todos en el hotel... Reservar líneas telegráficas... Reservar líneas telefónicas... Líneas cablegráficas desocupadas esta tarde...

Sostuvo con los ojos castaños la mirada del presidente de la Compañía. Extrañó no ver al senador por Massachusetts. La sangre le circulaba aceleradamente, como colegial que entra en la sala de examen, y estaba en el despacho que pronto sería su oficina. En un milésimo de segundo pensó en las reformas que debía introducir en el decorado, muebles, disposición de archivos y demás. La mirada fija y un poco inquisitiva del presidente, Maker Thompson la atribuyó a

que acaso estaba enterado que pronto debía sustituirlo, después de la próxima junta de accionistas, por mayoría absoluta.

—¿Quién es Richard Wotton? —le preguntó.

Tan a quemacuerpo fue la pregunta que Maker Thompson estuvo a punto de llevarse el pulgar al tirante, jugar con el elástico sobre su camisa de seda, y contestarle: «Era, porque yo lo maté.»

—Richard Wotton hace muchísimos años que murió. Era el visitante que iba conmigo en la vagoneta que volcó en la «Vuelta del Mico».

—Pero después de muerto, viajó...

—Sí, viajó encajonado en el vapor «Turrealba».

—Eso cree usted, Maker...

—¿Cómo eso creo yo? ¡Es así! Yo conduje a Richard Wotton, después de extraerlo con gran dificultad del barranco donde se fracturó la base del cráneo, según diagnóstico de los médicos, y al fallecer lo conduje ya muerto hasta la nave...

—Pues revivió, Maker Thompson...

Geo Maker movió la cabeza parpadeando, como si quisiera significar que aquello, dicho con tanto aplomo por el presidente de la Compañía, podía ser posible, siempre que el dinero en su inmenso poder taumatúrgico hubiera podido resucitarlo al llegar a los Estados Unidos.

—¿Revivió?

—No lo dude, Maker Thompson, y no revivió en el «Turrealba», sino en el «Sizaloa», difunto que presentó al Departamento de Estado un informe completo, categórico, documentado hasta con gráficos, donde se establece en forma incuestionable todos los atropellos, vejaciones, sobornos, crímenes y... ¡qué sé yo!... que la «Tropical Platanera» ha cometido por allá...

—¿Richard Wotton no era el honorable visitante? —preguntó una vez más, sin creer lo que oía, Geo Maker.

—¡Qué iba a ser!... El honorable visitante era un chiflado accionista de la Compañía que le dio por conocer las plantaciones.

—Pero allá estaba recogiendo las quejas...

—Oiría los informes porque, como Jinger Kind, era chiflado...

Maker Thompson juntó las manos, entrecruzando los dedos, y por un momento las agitó sin pronunciar palabra.

—Sin embargo, nada se ha perdido... —siguió el presidente de la Compañía—, salvo lo de la anexión; en la anexión ni pensar... Pero debemos proceder sobre la marcha, si no queremos que, como la anexión, se nos esfume el negocio. Hay que ir allá y lograr de las autoridades declaraciones enfáticas del beneficio económico que para ese país significa nuestra presencia, por ser la empresa que paga salarios más altos y emplea más braceros... Hay que comprar jefes de Estado, diputados, magistrados, alcaldes... Todo ser con mando, influencia, poder, debe loar nuestra gestión agrícola, comercial, económica social a tambor batiente... Y para ello mucho dinero a los periódicos, a los periodistas, a los corresponsales, obsequios a las casas de pobres, asilos de ancianos, casas de beneficencia, y a los templos... ¿Qué religión tienen allí?...

—Católicos...

—Bueno, aunque da asco ayudar a los cochinos católicos, hay que llenarles sus alcancías. Y en la prensa, poco texto, ¿eh?, poco texto y muchas fotografías: nuestros cultivos, nuestros hospitales, nuestros transportes, nuestras escuelas...

—No hay...

—Pues debemos fundarlas inmediatamente. Sobre la marcha. Tres, cuatro, cinco, diez escuelas. Las que sean necesarias. Lo indispensable es que se vean maestros y alumnos en fotografías... Y agencias de noticias mundiales...

—Operan varias...

—Algunas son subsidiarias nuestras y las manejamos, están a nuestro servicio. Lo que urge es una movilización completa para anular la acción del Secretario de Estado, que está por acabar con su trabajo de quince años de una plumada.

—¿Quién era, cómo se llamaba el honorable visitante? —repitió la pregunta Maker Thompson, que no oía nada.

—Se llamaba Charles Peifer...

—Pero ése no era su verdadero nombre. Charles Peifer se puso, pero se llamaba Richard Wotton.

—Charles Peifer se llamaba y era Charles Peifer; tres niños y una viuda hermosa heredaron sus acciones, y piensan votar por usted, Maker Thompson, en la próxima reunión de accionistas; le han vivido eternamente agradecidos.

—¡Qué equivocación tan tremenda!... —se repetía Maker Thompson.

—Richard Wotton, no sé si usted lo conoció, andaba por allí como arqueólogo. El documento en que nos acusa es algo pasmoso, pero vamos a sepultarlo bajo la avalancha ensordecedora del clamor que se alzará de todos los pueblos del Caribe reclamando nuestra presencia y saludándonos como mensajeros de la civilización y del progreso, heraldos de bienestar y riqueza. Hablaba usted del peligro amarillo, pues ahora es la oportunidad de ponerlo de manifiesto... nidos de espías japoneses..., hilos de conspiradores al servicio del Mikado..., mapas..., papeles..., claves..., submarinos en las aguas del Pacífico bordeando las costas de Centroamérica... Y el peligro del embotellamiento de nuestra flota al destruirse el Canal de Panamá, débil como una caja de fósforos por eso de las exclusas...

—¿Richard Wotton —volvió a preguntar Maker Thompson, como hablando en el vacío—, Richard Wotton era el arqueólogo?

—De esa treta se valió para penetrar en las plantaciones, en nuestros secretos, pues indudablemente tuvo acceso a muchos archivos.

El presidente de la «Tropical Platanera, S. A.» vio a Maker Thompson levantarse y salir, sin hacer sonar los pasos.

¿Cómo hacer volver de la muerte a Charles Peifer?

Menos mal que está enterrado aquí, vestido de explorador, en un féretro de doble fondo, con cristal para verle la cara, los ojos cerrados, como lo encontraron en el fondo del barranco de la «Vuelta del Mico». Si lo entierran en el trópico desaparece por completo, no queda ni el cadáver. Allá los muertos se van y no vuelven. La muerte no es eterna, sino pasajera...

Irremediable... Una viuda y niños que ya deben ser jóvenes, dispuestos a votar por él en la próxima junta de accionistas... No se presentará como candidato...

Los voceadores gritaban esa noche por las calles de Chicago: ¡Noticia sensacional!... ¡Noticia sensacional!... Geo Maker Thompson, el Papa Verde, se retira a la vida privada, no acepta la presidencia de la Compañía...

Irremediable...

No podía hacer regresar a Peifer de la muerte... Tampoco podía regresar de la vida al ser que crecía en las entrañas de Aurelia, hijo de Richard Wotton...

Mil millones de dólares... Mil quinientos millones de dólares... Mil ochocientos

millones de dólares... Dos mil millones de dólares... Irremediable... Irremediable...

Segunda parte

IX

Para Boby Thompson, el *Gringo* —nieto de Maker Thompson, a quien, ya viejo, seguían apodando «El Papa Verde»—, la ciudad estaba dividida en ocho, nueve, diez campos de *basse-ball:* «Llano del Cuadro», «Llano de Palomo», «Gerona», «San Sebastián», «Campo de Marte», «El Cerrito», «La Recolección», «La Ermita» y el Hipódromo donde quedaba el «diamante» oficial de este deporte.

El equipo de Boby Thompson jugaba con el nombre de «B. T. Indian», aunque más se le conocía por «Indian», pequeña e inofensiva resistencia de sus componentes que al llamarlo «B. T.» encaramaban sobre sus nombres las iniciales de el *Gringo,* para lo que no tenía corona, por mucho que era el capitán y conceptuarlo como un tipazo por conocer las reglas del juego, leídas directamente en inglés, y por la colección de guantes que tenía, guante, careta y pechera de *catcher,* guantes de primera clase, de *pitcher, fielders,* pelotas y *bats* legítimos.

Boby amanecía en los llanos mascando chicle. Sobre el césped verde, húmedo de la evaporación de la mañana, el manchón de su cabeza rubia brillaba al sol. Y allí esperaba a los jugadores de su equipo, chicos morenos de pelo negro que también amanecían, algunos peinados, otros sucios comiendo fruta, melcocha o panes con frijoles que les dejaban lutos en los dientes, como llamaban a las cáscaras de frijol negro pegadas a la dentadura. Llegaban maltratándose, golpeándose. —*¡Sho, boys!*

Gritaba el *Gringo,* alzando los brazos con los guantes ensartados en el *bat,* para que le vieran desde lejos, al extremo del «Llano del Cuadro», en el sitio en que se veía gastada la grama en los lugares de las bases y el *borne.* Algunos de aquellos chicos traían guantes fabricados por ellos, pura industria económica. Alrededor del centro del guante, generalmente de cuero, el forro o funda de algún género fuerte, con la forma de la mano, y el relleno de lana, cerda, paja o algodón, para amenguar un tanto el golpe de la pelota. Guantes informes, guantes-colchones en forma de las almohadillas con que se borra la tiza del pizarrón de las escuelas, y en cuanto al relleno hubo el famoso guante del *Chelón* Torres, acolchado con el pelo viejo de su mamá, ejemplo que despertó en los demás jugadores el afán de buscar en los armarios, cómodas y alacenas todo el pelo habido y por haber en cajas y «bucles» de tías solteronas o hermanas a las que a cierta edad les da la tifoidea y las pelan al rape.

El *Gato* Ramos, cuando se acercó el grupo a Boby, venía peleando con Samuel Galicia, y de intención le echó zancadilla para que se fuera de boca, y al caer Galicia se le tiró encima para golpearlo con las manos empuñadas. —¡No seas tan sinvergüenza, vos, no le pegues en el suelo!... —le gritaban los otros, sin intervenir—. ¡No le pegues con la mano empuñada, animal!...

Boby Thompson, usando de su prestigio de capitán del equipo, los separó de un par de patadas y plantóse entre ambos, pues tan pronto como Galicia estuvo libre del peso de su contrincante y pudo incorporarse, reaccionó y quiso atacarlo. El

labio le sangraba a Galicia que, mientras insultaba al *Gato* Ramos, se llevaba la mano a la boca y al vérsela ensangrentada se la limpiaba en el pelo, por lo que parecía que también le sangraba la cabeza, la frente, una oreja.

—¡Cálmate vos, *Plumilla!* —le decían sus compañeros a Galicia—. ¡Otro día, vos, *Plumilla,* otro día te lo agarras vos a traición como él te agarró y qué te va a aguantar; te lo comes, viejo, te lo comes. Lo que hay es que te alza pelos y aprovechó que te caíste con la zancadillota que te echó, para agarrarte en el suelo.

El *Gato* Ramos, retenido a distancia por Boby Thompson, levantaba en la mano zurda un guante de *catcher* de los hechos en casa que más semejaba una almohadilla redonda, mal hecha, y se lo paseaba por la cara, y lo besaba, y se lo apretaba al corazón, gestos que enfurecían a *Plumilla* Galicia, porque aquél le había hecho creer que el guante estaba relleno con el cabello de su hermana Amanda.

—¡Ya se iba andar fijando mi hermana en vos, tísico, tísico, tísico! —le gritaba *Plumilla* Galicia insultándolo para quitarse la cólera que sentía por los golpes recibidos, el labio sangrante y los besuqueos al guantote en que las trenzas de su hermana formaban el colchón—. ¡Tísico, tísico, tísico!...

La paz fue costosa. Hubo que dejar que se pegaran de nuevo, pero con juez de campo y nada de manos desnudas; guantes de box era lo indicado. El *Chito* Mayen fue el encargado de ir volando en su *cicle* a traerlos a casa del Boby, quien no podía moverse del campo por ser al único que respetaban.

La pelea se concertó en *knock-out,* y no fue sino cuestión de minutos. Apenas sueltos Galicia y Ramos, igual que gallos con hambre de pelea, empezaron a darse golpes en la cabeza, la cara, el cuerpo. En el silencio que formaba la rueda de muchachos, todos con los ojos puestos en los boxeadores, se escuchaba el ruido fofo de los guantes al golpear o detener los golpes de Ramos y Galicia, los dos fuera de sí, jadeantes y ya sin alcanzar resuello.

Plumilla Galicia le aplicó un golpe bajo a Ramos. El *Gato* se puso pálido, hizo envites de querer vomitar, lívido, mortal, en el pellejo verdoso los ojos verdosos, y se desplomó en seguida. Al verlo caer, todos huyeron. «Le fajó en la boca del estómago...», se comunicaban en la carrera, al escapar. Sólo quedaron en el campo, pensando qué se le podía hacer, el *noqueado,* Boby, el *Chelón* Torres, la *Parlama* Juárez y el *Chito* Mayen, que estuvo a punto de agarrarse a trompadas más tarde con el *Negro* Lemus, porque en lugar de irse en su *cicle* tomó la del *Negro* y se fue a toda máquina con Galicia subido detrás.

—¡Ay, de los *noqueados!*... —gritó *Parlama* Juárez transformando el «¡Ay, de los vencidos!», de su Historia Universal, al tiempo de dar un puntapié al guante que había ocasionado la pelea.

El *Chelón* Torres, al ver lo que aquél hacía con el guante, corrió a dar alcance al pequeño almohadoncillo con forma de mano en que estaban de colchón las trenzas de Amanda, pero *Parlama* lo alcanzó a empujar al tiempo de agacharse, lo que le hizo perder pie y caer clavado como en el agua.

—¡Aterrizaste!... —le gritó Juárez, mientras aquél se levantaba con el guante y el traje empolvados.

Sin perder tiempo, el *Chelón* rompió a dentelladas el forro del guante, para ver lo que tenía dentro.

—¿Las trenzas de Amanda?

Aquellas trenzas que ellos no recuerdan si vieron, pero que las llevaba antes que

le cortaran el pelo, cuando estuvo con tifoidea. Un buey de pelo de azabache que bajaba en haz o despelucábase, suelto en chorro de aguas negras, negro, suave, muy suave, de lo que es la noche.

Boby fijó sus ojos de verdolaga, entre azules y verdes, en lo que el *Chelón* extraía del interior del guante.

¡No eran las trenzas de Amanda Galicia!

Aquella cabellera acordelada en grueso cable negro que ellos vieron sin ver, como miraban a Amanda, sin verla, y que ahora pensando en ella, recordaban como una inmensa mata que la hacía verse más delgada, flaquencia que la agrandaba los ojos hermosos de color muy negro.

—¡Pelo de caballo! —gritó Boby Thompson.

—¡Qué bien se ve que no sos de aquí, *Gringo!* —lo atajó *Parlama* Juárez, mientras el *Chelón* Torres sacaba el resto de pelo del colchón del guante del *Gato* Ramos, que seguía en el suelo quejándose casi sin sentido—. ¡Pelo de caballo, pelo de helóte, vos, *Gringo,* pelo de maíz, já, já, já, já!

Se echaron todos a reír. Algunos habían vuelto a ver qué pasaba. El *Chelón* soltó el guante con las tripas fuera en manos del Boby. *Parlama* Juárez proponía esconderlo para que el *noqueado* no fuera a exigir que se lo repusieran. La cabeza rubia del *Gringo* iba de un lado a otro como diciendo: ¡qué cosa!...

Chito Mayen volvió en la bicicleta del Negro *Lemus* con *Plumilla* Galicia. De golpe cayeron sobre el grupo que examinaba el guante. *Plumilla* saltó de la bicicleta a tratar de cerciorarse con manos y ojos de lo que estaba relleno el guante.

—¡Las trenzas de Amanda!... ¡Las trenzas de tu hermana!... ¡Ja, ja, ja!... —se le reían todos—. ¡Qué pelo tan fino, cuñado! ¡Son de la familia de los *helotes!* ¡Ya no le digan *Plumilla,* sino *helóte!* ¡Mejor hubiera dicho el *Gato* Ramos que estaba relleno con las barbas y bigotes de tu viejo!

A las carcajadas ruidosas alzó la cabeza Ramos, el *noqueado.* Tenía una sensación de sordera, de laxitud, de dolor en la boca del estómago. Todos se agruparon en torno suyo burlándose por fanfarrón. No había tal pelo de Amanda. Embustes. Colchón de pelo de maíz apelmazado.

La noticia acabó con la dificultad, se evitó el conflicto entre el *Chito* Mayen y el *Negro* Lemus por lo de las bicicletas y pudo empezar la práctica de *bat,* Boby Thompson al *home* y los demás a sus puestos.

Sol de mediodía. Polvo de la tierra caliente, de la grama reseca. Boby golpeaba la pelota con el *bat* o «tranca», como gráficamente le llamaban al garrote de madera en forma de as de bastos. Al trancazo, la pelota salía despedida igual que una bala, y los demás jugadores, situados enfrente, en forma de media luna, la mano izquierda enfundada en el guante, se ponían en movimiento para tratar de atraparla en el aire, sin tocar la tierra, o por el suelo si picaba rodando por la grama. El jugador que la pescaba lanzábala al compañero que le quedaba más cerca y éste a otro, y a otro, con objeto de que todos hicieran práctica de guante, para luego devolvérsela al Boby, que volvía a «tranquear».

Una hora de práctica. Después de las doce, de los campanazos de las iglesias que golpeaban el aire suelto en los llanos, volvíanse a sus casas. Boby recogía sus guantes, los ensartaba en el *bat* como cangrejos en trenza, y encabezaba la marcha comentando el «buen brazo» de *Parlama* Juárez para las «curvas» al lanzar la pelota e imprimir a ésta ciertas desviaciones en sesgo que la apartaban de la línea recta a la derecha o a la izquierda, para burlar al que con el *bat* trataba de pegarle. También se hablaba de la velocidad de *Plumilla* Galicia para correr. Un

formidable corredor de «bases». Le faltaba aprender a resbalarse. Los ciclistas, Lemus y Mayen, les seguían en sus *cicles,* sonando y sonando el timbre.

—¡Se fue la runfia de diablos... porque eso son, unos diablos! —exclamó una anciana ocupada en barrer un zaguán que daba al «Llano del Cuadro», al desaparecer de la sabana verde, por las calles, Boby y los jugadores del «B. T. Indian».

—Si a las sirvientas nos fuera dable entender algo que no fuera el oficio y la doctrina cristiana —siguió hablando sola, entre la nube de polvo colorado que se levantaba de los ladrillos—. Algo, entender algo, discernir por nosotras mismas, pues pensaríamos que hoy los muchachos ya no se entretienen con los juegos de antes: bailar trompos, volar barriletes, pasarse de mano en mano la pelota de trapo en lo que llamaban «pajarito», y el «ratón y el gato», y la «tenta», y el «tuerto» y «andares», y «arranca cebolla». Ahora todo es lo que juegan en otras partes. Lo de aquí no sirve. Sólo lo extranjero vale, porque es extranjero. Antes jugaban a los toros. Uno hacía de toro. Otros hacían de caballo cargando a los picadores. Hoy, no. Juegos gringos. Para mejor será, pero a mí no me gusta.

Detuvo la escoba y vio, al través de la cortina de polvo colorado que levantaba al barrer, entrar un perro lanudo.

—¿Eh, pues, ya venís vos?

El perro presidía siempre la marcha del licenciado Reginaldo Vidal Mota, su patrón.

—Creí que hablabas con alguien —dijo el licenciado apresurando el paso para no respirar el polvo de ladrillo.

—Hablaba con la escoba...

—Eso no es hablar con alguien, sino con algo...

—Da lo mismo, como hablar con el chucho.

—¡Cómo va a ser lo mismo hablar con una persona que con una cosa!

—Aquí, en tu tierra, ya va siendo lo mismo. Se acabaron las personas, Rehinaldo.

—¡Reginaldo, Sabina, Reginaldo!

—Se acabaron las personas —repitió la Sabina Gil— y es tal vez más una escoba, esta mi escoba, que una gente. La escoba barre porque vos la pones a barrer. Pero la gente, la gente, la gente de aquí se presta, se ofrece para que barran con ella... Mejor no sigo hablando...

—¡Sabina —gritó desde su cuarto Vidal Mota—, poneme a calentar un poco de agua, que me tengo que afeitar, y traeme una toalla!...

—Agua caliente hay. Lo que no tengo es toalla limpia; o «espérame», tal vez se orearon las del patio y te la acabo de secar con la plancha. Antes se podía tender ropa en el llano, pero ahora con el puño de muchachos que le vienen a estarle pegando a una pelota con un palo... No sé qué gracia le encuentran. Hasta Fluvio, tu sobrino, anda entre ellos. Yo quiero ver el día en que le den un su buen golpe.

Vidal Mota, en camiseta, desabrochado el pantalón que se abrochaba, el periódico en la mano, salía del retrete cuando la criada entró en su cuarto con el pichel de agua caliente y una toalla recién asentada, todavía tibiona de sol y plancha.

—La ropa planchada con plancha calentada en las brasas huele muy rico, tiene un olor tostado de pino y ceniza. Por eso no me gusta lo de la plancha con electricidad. No huele a nada. El trapo queda como muerto. ¡Y, qué milagro que te vas a rasurar a esta hora; con la fuerza del sol, se te va a irritar! ¿Vas a almorzar o no vas

a almorzar?

—Tomaré una cosa muy ligera. Lo que sí sé decirte, Sabina, es que hoy quedará en mi protocolo el testamento más cuantioso de cuantos testamentos se han protocolizado en esta tu tierra. Estoy emocionado.

—Si te tiembla la mano, mejor no te afeites vos mismo, no sea te vayas a hacer un tajo con la navaja. Dios guarde la hora; mejor voy a decirle al barbero, éste de aquí atrás, que te venga a arreglar.

—Creo que tenes razón. Estoy muy nervioso. No es para menos. Miles y miles de dólares.

—Voy a ir, no sea que vayan a ser *dolores.*

—Sí, Sabina, anda; siempre es mejor que venga el maístro a rasurarme; quedaré mejor, no más mejor, como vos decís, porque no se puede decir más mejor.

—Bueno, yo hablo como me parece.

Un millón de dólares. La cantidad exacta no la sabía. Se saboreó recordando, mientras venía el barbero, los muslos de *La Chagua,* que cantaba *La Princesa del Dólar.*

Soy la Princesa del Dólar,
la que no tiene rival...
Soy la que todos prefieren
y la que no sabe amar...

¡Mentira! *¡La Chagua* sí sabe amar! ¡Cobra caro, pero sabe amar! ¡Bandida! Cómo le gustaba que él le cantara:

Un cazador le tiraba a una paloma
Y en vano fue la pólvora que gastó...
Tres balazos le tiró;
dos se fueron por el aire
y el último no salió...

«Por fortuna barrí el zaguán...», se dijo la Sabina Gil, cuando a la puerta de la casa vio detenerse un automóvil tres veces más grande que la urna del Señor Sepultado de San Felipe.

Llegaban en busca del licenciado. El maístro barbero estaba terminando de darle la segunda pasada, para destroncarle la barba.

—Apúrese, maístro —entró a decirle la Sabina—, le va a dejar los cachetes como nalgas, ya ni que se fuera a casar. El automóvil ya está allí por vos. Voy a decir que te esperen. Vale que están bajo techo. Es un automóvil que parece un palacio.

Boby Thompson invitó a los de su equipo a que fueran al jardín de su casa a volarle anteojo a un par de *cuaches* llegados de Nueva York.

—¿Van a trabajar en el circo? —preguntó *Plumilla* Galicia.

—No seas bruto —le contestó Boby—; son los hermanos Doswell.

—¿Qué son ellos?

—¿Cómo qué son? Hermanos...

—Hermanos, pero ¿qué hacen?...

—Son abogados, dos grandes abogados de Nueva York.

La *Parlama* Juárez empezó a reírse. Detrás de los cristales que daban al jardín, parecían dos muñecos en un escaparate. Vestían trajes de impecable corte. El mismo traje de franela oscura repetido dos veces. La misma camisa blanca repetida dos veces. La misma corbata roja repetida dos veces. Los mismos zapatos. La *Parlama* soltó la risa, aún contenida, pero irresistible. A Boby le cayó mal oírle reírse de aquellas personas y le aplicó un trastazo en el pabellón de la oreja. Juárez enrojeció al llevarse la mano a la oreja caliente, dolorida, la risa convertida en agua amarga:

—¡No seas bestia, vos, *Gringo,* o vos dirés que porque estás en tu casa no te puedo romper la jeta! ¿Qué más tienen esos tus paisanos para que uno no se pueda reír de ellos..., como nos reímos de vos..., de tu tata cuando los muchachos le gritan: «Allí va el Papa»; y se esconden?

El *Gringo* Thompson le apoyó la mano amistosa en el hombro:

—¡Perdóname, vos, *Varlama,* hice mal!

—¡No hiciste mal —intervino *Plumilla* Galicia, siempre con la camisa fuera, vendiendo servilletas—, este *Varlama* es muy abusivo!

—¡Qué de a chipuste, vos, quién te tiró el hueso! ¡Puño de tierra!

—¡Bueno, *boys,* yo no los traje a que pelearan en mi casa!

—Si es que con éstos —intervino el *Chito* Mayen— nada se puede hacer; Boby nos trajo para que conociéramos a los místeres que le ofrecieron para nosotros un equipo completo de guantes, *bats,* careta, pechera, todo legítimo.

—Legítimos, pero no mejores al guante del *Gato,* que tenía las trenzas de la hermana de *Plumilla.*

No terminó el *Chelón* Mancilla, porque casi le pega una bofetada Galicia; si le alcanza el brazo, se la pega.

—¡Baboso, vos, *Chelón,* que para todo salís con mi hermana!

—¡Dispensa, no mordás!

—Ese es mi tío —dijo Eluvio Lima, al ver entrar al licenciado Vidal Mota—, el único tío que tengo hermano de mi mamá.

—Bueno, mañana hay práctica. Ya vimos, ya nos vamos. Los que se van. Los que se quedan...

—Quédate vos, *Parlama* —intervino Boby—, se me hace que te vas bravo conmigo por lo del trastazo.

—Ni me acordaba, y eso que me dejaste ardiendo la oreja. Ya te dije, *Gringo,* que todo lo de ustedes nos da risa, y nada de lo que nos dicen nos da cólera, porque no los tomamos en cuenta.

Vidal Mota, auxiliado por el viejo Maker Thompson, colocó el cartapacio con la cola del protocolo sobre una mesa de mármol. Al centro un reloj de metal dorado, con la esfera en forma de mundo, media los minutos.

—Los abogados Alfredo y Roberto Doswell, de la ciudad de Nueva York —dijo el viejo Maker Thompson en español, dirigiéndose a los mellizos, agregó—: El señor licenciado Reginaldo Vidal Mota.

Hechas las presentaciones, se procedió a la lectura del testamento de Lester Stoner a favor de su esposa Leland Foster y en su defecto, por muerte de ésta, a

favor de Lino Lucero de León, Juan Lucero de León, Rosalío Lucero de León, Sebastián Cojubul San Juan, Macario Ayuc Gaitán, Juan Sostenes Ayuc Gaitán y Lisandro Ayuc Gaitán. El testamento original redactado en inglés y la traducción al castellano...

—¿Eh? ¡Cuidado! —dijo Vidal Mota—. Castellano, castellano... Nuestra Constitución establece que el idioma del país es el español.

—¿El español o el castellano? —preguntaron los abogados Doswell, en inglés, tradujo Maker Thompson que servía de intérprete.

—Un momento. Es tan cuantiosa la fortuna en juego que no recuerdo bien. ¿Tiene a mano una Constitución?

Los abogados de Nueva York opinaron que era mejor consultar al oír de traducción de lo que proponía Vidal Mota.

—¿Constitución o Carta Magna? —añadió éste—. ¿Carta Magna o Constitución? Los tratadistas no están de acuerdo en el término que debe emplearse para designar la Ley Fundamental. A mí lo de Carta Magna no me suena bien. Soy demasiado americano. Constitución, me parece el término apropiado. Aunque...

Se interrumpió al ver a un empleado entrar con la Constitución, entregarla a Maker Thompson y éste hojearla, para buscar el artículo referente al idioma que se habla. ¿Castellano o español?

—Recuerdo mi examen de Derecho Constitucional —siguió Vidal Mota, ante los cuatro ojos extáticos de los abogados Doswell que le oían sin entender media palabra—. Un viejo profesor de la materia, un gran abogado, Rudesindo Chaves, sostuvo contra mí, que era el sustentante, y el testo de la tema, que no debía darse categoría de leyes privativas a la Constitución, por los muchos inconvenientes que acarrea. Bastará llamarle «Primera Ley», y nada más, sin que su articulado implique...

—Licenciado, perdone que le interrumpa —le dijo en español el viejo Maker Thompson—, pero estos abogados ganan mil dólares por minuto.

—A preguntarle iba yo, señorón, de dónde sacaron este par de colegas Karamazov...

—¡Mil dólares por minuto!

—Y tan exactamente iguales. ¿Cómo es que se llaman?

—Alfredo y Roberto Doswell.

Los mellizos reían, sin entender, igual que dos sordos.

Al entrar el licenciado Vidal Mota, de quien explicó Fluvio Lima que era su tío, hermano de su mamá, se despidieron los muchachos del equipo reunidos esa tarde en casa de Boby Thompson para conocer a los «licenciados cuaches» que habían ofrecido guantes, *bats,* pelotas, caretas, pecheras y todo lo mejor y más moderno, en *baseball,* para el «B. T. Indian», o simplemente «Indian».

El *Chelón* Mancilla y la *Parlama* Juárez se quedaron con el *Gringo* a ver batir mezcla frente a un edificio en construcción, cerca de la iglesia de San Agustín. En la arena, después de formar un como volcán, se cavaba un cráter.

—Así, muchachos, se ve arriba del volcán de Agua —dijo Boby.

—¿Subiste, pues?

—Siempre le gusta hacerse el baboso a este *Chelón,* vos, *Parlama.* Las veces que habré contado de cuando subí al cráter del volcán con unos excursionistas de Nueva Orleáns que vinieron a dar a casa.

—¿Y hay algo allí?, vos, *Gringo.*

—¡No me tomes el pelo vos, *Chelón!* ¡La *Parlama* se hace el baboso y vos me tomas el pelo!

Los ayudantes de la obra, aprendices de albañil, dejaban caer sacos de cal viva en el cráter abierto en el volcán de arena, polvorientos, sudorosos, con el pelo, las cejas, las pestañas y las caras de cobre blanquiscas.

—¿Quién de ustedes quisiera ser *chunero,* mucha?

—Las preguntas de este *Gringo,* me sacan franco... —acotó Mancilla.

—¡Yo... —dijo Juárez—... no!

—Me tomaste el pelo —confesó el *Gringo*—, creí que decías que sí querías ser *chunero.* Como contestaste «¡Yo!», e hiciste una pausa antes de decir «¡No!».

Después de llenar el cráter de cal, en grandes cubos de agua fueron trayendo agua, y como llamarada blanca sin fuego, sólo calor y humo, alzóse un resplandor cegante de la cal que fundía sus terrenos en el líquido lanzado contra ella, no para apagarla, sino para encenderla y provocar su incendio. Y ya fue a batir, y batir, y batir con azadones la mezcla de arena y cal que se iba formando, para formar la argamasa que otros *chuneros* esperaban con las bateas en la mano, para llevar por los andamios a lo alto de la obra.

Fluvio Lima, el *Negro* Lemus y otros se encaminaron hacia el «Llano del Cuadro».

—Acompáñenme, mucha, al campo —les pidió Fluvio—: quiero ver si por allí perdí mi sacapuntas.

Marchaban a desgana uno tras otro. Se juntaban a veces al cruzar las esquinas.

—El *Gringo* no tiene papá, sólo abuelo tiene —masculló Lemus, como si hablara para él sólo, pero para que lo oyeran todos. Así hablaba muchas veces, hablaba solo, era medio chiflado. Los compañeros le oían y le contestaban con el temor de entrometerse en la conversación de dos personas.

—La mamá del *Gringo* vive en Nueva Orleáns y viene a verlo —apuróse a decir Lima, antes de cruzar la bocacalle, donde los autos bocinaban, reclamando paso—. La otra vez vino su mamá, yo lo vi con ella. «¡Adiós, 'vos', *Gringo!»,* le grité, y él me contestó: «¡Adiós, Lima, voy con mi mamá!»

—Tiene mamá de lujo —dijo *Chito* Mayen, que iba con ellos—, lo viene a ver de Nueva Orleáns; la mía, cuando me ve, viene de la cocina.

Al asomar la pandilla al «Llano del Cuadro», los detuvo el *Negro* Lemus, y les anunció que tenía en la cabeza compuesto un verso para cantárselo al *Gringo.*

—Échalo, vos, *Negro* —exigió el *Chito* Mayen.

—Sí, hombre, vamos a oírlo. Lo aprendemos y se lo cantamos a Boby en la próxima práctica.

—Pero cuidado quién se raja... —exclamó Lemus, y recapacitando, soltó la estrofa:

Donde el Papa apache
nació el cambalache
y noche con noche
van cuache con cuache;
el uno es tipache,
el otro mapache,
y el otro...

bésamelo cuando me agache

que todos los gringos

me lo besan de hache.

—Vos eso lo sacaste, *Negro,* de «A la noche, con tamal de coche, y marimba cuache...»

—Lo saqué de mi cabeza y se lo vamos a cantar al *Gringo,* por aquello de que el *Papa apache,* es su abuelo; su casa con esos *business* parece un *cambalache;* y el *cuache* con *cuache,* los abogados de Nueva York, uno con cara de mujer o *tipache, y* el otro con cara de *mapache. ..*

—Y vos me lo besas, *Negro,* cuando me agache...

—No seas malcriado, vos, *Chito* —gritó el *Negro* Lemus—, y si se lo vamos a cantar a Boby, hay que repasarlo.

—Repásenlo mientras yo busco mi sacapuntas.

—¡Señores, ya es ley la voluntad de Lester Stoner o Lester Mead y Leland Foster! —exclamó, primero en español y después en inglés, el viejo Maker Thompson, al cerrar el protocolo el licenciado Vidal Mota.

Juambo, el sirviente mulato, trajo una primera bandeja de copas de vinos generosos servidos hasta los bordes y *highballs* en vasos altos, como flautas.

—¡Cuidadito!, ¿eh?... —comentó Vidal Mota—, que ley era la voluntad del testador muerto con su esposa en el viento fuerte que asoló las plantaciones del Sur, y expresada en forma indubitable ante mis honorables colegas nuevayorkinos, los ilustres abogados Doswell, a quienes acabo de conocer aquí. Nosotros, apreciable señorón —se había acercado más a Maker Thompson dándole palmaditas en la espalda—, no hemos hecho sino rodear la voluntad de Lester Stoner, el testador, que por sí sola es ley, de los requisitos formales para su cumplimiento legal.

Parte porque los abogados nuevayorkinos no entendían y parte por la avalancha de periodistas, fotógrafos y corresponsales que cayó sobre el whisky y regóse en torno de los mellizos, la perorata del licenciado Vidal Mota no tuvo otra acogida que la que él mismo le dispensó sobándose las manos en un medio aplauso y poniendo el más satisfactorio de los gestos.

—¿Cómo testó? ¿Cómo testó? ¿A qué horas?... ¿Dónde?... —preguntaban los periodistas a los hermanos Doswell.

Y éstos, sin saberse bien si era Roberto o Alfredo el que hablaba, referían que una mañana en su oficina de Nueva York se presentó Lester Stoner, conocido en las plantaciones por Lester Mead, de quien eran sus abogados hace muchísimos años, a pedirles que redactaran su testamento a favor de su esposa, Leland Foster, y en su defecto, por muerte de ella, de la sociedad «Mead-Lucero-Cojubul-Ayuc Gaitán». La muerte trágica de Stoner y su esposa convertía en millonarios a sus siete herederos.

Lápiz en mano, sin soltar el vaso de whisky que renovaban a cada momento, al ya sentirlo cadáver lo cambiaban por otro más lleno, los reporteros interrogaban por el monto de la herencia y anotaban once millones de dólares, lo que hacía que a cada heredero, siete dichosos mortales, correspondiera alrededor de un millón quinientos mil dólares.

Otras preguntas. ¿Presentían Lester y Leland su próximo fin? ¿No hablaron de

morir como murieron abrazados en medio del más espantoso huracán? ¿Es verdad que una gitana les predijo que morirían así, víctimas del viento fuerte y Stoner interpretó que morirían cuando se alzaran los peones contra ellos y por eso se adelantó a contrarrestar el mal augurio con la formación de la sociedad «Mead-Lucero-Cojubul-Ayuc Gaitán y Cía»?

Maker Thompson, que servía de intérprete, tradujo a los periodistas que los abogados nada sabían de esos pormenores y que daban por concluida la entrevista.

El licenciado Vidal Mota, acercándose a los periodistas, llamó a los conocidos y les dijo:

—Yo les puedo informar..., dar los nombres de los herederos... Pero antes, ¿saben ustedes que estos abogados con cara de serafines de mezcla ganan mil dólares por minuto?... —repitió despacio, sílaba por sílaba— ...Mil dó-la-res por mi-nu-to... Miren el reloj... Vean la aguja fijamente... Ha pasado un minuto... Mil dolaritos para los dos angelitos...; y del viejo Thompson... ¿saben la historia?... ¡Ah, pero esto no es para publicar! Es sólo para ustedes, muchachos; los chicos de la prensa me son simpáticos. El viejo Maker Thompson se retiró de la Compañía cuando lo iban a elegir presidente, en Chicago, porque tuvo una decepción muy grande... Su única hija, Aurelia, le resultó de la vida airada... A ésa no se la llevó el viento fuerte, sino el ventarrón... Por eso le dicen de apodo *el Papa,* al viejo Thompson, porque iba a ser el Papa Verde... Y el muchacho, que no es su hijo sino su nieto, debía llamarse como su padre Ray Salcedo, un arqueólogo que se hizo humo tras armarle a la niña un bajorrelieve en el vientre...

—Bueno, licenciado, los nombres de los herederos...

—Aquí están en mi protocolo... Ya se los voy a dar... Pero, no por nada, sino porque a uno siempre le gusta salir en letras de molde, quiero que digan que fui yo, el licenciado Reginaldo Vidal Mota, el llamado a protocolizar un testamento de once millones de dólares... Los herederos son... Aquí los tienen ustedes... Lino Lucero, Juan Lucero, Rosalío Cándido Lucero, Sebastián Cojubul, Macario Ayuc Gaitán, Juan Sostenes Ayuc Gaitán y Lisandro Ayuc Gaitán..., herederos de ese otro gringo bestia que no sabiendo qué hacer con el dinero, lo único que se le pasó por el magín fue testarlo en favor de unos analfabetos, clinudos y palúdicos de la costa. ¿Qué van a hacer ésos con tanta plata? ¡Bebérsela! ¡Morirse de borrachos! ¡En aguardiente se van a bañar los condenados! Y cambiar de mujeres... Las que ahora tienen les van a parecer horribles, *tishudas,* malolientes, con la piel ladrillosa, para ellos que con millón y medio de dólares cada uno, millón quinientos mil dólares, querrán otra cosa, piel tersa, cabello blondo y registro completo.

En el grupo de norteamericanos, el hablar estrepitoso no dejaba lugar ni siquiera a oír. Se arrebataban la palabra. Hablaron dos y tres al mismo tiempo, como echando parejas o apuestas a quien llegara primero al fin, al fin de lo que decía, que nunca era el fin, porque otro arrancaba de allí, o el mismo que llevaba la palabra proseguía. Formaban el grupo el viejo Maker Thompson, los abogados Doswell, el vicepresidente de la Compañía y el gerente del Distrito del Pacífico, así como otros altos empleados de la Gerencia local.

El viejo Maker tenía la palabra:

—Lo mejor es sacar a todos los herederos de aquí, arrancarlos de lo que son, que vayan a los Estados Unidos. En el caso de los adultos no sé qué se puede lograr, darles un barniz; pero en el caso de sus hijos, educados por nosotros, cambiarán de mentalidad y volverán aquí completamente norteamericanos.

—Perfectamente, estamos de acuerdo, sí, estamos de acuerdo —dijo el vicepresidente—; sólo que es tan difícil llevarlo a la práctica que no me atrevo ni a pensarlo si no contamos con su colaboración —y volvió su vaso de whisky para chocarlo con el de Maker Thompson—; un viejo amigo de la compañía, aunque separado de los negocios, no puede negarnos su ayuda.

—El señor vicepresidente sabe que eso no es posible. Y tampoco necesita que vaya yo, cuando cualquiera puede hacerlo. Los adultos puede aconsejarse que vayan a granjas y los menores a escuelas en que les cambien por completo la mentalidad.

—Lo de las granjas... lo de las granjas... no me gusta —dijo el gerente de la División del Pacífico—, porque es darles armas muy peligrosas. Aprenden a cultivar las tierras científicamente y con el capital heredado no necesitan más de nosotros. Ciencia y capital, ¡hum!, ¡hum!, no me huele, no me huele... Mejor que granjas, viajes... Para mí, el siglo xx no es el siglo de las luces, sino el siglo del turismo. Se les lleva a una gran tienda para que vistan, calcen y todo con elegancia y se les saca a conocer mundo. Como no tienen nada que aprender viajarán como toda la gente que crece, se reproduce y muere: los turistas que van y vienen igual que bultos y en eso se envejecen y se alelan. Alelan... no tiene traducción exacta. Por aquí la dicen así... Los viajes alelan a la gente que no tiene nada que aprender...

—Y la gente menuda a las escuelas —dijo el vicepresidente.

—Desde luego —contestó el gerente—, pero con los chicos, como dijo bien Maker Thompson, no se corre ningún peligro, porque, educados por nosotros, cuando estén en edad de actuar serán más papistas que el Papa Verde...

Rió de muy buena gana golpeando el vientre del viejo Maker Thompson, para que se diera por aludido, y se dio porque dijo casi al instante, entre risotadas:

—¡Más papistas que el Papa Verde, y el papagayo, y el papamoscas, el papafigo, y el papanatas!...

Pero otros eran sus pensamientos. Retirado de la compañía cavilaba en el peligro que para las plantaciones significaban los «bartolitos». La sigatoga, la enfermedad de Panamá, el viento fuerte o viento bajo y los bartolitos. ¿Qué eran los bartolitos? Nada menos que los Bartolomés de las Casas norteamericanos. Aquel... aquel... Charles Peifer, para no decir nombre, muerto por él en la «Vuelta del Mico», por haberlo cofundido con Richard Wotton. Y Lester Stoner, Lester Mead o Cosí, el clásico bartolito. Si no acaba con él y su mujer el viento fuerte, a saber, a saber... El bartolito pone en actividad a los volcancitos suicidas. Así como los japoneses usan en la guerra los torpedos-suicidas, el redentor norteamericano atrae a los volcancitos-suicidas que son los hijos del país que lo secundan. Luceros, Cojubules, y por allá con él fueron el Manotas y los hermanos Esquivel... Cuántos de sus hombres de confianza cayeron al grito de *«Cbos, chos, moyón, con...»,* que, según Juambo, su antiguo criado mulato, no quiere decir nada y quiere decir todo... El bartolito tiene la virtud de encender en esta gente que es haragana hasta cuando duerme —al dormir le llama pereza— una actividad volcánica, igual que si cada hombre contagiado por ese sueño, por esa ambición edénica irrealizada e irrealizable, entrara en erupción, soltando de las entrañas hirvientes fuego, lava y todo lo necesario para la destrucción de él mismo y de cuanto le rodea.

Juambo, el Sambito, no les quitaba los ojos a los hermanos Doswell, a quienes miraba entre supersticioso y curioso, con el gusto de haber visto algo raro, y el miedo de lo que podía significar aquella aparición en favor o en contra de su

porvenir. Ya tenía informada a la cocinera.

—La porciúncula que arma usted por ese par de prójimos que nacieron cuaches, y ya está... —refunfuñó la cocinera cuando los vino a espiar desde el jardín.

Sonó el timbre. Juambo voló al salón y no tuvo tiempo de contestarle que para él «no era así nomás, que se nacía amachado».

—Juambo —le ordenó el patrón—, mira que el chófer vaya a dejar al licenciado a su casa, y hay que llevarse las copas y los vasos sucios, y a ver si traes más whisky.

El automóvil enfiló hacia la casa del abogado que, con el protocolo bajo el brazo, se bamboleaba en el asiento de atrás. El chófer le explicó que estaba saltando mucho porque las llantas venían muy infladas y las calles eran puros barrancos.

Desde el automóvil, al enfrentar el «Llano del Cuadro», divisó Vidal Mota gran número de gente a la puerta de su casa. ¿Qué pasaría? ¡Dios guarde le haya dado un ataque a la Sabina! El otro día ya estuvo a punto de quedarse paralítica. Se le torció la cara. O algo le pasó a mi sobrino... Un pelotazo, por lo menos... ¡Qué vaina de muchacho!... No resulta gracioso tener que avisar a la madre que su hijo está herido... Y si no fuera nada de eso..., y si no fuera nada de eso... Si se tratara de amigos que le vienen a felicitar por haber tenido la confianza de que en su protocolo quedara para toda la vida en español el testamento de ese multimillonario.

El automóvil se detuvo y él se precipitó sin más tiempo que dejar al chófer unas monedas en la mano.

La Sabina le esperaba en la puerta, pálida y como helada en los trapos de diario que ahora, quién sabe por qué, se le veían más descoloridos...

—Por fortuna aquí estás vos. Estaba clamando con las ánimas...

—¿Qué pasa? Menos mal que saliste a encontrarme. Venía con el alma en un hilo por vos; creí que te habías caído o te había dado...

—El ataque, decí de una vez. Siempre estás vos con las mismas. ¡Dios no da gustos ni endereza curcuchos!

—¿Qué pasa? ¿Está herido Fluvio?

—Sí... digo no... De Fluvio, sí, de Fluvio y ésos sus amigos que vienen de estar jugando con esa pelota y ese palo, se trata; pero no hay ningún herido.

—Menos mal... —y tintinearon sus llaves—; voy a guardar esto en mi escritorio, y seguime contando qué hace esa gente en la puerta. Voy a guardar el protocolo con once millones de dólares...

—¿Once qué? Once «miones», pues aquí te espera ese «mión» que le dicen el *Gringo...* Allí está escondido... Lo venía persiguiendo un policía. Encontró la puerta sólo medio junta y se metió a la casa. Yo salí en el acto y me encontré con el tal policía, que ya también iba para adentro como Pedro por su casa. «¡Alto ahí!», le dije, «esto no es potrero, sino la casa del licenciado Vidal Mota».

—¿Y qué hizo?...

—¿Quién?...

—El muchacho. ¿Qué hizo? ¿Por qué lo venían persiguiendo?

—Parece que le dio una tremenda patada a otro *patojón* de su misma edad. Así explican los otros. Vaya uno a creerles. Todos son una cáfila de mentirosos.

—¿Le diste algo para que le pasara el susto?

—Sí, señor; le di agua de brasa, y con eso se le cortó la saltadera que traía. Se

asustó, y es que dicen que de la patada que le dio en la cara a ése con quien «pelió», Se le cayó la quijada. No, si no fue así no más. Al otro lo llevaron al hospital.

En el cuarto de los cachivaches estaba escondido el *Gringo* Thompson. Al entrar no se veía mucho, pero al habituarse los ojos a la penumbra se veía el cuartucho lleno de muebles y trastos viejos. Vidal Mota se acercó afectuosamente a Boby y le dijo:

—Bueno estuvo que no lo agarraran... ¿Qué fue lo que pasó?...

—Nada.

—Nada no puede ser, mi amigo; dicen que usted le dio un tremendo puntapié en la boca.

Fluvio y los otros compañeros del equipo del *Gringo* avanzaban a paso largo por el corredor. Venían a comunicar a Boby la organización acordada en su defensa. Servicio de espionaje en el «Llano del Cuadro». Servicio de alimentación, sustrayendo de sus casas cuanto fuera necesario para subsistir, si el sitio duraba muchos días. Dos docenas de agua gaseosa, por si les cortaban el agua. Candelas y fósforos, por si les cortaban la luz. Y servicio de los zapadores que irían a recorrer los barrancos del Sauce, de las Vacas, del Zapote, para esconder al *Gringo* en la cueva más recóndita.

Vidal Mota salió a ver quiénes eran los que venían, y al ver a su sobrino Fluvio, le llamó aparte.

—Espérenme, mucha; sólo voy a hablar con mi tío —dijo Lima a sus compañeros dándose importancia. Fluvio era del equipo de zapadores, pero podía ser que pasara al servicio de espionaje, si le permitía subirse al tejado para vigilar las vueltas de la policía.

—Lo peor —entraron los otros a decirle a Boby— es que no vamos a poder pararle el rancho a los del equipo de la Parroquia, en el *match* de mañana. ¡Qué baboso, vos, *Gringo,* qué tenías que pelear! Y al policía lo llamó una vieja que estaba embrocada en una ventana del lado del callejón. Se entró y fue a la ventana del lado de la calle, a decirle al *polis* lo que pasaba. Esa *vétera* lo llamó y habrá que darle una serenata de piedras.

Un sollozo apretado, como si además de sollozo fuera grito de rabia, brotó de la garganta del *Gringo.*

—Vos que nunca en la vida habías peleado, ¿cómo fuiste a pelear?... Y te cegaste: ya no veías; si no te lo quitamos lo matas. El *Sapo* tuvo la culpa.

—¿Cuál Sapo? —preguntó otro.

—El *Sapo,* que venía con él y que empezó a gritarle al *Gringo.*

Boby golpeó los pies en el piso, furioso:

—¡Cállense!... ¡Vayanse!...

En el escritorio del tío, donde el licenciado dio un repaso a la llave para ver si estaba bien guardado el protocolo, Fluvio le refería pormenores de la reyerta. Fue por una postal. Una postal de esas postales malas. El muchacho ése llevaba la postal y llamó al *Gringo* y le dijo: «Mira a tu nana, vos, *Gringo...»* Una mujer desnuda en las piernas de un marinero.

Vidal Mota repitió:

—Una mujer desnuda sentada en las piernas de un marinero...

—Sí, tío; ésa le dijeron a Boby que era su mamá...

—¡Bien hecho lo que hizo!

Fluvio levantó la cara y miró a su tío de frente. Aquel «¡Bien hecho lo que hizo!» le había hecho sentirse más hombre que muchacho.

—Al que le mienta la madre a uno hay que borrarlo del mapa —concluyó el abogado.

Y salió con su sobrino. Fluvio no cambiaría su servicio de zapador, para lo que ya tenía pensado sacarse un machete de su casa, hasta abrir campo y anchura y encontrar la cueva donde el *Gringo* pudiera estar seguro, atendido en lo que quisiera, revistas, libros, juegos de salón y muchachos que le acompañaran por turno.

—Voy a ir a la policía —dijo a la Sabina—, cerras la puerta con tranca, y que esos muchachos no estén entrando y saliendo.

Esperó que el sargento de guardia atendiera a una señora de muchos «hueles», la manteca del pelo, los polvos de la cara, el perfume del pañuelo, el cuero de los zapatos y lo enmohecido del vestido de seda.

—Perdone, licenciado, que no le atendí antes... Sí, efectivamente, aquí tengo el parte...

—Quería pedirle un favor al comisario. ¿Está él? Si no, usted se lo dice. Que no pasen el parte al Juzgado hoy, que esperen hasta mañana.

—Depende del informe que den en el hospital...

El comisario entraba en ese momento. El grupo de policías de la guardia se puso de pie. Uno de ellos entró a avisarle al sargento que avanzaba el jefe. Este cuadróse y le informó lo sucedido. Al terminar el informe, el comisario se golpeó varias veces la bota del lado derecho con el fuete, echóse la gorra militar hacia atrás, mostrando la frente sudada, y preguntó al licenciado si lo de aquel pleito de muchachos le traía por allí.

No lo dejó hablar, al enterarse por el sargento que, en efecto, el licenciado a eso venía. A pedir que no se pasara al Juzgado el parte, mientras él movía algunas pitas.

—Pues ni hoy ni mañana ni nunca se va a pasar ese parte, porque en él se exageran los hechos. El señor director de la Policía tiene informes de que se trata de un simple pleito de muchachos, en el que desgraciadamente uno perdió pie, cayó y se fracturó el maxilar.

Don dinero, pensó Vidal Mota. Once millones de dólares, cien millones de dólares, quinientos millones de dólares, mil millones de dólares. Y uno, dos, tres, cuatro, cinco, siete policías en la guardia hediendo a creolina y a silencio gastado.

La Sabina se santiguó al abrir la puerta de la casa al día siguiente y encontrarse al puñado de muchachos regados en el plano y más se acoquinó al oír decir a Fluvio que iban a tener un agarrón con los de la Parroquia. De por ese barrio era *Pie de Lana.* Mira, levántate, levántate —decía al licenciado meneándolo de un lado a otro—, levántate; ahora el pleito es a palos, con los *lanas* de la Parroquia, y está Fluvio metido; hay que avisarle a tu hermana...

Cuando el togado abrió los ojos, se puso las zapatillas y tiró la bata de la silla, dispuesto a intervenir en el zafarrancho que le anunciaba la Sabina, por el campo se oyó una voz profunda que gritaba:

—*¡Play-ball!...*

—¡Ah, no es nada!... —dijo la Sabina al ver desde la puerta que se disponían a jugar—. Perdona que te desperté, pero es que ya vive uno con el ¡Santo Dios! en la boca.

—Siempre haces lo mismo...

—Gana mil dólares por minuto, mientras dormís, y aunque sea soñando...

—Y eso estaba soñando. Ahí tenes, ¿para qué, digo yo, me despertaste?, que ganaba mil dólares por minuto, como esos abogados de Nueva York, mil dólares por minuto; bueno, a ellos también les debe parecer un sueño, del que por fortuna no hay quien les despierte.

La voz de Boby, que hacía de *umpire,* resonó de nuevo, metálica, campanuda:

—*¡Three mens out!*

—El muchacho ese que le dicen el *Gringo* vino esta mañana a decir que te daba las gracias. ¡Pobre, se le ve apagadón, tal vez por lo que hizo! Es el que da esos berridos en inglés.

—Caras vemos... —exclamó Vidal Mota, desperezándose.

—Sí, y qué... —en el campo resonó la voz de Boby: *«One straight»*— ... una mujer desnuda sentada en las piernas de un marinero, ¿por qué iba a ser su mamá?... —*«¡Ball orte!»,* resonó la voz de Boby—. ... Tan a la mano iban a tener la máquina de fotografiar, decíme vos, y tan cabal se iba a dejar retratar la señora. ¡Peores cosas se ven, pero no se retratan!

—No digo que sea retrato... —*«¡Ball two!»,* resonó el eco del grito de Boby— ..., pero era una forma de aludir a muchas cosas...

—Vos cómo lo sabes, digo yo.

—Soy amigo de muchos de la compañía...

—¡Ah, es verdad!... —*«¡Straigh two!*— ... y ahora que me acuerdo: decíme si es cierto que unos de por allí por la costa, toda gente pobre, heredaron no sé cuantos miles de pesos oro...

—Como lo estás diciendo...

Fluvio entró glorioso, jadeante, sucio de sudor y polvo, igual que si se hubiera revolcado en el suelo, como le dijo la Sabina al verlo entrar, y le comunicó al tío que acababa de hacer un *homeround.*

—¿Y qué dice el *Gringo?* —preguntó el tío.

—Está feliz, si yo soy de su equipo; lo estamos ganando al «Pie de Lana»; yo vine a beber agua.

—Agua quitada del hielo le voy a dar; así, caliente como está le hace mal beber agua helada; es para que se tisiqueye de una vez.

—Está muy tibia... —escupió Fluvio al querer tomar el trago.

—Bueno, se la voy a enfriar un poquito más, pero no mucho. Helada le hace mal, se le abodoca la sangre.

El juego degeneró en una batalla campal, puñetazos, palos, piedras. Vidal Mota medio detuvo a Fluvio a instancia de la Sabina.

—¿Cómo lo vas a dejar ir? Le pueden sacar un ojo. Los de la Parroquia son mala gente; le destripan un ojo, le dan una mala pedrada... ¿Quién paga las consecuencias?

El muchacho temblaba, pálido, vidriosos los ojos, sin saber si quedarse o salir. De pronto, determinó lo que debía hacer. Esquivando la cabeza y el cuerpo de las piedras que llovían logró llegar hasta los suyos, que contestaban con igual número de proyectiles.

—No parece que fuera tu sobrino, que fuera tu sangre, para dejarlo ir así...

—Peor es que sus compañeros crean que se vino a esconder a la casa de su tío, y

lo llamen cobarde.

—¡Qué cosas, Dios mío! ¿Por qué juegan como gringos, si aquí eso no se puede, porque a nosotros nos hierve la sangre y todo lo volvemos pleito?

A lo lejos, en uno de los extremos del «Llano del Cuadro», pasada la batalla, se oía a los del equipo de Boby gritar formando un pequeño círculo, apiñados unos sobre otros:

«¡Hurra, hurra, rá, rá, rá!... ¡Hurra, hurra, rá, rá, rá!...

¡Indian!... ¡Indian!... ¡Indian!... Rá, rá, rá...»

Y en el otro extremo, los del equipo de la Parroquia, también hechos una pina, gritaban:

«¡Pie de Lana! ¡Pie de Lana!

¡Pie de Lana..., rá, rá, rá...!

¡Bola-vá... bola-vá... bola-vá... vá... vá....»

X

—Por leer el diario no voy a ser yo quien se condene, Rehinaldo.

—Reginaldo, Sabina, Reginaldo.

—Perdóname, es que yo siempre me confundo con rehilete. Tu nombre viene de reguilete.

—Tampoco, Sabina...

—Pues, como te iba diciendo, por leer el periódico no me voy yo a condenar. Nunca lo leo. Pero ahora con todo eso que dicen que pasó en la costa hace más de un año y eso de la herencia de los millones que es la actualidad, quiero saber bien y como no sé leer, muy, muy de corrido, voy a ir en busca de una mi sobrina para que me lo lea. Es esa que tiene una venta de ropa hecha en el Mercado Central, y de una vez veo qué compro para la comida, para variar. A vos no te gustan las verduras, pero debías probar, porque esta's muy colorado de comer carne y de veme el gusto... —e hizo la seña de empinar el codo.

—Busca si hay tepezcuintle; quién quita consigas.

—¡Ya, va, siempre la carne! Voy a llevarme el periódico, vale que vos ya lo leíste. A mí no es que me importe lo que pasó en la costa, pero quiero saber quiénes fueron esos fueranos que heredaron y por qué heredaron. Montón de mentiras el que han de contar en todo esto que ponen aquí, sólo para rellenar el papel, porque así lo hacen siempre. Digo yo, ¿por qué no se dan el trabajo de sacar los diarios así en pequeño para no tener que inventar tanto? En la iglesia, los diarios que reparten a la hora de la misa, son chiquitos, y allí sí que todo lo que dice es la pura verdad de Dios.

En el interior del puesto de ropa, en el Mercado Central, olía a carrizo de hilo y a incienso, a agua de flores viejas y almidón de géneros nuevos.

—¡Qué silencio está! —entró diciendo la Sabina al asomar el óvalo de su cara cobriza en el negocio, recibir los agasajos de la más pequeña de las hijas de su hermano, Tomasita Gil, e instalarse en una silla de visitas, por lo cómoda, al lado de la sobrina que untaba con un cabito de estearina el doblez de una costura, para repasarla en la máquina.

—¡Y qué milagros, tía Sabina, qué años que no se dejaba ver por aquí! De paso la he visto haciendo compras, pero con esta vida carredeada que una lleva, no hay lugar para nada.

—Ni para leer el periódico, mi hija, y por eso me di una escurrida para que me leas... —y sacó de entre el rebozo el papel doblado en tres.

—¿Hay algo que le interesa, tía?

—Sí, lo de esos fueranos de la costa que heredaron no sé cuantos millones.

—¿Qué le parece?

—Sí estás ocupada...

—No, tía; con mucho gusto y así me entero yo también de lo que dice, porque sólo oído lo tengo. Aquí en el mercado no se habla de otra cosa. Con lo noveleras que son. La fulana de al lado, esa que vende pescado seco, dice que los conoce. Conoce a un tal Bastiancito, que es de los favorecidos.

—Lee qué dice... No me leas los letreros grandes, porque yo la letra grande la veo. Allí donde empieza la letrita.

—«La llegada al país de los eminentes abogados Roberto y Alfredo Doswell epiloga uno de los sucesos más apasionados de los últimos tiempos. Los abogados Doswell arribaron con el objeto de poner en posesión de la herencia del multimillonario, Lester Stoner, a los connacionales que ahora se ven dueños de un capital no menor de un millón y medio cada uno. De palique con los abogados Doswell...»

—Criatura, eso saltéatelo, porque a mí nunca me gustó el «pulique». Léeme donde sea lo de la herencia.

—Palique, tía; palique es conversación...

—Y «pulique» también: «pulique» es conversación de especias. Léeme donde esté la muerte de esos señorones y lo de la herencia.

—Sí, aquí sigue... «Según nuestras informaciones de hace meses, entre el saldo penoso que dejó el "viento fuerte", huracán que asoló las plantaciones de la "Tropical Platanera, S. A.", sembrando la desolación y ruina, se encontraron los cadáveres de los esposos Lester Stoner, más conocido por Lester Mead, y Leland Foster, ciudadanos norteamericanos que habían hecho del país su segunda patria...»

—Bueno, ahí sí ya está lo interesante...

—«Los esposos Stoner volvían de Nueva York, donde estuvieron por asuntos de negocios y se proponían ensanchar las instalaciones de una fábrica para producir harina de plátano, y otra de bananopasa, e iniciar cultivos de planta que producen aceites esenciales, para lo cual habían formado una sociedad que giraba bajo el nombre de "Mead-Lucero-Cojubul-Ayuc Gaitán y Compañía Limitada". El terrible huracán costeño los sorprendió en su casa —vivían en un *bungalow* cerca del mar— y cuando trataban de acercarse a la población, después de ver volar su casa en pedazos, murieron en un bosque en medio de la tormenta. El descubrimiento de los cadáveres conmovió a los vecinos, entre los que se contaban sus socios, hoy herederos de la cuantiosa fortuna de los esposos desaparecidos trágicamente...»

—Bueno, Tomasita, explícame: porque a una, de vieja, se le pone la cabeza que ya dialtiro no le sirve para nada. Esos señores norteamericanos vivían allí enmontados con todo y eran muchas veces millonarios y habían hecho sociedad con esos otros...

—Sí, tía Sabina, y aquí están los nombres: «Lino Lucero, Juan Lucero, Rosalío Cándido Lucero, Bastían Cojubul...»

—Ese es el que tu vecina conoce...

—«Y Macario, Juan Sostenes y Lisandro Ayuc Gaitán.»

—Los siete heredaron la fortuna; pero seguí leyendo...

—«Ayer, en la residencia del señor Geo Maker Thompson, ampliamente conocido en nuestros círculos sociales, se llevó a cabo la lectura del testamento, por el cual Lester Stoner instituyó única y universal heredera de todos sus bienes a su esposa Leland Foster, y en su defecto...»

—¿Qué quieren decir con eso? A mí me parece una grosería. Decir que si la

señora tenía algún defecto, y no debe ser defecto-defecto, mi hija, sino alguna su alegría, y eso en un testamento sólo a los extranjeros se les puede ocurrir.

—No, tía Sabina. Quiere decir, ya usted no me dejó leer, que en defecto, es decir, a falta de la señora que era la heredera entran a heredar los otros, los socios.

—Ahora sí, así sí. Como ellos dos murieron, Dios los haya perdonado, ¿verdad?, los favorecidos son los fueranos ésos. Lo que no me has leído es si hablan algo de Rehinaldo, para decírselo.

—Sí, aquí explica que el testamento quedó en el protocolo del licenciado Reginaldo Vidal Mota.

—¡Eh, pues, con razón que amaneció que no cabía en la cama de tan ancho! Y en resumidas cuentas, Tomasita, lo que se saca en cuenta es que en la costa vivían esos señores muy, muy ricos; testó él que era el dueño de todo a favor de su esposa, con el conque de que si ella moría su herencia pasaba a los paisanos. El huracán los mató a los dos y ahora esos abogados que dice Rehinaldo que son cuaches vinieron a que los herederos apercoyaran lo que ellos tal vez ni sabían. Lo que es la vida...

Una señora entró preguntando por franela, y después de ver y tentar la que Tomasita le mostró, en una pieza, dijo que iba a ver si no encontraba dobleancho.

—No hay franela dobleancho, no va a encontrar; mejor llévesela...

—Si no encuentro vuelvo. Es un encargo que tengo. No es para mí.

La visita tuvo tiempo para recapacitar y decir al marcharse la compradora que no compró nada:

—¿De dónde saqué yo, Tomasita, que en este asunto había un gran misterio? Por eso vine. Pero como no te molesto nunca, una vez se perdona. Y como te iba yo diciendo, y me vas a dar permiso de fumar, para mí era algo así como un sueño revuelto con espantos y brujos, lo que no está en el periódico, y que es lo que debe ser..., algo misterioso... —aspiró profundamente el humo del cigarrillo de tuza—, eso que uno jamás acaba de explicarse cuando suceden las cosas, misterioso como el humo del tabaco que se respira...

Se oía el respirar trabajoso de Tomasita, con las narices tapadas, curvada sobre la máquina, para ensartar la aguja.

—No me pesa ser poca para leer el diario. Una vez allá cada cuando deletreo lo que ponen en letras grandes. Y no me pesa, Tomasita, porque, como te habrás fijado, los periódicos todo te lo explican, lo desentrañan, lo vuelven igual a chicle mascado, es decir, le roban el misterio a las cosas, el misterio de la vida, y le dan otro misterio, el que ellos inventan, artificio de intriga y enredo con el que sólo tratan de fundir al prójimo.

—Pero tía Sabina —levantó la cara Tomasita, ya había enhebrado la aguja, la cara pálida, con expresión de juventud doliente—, ¿qué misterio puede haber en eso? Ningún secreto, son cosas naturales...

—A vos te parece... A mí, no... Nada de natural tiene ese viento que un día porque sí, acaba con todo lo que se le pone enfrente. Allí está el mal moderno. Creer que porque el periódico lo dice es natural lo que pasa... No, Tomasita, hay muchas, muchas cosas que no son así no más, sino tienen su cabe, y según y cómo. Vos no has vivido. Te falta. Pero es mejor que doble mi papel y me vaya; no te quiero dejar con miedo en éste tu negocio que de tan solo ya mero espanta.

—Podría emprestármelo, tía. En casa no lo recibimos, y está tan bien explicado.

—Bueno, te lo dejo, pero con cuidado lo perdés. *¿Y* qué tal por la casa? No te había preguntado. ¿Cómo está mi hermano y la Guadalupe, porque estaba con

«reumatís»? Desde que se casó mi hermano con tu señora madre, ella padecía de reuma. Dios quiera que no se herede, mi hija, si no vos vas a parar tiesa, con esta humedad del suelo.

—Todo el mercado es así de húmedo, pero yo tengo éstas mis tablas, y con eso me defiendo un poco.

—Y es que está construido sobre un cementerio. Allí tenes una prueba de lo que te estaba yo diciendo. Vos ves el mercado, la gente, la bulla, lo que se compra, lo que se vende, los que entran, los que salen; pero abajo están los muertos, los huesos de a saber cuántos mil cadáveres. Detrás del ventarrón de la costa que ultimó a esos extranjeros nadie me quita de la cabeza que debe haber una fuerza, una voluntad. Caixtoc, decía mi abuela, aunque otros le llaman Zizimite.

—El Zizimite es el diablo...

—Es un diablo de los montes, pequeño, burlón, trabajoso... —se levantó para despedirse—, me voy sin comprar nada, porque vos no has de tener tepezcuintle.

Tomasita dobló el periódico, lo puso sobre la máquina de coser y salió a la puerta.

—Bueno, tía, hasta aquí la dejo; no la acompaño a buscar el tepezcuintle por no dejar esto solo.

—¡Dios guarde, mi hija, con el ladrocinio que hay, más rateros que ratas! Pero, decíme una cosa; más o menos, ¿cuánto es lo que esos costeños heredaron en moneda de aquí?...

—El periódico lo dice, tía Sabina; como el cambio está al treinta, treinta de nuestros pesos por un dólar, se les van a volver treinta y seis millones de pesos de aquí...

—¡Qué barbaridad! Es mucho *pisto.* Por eso Dios manda esos castigos. Porque ésa es otra. A que el diario no dice que ese gran ventarrón que barrió con todo fue castigo de Dios. Lo explica así, así, como si la naturaleza, como ahora dicen, no fuera simple criada, simple sirvienta de la voluntad de Dios. ¡No, Tomasita, no se puede guardar tanto oro sin provocar esos desgarres brutales, y a éstos de aquí, con todo y que es muy sabroso ser rico, yo no se los «envideo», porque el mucho tener también es fuente de sufrimientos!

—Tía Sabina, no se vaya sin decirme cuándo va a ir por la casa; antes sabía dar sus vueltas.

—Voy a llegar para el cumpleaños de tu señor padre, si Dios nos tiene vivos.

Tomasita vio detenerse a la vieja despaciosa —andaba tomándose su tiempo para cada paso y mirándole la cara a la gente— en el puesto de pescado seco, donde estaba esa fulana que conocía a uno de los herederos, a un tal Cojubul.

El ruido de la máquina de coser y al compás del pedal girando el pensamiento de Tomasita Gil, no sobre lo que decía el periódico, sino alrededor de lo que contaba, rodeada por el olor del pescado seco, la fulanota. ¡Qué buena carne prieta y qué buenos dientes blancos para mascar copal todo el día! Más blanco el copal que sus dientes o más blancos sus dientes que el copal. Una vaca marina rumiante de grandes pechos y grandes nalgas y todo grande, el cuello, los brazos, los muslos; sólo los pies pequeños. Y entre el chaca, chaca, chaca del copal tronante, el cuento de los esposos extranjeros, tal y como se lo había referido ésa su amistad de la costa. Y allí sí que, como diría su tía, puro cuento, puro, puro cuento...

En las plantaciones apareció un ser extraño, medio loco, medio cuerdo, que respondía como perro al nombre de Cosí. Este vagabundo, que no tenía de

cristiano más que la forma, vendía agujas, alfileres, dedales, todo para el costurero, y anunciaba su mercadería con risotadas que eran mezcla de risa y alarido. Una señora casada con uno de los jerarcas de la compañía se fijó en él. Parece ser que le enamoró la forma como el hombre hablaba. El timbre de su voz, lo que decía y cómo lo decía, porque muchas cosas se pueden decir, pero hay que saber decirlas, expresarlas. Doña Leland se divorció del marido que ganaba cientos de dólares, por casarse con aquel pobre ser que no era sino un achimero, y ni siquiera eso, porque los achimeros a veces llevan un capital en lo que venden, y Cosí sólo ofrecía agujas, dedales, todo para el costurero. Pero a partir de esa fecha, el Cosi, que se llamaba Lester Mead, deja sus ventecitas y hace causa común con los cultivadores de banano en pequeño, víctimas de las injusticias, atropellos y abusos de la compañía. Y de este frente de lucha sale la sociedad que encabeza el norteamericano, secundado en un todo por su esposa. El descalabro financiero pinta para los productores del país y entonces va el yanqui, Lester Mead, con su mujer a Chicago, lucha porque se le oiga y se aplaquen los métodos inhumanos de la Bananera, pero no lo consigue. Decepcionado de sus paisanos se traslada a Nueva York, testa ante sus abogados, que son esos cuaches que ahora andan por aquí, toda su fortuna a favor de su esposa, Leland Foster, y al morir ésta dispone que su capital pase íntegro a los costeños que con él forman la sociedad. Pero ¿qué es lo que testa? ¿Sabía ella quién era él? ¿Sabía ella que el desgraciado con quien se había casado era uno de los más fuertes accionistas de la misma empresa a que combatían? Todo se descubre. No se llamaba Lester Mead. Su verdadero nombre es Lester Stoner, un millonario que fastidiado de la vida de millonario se disfraza de pobre, pero pobre de verdad, pobre, pobre, pobre, y recorre las plantaciones en busca de un amor... —aquí la fulanota del puesto de pescado paraba el relato para darle unas seis machacadas seguidas al copal—... y tiene la suerte de encontrarlo. Así pasa con los que desprecian el dinero, encuentran el amor... Tuvo la suerte de encontrarlo, porque la que se enamoró de él, no se enamoró de otra cosa que no fuera él; deja su casa, deja sus cosas buenas, deja a su marido, y se casa con él que no tiene nada, sólo los dedales y las agujas... —y aquí la del puesto de pescado, ya no sólo tronaba el copal entre sus dientes de marfil luminoso por la humedad de la saliva, sino se tronaba los dedos y alzaba las pupilas negras para dejar lucir bajo las dos lunas de azabache el blanco celeste de sus córneas.

El cuento no acaba allí. Al descubrirle su identidad a doña Leland pudieron haberse quedado en Nueva York haciendo vida de gran mundo, pero ninguno de los dos quiso ni pensarlo. Se apresuraron a volver a las plantaciones con el proyecto de ampliar el molino de harina de plátano que dejaron ya instalado, instalar una fábrica de banano-pasa, introducir cultivos de plantas que produjeran aceites esenciales, pero la muerte no les dio lugar; allí donde el amor los encontró, los encontró la muerte. El viento fuerte acabó con ellos. Dos vidas consagradas a la vida misma... Cada vez que lo contaba lloraba la del pescado seco (lo que no le gustaba que le dijeran, porque contestaba: «¡Seco tendrá el pescado su madre.»), la de la venta, o la del puesto de pescado seco —así era como debía decírsele para no disgustarla—, porque su enojo era como la reventazón del mar y hubo vez que peleara con otra placera y como los tumbos le fue aventando los pescados para encima.

—Bueno, licenciado... —dijo la Sabina al volver a su casa—, te conseguí el tepezcuintle. Me costó, pero lo conseguí. Por eso me tardé tanto. Yo ni sé a qué sabe el animalito. Como el sabor del armado será. Ahora me tenes que decir cómo te gusta, porque ya se va al fuego, para que no vaya a salir duro.

—Cocelo como la última vez, que te salió muy sabroso.

—La sobrina me hizo el favor de leerme el diario. Se lo dejé prestado. ¿No te iba a servir? Allí estás vos, tu nombrote, pero no está tu fotografía. Sólo publicaron los retratos de los abogados que son cuaches; curioso que estudiaran los dos la misma cañeta; de los siete herederos, indios ferósticos como yo, con el «pisto» los van a ver lindos, y de ese señorón, abuelo del que le dicen el *Gringo,* que juega con Fluvio tu sobrina. El otro día vos, como que me estabas contando que ese viejo mi compañero es padre de una perdida...

—Las malas lenguas así dicen, a mí no me consta.

—Será escritura para que te conste. Si te constara estaría en tu protocolo, donde ahora sólo reina «La princesa del dólar». ¿Y esa perdida es de aquí?

—¿Quién? ¿La princesa del dólar?

—Anda por allá. Sólo eso quisieras que yo también te endulzara el oído hablándote de esa otra gran perdida. Me refiero a la hija del señorón ése.

—Nació en Bananera, pero como su padre es norteamericano y ella ha vivido siempre en Nueva Orleáns, es más gringa que otra cosa.

—Y como los gringos no andan viendo que la mujer sea buena o mala, hizo bien en quedarse por allá. Son al contrario de los de aquí. Para los de aquí no hay mujer buena.

—No es verdad. La prueba: el viejo se decepcionó de la hija y se vino con el nieto a esconder aquí. Y cómo sería el desencanto que abandonó la compañía en vísperas de que lo eligieran presidente. Eso te prueba que sí les importa.

—Fluvio tu sobrino me contó que el *Gringo,* el nieto del señorón ese que vos tanto ponderas, hablaba de que a su abuelo una noche lo habían asaltado en las calles de Nueva Orleáns...

—Pero Maker Thompson es valientazo y siempre anda armado; no se iba a venir por eso.

—Déjame hablar, deja que te cuente, oíme primero. Lo asaltó un montón de muertos, cadáveres a medio podrirse, gente que ya no era de esta vida.

—Por eso no iba a renunciar a ser presidente, oílo bien, presidente de la Compañía, y en Nueva Orleáns cada vez que hay inundación los muertos salen a pasear.

—Así será, pero el hombre se asustó, porque aunque parece que no mata una mosca, debe sus buenos ayotes, gente que mató cuando estuvo formando las fincas en Bananera, donde fueron tantos los que se ahogaron y se los comió el tigre —él los mandaba a echar al agua, ingrato, y a que los devoraran las fieras, maldito—, que ya mero los bananales no daban guineos, sino dedos de muertos. Yo por eso habrás visto que nunca como banano... ¿Quién te dice que no es dedo de ultimado el que te estás comiendo?

—Mira, Sabina, deja de exageraciones...

—¿Exageraciones, las verdades? Ese tu gran señorón, no es más que un masonote, grado treinta y tres. Por eso le hacen tantos acatamientos y le apodan el Papa. Papa de los masones, será. Pero, mejor me voy a poner al fuego el tacuatzín... ¿Qué es eso? Yo, ya dándote tacuatzín en lugar de tepezcuintle... Aunque a saber si es tacuatzín y se lo encajan a uno por tepezcuintle; ya seca la carne toda es igual y hay tanto engaño en estos tiempos... Y era como yo le decía a mi sobrina hoy en la tienda. Vieras que la tiene bien surtida y vende bonito. Yo le hacía ver que en lo del ventarrón que barrió todo lo de la costa y en el que murieron esos esposos, hay misterio...

—Vos, Sabina, en todo ves misterio...

—Peor sería que sólo viera la materialidad de las cosas, que me conformara como ustedes, los modernos, con el interés en lugar de la amistad, de todo lo más sagrado; el amor lo vuelven tanto más cuanto y más cuanto, y más cuanto; entre más sea, más amor...

—El tepezcuintle es el que yo quiero ver si se cuece...

—Vieja habladora que no hace lo que tiene que hacer, dirás vos; pero es que puede que todo lo vuelvan dos más dos son cuatro.

Si la Sabina Gil, sesenta y siete años en confite de hueso y pellejo, con toda su dentadura, sin una cana, entregada a cocinar el animalito con su sal —no mucha porque ya son carnes con algo de lágrima—, cebolla, ajo y tomate; si la Sabina Gil hubiera podido ir a la costa, hablar con la gente, estar a la hora del calor del día bajo los arbolones, ni dormida ni despierta, poblada de eso que no es sueño ni realidad, habría confirmado todo lo que ella adivinaba en el fondo de su cocina, sin más aleluya que el fuego ni más compañía misteriosa que el gato.

—¡Vos, tepezcuintle, que vas y venís por el monte, que entras y salís de las cavernas, que paseas por los bosques, que andas con los ríos, que subís y bajas a los palos, sos testigo de todo lo que yo, ellos y el mundo entero ignoramos del gran misterio que encierra un temblor de tierra, un rayo en seco, el caer del granizo y ese huracán que botó en la costa todo lo que había!

Y el tepezcuintle, con los agujeros de los ojos vacíos, llorosos de betún negro, sangre que se volvió laca de ceguera como si le hubieran sacado las pupilas fosforescentes antes de matarlo, y el hocico en punta, y las uñas de las patitas plegadas, habría contestado a la Sabina, si le hubiera sido dable incorporarse y hablar:

—¡Vieja mujer, Sabina Gil, virgen y estéril, vas a saber lo que ocurrió después del viento fuerte, porque es lo que yo sé, lo que yo vi y de lo único que puedo informarte. Rito Perraj se tendió en un tapexco al fondo de su rancho entre el zumbido de las moscas que lloraban sobre su cuerpo como lloran sobre los muertos. Pero no estaba en la otra vida, sino molido de cansancio, fatigado de no poder moverse, ni abrir los ojos siquiera, después del esfuerzo que hizo para levantar el viento, todo el viento del mar a lo más alto del cielo y volcarlo desde allí huracanado y sin parar por muchos días y muchas noches sobre las plantaciones de la gran compañía, hasta apagar el fuego verde de los bananales, plantas que en lugar de llamas tienen hojas del color de la esmeralda dulce. «Es mucho el perjuicio que has hecho, Chama», me acerqué a decirle, y él me contestó: «Tepezcuintle ciego, ves el perjuicio y no ves la justicia. Hermenegildo Puac me pidió justicia. "Rito Perraj —me dijo Hermenegildo Puac—, clamo justicia contra los que nos matan la esperanza." Le pedí la cabeza, su hermosa cabeza de hombre manso, y se quitó la vida, para que yo tomara su cabeza de la sepultura y desencadenara el vendaval. Apelotoné en lo más alto del cielo todo el aire crudo del mar, antes que pasara y se cociera en los bronquios de los peces, antes que lo templaran y destemplaran los pulmones en movimiento de las olas, aire crudo, y lo dejé allí, apelotonado en el cielo, mientras desenterraba el cuerpo de Hermenegildo Puac, le cercenaba el cráneo, ya era gangrena de muerto su cabeza, para sumergirlo en agua de cal viva, señal de mi poder: cal viva en el agua. Todo lo demás tú lo sabes, tepezcuintle, y debes decírselo a esa vieja que tiene una luna al lado del ombligo entre diez mil arrugas.»

—¡Vieja mujer, Sabina Gil, virgen y estéril, el Chama Rito Perraj cumplió el pedido, cumplió el pedido de justicia contra los que matan la esperanza que le hizo, antes de quitarse la vida, Hermenegildo Puac! Nada de fingimiento. Todo fue real. Y cuan hermosa salió la cara de hombre manso del Hermenegildo Puac de la

cal viva en el agua, señal del poder del Chama, la cal viva en el agua, la vida viva en la muerte. Los labios igual que cáscara de guineo, morado, la nariz achatada, los dientes blancos, secos, huesos para reír con risa de muerto, un ojo cosido entreabierto y el otro con el párpado cosido encima. ¿Te horroriza pensar en ese rostro? Así terminan en los horcamientos y cadalsos todos los que luchan porque no muera la esperanza, con ese gesto de risa, miedo y llanto. Y antes que el chile se pusiera color de hormiga colorada, el Chama hizo las imploraciones, ya para desencadenar el viento fuerte, ya para proferir la palabra que no se dice (sagusán), que no digo yo, ni dices tú, vieja del lunar al lado del ombligo, ni dice nadie (sagusán). Y al golpe de esta palabra pronunciada por Rito Perraj tuvo brazos el que brazos no tenía, porque era sólo cabeza de muerto en cal viva en el agua, brazos con más articulaciones que una cadena, brazos que eran larguísimas cadenas de eslabones unidos por codos que poseían todos los movimientos del viento, y manos de mil, de diez mil, de cien mil dedos para tomar las cosas arrebatadamente, arrancar los bananales, hasta dejarlos prosternados, baldados, hechos inutilidad, basura, abono, inmensa suciedad de desperdicios, y destrozar casas, instalaciones, puentes, torres, postes telegráficos, señales de caminos, árboles, animales y gran parte del pueblo.

»¿Cuánto tiempo estuvo, después del viento fuerte, el Chama Rito Perraj tendido en el tapexco al fondo de su rancho, entre el zumbido de las moscas que lloraban sobre su cuerpo como lloran sobre los muertos? Olor a mar con peces vivos, a mar con peces muertos, a batracios, a grandes aves acuáticas, a peredones de almejas y apeñascados ostiones, que sueltan ríos de sangre negra como hilos de cabellera de gigantes sin rostro hundiéndose en el transparente fulgor del agua profunda. Todo lo abarcaba el idioma rodante de la marea que iba de bajada jugueteando espumas. En los bosques achaparrados no fue menos el destrozo que en el bananal. La vegetación con sentido de araña no desafía al océano sino tras las más intrincadas corazas de telarañas tejidas con lianas, bejucos y obra muerta de viejas ramazones en las que los moluscos van formando rocas. Y allí se estrellan los empujes del titán, sin conseguir nada, porque la vegetación en coladera fragmenta su empuje de masa líquida, brutal. Retiembla todo, las raíces se desnudan, ramas y ramas se descuajan y van como trofeos mínimos en la baba rabiosa del oleaje, una y otra vez, por ser frecuente que el Pacífico Señor monte en cólera. El viento desbarató las defensas, hizo añicos los cordajes y como trompos enloquecidos bailaron troncos que jamás habían podido arrancar el chubasco, la tempestad marina. Brechas descomunales, abiertas para que en ellas quedara patente la revancha justiciera, los restos de todo lo que tierra adentro fue machacado y arrastrado hacia la costa, de todo lo que el huracán en días, en días de soplar furioso levantó en vuelo siniestro, de lo que vino en los ríos. La playa de las garzas, adonde se dirigía el Chama, no quedaba muy lejos. Resplandecía de arena color de rosa junto al jovante verdor del agua, bañada por espumarajos que tomaban todas las formas de la blandura para no interrumpir el sueño de la blanda neblina con ojos que allí dormía. Rito Perraj tenía ofrecida una pierna de neblina plumosa al Dios-Huracán, el de la pierna quebrada, y llegaba a cumplir su promesa, ya casi sin hilo la aguja de su nariz porque le faltaba el aliento.»

—Vieja mujer, Sabina Gil, virgen y estéril como el esmeril blanco, te seguiré contando lo que hizo el Chama después de ofrecer la pierna de neblina plumosa al Huracán, el dios al que falta una pierna. Yo, el tepezcuintle, te seguiré contando. De la playa de las garzas se fue a la choza en que vivía la familia de Hermenegildo Puac, donde le esperaba el mayor de sus hijos, Pochote Puac. «¿Estás cansado, tata?», le preguntó el muchacho, el sombrero bollonazo sobre la

cabeza grande, los ojos dulces como los de su padre. «¿Estás cansado, tata?», repitió su pregunta. «¡Estoy!...», le contestó el Chama. Ya callaron los dos. No hablar era hablar entre ellos dos. Callar era comunicarse entre ellos dos cosas ocultas. Y comunicárselas directamente sin la traición del habla. «¡Yuc!», le dijo el Chama, en ese hablar sin labios del silencio, dándole a entender que iba a darle la investidura de jefe intocable bajo la forma de *yuc,* el pequeño corzo americano. «Yuc», lo nombró. «Yuc —le explicó después, ya con palabras, después de haberlo nombrado, de haberlo hecho Yuc—, la tierra sólo es una, pero tiene cuatro 'susurros' para los grandes jefes. El 'susurro' es el ruido que hace cada una de las tierras que se frota sobre la piel del elegido. Tendrás majestad única y estarás en todas partes. Ser jefe es ser múltiple. Ser jefe es poder estar en muchas partes.» Callaron sus caras. La cara de Pochote Puac frente a la cara de Rito Perraj. Callaron sus vientres sin alimento. «Yuc, el 'susurro' de la tierra verde que ahora froto sobre tu frente, alrededor de tu cabeza, en el caño de tu nuca, te dará la real voluntad de mando, la esperanza, el vuelo del quetzal, la hondura pétrea de la esmeralda, el espejo de jade y la infinita potencia vegetal. ¡Hombre de cabeza verde!, te llamo entonces.» «Yuc —le anunció después—, el 'susurro' de la tierra amarilla que ahora froto sobre tu corazón, en toda la extensión del pecho, te dará el dorado color de la mazorca de maíz amarillo para que seas siempre humano, y lo froto sobre tu ombligo y bajo tu ombligo, en el sexo! ¡Hombre de testículos amarillos!, te llamo entonces.» Más tarde, tomando tierra colorada para producir el 'susurro' rojo, untósela en los brazos y en las piernas convirtiéndolo en guerrero mayor. «¡Hombre de lucha! te llamo, hombre de las extremidades de fuego color de sangre.» Y, por último, con tierra negra produjo el 'susurro' de la tiniebla con que le frotó los pies, las manos, la espalda, hasta los glúteos. «Tu huella será la del invisible, tu presencia la del que se siente que llega, que está junto a nosotros y no se sabe quién es, y tus asentaderas las del que aguarda sobre la noche, el alba de la esperanza. Esperar a que amanezca es tu papel supremo. Transmitir de generación en generación esta virtud de la esperanza del alba, tu designio. Aprender a estar sentado en la piedra, en el tronco, en la silla, en la silla con respaldo, tu sabiduría...»

—¡Y este tepezcuintle que no se cuece ni con el tamaño infierno que le he puesto en la olla! ¡Más duro que mi costilla! ¡Tepezcuintle brujo, cocete; mucho que dicen que sos mudo, pero en el hervor has estado que no te callaba el cuerpo! Entender lo que los animales hablan cuando se están cociendo, es ciencia.

Y levantando la mano como garra de dedos flacos y uñas de habas secas, la Sabina se rascó la cabeza. Ya empezaba la resmolición de los muchachos jugando en el llano con ese palo y esa pelota. De repente se van a dar un mal golpe. «A qué hora irán a la escuela», es lo que yo pregunto. Vidal Mota salió. Pero regresará a la hora de comer el tepezcuintle. Debe andar en las embelequerías de irse a la costa con los que van a que los herederos apercoyen lo heredado. Lo que me hace falta es café molido. Café molido y candelas. Café molido, candelas y pan. De paso que el reloj tan apurado que anda siempre. Es como el almanaque. Quita que te alcanzo, quita que te alcanzo. Dan ganas de decirles: ¡No corre prisa, ustedes! ¿Por qué van tan ligero? Horas y días se van... ¿Quién les estará pagando para envejecerlo a uno? Días y horas se van... Pero también, para que esto fuera eterno... No, mejor que tengan cuerda...

XI

El aire olía a miel de flores. El aire caliente. El sol parecía estar en el cénit desde las cinco de la mañana. Aroma embriagador, alucinante. Estrellas en el calor de la madrugada. Sin dormir. Desvelo de las cosas vivas, adormecidas a fuerza de cansancio, pero sin encontrar el sueño. Por todos lados el espacio, no el sueño. Sudor. Sudor en lagos, en ríos. El peso de los miembros y el sudor en ríos, en mares. Luz de ojos semidespiertos. Modorra de mediodía en la madrugada. Respiración ansiosa. Al fin allá, allá donde el pensamiento alcanza a pensar en el zacate que comen las vacas, para recrearse en algo fresco. Quema el suelo de ladrillo. Quema la hamaca desargollada bajo el cuerpo, húmeda de transpiración sin trapos, del pellejo contra el tejido de la hamaca. Hamacarse, ligeramente, para hacer aire, aire e ir despegando los miembros adoloridos, flojos. Las caras. Se pintaban las caras con la luz violácea. Bestias oscuras, cabezas oscuras, pieles oscuras. ¿Para qué abrir los ojos? ¿Para descubrir las mismas cosas? ¿Ver el mismo panorama? ¿Saber de nuevo que están vivos? ¿Tomar conciencia de lo que durante la modorra del cansancio nocturno olvidaban a medias? Pero, día de trabajo, tenían que abrir los ojos, tenían que abrir los ojos, tenían que abrir los ojos. Por fuerza tenían que abrir los ojos. Quisieran o no quisieran tenían que abrir los ojos. No querían, no. Pero tenían que abrirlos. Ya pintaba el día, ya los gallos cantaban, ya alguna de las mujeres andaba despierta, rascándose, paladeándose el mal sabor de la boca, sin ganas, casi como una condenada a encender el fuego para hacer el café. Y en medio del calor de las cuatro de la mañana, el frío de los palúdicos. Barbas ralas, caras sin peso, codos salientes en ángulo agudo por entre los hilos de las hamacas. ¡Cuánta fuerza tenían que hacer para no colarse entre las cuerdas y caer al suelo convertidos en polvo seco! Amanecer profundo. Superficie fúlgida y hondura de sombra mezclada con harina azul, neblina ya aclarando, ya llovizna de sol sobre los bananales cubiertos de relámpagos de telarañas que se contraían electrizadas al primer brochazo del sol. Mar, mar inmenso, mar del zumbido de las moscas, ensordecedor, fastidioso, lento, monocorde. Moscas pequeñas, moscardones pegajosos. Ríos, ríos ondulantes de gusanos que trepaban, oro y ébano, plata y azabache, sangre y azulinas, a ver dónde terminaba el verde relumbrante de la hoja y empezaba el azul del espacio infinito, los bananales empapados de un cielo más fino que el cielo. Abrir, abrir los ojos, andar, andar por los mismos sitios, por el corredor de la casa, por las habitaciones, por la cocina, por los patios encuadrados en el sueño de los aleros que les alcanzaba en penumbra. ¡Qué desagradable mojarse en las hierbas charcosas para ir en busca de los animales, bueyes, mulas, que tampoco mostrábanse ganosos de abrir los ojos! Había que golpearlos para que revivieran. A palos y gritos salían de su torpeza pesada. Se sacaban la vida de dentro y la ponían en juego al menor movimiento. ¡Buenos días! ¡Buenos días!... No habrá otras palabras. Siempre las mismas. ¡Buenos días! ¡Buenos días!... ¿Y de

qué servían que hubiese otras, si siempre sería lo mismo el día caluroso, ahogador? Lo de emprender la tarea con gusto son historias. Se arranca a disgusto, se sigue a disgusto y se termina a disgusto. Mejor sería quedarse en la hamaca y allá que el trabajo se hiciera solo, sin los hombres, sin ellos, alucinados borrachos, extraviados de buena mañana por el fragante hervor de la costa. En mala hora vinieron. Si se pudieran ir. Si se pudieran escapar ese día que empezaba como todos los días. O escapar otro día, mañana, pasado mañana, o algún día, con tal de salir de aquel infierno. Ah, con cuánto gusto se levantarían para marcharse, cómo abrirían los ojos felices de ver que era la hora de abandonar el nido hediendo a sudor en que habían dormido, mal dormido, no dormido la última vez, porque ya se iban liberados! Rápidamente harían los preparativos. Todo les parecería hermoso. Darían con gusto nuevo los «buenos días». Pero ¿quién piensa en eso? La costa es mujer que no suelta al que agarra; lo hace como sentir que se puede escapar, pero lo aprieta entre sus muslos. La costa es sólo muslos y por eso nadie se sacia en ella ni se hostiga, porque incita a la búsqueda de algo más que los muslos, pero ese algo no lo tiene; muslos y nada más. Los que se empeñan en conquistarla al fin caen vencidos, sin más ser que el bagazo, bagazo que se quema, se seca, húmeda costra de tierra que se hunde en el mar.

Desde las cercas, donde las flores de girasol alternaban con cadenas de quiebracajetes celestes, mastuerzos, pringuitas de sangre del Señor y margaritones amarillos, sacaron los ojos divagados Bastiancito Cojubul, su costilla que estaba criando, Rosalío Cándido Lucero y el peludo Ayuc Gaitán.

Los tres —para ellos la mujer no contaba— vieron, cuando apenas era una mosca en el cielo, un avión que se fue haciendo abejorro, pronto libélula y más pronto aparato gigante. Quebró la recta que llevaba hacia el mar para dirigirse al campo de aterrizaje de la «Tropical Platanera, S. A.».

—¡Bueno, pues, muchades, se acaba la mañana y nosotros aquí de haraganes!... —dijo uno de todos.

Se despegaron del cerco mojados de rocío, para salir a sus trabajos, mientras la mujer, olorosa a leche, buscaba al hijo dormido en un canasto, para despertarlo y que mamara. Pero, en despertarlo andaba cuando los hombres que salieron al trabajo asomaron de vuelta, y con ellos, otros hombres más que les metían las manos por la cara, para explicarles quiénes eran ellos.

—¡Son ustedes!... —les gritaba Mauricio Crespo— ...Ni mamados hasta el tope se imaginaron esto... ¡Dejen esos machetes, esas hoces, boten esos mecates, echen a la basura todo lo que tienen!

—¡Nada de trabajar hoy!... ¡Ir al trabajo, ja!, ya ustedes no volverán al trabajo nunca... —les lanzaba a la cara Braulio Rascón—. ¡Ahora van a vivir, lo que se llama vivir! ¡Nosotros nacimos muertos, muchades, porque nosotros somos pobres y pobres nos quedamos! ¡Estos revivieron, salieron del cementerio de la pobreza!

«Pues no hay duda que se sacaron la lotería», pensaba la mujer de Bastiancito Cojubul, el pezón del seno lleno de leche entre los dedos, ya para dárselo al crío. ¡Pobrecito! Por no ver lo que hacía, acongojada por los tamaños gritos de aquellos hombres que felicitaban a su marido, la Gaudelia le pringó los ojos con leche, lo que no evitó que el crío se prendiera a la teta, sin dejar de seguir con las pupilas los movimientos de Crespo, Rascón y otros que los acompañaban, y otros más que iban llegando. Mamaba y miraba, miraba y mamaba.

Y todos hablaban, menos los dichosos mortales objeto de aquellas

demostraciones de júbilo, que inquirían con ojos desconfiados si todos aquellos hombres no se habían vuelto locos o les estaban tomando el pelo.

Por fin Rascón dijo, al ver que no hablaban, que no abrían la boca, contentándose con recibir los abrazos, estrujones, apretones de mano, saludos y cumplimientos de los vecinos que cada vez eran más numerosos.

—Es que les falta un trago. La botella debe estar por ahí; ésa que yo traje previendo que algo se habrían de asustar... Tomate un trago, Bastiancito, y vos otro, Rosalío Cándido, y otro vos Peludo... A boca de botella. ¡Qué vaso ni qué copa!...

—¡Mira, Gaudelia, que se calle esa guaca! —fue lo primero que dijo Bastiancito a su mujer. De viejo le entró lo resmolido.

—¡Déjenla! Ella también está contenta. A saber si ya sabe quiénes son ustedes. ¿No ven a los chuchos, que les mueven la cola tan festivos? También ellos deben saber que a partir de hoy, nada de tortillas viejas; caldo de hueso con buenas postas.

El que más hablaba y bebía era Rascón. Crespo no se quedaba atrás en lo de empinarse la botella. Los Samueles —Samuelón, Samuel y Samuelito— seguían el ejemplo, para ponerse a tono. El hecho lo ameritaba. Los muchachos amanecieron como todos los días y todo se cambió de pronto para ellos. ¡Quién iba a imaginar que en aquel avión, en aquella mosca minúscula!...

—Lo que yo creo es que van a ser llamados a las oficinas de la Compañía —vino a decir alguien.

Otro, de los que ya estaba en el grupo, le rectificó:

—A mí se me hace que es al Juzgado adonde los van a llamar. Es el juez el que se lo tiene que hacer saber.

—Ah, si por juez es la cosa... —intervino Rascón.

—Pues cómo había de ser de otra manera, si se trata de una herencia. «Ansina» fue cuando mi abuelo Belisario, que de Dios haya.

—¡Por los herederos!... —levantó una vez más la botella Samuelón, y sus hermanos, Samuel y Samuelito, tras decir lo mismo—: ¡Por los herederos! —se tragaron sendas buchadas de guaro con sabor a cacao.

Más tarde, éstos trajeron las guitarras para amenizar la fiesta improvisada. Pero antes se echaron otro trago.

—Se está acabando la botánica y nos vamos a quedar a pie... Hay que ir por otra... Yo doy...

—No dé nadie... —gritó Rosalío Cándido—, pues yo tengo tres botellas de comiteco.

Se arrancaron las guitarras con un son, luego un pasodoble y en seguidita un vals.

—No se ajumen, muchachos...

—Este Rascón sí que me gusta; no nos ajumemos, decí...

—Sí, no nos ajumemos mucho, por si tenemos que ir con ellos para servir de testigos. Para eso hay que estar frescos.

—Pero se les ve como agobiados —intervino Crespo—. ¡Alégrense, Bastiancito; vos, Peludo, Rosalío Cándido; alégrense, alégrense!...

En la inmensa soledad marina de la costa, el mediodía caía a plomo; y aparte de la fiesta —el comiteco encendió más y más las voces; alternaron charrangueadas con tonadas y bailes de sones— los demás habitantes se echaban a esa hora

vencidos en sus hamacas, en los catres, o buscando mismamente el suelo, para tener algo de fresco. Se borraban los contornos. El resplandor del sol blanco, meridiano, cegaba igual que la oscuridad. Uno que otro pájaro volaba. Pero apenas movía las alas empapadas de sudor y distancia.

No los llamaron a las oficinas de la Tropicaltanera ni al Juzgado, a las dos salas nuevas del Juzgado, porque el edificio en que estaba se lo llevó el viento fuerte con los papeles y todo. Fue de ver la iracundia con que el ventarrón dispersó todos los papeles de aquella miserable justicia: procesos, juicios, nada quedó, y lo que no se llevó el viento, al caerse el edificio lo redujo a basuras. ¿Qué otra cosa era la justicia humana, sino basura, basura de papeles escritos?

No los llamaron ni a las oficinas de la Compañía ni al edificio nuevo del Juzgado. El comandante local se los mandó a traer con una escolta. La latidera del chucerío puso en guardia a los de la fiesta. Se habrá visto bruto más grande. El hábito de tratar a la gente por lo peor. De humillar hasta lo último. Nada de porque ahora son ricos y ayer eran pobres. La escolta empareja a todos. La «actoridá melitar» es para eso. Para emparejar a los ciudadanos. A nivel del suelo todo el mundo, y ¡ay! del que levante la cabeza, porque allí mismo se queda, tres metros bajo tierra. Sólo para adentro se puede buscar otro nivel. El subteniente que mandaba la escolta les impuso de la citación que se les hacía y... preferible mil veces que se fueran con él de una vez.

Gaudelia, entre atormentada y alegre, corrió a «Seroírames». Había que avisarle a Lino y a Juancho Lucero, así como a los otros Ayuc Gaitán, sus hermanos, que estaban citados urgentemente a la Comandancia, y que se fueran para allá, porque a Bastiancito, al Peludo y a Rosalío Cándido, se los acarreó la escolta, sin dar lugar a nada, salvo a echar en una carreta los restos de la fiesta, «bolos», guitarras y comiteco.

Los aros metálicos de las dos ruedas de la carreta despedían chispas de espejo a lo largo del camino plano, arenoso, al paso de los bueyes que movían sobre sus patas cortas las mansas moles de sus cuerpos. A veces sacaban las lenguas color de vena y se las paseaban por los belfos ardientes. Traían los testuces resguardados en hojas de quequexque.

—¡Bueyes!... ¡Bueyes!... —gritaba Rascón, incorporándose en la parte delantera de la carreta—. ¿Ven? Eso eran nuestros amigos antes; bueyes, bueyes..., bueyes como seguimos siendo nosotros... Ellos ya no... —se bamboleaba—. ¡Ahora... ahora son eso..., eso que no es ser buey..., eso que no es ser ni lejanamente buey!... ¡No..., los amigos ya no son bueyes..., ya no van a jalar carreta!... ¡Ya no..., ya eso se acabó para ellos, jalar la carreta!... ¡Dichosos..., felices..., quisiera ser... no ser, buey..., no seguir siendo buey..., no ser como éstos, que son puros bueyes!... ¿Para qué nos bautizan los curas es lo que yo digo?... ¿Acaso bautizan a los bueyes?...

Se apeó de la carreta para irse a su rancho. Posaba donde la Sara Jobalda. Amagaba de un lado para caerse del otro, y de ése no se caía, ni de ése ni del otro...

—¡Buey!... —repetía a cada hamaqueen—... ¡Buey!... —bostezaba, estornudaba, tosía, escupía, babeaba—... ¡Buey!...

El tiempo de llegar y desplomarse a la puerta del rancho donde estaba pidiendo posada hace cinco meses.

Todos los días preparaba viaje. Al levantarse envolvía la tuja, su mayor bien, y la dejaba lista para marcharse bajo unas árganas en las que ya sólo había tuzas viejas. Por la tarde, a filo de la noche, regresaba con el sombrero hasta las orejas,

casi tapándole los ojos llorosos, algo bebido, y con el hipo y la queja de no haberse podido ir desenrollaba la tuja para echarse en el suelo. Mañana sí me voy —se decía—, con toda seguridad que me voy.

La Sara Jobalda lo fue arrastrando de los brazos para el interior. Muy feo un hombre botado en la puerta. Como de costumbre lo bolseó. Dos ingrimos cigarros. Todo lo que tenía. Algo es algo. Los guardó para fumárselos cuando le tocara ir, que ya le tocaba; estaba esperando que le llamara del cuerpo, porque es una treta salir con el mandado, y ahora el señor Braulio borracho. Tal vez con la fuerza que hizo para entrarlo le llamaba.

—Once millones... —se sentó a decir Rascón.

—¿Y eso qué significado tiene? —preguntó ella, riendo de su delirio de grandeza.

—¿Cómo qué significado tiene, bruja machorra?

El manotazo de la Sara Jobalda alcanzó en la mejilla al señor Braulio. Se fue de bruces, pero al pegar con la cabeza en el suelo, como si tuviera hueso de elástico, saltó hacia atrás para quedar con la cara nuevamente frente a la Jobalda. Levantó el brazo para defenderse, mientras explicaba:

—A mí me mandaron a darles la noticia. El viejo Piedrasanta la leyó en el periódico. Pero no tuve valor, no tuve valor... Se necesitan faroles para soltarle a un mortal, a un pajarraco, a un insecto, que es heredero de un millón de pesos oro, más de un millón, millón y medio.

—Y por eso se lo dijo a la botella, a ella, a la botella, porque usted, don Braulio, ya no don, señor Braulio, todo lo remedia, tenga o no tenga remedio, con el único remedio que no remedia nada: ¡el aguardiente!

—¡No se lo dije a nadie! Ahora es que se lo están notificando en la Comandancia. Para eso los llamaron. Para eso se los llevó la escolta. Se van a enfermar del susto. Yo por eso improvisé una fiestecita con los Samueles, para notificarlos ya cuando estuvieran con sus guarapetazos entre pecho y espalda. Ya verá usted que hasta un síncope les puede dar del susto. No es así no más que se hereda tantísimo dinero. Y esta noche vaya disponiendo lo que me manda, porque me voy mañana.

—Así lo está anunciando, señor Braulio, hace cinco meses.

—No, pero ahora sí que me voy. Del mucho irse viene el mucho quedarse. Voy a pedirles que me den prestados unos cincuenta dólares, ¡qué cincuenta!, cien dólares, como quitarles un pelo a un gato; ¡qué cien, mil dólares me pueden dar!

Cuando la Sara Jobalda supo que Lino Lucero era de los herederos de ese montonononón de plata, dejó al borracho hablando solo, rechinando los dientes como si mascara calor, y se fue a la Comandancia que se hacía pedazos.

—Beben para vivir ausentes... —fue lo último que allá lejos le oyó decir el borracho, alargado en una extensión sin límites del otro lado de su borrachera, y le quiso contestar, pero no le contestó o sí le contestó, el caso es que le contestó, que le contestó le contestó...

—Bebemos para vivir ausentes de tanta porquería... Aquí nada es de uno, todo es de ellos... Eso es ser amo... A mí que no me expliquen de otra manera qué es ser amo... Es no dejar que los que no son amos se sientan dueños de lo que tienen... Lo tienen, pero no lo tienen..., nacieron para no tener...

Se durmió. Sólo se oía su respirar en el fondo de la pieza abierta. Un perro entróse husmeando. Alzó la pata para mearse en un rincón, sobre el esqueleto de una silla y a un manotazo de Rascón se fue asustado entre pringa y ladrido, pero en la puerta se detuvo y cuánta ternura puso en lamerse todo por debajo.

—¡Chucho puerco!... —le gritó, al pasar, la Toyana Almendrales, disparada hacia

la Comandancia, para llegar a tiempo, tanteando hubiera repartidera, casual le regalaran o le dieran prestado para salir de sus endeudos más prontos: la dita en el comedor de las niñas Franco, sacar el prendedor de chispitas que tenía sudando donde Piedra-santa y cubrirle al bodeguero, hombre que se quería pagar con su cuerpo. «¡Pagúeme en especia, Toyana!», le decía el muy hijo de huérfana. «¡Especie!», le rectificaba ella. «¡Especia!», insistía él, «eso no es especie, sino especia, como el clavo de olor, la pimienta gorda o la canela!»

—¡Contra... orden! —gritó el comandante al asomar los citados con el escoltón a la espalda y el séquito de parientes, amigos, conocidos y desconocidos.

—¿Qué hicieron?...

—¿Por qué se los llevan?...

—¿Por qué van presos?...

Así preguntaban los curiosos al verlos pasar en aquella carreta, entre soldados y copia de gente que manoteaba, hablaba, avanzaba para no quedarse atrás, porque ninguno quería ser menos al saber que no eran reos sino herederos y quiénes adelante y quiénes a la par les saludaban, sonreían, felicitaban por el gusto de saberlos ricos.

—La vida del militar se reduce a eso: órdenes —añadió el comandante al hacerlos entrar en su despacho—, dar órdenes, recibir órdenes, cumplir órdenes, y ahora contraordenaron... La notificación se la van a hacer en la oficina de la Compañía con más pompa, y no quieren que vayan con escolta, sino sin: parece que no es cosa de escolta heredar un fortunón, aunque para mí sí lo es; al rico hay que protegerlo, por eso mandé la escolta por ustedes, para protegerlos, si no se los comen, llegan hechos pedazos, y se van a ir con la escolta aunque no les guste a los de la Compañía, pues mi deber es protegerlos contra los que ya deben quererles quitar lo que no han agarrado.

El alcalde hizo su entrada llamándolos «Felices desposados con la Fortuna», y en verdad que eso parecían, cohibidos como recién casados entre tanto agasajo y tanto gusto. Alguien de la comitiva insinuó que se les abasteciera con una copa más de comiteco.

Polo Camey, el telegrafista, vino con un batallón de chicuelos trayendo arrobas de mensajes telegráficos. Ya no hubo tiempo de doblar. Y más que estaban llegando. Dejó el suple, *porque* a él se le durmió el brazo de tanto escribir.

—Sólo en la Casa Presidencial había visto tanto teletele. .. —comentó el comandante—, y todos dicen lo mismo. Felicitan y piden limosna. Aquí vienen los mejores, los que se olvidan de felicitarlos, con la soga al cuello, y van al grano.

La Toyana, rodando, rodando, como las personas gordas que ruedan entre la gente, llegóse a Bastiancito Cojubul, y en voz baja le pidió ayuda para librar del empeño el prendedor de chispitas.

—Empeñado... en no andar conmigo... —le repetía y le mostraba el nacimiento de los pechos donde el prendedor ayudaba a reducir el escote.

—Vamos a ver, señora —se defendía Bastiancito—, hasta ahora no sabemos nada.

—¡Gracias, su palabra me basta, cuando buenamente pueda!

Se perlaban las frentes de abundante sudor. Nadie se atrevía a romper la marcha y ya en la Compañía los estaban esperando. Los favorecidos eran los llamados, pero no se animaban a abandonar el resguardo que para ellos significaba la Comandancia. ¿Quién los ampararía de la turba alebrestada, si ya allí, con ser el jefe militar hombre peligroso por sus reacciones violentas, sin respetar nada ya

los tenían cercados, acuñados a la pared?

El gusto de los amigos, la alegría de los primeros momentos, cuando se echaron copas, se cantó con guitarra y todos salieron en carreta con la escolta hacia la Comandancia, fueron cediendo terreno al interesado querer estar con ellos de desconocidos, estarlos viendo, estarlos tocando, manoseando, hablándoles con familiaridad.

Cojubul, mientras el comandante leía otros mensajes, aproximóse a decirle:

—Si no nos da la escolta, nos matan...

—Matarlos, no; pero se pueden prestar a un escándalo, a un atraco, vaya uno a saber con la gente de otras partes que anda por aquí, mejicanos, cubanos, y que se apoderen de alguno de ustedes y después... ¿quién es el responsable? La autoridad militar, el comandante, que no les dio garantías. Yo sé, amigo, dónde me aprieta el zapato. No sólo se van a ir escoltados, sino que, además, le voy a montar una guardia permanente para que los cuide. Van a estar en sus casas como presos, pero qué se ha de hacer, ya no son los simples mortales que eran antes que les hiciera el favor el gringo que, primero, cuentan que andaba en las plantaciones carcajeándose peor que loco, y loco debe haber estado cuando les testó.

El alcalde, Pascual Díaz, hizo ver la conveniencia de salir hacia las oficinas de la Compañía, donde les estaban esperando el juez, los demás herederos y las personas que llegaron por avión.

—Así es —exclamó el comandante— y contra lo ordenado, va a seguir la escolta con los señores.

Salieron el alcalde, los herederos, la escolta y la multitud que les seguía, unos en la carreta y otros a pie.

El tiempo caliginoso amelcochaba el sudor que les pegaba el polvo a la cara, calor de incendio, de incendio de crepúsculo en la costa, fuego de la atmósfera y fuego de la tierra para completar la sensación de abrasamiento que daba el horizonte enrojecido por los más violentos bermellones, escarlatas, carmines, sangre entre las finas columnas de los bananales, sobre las llanadas, en la extensión agreste hasta el linde del mar, donde en el cielo de agua dulce, perlando la inmensidad salada, se encendían las primeras estrellas.

Y en esa penumbra roja, por vericuetos y extravíos, para ganarle vueltas al camino real, marchaban todos los que deseaban estar presentes en la notificación del testamento a los que hasta esa mañana eran como ellos y seguían siendo... «¡Sólo que no... ches!», gargajeaba un gangoso a una mulata de cara de hoja seca, chata, boca pequeña y ojos atajados por los nuditos de los pómulos.

—Jamás visto —decía la mulata—, ni en l'otro lado... Y eso que allá se vieron obsequiosidades. A padre le dieron, sin herencia, *bunita* suma... Sí, bastante suma a padre...

—Pero no sería por su linda cara...

—¡Lindo, padre lindo! Enterrado aquí hace dos años...

—No es eso, quiero decirte que a tu padre no le obsequiaron lo que recibió.

—Suma...

La mulata abría los ojos de par en par —suma—, pero daba la impresión de sacar los ojos para no ver nada, para quedar como colgando del aire.

—La suma que los gringos le dieron en Bananera fue para que desalojara el terreno, para que se fuera...

—Y se fue a la capital, después aquí: Anastasia, hermana mía, quedó allá, capital; yo, hermana Anastasia, nací después, nací aquí.

—¿Y tu hermana, por qué no quiso venir?

—Y no sé. Anastasia llamarme siempre. Mejor aquí capital, escribe. Madre no le contesta.

—¿Y a tu padre le darían mucho?

—Suma...

En la arenosa ladera, tinte metálico de tierra suelta empapada en el resplandor de fuego del atardecer, oíase el correr desparramado de animales oscuros. La mulata y el gangoso resbalaban, tomados de la mano, procurando no caer, los pies de lado, el cuerpo tenso hacia atrás.

—¿Serías feliz con la quinta parte de esa herencia?

—Suma...

El gangoso la olía, sudor y apretada carne dura como amalgama de madera y metal. La olía y la miraba. La miraba y fingiendo perder pie se frotaba contra ella.

—¡Toba, si yo tuviera el poder de ese brujo que hay por aquí, Rito Perraj, hacía que al leer el testamento, en lugar del nombre de los herederos, estuviera un solo nombre: Toba!

—Tobías... Tengo nombre de hombre. Padre decir que yo persona ser hombre. Persona hombre con cuerpo de mujer.

—¡Toba heredera de once millones de dólares!

—¡Suma!

Y se quedó sin ver nada, ciega con los ojos abiertos como dos lagos blancos en su cara amarillosa.

El gangoso ya no olía, mascaba el halo de jalea temblorosa que tremaba alrededor de Toba, bañada por el aire rubí, casi de fuego.

—Toba, ¿a qué vamos allí?... Hay mucha gente... Ya que nos encontramos..., ya que estamos solos...

—Madre no quiso venir. Padre muerto, enterrado aquí.

—Ya que nos encontramos, ya que estamos solos, quedémonos un rato, sentémonos a ver cómo la gente corre; todos corren igual que ínfimos insectos cabezones; sólo las cabezas se les ven y los pies que van dejando atrás. Todos corren. *¿A* qué? No es a ellos a los que sonrió la fortuna. *¿A* qué? Van porque después de todo, Toba... —le tomó las manos frente a frente, tratando de sentarla, el terreno se desmoronaba bajo sus pies—, no están satisfechos de lo que son y el mundo sin amor es de los insatisfechos: ese mundo de la codicia, del dinero, del renombre, del gozo y el poder: y van, Toba... —le había soltado las manos y rodeado el cuerpo con sus brazos, para acercársele más y hablarle casi en la cara, oliéndola como se huele la profundidad del mar, respirándola entera, tratando de que sus pestañas tocaran las pestañas de ella, para que sus labios quedaran más próximos, y sus respiraciones confluentes para formar un solo respirar anheloso—. Van, además, porque en las personas de los nuevos millonarios se ve cada uno de ellos elevado a categoría de tal, vengado de las miserias sufridas y de las que han de venir, porque son gentes como ellos, Toba; Toba, gentes como ellos, los que sin ser ellos, les representarán en ese festín de las grandezas. ¿Qué importa que despues, una vez consagrados los invictos, ellos sigan de peones, carne para mugre, pelo para piojos, altas de hospital y huesos en la fosa de todos? ¡Qué importa, qué importa!...

—Suma...

Y en los labios de Toba un beso apagó la palabra que repetía abriendo los ojos mucho, mucho.

Sin comprender palabra de lo que parlaba el gangoso, profesor en la escuela del pueblo, la mulata sentía la magia de la palabra buena, porque tenía que ser palabra buena la que la hizo detenerse, dejarse tomar las manos, dejarse abrazar, dejarse besar.

La noche en la tarde. Las estrellas en lo rojo de la tarde. Y el hormiguero de gente moviéndose hacia las «yardas» alumbradas por cientos de focos eléctricos, lago de luz en medio de la tiniebla caliente como raíz recién desenterrada.

—Toba...

Habían quedado solos en el declive de la pequeña ladera, sobre la arena suave. La besó de nuevo y mientras la besaba la olía, la apretaba a su cuerpo, a su corazón, ansioso de que no quedara nada que no fuera suyo de aquel ser delgado, haz de himnos para el placer y la ceniza.

—Vestido se rompe. Único vestido tengo. Único... —murmuraba Toba; en su cara dulce el gusto de complacer bajo la noche infinita, sin saber bien por qué, sin saber bien por qué...—. Hable, hable más, mejor palabra... —trató de defenderse.

—Tienes las rodillas duras, Toba...

—De rezar. Madre reza, yo rezo hincada. Padre estar enterrado aquí.

—Pero tus piernas son finas. Son como troncos de bananal que aún está tierno, recién crecido...

Toba sintió cuando la mano le agarraba la sombra que escondía desde siempre entre sus piernas. Levantó los brazos y se puso en cruz a mirar el cielo.

—¿Toba, qué miras? ¿Miras la riqueza de Dios? —musitó él mientras la acariciaba—. ¿Qué miras?

—Suma...

Y jugó sus ojos blancos, manchas de cal caliente entre pestañas duras como crines.

—En este momento somos más felices que los herederos de todos esos millones. Las riquezas del cielo se nos pierden hoy, pero las encontramos mañana, como la dicha, como la esperanza, con sólo alzar la cabeza y volver a ver el cielo. Hay un fluido entre esas riquezas infinitas y nosotros.

El grito un poco áfono de la mulata cruzó entre los escasos arbustos de la pequeña ladera. El dolor. La sangre. Su tristeza única. El engranaje de los cuerpos. Los besos sosegando los espasmos. Suma, suma, suma de dos seres, de dos cuerpos, de dos cantidades infinitas para el amor.

En el espacioso salón de jefes y altos empleados —todas las luces encendidas, todas las ventanas abiertas, llenas las sillas, llenas las mesas con los jugadores de *bowling* que llegaron a última hora y se treparon en ellas cesosos y sonrientes, llenas las puertas con la peonada y los pasillos llenos con los empleados secundarios— se daba lectura al testamento de Lester Stoner o Lester Mead, otorgado en la ciudad de Nueva York ante los abogados Alfredo y Roberto Dosweil y protocolizado por el licenciado Reginaldo Vidal Mota, allí presentes rodeando la mesa de actuaciones con el juez, su secretario, el alcalde, el vicepresidente y gerentes de la Compañía.

Lester Stoner instituía única y universal heredera de sus bienes y acciones a su esposa Leland Foster de Stoner y, en su defecto a las siguientes personas: Lino Lucero de León, Juan Lucero de León, Rosalío Cándido Lucero de León, hijos de Adelaido Lucero y Rosalía de León Lucero, ya fallecidos; Sebastián Cojubul San Juan, hijo de Sebastián Cojubul y Nicomedes San Juan de Cojubul, ya fallecidos; y Macario Ayuc Gaitán, Lisandro y Juan Sostenes Ayuc Gaitán, hijos de Timoteo Ayuc Gaitán y Josefa Gaitán de Ayuc Gaitán, ya fallecidos.

—¡Que se calle esa gente allí —gritó Maker Thompson imponiendo silencio a los asistentes asomados a las puertas y ventanas. Había llegado la víspera en ferrocarril con el licenciado Vidal Mota y Juambo, su criado, para acompañar a los hermanos Doswell en su recorrido a las plantaciones, las playas del Pacífico y los lugares en que Stoner encontró la felicidad y la muerte al lado de su esposa, sin más trato que el de aquellos rústicos ni más ambición que crear un mundo justo.

Los mellizos Doswell, admiración de los asistentes que por verlos se empujaban, entre risas, bisbiseos y aspavientos, desde que llegaron al trópico se abonaron al refresco de guanábana... *(¡No more whisky,* gua... na... baña!) Se esponjaban las caras sudorosas, era un baño de sudor, con grandes pañuelos blancos que también les servían para darse aire. *(¡Tropic!... ¡Tropic!...)* Eran tan idénticos que sudaban el mismo número de gotas y al mismo tiempo. *(¡No more whisky,* gua... na... baña!... *¡Tropic!... ¡Tropic!...)*

Leído el testamento por el secretario, el juez actuante llamó a firmar a los herederos nombrados. Pálidos, distantes, huraños. Lino Lucero firmó a la descubierta, la pluma en la mano temblorosa, sin agacharse mucho sobre el papel para que no se le saliera el llanto que se estaba tragando.

El acta de defunción de Lester y Leland se acompañaba al testamento adherida al legajo igual que un insecto plano, un insecto misterioso en cuyo vientre a rayas de papel sellado estaba escrito el final de aquellas dos vidas en lacónica frase, insecto delgado, casi transparente del que se desprendía el alocado mundo de las hojas trémulas, de árboles en erupción de ramas culebreantes antes de ser arrancadas de cuajo, de cegadoras nubes de polvo, de ensordecedores diapasones de huracán, silenciosos, diáfanos y hondas explosiones oceánicas: todo salía de allí, del insecto-papel, del insecto-acta de defunción, sin faltar la presencia de Rito Perraj (sagusán..., sagusán..., sagusán...), ni la carcajada muda de la calavera de Hermenegildo Puac, ni...

Ahora que estaba muerta, Lino Lucero podía hablar a su corazón de su amor por doña Leland; olía a lo que huele la madera de nogal al aserrarla, al olor con brillo que suelta el nogal entre los dientes del serrucho.

—Gracias, Lino... —dijo ella esa vez que la bajó del caballo, clavándole las manos como muletas, en las axilas, para que sus dedos alcanzaran algo del nacimiento de sus senos.

¿Comprendió ella algo?

Lo cierto es que sólo así le dijo: «Gracias, Lino...»

—No es nada, doña Leland... —le respondió él, la voz pastosa, el corazón que no le cabía en el pecho.

—Pero si es un tiburón nadando...

Eso fue otra vez. Doña Leland se bañaba con su esposo en la desembocadura del río. Lino, atraído por su belleza, se tiró al agua y pretextando que ella corría peligro, la palpó toda.

¡Cobarde! ¿Por qué cuando se la llevaron muerta no tuvo valor de besar el

mechón de su pelo de oro fúlgido que se escapó de la sábana blanca que cubría sus cadáveres, aquella mañana de zafiros desolados?

Al concluir de firmar, la escolta despejó para que salieran los herederos y los señores hacia el comedor de empleados, donde se les agasajó con whisky, licores, vinos y *sandwichs.* Los jerarcas de la Compañía abrazaban a los nuevos millonarios, como a potrillos que de repente hubieran dejado de andar en cuatro patas, para volverse bimanos.

Terminado el agasajo salieron a la luz de las «yardas» y de allí a la oscuridad de los caminos. Gente y luciérnaga. El avión posado sobre la pista de aterrizaje, muy bien iluminada, parecía un gran pájaro de papel de plata.

XII

El gentío por grupos se encaminó a «Semírames», propiedad de los Lucero, situada donde Adelaido, padre, la construyó hace tantos años como edad tienen Lino y Juan, y no obstante los años, igual que acabadita de estrenar siempre; tantas mudas y renovaciones se le hacían para mantenerla en pie, ampliarla un poco y renovar sus materiales, no porque envejecieran, porque en la costa nada envejece, dado que todo se gasta rápidamente, y pasa como las personas, casi sin edad, de los años mozos a la muerte.

De la casa que en «Semírames» construyó con sus manos el propio Adelaido Lucero, pintando las paredes de rosado y el zócalo de amarillo, como iba vestida la Rosalía de León el día que la conoció —blusa rosada, enagua amarilla—, no quedaba sino el lugar. Se amplió al crecer la familia; le dieron más de alto al renovarle los techos, las vigas madres, todo hubo que cambiar, y «ultimadamente», como decía Juancho, tuvieron que hacerle dos lados para que cupieran las dos familias, la de él y la de Lino —Rosalío Cándido era soltero y se avenía a vivir allí con ellos—; aunque esto, que fue como echar la casa por tierra, sólo pudo hacerse fallecida la madre, que lloraba cada vez que se hablaba de botar y levantar los techos, aumentar las habitaciones, ampliar los corredores, subir la cocina...

Por grupos, notificado el testamento, el gentío se arrancó hacia «Semírames». Unos alumbraban el camino con lámparas eléctricas de mano, otros con faroles y otros con hermosas y alocadas teas de ocote. La escolta acompañaba a los herederos, encabezados por Lino Lucero, que desapareció, así como sus hermanos, y los otros, entre nudos de abrazos al solo llegar a la puerta de la casa, donde las gradas para subir al corredor, eran una cascada de gentes esperándolos.

—Esos señores gringos son lo más sin gracia que hay —hablaba el comandante con la Toyana— por eso no quise moverme de mi despacho; imagínese usted que debían haber rodeado la notificación del testamento de alguna solemnidad, pero como ellos todo es «allá va la vaca, nana».

—Rumbo quería mi comandante...

—Lo de «mi» te lo vas guardando, Toyana, porque yo no soy propiedad de nadie.

—Pues el señor comandante...

—Tampoco. Lo del «señor» también guárdatelo, porque el Señor está en los cielos sentado a la diestra de Dios Padre.

—Pues el comandante.

—Así mero me gusta. Nada de «mi», ni de «señor». Y no quería rumbo, sino ceremonia. Para hacer lo que ellos hicieron, yo se lo hubiera notificado en la Comandancia. Pero ya se sabe. El juececito ese que se desvive por quedar bien

con ellos debe haberles metido en la cabeza que lo hicieran allí. Y ni siquiera como se debe. Haber pedido un minuto de silencio por los señores que les dejaron la herencia...

El comandante estrechó la mano de Lino Lucero, mientras la Toyana salía al encuentro de Bastiancito, a quien habló en la Comandancia del *guaje* que tenía empeñado.

Las guitarras de los Samueles, una marimba que se trajeron del pueblo, y la media banda de un circo ambulante, se alternaban para no dejar lugar al silencio. Con la banda llegaron tres volatinas y dos payasos; las volatinas con peines españoles y mantiñas, sólo soportables por ellas en aquel calor de infierno y los payasos, «Banano» y «Bananito», con las caras blancas, las cejas coloradas, los labios morados y las orejas amarillas.

—El alcalde se trajo a las cirqueras... —comentó un muchacho subido en un cocal para gozar del espectáculo de la fiesta.

—Esa que está hablando con él es la desgonzada... —dijo otro.

—Allí andan el gangoso y la Toba... —apuntó una voz más alto.

—¿Se ve mejor allá arriba? —preguntó alguien—. Yo quedé muy abajo, ya mero me estoy yendo a otro palo.

—Y este baboso que se está tirando pedos...

En las ramas de los cocales, como si a los cocos les hubieran salido ojos, se enracimaban las cabezas de los «mirones», primero en sombras, luego iluminados por las fogatas que se encendieron alrededor de la casa, y más tarde por los relámpagos de los petardos que empezaron a estallar en la profunda noche celeste.

Polo Camey, el telegrafista, les daba viaje a las bombas voladoras con la brasa de una tagarnina más grande que él, y al estallar la bomba se quedaba oyendo, oyendo, oyendo, para descifrar lo que las detonaciones transmitían al infinito en telegrama.

—¡Cargas de alfabeto morse! —gritaba en dejando caer la bomba al fondo del mortero hediondo, humeante, caliente—. Así les comunicamos a los colegas de Marte que estos muchachos se volvieron millonarios...

—¡Multi, si me hace favor, don Polito, multimillonarios!... —le corregía el que le alcanzaba las bombas, parte de la fiesta.

—*¡Thirteen!...* —exclamó Roberto Doswell.

—*¡Yes, thirteen!* —profirió Alfredo, el otro mellizo.

—¿Y ustedes qué cuentan? —preguntó el gerente.

—¡Las bombas... —contestó Maker Thompson—, yo también las he estado contando!

—Pero ¿qué clase de jugadores de poker son ustedes, amigos? —dijo el gerente—; yo cuando juego no oigo, ni veo, ni siento, encerrado entre los cuatro puntos cardinales... ¿De qué quieren el poker?...

—Si ya lo tiene en mano —murmuró uno de los mellizos—, lo queremos de ases...

Hasta la casa del gerente llegaban los ecos de la fiesta en «Semírames». Quedaba en alto y por eso se oía mejor. De vez en vez los jugadores alargaban la mano para servirse whisky, hielo, soda, de una mesita de ruedas que giraba alrededor de ellos. Dos ventiladores mantenían el aire en movimiento. Molestaban un poco el juego, porque hacían volar y revolotear las cartas. Pero, con todo, era mejor la molestia de las cartas danzando en el aire que soportar el calor nocturno, ese

calor prieto que hace pensar que la tierra entera se está quemando.

Frases entrecortadas. Ruidos de sillas al mudar de postura los jugadores. Rodar dormido de los ventiladores, como hélices de aviones que no despegan nunca. Barajar, repartir, recoger... Y el conectarse y desconectarse automático de la refrigeradora.

Los serenos se cambiaban a medianoche. Otros pasos de otros hombres en el mismo andar y andar rodando hasta la madrugada. Cuidaban los edificios de la «Tropical Platanera, S. A.» encerrados en alambradas y con puertas de hierro en los accesos.

Acababan de salir los jamaiquinos que trabajaban en la fábrica de hielo. Uno de los perros de los veladores nocturnos se le fue para encima al jamaiquino más viejo y le desgarró el brazo. Este volvióse a la fábrica chorreando sangre y los otros le aplicaron pedazos de hielo sobre la herida. La sangre no coagulaba. Salía más. Cada vez salía más. Alguien se reía. Se oía una risa. De una de las casas, en la sombra, salía la risa que era y no era risa, porque no reían con toda la boca, sino se burlaban. Juambo, el Sambito, se reía de ver la sangre mezclarse con el agua del hielo. Ese color de fresco de frambuesa o granadina. Aquel vaso de sangre que le llevó a la señorita Aurelia, en Bananera, cuando se fue el arqueólogo. Entonces él era joven, joven la hija del patrón, y el patrón no era tan viejo.

La fábrica de hielo trabajaba a toda máquina. Por dentro escuchábase un como aguacero permanente y bajo este aguacero, bajo este llover sordo, pertinaz, por debajo se jugaban unas como bateas con movimiento de telar. El hielo no se hace, sino se teje. Se teje con hilos de lluvia. Hay un instante en que el hilo de agua se cristaliza, paraliza su caer en moléculas rodantes y forma una lágrima de vidrio, y otra, y otra, rejas de bastoncitos que se solidifican para hacer el témpano.

—¿Vos te estabas riendo? —preguntó uno de los jamaiquinos a Juambo.

—Sí, ¿y qué?

—¡Sos mal corazón! Al viejo le dolió más tu risa que la mordida del chucho. Se le salieron las lágrimas al oírte reír. ¿Por qué te reías?

—No sé, y ¡maldita sea mi boca esta noche, si no le pido perdón!

—Allí va adelante. Sería bueno...

—¡Compañero... —se adelantó el Sambito—, perdóneme que me haya reído cuando lo estaban curando! ¿Para dónde van ustedes?...

El viejo jamaiquino soltó y recogió sus ojos anestesiados por el cansancio, el calor y el bienestar de la herida aliviada por el hielo, pero no le contestó.

Siguieron andando. Juambo le preguntó de nuevo adonde iban.

—Vamos a dormir —contestó por el viejo el más joven.

—¿Por qué no vamos a esa fiesta? —sugirió Juambo—. Parece muy alegre; yo voy. ¿No van ustedes?...

—¡No!

Se apartaron. El viejo iba dejando huella de sangre por donde pasaba. Casi se oía gotear el pesado líquido, gotear, salpicar.

Juambo se palpó la boca, temeroso de que en sus labios hubiese dejado rastro aquella risa infame. Nada. No tenía nada. Tonto. ¿Qué resabio podía dejarle? Se rió y eso fue todo. Y le pidió perdón. Pero está visto. En plena costa, tras el trabajo en la fábrica de hielo, salían helados. ¡Ah, qué sabroso —pensaba

Juambo— ser uno mujer y acostarse con uno de éstos, aquí donde los cuerpos queman! Sentir la caricia del frío, del frío de la carne viva, frío de frescor, delicia de piel lavada, de piel de foca. Por eso no quisieron ir a la fiesta. Deben pagarles las gringas porque se acuesten con ellas. Ese lujo del amor helado sólo ellas se lo pueden proporcionar.

Se detuvo frente a «Semírames». La fiesta estaba en lo mejor. Las parejas llenaban los corredores bailando al compás de la marimba. Pascualito Díaz, el alcalde, bailaba amancornado con una de las cirqueras para meterle rodilla a cada vuelta y revuelta. El sombrero echado hacia atrás, al dejar su muslo entre las piernas de la cirquera, le daba con lo alto de la pierna un golpecito en el testuz del sexo.

—¡Duro contra el testuz de ese torito pinto!... —decíale aquélla a la oreja, contenta de entusiasmarlo más y más.

—¡Le hago la suerte y no me cacha!

—¡Échele, don, que para eso se hizo el torito ése, para que lo toree usted!

—¡Sólo que ese torito tuyo es un animal muy bravo!

—¡Pues lo amansa!

—¡Nada de amansamientos, entre más bravo mejor!

—¡Cánselo entonces!

—¡Va la pulla!

—¡Me zafo, sin pulla!

Y volvía Pascualito Díaz a echársela para encima, metiéndole la rodilla, a cada vuelta. La rodilla, la pierna, él, él también se hubiera querido meter bajo el testuz de aquel torito bravo.

—¡Te quisiera partir en dos!

—¡Huy, don Pascualito, me mata!

—¡Partirte en dos y quedamos como una de esas orquídeas que son hembra y macho!

—¡Déjese de pé... talos de orquídea y dígame si nos va a conseguir o no los pasajes que le pedí para ir a la Feria de Ayutla!

—¡Prohibidos los monopolios! —gritó el comandante al ver pasar a Pascualito con la cirquera.

—¡Mira quién habla! —le contestó el alcalde—, ¡el que allí está que parece sanguijuela con la Toyana! ¡Baile, comandante, baile!

—¡Ya estoy viejo para esos trotes!

—¡Si así son los viejos, cómo serán los jóvenes!... —dijo la Toyana y alargó el brazo sudoroso, presencia de la axila caliente, para oprimir sus dedos en la manga del militar, como si le quisiera clavar las uñas. Luego añadió, coqueta—: Ahora, que hay muchas personas que no les gusta bailar, sino echarle al converse...

—¡Soy de ésos, Toyana, de los que no me cuadra bailar, sino volar lengua!

—¡Qué malo es usted!... —se revolcó la Toyana en su propia carne, casi volcando las frutas de sus senos, al torcer el cuello hacia un lado y volver la cara con los ojos de brasa.

—¡Ay, tirana!..., ¡tirana!..., ¡tirana!... ¡Ay, tirana!..., ¡tirana!..., ¡tirana!... —cantaban todos al tiempo de bailar—. ¡Ay, tirana!..., ¡tirana!..., ¡tirana!...

Banano, el payaso más viejo, había cazado un ratoncito y se lo acercaba a un gato. El felino, con ojos de emperador, se preparaba a recibir la ofrenda, mientras el

ratoncito hacía lo imposible por escapar de las manos del payaso, uno de cuyos dedos, apoyado en el corazón de la bestiecita, recibía el acelerado golpear de sus palpitaciones en la congoja de la muerte. Cuando el gato ya lo tenía en las fauces, ojos, bigotes y las manos con las uñas fuera, se lo arrebataba riendo como bobo al oírlo maullar exigente y dar saltos tras la presa, moviendo la cola como si con ella llevara el compás de su voraz espera.

—¡Ay, tirana!..., ¡tirana!..., ¡tirana!... —seguía la fiesta—. ¡Ay, tirana!..., ¡tirana!..., ¡tirana!...

Juambo se detuvo entre los de la escolta y todos los que desde afuera se divertían viendo bailar. Los soldados ya ni miraban; los más, sentados en el suelo, apretando el arma con las rodillas para descansar las manos. Sólo el oficial no perdía de vista al jefe. De la cocina les llevaron unos guarazos y panes rellenos de carne, queso y curtido. ¡Qué sabroso es el guaro! Los panes se los reservaban para su después.

El gato pasó con el ratón delicadamente prensado entre los dientes y los payasos *Banano* y *Bananito* fingiendo llorar detrás.

—¡Ay, tirana!..., ¡tirana!..., ¡tirana!... ¡Ay, tirana!..., ¡tirana!..., ¡tirana!...

Los herederos estaban y no estaban. Ocupaban un lugar en el espacio de la fiesta que, lejos de llenar, vaciaban con su aire preocupado, ausente, desinteresados de los sucesos que antes gravitaban en su vida y que ahora, a partir de esta mañana, no tenían importancia.

—¡Atropelladores! —recalcaba uno de los convidados frente a Juancho Lucero, quejándose de los del Resguardo de Hacienda—. Allanaron mi casa diz que buscando lo que siempre buscan.

—Ese es el pretexto —intervino otro de los bananeros—, porque éstos ya no buscan fábricas clandestinas de aguardiente.

—Pues por supuesto. El pretexto es ése. Lo que buscan son armas. ¿Quién les meterá en la cabeza que hay armas escondidas?...

—¿Cómo quién?... La culpa en que están. El miedo que tienen. ¿Acaso no saben que hacen mal en despreciar nuestra fruta sin siquiera mirarla? Es que ya ni siquiera la ven. La dejan y nada más. Son unos perros. Y por María Santísima si yo, que soy duro para llorar, el otro día que saqué unos mis racimitos al tren frutero sentí que me corría agua de plomo por la cara, cuando vi al capotero que ni siquiera me dio tiempo a mostrarle... Caca se hizo mi fruta... Por eso yo les digo a mis hijos que se vayan, que abandonen... ¡Ya ustedes, Juancho Lucero, se pueden ir! ¡La vida les proporcionó el viaje con el pasaje más lindo, ese que abre hasta las puertas del cielo, don Dinero!...

—No sé si nos vamos... —contestó Juancho Lucero.

—Pues si ustedes no se van, dénos a nosotros con qué irnos.

—Es que quedándonos aquí, y con plata, vamos a cagar a los gringos.

—El que tiene plata ya no debe pelear, vos, Juancho —se acercó a decir otro que oía en un grupo aparte—: el pleito se hizo para el pobre; el rico, el millonario, no pelea; otros pelean por él; si no, vete a los cuques de la escolta ya peleando por ustedes.

—Será menester dilucidar todo eso después; ahora no hemos venido a tomar la vida en serio, sino en festividad, y basta de amargo —se abrió camino Juancho para ir a decir que trajeran más copas.

Bastiancito Cojubul leía con el *Suple* (suplente del telegrafista), los telegramas que seguían llegando. Les ofrecían automóviles, cajas de hierro, victrolas,

máquinas de escribir, muebles, casas, mansiones, chalets, viajes...

—¿Pero esa gente qué cree que somos? —dijo al *Suple*—. Todo nos ofrecen menos arados, herramientas, despulpadoras, semillas... —y rió—. ¡Ja, ja! Ya yo en automóvil, en mansión con caja de hierro... ¡Ja, ja! Si supieran que lo que a mí más me gusta es el gramófono... ¡Eso sí, me voy a mercar uno con la trompeta grande, grande!

—Déjese de cuentos, don Bastía —contestó tímidamente el Suple.

—Es que no es Bastía, sino Bestia... —intervino en la lectura de los mensajes un guapote color de cedro, pelo colorado, muy amigo de Cojubul—. Don Bestiancito hay que decirle. Vamos a ver, decile don Bestia...

—Yo no —respondió el Suple—, es falta de respeto.

—¿Y desde cuándo lo respetas, vos? Desde que supiste que era millonario. ¡Condición humana más desgraciada! Ya porque tiene dólares se le debe respeto. Se cambió. Ya no es el mismo. Es otro. ¡El copón! ¡Un ser intocable! ¡La custodia! ¡Sagrado! ¡Mira, yo lo toco, es carne!

—Lo que pasa es que vos andas bien atarantado —dijo Bastiancito retirando el brazo que le pellizcaba el amigo pelo de fósforo.

—¿Qué decís? —se le embrocó a preguntarle.

—Que andas bebido...

Hipó y fuese a responder a otro grupo:

—¡Contento ando!, ¿y qué? ¡Bebido, no! ¡Cabe el distingo!...

Pero allí, en ese grupo que formaban Juan Sostenes Ayuc Gañán, su esposa Dominga, Luz, la mujer de Lino Lucero, y otros, nadie le contestó. Hipó de nuevo. Los pies inseguros.

—Pues no hay que hacerle —siguió Cojubul, al tiempo que se le aproximaba Gaudelia, su mujer y Socorro, su hija mayor—; en todo este colchón de telegramas, ya ustedes ven, no se nos ofrece ni para remedio un rastrillo, una máquina de moler plátanos, un atornillador... Ni siquiera eso, un atornillador para atornillarnos el sentido ahora que... Un gramófono trompetudo, eso quiero yo, con la trompeta del Día del Juicio Final, para que cuando suene todos caigan de culumbrón...

Y mientras doña Gaudelia y Socorro, su hija, leían los telegramas, Bastían insistió con el Suple:

—Ni un arado, ni una despulpadora, ni un molino, ni un rastrillo, ni nada que nos...

—¡Ni nada que los amengüe! —le salió al paso el suplente, ya cansado de su letanía—. Me está mal opinar, pero para mí que ya no pueden mandarles a ofrecer esas cosas que no les van a servir más, porque ustedes, con la plata heredada no van a seguir cultivando bananos en la costa, frijol, maicito y vacas, y de seguir lo harán como los gringos, que vienen a ver trabajar a los cuadrilleros y se van...

—Se van tras dejar aquí su aburrimiento... —volvió el mamado cabeza de fósforo, entre me caigo y no me caigo—, porque sólo a eso vienen los gringos, a dejarnos su tedio y si no fuera Dios que de vez en cuando manda un viento fuerte, ya nos hubiéramos muerto todos de *spleen.* Perdón por la palabrita, ¿eh? ¿He dicho algo?... *¡Spleen!...*

—Vos sos de esas familias en que cada hermano pertenece a distinto partido, y siempre quedan bien. Vos le tiras a los gringos y tu primo, el juez, los defiende.

Ni a la fiesta vino, por miedo a que se fuera a hablar mal de la Tropicaltanera.

—¡Bastían, callate, no me hables de ese suplecacas!

Doña Gaudelia hizo la que no oía y disimuladamente se fue con su hija, Coquito, y los telegramas —un montón, los que agarraron— y también por ir a darle una vuelta al mamoncito que tenía de meses.

Macario Ayuc Gaitán reía de los «chiles» subidos que le contaba un viejo de bigote blanco, pelado al rape. Opinaba Macario que ya no trabajarían en la costa, en la costa ni en ninguna parte, y que él iba a alquilarse al viejo de bigote blanco, cabeza de tapa de rapadura, para que le hiciera reír contándole chistes.

—¿Alquilar? —mostróse aquél ofendido—. ¿Alquilarme a mí, al viejo Larios Pinto? ¿Alquilar?... —sacaba el pecho enjuto y se mesaba los bigotes blancos con su frágil mano de hombre añoso—. Por eso me vine de la capital, huí de la ciudad, después de estudiar muchas cosas, para no alquilarme. Me indignaba ese papel de semoviente, llámese empleado público o profesional; me sublevaba la sola idea de alquilarme. ¡Indumentaria de los libres, es la idea! Y me vine a la costa vendido —¡ay, qué descanso!—, vendido a una compañía extranjera, a la compañía a la que vendieron el país, sin vendernos a nosotros, lo que me parece una injusticia. Larios Pinto no podía ser menos que la patria, y por eso me vine vendido.

Se formó grupo alrededor del viejo.

—No, Macario, mi amigo y camarada; nada de alquilarme; eso me ofende; a mí me compras; las mujeres públicas se alquilan, las demás se compran.

Un coro de carcajadas acogió sus palabras.

—¡Ser esclavo tuyo, Macario, qué dicha! ¡Dejar de ser esclavo de estos yanquis malditos!... —¡perdón!, mis divinos amos—, los que me encadenaron a sus explotaciones con mis necesidades y vicios, ¡la necesidad de comer y el vicio de dormir! De ellos soy, de ellos seré siempre, si Macario Ayuc Gaitán, no paga lo que valgo, no me merca... ¡Me merca y me marca, qué jodido! ¿Por qué no se ha de hablar alguna vez claro de marcar a los esclavos?

Y cada vez era mayor el número de los que se acercaban a escuchar su perorata graciosa.

—Desde que estoy aquí, nadie me lo va a creer, soy feliz, porque la esclavitud es el estado matrimonial en que el hombre halla el *sumun* de su felicidad. Pero, eso sí, a condición de que se conforme, de que olvide las leyes que le protegen contra los explotadores, que no sufra porque esas leyes no pasen del papel y que no exija su cumplimiento, porque entonces, además de seguir siendo esclavo, puede pasar crucificado por los más prietos centuriones.

—¡Vivan los hombres libres! —gritó Polo Camey, a quien el discurso de Larios no le hacía ninguna gracia.

—¡Vivan los hombres libres! El que haya esclavos no quiere decir que no quede lugar para que vivan los hombres libres. Pero se les verá como a viciosos, como se ve hoy a los alcohólicos, y se dirá de un hombre así: vean, señalándolo, ese que va allí es libre consuetudinario.

Volvieron a estallar las carcajadas. Camey, hombrecito de pocas palabras, se abrió paso hasta Larios.

—¡Viejo cínico, los que te van a comprar, así como te vendiste a los gringos, son los asiáticos.

—Acepto lo de cínico, peor sería ser embustero.

Camey se le fue para encima.

—No, Polo —intervinieron varios—, si no es pleito...

—¿El peligro amarillo? —decía Larios—. ¡Prefiero andar con mi coleta de chino!

—¡No, Polo, si es broma, quién va a querer ser esclavo!

—¡Este! —refunfuñaba Camey. Agarrado de los brazos lo obligaron a dar «marcha atrás», como se decía en jerga automovilística.

—¡Es que eso es lo que somos! —gritó Larios.

—¡Protesto! ¡Suéltenme, le voy a enseñar a éste que no soy esclavo, que Polo Camey no es esclavo!

El borracho cabeza de fósforo se interpuso:

—¡Esposa te doy y no esclava!

Y luego se excusó:

—¡Perdonen, perdonen si interrumpí la boda!... ¿Quién es la novia?

Iba de Larios a Camey tratando de guiarse por la indumentaria quién de los dos vestía de novia —apenas veía de tan borracho—, equívoco que los reconcilió a todos, pues hasta los contendientes se echaron a reír.

—¡Venga otro trago! —gritó Macario, que tenía abrazados a Larios y a Camey—. ¡Los que están por allí que digan en el comedor que nos manden unos tragos!

Al rato el «boleco» dijo:

—No me opongo...

—¿A qué no se opone, amigo? —le preguntó Larios.

—A que traigan el trago...

Avanzó hacia atrás, porque más pasos daba hacia atrás que hacia adelante, sin tampoco retroceder, porque retrocedía hacia adelante, dado que en ese teje y maneje, más pasos daba hacia adelante que hacia atrás; y decía:

—Vació la copa..., pensó en su madre..., se echó, a llorar... Pero como yo no tengo ni copa ni madre, ni madre ni copa, ni recuerdo que me ladre, no lloro... Detener la noche es muy difícil... Subo las manos y no las detengo... Y tan suavecita que parece... No la detengo... Voy a salir, haré fuerza para que no amanezca... Sólo hacemos fuerza para cosas estúpidas... ¿Por qué no oponerle a ese rodar celeste de las horas nocturnas una voluntad de hierro?... —y al bajar las gradas hacia la noche, cantaba—: ¡Ay, tirana, tirana, tirana!...

Braserío y ceniza quedaba de las luminarias encendidas en torno de «Semírames». En las ramas de los cocales seguía la peonada, jóvenes y muchachos, gozando la fiesta. ¿Cuáles eran cocos y cuáles cabezas?... Y sobre ellos, las estrellas. ¿Cuáles eran ángeles y cuáles estrellas? La noche inapagable. El lucero del alba. Las mujeres de los guardianes nocturnos rascándose un pie con otro, en espera del hombre que salió enfermo a trabajar. Ardía en fiebre. Respiración pabilosa de esqueleto frío. Un sereno es siempre un cadáver para las cosas del día. ¿Por qué hacen trabajar cadáveres? El grito de la Muerte. ¿Por qué ponen a trabajar cadáveres?... ¡Yo los exijo!... ¡Esos, ésos que tienen los huesos transparentes de hambre, los ojos algodonosos, las bocas con los dientes como parrillas de asar silencios... en espera de un pan!... ¡Devolvedme mis muertos!... Y al través de las plantaciones donde la vida es la exageración de ella misma en un derroche de violencias sin término, ni el eco contesta, nadie contesta a la Muerte, sólo unas máquinas a lo lejos, unas maquinitas minúsculas en manos de los *time-kipers,* porque cada uno de aquéllos representa un número, un jornal, una cifra...

—¡Toba!

El nombre sonó solo. Y solo quedó. Un gajo de perla subía de las brumas tibias calentadas a la arena de las playas en que hierve el mar quemante del trópico, bruma que calienta la arena y el viento pasea, bruma que rodea los cuerpos de las mujeres como Toba.

—¡Toba!

En qué partícula del aire, en qué segundo de tiempo, en qué instante de su eternidad, estaba Juambo, el Sambito, cuando oyó aquel nombre que el gangoso acababa de pronunciar no lejos de la escolta, entre la luz de la fiesta, regada en el patio, y la sombra de un guarumo.

—¡Toba!

El misterio de ser hermanos. Antes de ser él ya era hermano de la Toba. No la conocía, no la había visto nunca, pero los dos salieron del mismo mundo acuoso, ligeramente dulce, del mismo algodón de carne, como gusanos, sufrimiento que recordaba ahora, al oír el nombre de su hermana. Toba. El misterio de ser hermanos.

Y tembló, como si le fuera a dar la crisis. El gangoso la tenía de la mano, toda ojos blancos y apenas una gabacha echada encima, hasta abajito de las rodillas, y sus pies en zapatos de suela de goma, y sus brazos largos, inconmensurables, perdidos en la sombra que lamía su cuerpo que como él supo de la misma cárcel materna. No la conocía. A él lo dejaron perdido en el monte para que se lo comiera el tigre. Sus padres hicieron eso. Se le empapó la boca de saliva amarga.

Toba lo reconoció. Estaba igual al retazo de retrato que le mandó su hermana Anastasia. Abajo se leía: «Este es tu hermano Juambo. Es orgulloso. No me habla. Ni yo a él.» Sus ojos de muñeca prieta, blancos ojos de género blanco, con dos ruedas negras al centro, pararon sobre la cara del mulato. Le alargó la mano, que el gangoso le dejaba libre, con alegría. El gangoso quiso interponerse. Toba lo detuvo. «Hermano mayor», le dijo. «Hermano mayor nacido otra costa.» Y al tenderle la mano a Juambo, le hizo saber:

—Madre viva. Padre muerto, enterrado aquí.

Los perros ladraban a distancia. Sus ladridos acompañaban las ruedas de los vehículos que se movían hacia los lugares de trabajo.

—¿Dónde está madre, Toba? Tengo una pregunta que hacerle.

—Allá, casa... —y señaló la noche— ...allá, casa... Señor, amigo... —presentó al gangoso.

—Juventino Rodríguez, para servir a usted —dijo éste tendiéndole la mano a Juambo.

—Se la estrecho con gusto, amigo. Mano dulce. Mano de amistad dulce. Hay manos que desde que nos las dan por primera vez nos parecen saladas.

—En mis manos no hay lágrimas, nadie ha llorado por mí —dijo Juventino.

—Mejor así, ¿verdad, Toba?

—Y si una mujer llena de llanto el cuenco de la mano de un hombre —agregó Juventino—, hay que pedirle que después se la bese, para que la sal se vaya y siempre le queden dulces.

—¿*Y* cuando uno ha llorado a solas con sus manos? —se interpuso el mulato.

—Juambo, madre te las va a besar, y quedarán miel de caña...

—Me dejaron perdido en el monte para que me comiera el tigre.

—Nunca verdad. Te regalaron con señor norteamericano, Juambo.

—Hombre peor que tigre, Geo Maker Thompson, peor que el tigre; hoy ya viejo; pero antes... —y signó el mulato—. ¿Dónde está madre, Toba? La pregunta me quema los labios. Soy Juambo el Sambito, el quemado con la misma pregunta toda la vida.

—Vamos nosotros, Juambo, donde está madre. Casa, allá. Juventino señor entrar fiesta. Juventino señor bailar mujer pintada. Nosotros regresar, regresar aquí y Juventino señor volver Toba. Toba besarlo. No reclamarle nada.

Se alejaron los mulatos. Seguían ladrando los perros. Redondos ladridos veloces, porque ladraban siguiendo con la cabeza el movimiento de las ruedas de los carros.

El gangoso, sin decir nada, los vio alejarse en suspenso, paralizado por aquel hablar de ensalmo. Luego trepó a las gradas de la fiesta en busca de un «alcohol».

No uno, tres roñes dobles se colocó entre pecho y espalda. Saludaba, reía, sin poderse apartar de los ojos la imagen de la Toba. La Toba estatua, la Toba alucinada, con su olor a jenjibre, sus pétreos senos y su falta de vientre. La Toba alargando los brazos hasta las estrellas, mientras él le acariciaba las piernas. La Toba entre sus brazos de iracundo, solícita a responder a sus besos sin cansarse. La Toba con las rodillas duras, endurecidas de estar de rodillas ante las imágenes de los altares. La Toba de cabello como borbotón de sangre negra, rizada en espuma, crocante entre sus dientes como miel apagada. La Toba con las uñas de ceniza de muerto.

—¡Bravo, Pascualito Díaz! —se acercó a decir al alcalde que seguía con la cirquera.

—¿De dónde salís, Juventino?

—De lo oscuro...

—Quién te manda...

—A ver si me da una colita, me mandan.

—Ella dice...

—Pues si le parece, señorita... —se interpuso Juventino—, dice que sí, y bailamos.

—Si no se molesta, don, bailo con el joven —dijo la cirquera, coqueteando con Juventino para darle de comer chile al alcalde, celoso. Así, tal vez le afloje los pasajes para Ayuda.

Y al empezar a bailar ella preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Juventino Rodríguez...

—El nombre me suena. ¿No estuvo usted en el puerto para la fiesta?

—En la zarabanda «Azul Blanco» estuve de cajero. Después me vine para acá y aquí me voy a quedar de maestro de escuela.

Decir aquello Juventino y empezarle a molestar el zapato a la cirquera fue uno. Se detuvieron. El alcalde, que mientras bailaba la seguía con ojos encandilados, la nariz de floripondio con dos ventanas respirando como fuelles, vino en seguida. El zapato, el pie, el piso ¿qué podía ser? Cojeando se agarró del brazo de don Pascualino, mientras despedía a Juventino con una inclinación de cabeza.

—¿Qué pasó? —inquiría el alcalde—. ¿Te faltó el respeto? ¿Olía mal?

—¡Maestro! ¿Te parece poco? Por eso me hice la coja. ¡Maestro de escuela! Venir

una a la costa en busca de un millonario y encontrarse con un maestro es el colmo de la mala pata. ¡Malito, dejarme con ése! Tú sabías que era maestro. Y hablando de otra cosa: ¿cuándo tendré los pasajes?

—Mañana sin falta.

—Hoy, en todo caso, porque ya es nuevo día.

—Pero, lo primero, lo fundamental, sería que me dieras unos cuantos «hocicos».

—Y si yo le dijera que se me olvidó besar...

A veces lo trataba de tú, a veces de usted. Cuando se ponía a la defensiva lo trataba de usted; cuando atacaba por lo de los pasajes de tú.

—A cuántos habrá besado esa boquita...

—A muchos, pero ahí está que se me olvidó, y peor a usted que cuando besa deja abiertos los ojos; cuando se besa hay que ocultarse, esconder las niñas...

—Yo besaba así hasta una vez que me sustrajeron mi pluma estilográfica, y nadie me quita que fue durante el apagón de un beso.

—¡Fíjese cómo habla, me está llamando ladrona!

—¡Ladrona, porque me robaste la paz, el corazón! ¡Hocico!...

—Deje estar, don Pascualito, lo están mirando; es el alcalde.

—Hocico, hocico...

—Y hocico de paso. ¡Ya ni que fuera su marrana!

—Pico, pues...

—No soy ave... para tener pico, pico...

—Beso...

—Con mucho gusto, un beso casto en la frente pensativa.

—Casto no quiero...

—Después se lo doy como le parezca, pero ahora vamos a bailar, no me gusta arrinconarme en las fiestas y menos con hombre. ¿Ese vals no le gusta?... Mejor que besarme es llevarme en sus brazos, y eso que no me ha cumplido con lo de los pasajes para Ayutla.

—Mañana... —ya iban bailando...

Polo Camey, el telegrafista, bailaba con la otra circense desde hacía mucho rato. Se la quitó a uno de los Samueles. A ella le gustaba la guitarra, pero poco a poco se fue interesando, con la facilidad con que las mujeres se interesan por lo que hace el hombre que las habla de amor, en esos otros hilos que de poste simulan cuerdas de guitarra tendidas sobre los campos.

Camey dejó a la compañera en poder del comandante, que se acercó a pedirles que lo acompañaran a tomar un trago.

—Lo dejo con ella y vuelvo —dijo el telegrafista. Había concebido un plan para darle jaque mate a aquella buena pieza y fue buscando a Juventino Rodríguez hasta encontrarlo. Conversaba con doña Lupe, la esposa de Juancho Lucero.

Cuando Polo Camey volvió por su prenda, el comandante no quería soltarla, pero con la promesa de volver al terminar el vals que estaba tocando la marimba, la dejó ir, y habría esperado, pero vino a llamarlo Rosalío Cándido Lucero para que fuera a oír cantar a uno de los Samueles.

—Ah, sí... —avivó los ojos la circense, tenía aire bravo de mujer de baraja, contestando a lo que Camey le conversaba—, como en el caso del millonario que heredó a los señores en cuya casa estamos.

—Tiene muchas cosquillas...

—¿Por qué lo sabe usted? ¡Qué maligno es; no me gusta!

—Porque van juntas las cosquillas y el vello, y usted tiene un bocito muy lindo.

—Pero háble me de otra cosa, háble me de ese señor. ¿No será un millonario que la anda pasando de maestro de escuela?

—Todo cabe en lo posible... Menos era Cosi cuando recorría estas plantaciones ofreciendo «todo para el costurero» y soltando una carcajada estridente, rabiosa, casi aúllo, que se oía muy lejos.

—¿Lo oyó usted?...

—No, pero hay gente que lo oyó...

—Y resultar tan millonario...

—Por eso para mí que el señor ése... No me atrevo a afirmar nada y falto a mi deber, pero...

—Hable, ¿no me tiene confianza?

—He recibido para él mensajes muy raros, telegramas en que le consultan o no si vende valores, acciones que sin duda le pertenecen...

—¿Y esas consultas de dónde se las hacen?...

—De Nueva York. Y hasta eso de hacerse el gangoso.

—Si habla como comiéndose las letras...

—El dice que es cubano; pero quién va a descifrar el misterio con suposiciones.

—¿Por qué no me lo presenta?

—Al terminar este fox. ¡Qué bien baila usted el fox! Bueno, todo lo baila bien.

—Mejor ahora. Vamos... Está en la puerta del comedor... Con el pretexto de que vamos a tomar una copa..., me lo presenta y brindamos con él, porque yo también tengo la boca seca.

La hermana pasó del brazo del alcalde, mientras Polo Camey le presentaba a Juventino Rodríguez , y le recordó que ya era muy tarde, que iba siendo hora de marcharse.

—¿Muy tarde? ¡Muy temprano querrá usted decir!... —le enmendó Polo Camey, riéndose y mirando la hora en el reloj que llevaba en el antebrazo.

—Voy a bailar con el señor y después nos vamos...

—¿Vas a bailar con ése? —interrogó la abonada con el alcalde, visiblemente contrariada.

—Mi hermana no debe saber quién es usted —insinuó, ya bailando con Rodríguez, la curiosa compañera de Camey. Y como no obtuviera contestación, separóse al ir danzando para verlo bien de frente y como si en sus facciones tratara de encontrar la clave del misterio que rodeaba al que todo podía ser, menos el papel de maestro que quién sabe por qué andaba representando.

—¿Usted es?

—Yo soy...

—Dígame quién es...

—¿Para qué quiere que le diga quién soy?

—Porque desde que lo vi —yo estaba bailando con el telegrafista— el corazón me hizo un ruido extraño en el pecho... Yo presiento quién es usted; en mi trabajo, en el circo, leo las cartas, soy hija de una gitana y sé el pasado y el porvenir de las personas... Su amigo, por ejemplo, tiene un signo trágico...

—Vamos, Pascual, que ya a mi pobre hermana la mareó el hombre ése. ¿No te dije que tenía olor escolar? —y al llegar a la pareja que formaban el gangoso y la circense, fingiendo sonreír, lanzó un S. O. S.

—¡Nos vamos!... Ya es demasiado...

—¡Ándate tú —le cortó la otra en seco—; yo me quedo con mi compañero!

Polo Camey volvió después de preparar las cosas en su oficina; el plan era audaz, pero la mujer es de los audaces.

—Salgamos, ¿quiere? Hace tanto calor... Verdad que afuera también, pero al menos —propuso el gangoso al ver aparecer a Camey.

—Se respira mejor, como dicen en el *Tenorio;* de chica hice el papel de doña Inés, doña Inés del alma mía... Hay apellidos raros en España. ¡Apellidarse «del Alma-mía»!

Marchaban por un sendero oloroso a ramajes empapados en sereno y en luz de amanecer. Dentro y fuera el calor era igual.

—¿Verdad que es usted un hombre misterioso?.,. ¿A dónde me lleva?... ¿Tiene alguna cabaña escondida?... ¿Qué vende?... ¿Vende cosas para el costurero?...

—Nos vienen siguiendo —dijo Rodríguez, tomándola del talle.

—Sí... —apretujóse ella en su brazo.

—Veo las oficinas del telégrafo... Andemos de prisa... Refugiémonos allí...

Y se deslizaron como dos sombras a la salita de recibo de telegramas, pálidamente iluminada por una lámpara de petróleo, y en la que el ruido nervioso de los aparatos aumentaba el misterio.

Una cuchilla de silencio acababa de guillotinar la fiesta, silencio al que siguió un gran alboroto que obligó a volverse a «Semírames» al supuesto millonario y a la circense.

Del lado de los cusucos, por donde vivía la Toba, también se dieron cuenta los mulatos de que la fiesta había acabado repentinamente, bien que al callar de la marimba y las voces alegres, siguió tremendo escándalo. De la negada estaba que tenía que terminar así —pensó Juambo. Fue mucho el aguardiente que dieron y el cervezal.

Antes de entrar al rancho, los mulatos lo cercaron tres veces con sus pasos, en una dirección, y tres veces, en otra. El Sambito miraba al suelo, a los hierbajos, a las piedras de mal terrón que se deshacían bajo sus pies. Toba miraba al cíelo. ¿Quién truncó las cosas?, le preguntaba a Dios. Vos las hiciste cabales, ¿quién las vino a truncar?

Toba metió la mano por un pequeño agujero, alzó la tranca por dentro y deslizóse, al ceder la puerta, seguida de Juambo. Ya estaban en la pieza. Ardía un candil de aceite ante la imagen de un Cristo negro. Su luz, escasa de momento, no los dejó ver más, pero habituados al temblor de la oscuridad, empezaron a moverse. Toba conocía. Aquí, en este rincón, un cofre de madera blanca, pintada de culebritas rojas. Allá, una carreta de albañil parada, apoyada en la pared de cañas. Dos canastos con ropa tiesa almidonada, sin planchar. Una cómoda baja. Un retrato grande en forma de medallón. Y casi al par de la cómoda, un bulto de ropa viva. Lo vivo en ella era la ropa, como en toda persona de mucha edad. El camisón blanco, la cabeza con poco pelo sobre el hueso oscuro, los ojos medio velados por el peso de los párpados. Ya no tenía fuerza para levantar sus párpados.

—Madre; hijo...

—¿Juambo?... —preguntó después de un rato en que estuvo callada con el rosario en la mano.

—Sí, soy Juambo... —acercóse a decirle el mulato con los pasos duros del extraño.

—Madre, hijo viene preguntar a usted una sola cosa...

—¡Toba!... —Juambo buscó ansioso los ojos de su hermana—. No tengo valor, no soy suficiente, mejor...

—Madre, hijo quiere saber si padre y madre lo dejaron perdido en el monte para que lo comiera el tigre...

Se empapó de sudor la frente de Juambo. La frente y las palmas de las manos y fue agachándose, agachándose, sentenciado ya por el silencio crudo que siguió a la pregunta formulada por su hermana. Ese silencio de aceite crudo, espeso, burbujoso.

¿Quién cambió, quién cambiaba aceite a la máquina del tiempo en el momento en que Juambo hubiera querido que se deslizaran los minutos en el aceite fino del cariño, no en el grueso lubricante de burbujones y silencios?

—Padre golpeado, madre herida, Juambo. Sambito, pequeño, *¡chos, chos, moyón con!,* pequeño... Yo herida, padre muy golpeado... Míster Maker Thompson querer mucho Sambito... Pedirle regalado..., quererlo mucho... Padre, madre, huimos con Anastasia... Mataban... Quemaban... La otra costa amargos... Aquí medio buenos... Atlántico mucho dolor...

El aceite fino bañaba ya el engranaje de sus palpitaciones. De cavidad en cavidad la sangre saltaba como juguete de alegría. Se apretó el pecho. Detenerse, reforzarse la pared del pecho.

—Dame tu cabeza para que yo la bendiga, hijo...

Juambo se acurrucó...

—En el nombre del Padre, *¡chos!,* del Hijo, *¡chos!,* y del Espíritu Santo, *¡moyón, con!* Así aprendimos a santiguarnos, Juambo, para que nos libre Dios de esos malditos protestantes, herejes evangelistas, que en la otra costa mataron, quemaron... Atlántico mucho dolor, mucho dolor...

—Toba, no quise decirlo a madre, pero mejor me hubieran dejado en un monte para que me comiera el tigre.

—Ellos ignorantes, Juambo...

—Maker Thompson más malo que un tigre, me comió lo más mío, y traicioné, Toba, traicioné, y el traidor aunque viva ya no tiene substancia. Traicioné a los míos al servirlo con fidelidad de perro. ¡Cuántas veces pensé echarle veneno en el whisky! *¡Chos, chos, moyón, con!,* me golpeaba la sangre.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¡Nos están pegando! ¡Manos extranjeras nos están pegando! Es el grito de guerra inextinguible, y traicionado por mí.

Sudor y sereno. Tras el silencio, en la fiesta el alboroto.

—Toba, si alguna vez tienes un hijo, no lo dejes a que lo coma el tigre en el monte...

—¡No, Juambo!

—Ni regalarlo nunca hombre...

—No, Juambo, hijo comerme a mí. Madre ser eso, comida del hijo.

La escolta trajo la mala sombra a la fiesta. Ya cuando todos se iban, el comandante

dispuso en una arenga dar órdenes al subteniente para que siguiera guardando con aquel piquete de hombres la vida e intereses de los acaudalados herederos.

—¡Teniente, soldados, nuestro deber es amparar y defender a estos caballeros! ¡Soy hombre de tropa, y sé que la gente de tropa jamás falta a sus más sagradas obligaciones, aun con sacrificio de la vida misma! El militar, único brazo armado de la Patria, debe estar donde le mandan, sin volver a ver a los seres más queridos, cuando va a dejar su cuerpo al frente de batalla, en defensa del suelo nacional. (¡Bravo! ¡Bravo!, corearon algunos.) Mis hombres defenderán a los caballeros en cuya casa estamos. Necesitan de nuestro apoyo valiente, franco, sereno, desinteresado, y aquí nos tienen. Nada nos doblegará, nada nos hará ceder. ¡Hasta aquí!, gritamos a la turba, y hasta allí llega, porque si no abrimos sobre día las bocas de nuestros fusiles. Nadie osará nada contra ellos, mientras la escolta y mi subteniente mantengan a raya al abusivo, sea uno o muchos, porque el partido de los abusivos desgraciadamente aumenta cada día. Todos quieren ser ricos, y eso no se puede. ¡Dormid tranquilos, amigos, al lado de vuestras esposas y vuestros caros hijos; la escolta velará por vosotros, y nada temáis, que para eso hay, habemos todavía militares pundonorosos, para defender los intereses del pueblo y de la Patria!

Lino Lucero se adelantó, antes que terminaran los aplausos y mientras los concurrentes felicitaban y abrazaban al comandante para decir algunas palabras. Todos callaron. Sin duda iba a agradecerle.

—Señor comandante... Es en mi nombre y en el de los herederos de ese claro varón norteamericano que se llamó Lester Mead —con ese nombre le conocimos— y de su esposa, Leland Foster, de quien nos acordamos cada vez que vemos subir la estrella de la tarde; es en nombre de todos nosotros que agradecemos al señor comandante su celo en la defensa de nuestras personas e intereses. Pero mal haríamos nosotros, si aceptáramos la protección que se nos brinda con tan buena voluntad. Primero, porque no la merecemos. Somos muy poca cosa, aunque hayamos heredado ese capital. Y segundo, porque no la necesitamos.

El comandante se atusó el bigote con tanta rudeza que de los pelos se levantó el labio mostrando una fila de dientes viejos manchados de nicotina.

—Y no la necesitamos, señor comandante, porque nosotros no estamos en el papel de los que explotan al trabajador, y el que hayamos heredado la majestad de una fortuna por todos conceptos noble, no quiere decir que vayamos a pasarnos con todo lo que tenemos al campo del enemigo. Que las escoltas y los ejércitos protejan los intereses monopolistas, los brazos del pulpo insaciable de la plutocracia, pero no a nosotros, que aprendimos con Lester Mead y Leland Foster la única lección que no debemos olvidar nunca, a ser solidarios con el pueblo. Nosotros, señor comandante, no corremos ningún peligro; nadie va a turbar nuestro sueño, porque a nadie le hemos robado, de nadie hemos recibido beneficio que signifique sudor y sangre...

El comandante ya apenas se contenía...

—Nosotros somos, formamos parte de esa canalla de quien usted nos quiere proteger. Por eso, al agradecerle, señor comandante, quisiera pedirle que nos proteja de los explotadores, que vuelva las bocas de sus fusiles contra los enemigos que tenemos en casa, que en casa nos hacen la guerra...

—¡Ingrato!... ¡Ingrato!... —sonaron voces...—. ¡Volver las armas contra los norteamericanos, que los están favoreciendo, que les están dejando una fortuna!

El peludo Ayuc Gaitán arrebató la palabra a Lucero:

—¡Creo, señores, que Lino no debe decir «nosotros», porque yo al menos no estoy de acuerdo con él! ¡Aceptamos la protección de la escolta!

—¡Yo, no... —gritó Lino—, ni mis hermanos!

—Mientras estemos en la costa —siguió el Peludo— queremos que el comandante y la escolta nos protejan...

—¿Contra quién...? —preguntó Lucero.

—¿Cómo contra quién? ¿Acaso no protegen a la «Tropical Platanera»? ¿Contra quién la protegen?

—Contra el pueblo; pero nosotros somos el pueblo, pertenecemos a eso de quienes en mala hora se nos quiere proteger...

—Yo, al menos, sí acepto la escolta hasta que me vaya de aquí. Pienso irme con mi familia; ya Macarito está en edad de estudiar.

—También mi familia y yo... —intervino Bastiancito Cojubul,

Y los otros Ayuc Gaitán también aceptaron.

—Subteniente —ordenó el comandante—, que la escolta se vaya de «Semírames», ya daremos protección en sus casas a estos otros señores. Y a usted, Lino Lucero, no lo castigo, porque no es normal lo que dice, con sólo defenderlos, ya no digamos de la chusma, defenderlos de los sablistas, estafadores, mendigos y todos los que van a pedir ayuda caritativa.

—Óigame, comandante... ¡Óigame!... ¡Exijo que me oigan! —gritó Lino Lucero—. Tampoco necesitamos, al menos los de «Semírames», de esa otra protección que nos brinda la autoridad militar. En la línea de conducta de Lester Mead jamás tuvo cabida la caridad beata, esa caridad de repartos de dinero en forma de limosna a los necesitados. La caridad, para irse al cielo, que todos practican, debe desaparecer, borrarse, si queremos dignificar a nuestra gente. Nada de limosnas. De lo que yo y mis hermanos, Juan y Rosalío Cándido, heredamos, no recibirá nadie un solo cobre. El dinero que heredamos es anticaritativo porque viene de manos de una persona generosísima que jamás nos hizo la ofensa de regalarnos nada, de rebajarnos con la limosna. Para Lester Mead al hombre se le debe dar la ocasión, su oportunidad, su coyuntura. No sé cómo explicarme. Y lo que nosotros haremos es darles a otros hombres su ocasión, su coyuntura, su oportunidad de trabajo...

Estaba extenuado, tremante, lívido hasta los labios. Juan Lucero y Rosalío Cándido junto a él.

Juan Sostenes Ayuc Gaitán, irguiéndose en sus piernas de horqueta intentó hablar, pero apenas dijo:

—Este Lino, nunca fue cuerdo... Le faltó siempre un tornillo... Memoren lo de su pasión por la Sirena, aquella mujer-pescado que veía cuando despertaba abrazado a los bananales... Decía que los bananales eran mujeres...

Un corro de risotadas. Habría corrido sangre, si no corre la risa. Un paréntesis. Las piernas, en forma de paréntesis, de Juan Sostenes, dejaron pasar un respiro de mofa alegre, en medio de la tensa atmósfera.

—De todas maneras, el juez debía estar aquí, para levantar el «Por cuanto...».

—Otro protector... —dijo Juan Lucero, encarándose al comandante.

Este hizo oídos sordos y descendió seguido del subteniente, a sabiendas de la pelotera que se iba a armar y que se armó. Los de la marimba salvaron el instrumento sacándolo por la puerta de atrás. Los Samueles libraron las guitarras y los de la banda del circo, con los instrumentos destemplados, calientes de

soplido y saliva, buscaban al alcalde para cobrarle, pero éste desapareció con las cirqueras, porque al producirse el escándalo fracasó el plan de Polo Camey, el telegrafista, y la que andaba con el supuesto millonario, Juventino Rodríguez, se volvió a «Semírames», temerosa por su hermana.

—Adiós, Juambo... —murmuró Toba a la puerta de las «yardas», donde estaban las viviendas, oficinas y dependencias de los empleados de más categoría.

—Adiós, Toba, hermana...

—Madre viva, padre enterrado aquí, decir Anastasia; tú no perdido comiera tigre, regalado míster...

Por la puerta del servicio colóse el mulato en busca de los zapatos del amo. Buena saliva traía ahora para lustrarlos. Saliva de haber hablado con su madre, con su hermana, con él mismo, porque él estuvo hablando con él, mientras hablaba con ellas. El primer zapato listo. Un espejo. El otro ya iba quedando igual. En el baño se oía la ducha. Patrón ya levantado. Muy temprano. ¿Qué pasaría?

—Buen día, jefe...

—Buen día, Juambo. ¿Anduviste por allí?

—Sí, fui a ver bailar en ese lugar que le llaman «Semírames».

—Alegre se oía. Quemaron muchas bombas...

—Alegre principio; pero las fiestas terminan siempre mal.

—El licor es mal consejero, Juambo...

—No, no fue por eso... Fue por un discurso que dijo un tal mandando al comandante a la misma..., ya sabe usted dónde...

Sonó el teléfono. A galillo abierto se pasó, al dejar el audífono, un vaso de jugo de naranja con huevos crudos, una taza de café negro con crema y media tostada.

Ardían las cosas. Ya ardían. Y no eran las ocho de la mañana. El pasamano de la escalera, el bajar de la casa, quemaba. Las gradas de madera y el cemento de las fajas tendidas entre las casas, también quemaba. En los céspedes bailaban abanicos de agua aspersándolo todo. El avión en que habían llegado esperaba, con su línea de pájaro gigante, dibujado contra el azul profundo.

La opinión del viejo Maker Thompson, a quién seguían apodando *El Papa Verde,* fue contraria a la del vicepresidente de la Compañía, en aquella reunión matinal celebrada a puertas cerradas con los gerentes y el juez. El vicepresidente se oponía a que la «Tropical Platanera, S. A.», se inmiscuyera en lo que consideraba parte de la vida privada de los accionistas. Nuestro deber quedó cumplido al entregarles la herencia. Lo demás es cuestión de ellos.

—La conducta rectilínea en estos negocios, y creo tener más experiencia que el señor vicepresidente, no da buen resultado en Centroamérica, no sé si es por la geografía, por el paisaje, pues en la América Central, como verán ustedes, domina la línea curva en todo y fracasan los que toman el camino derecho. La adaptación de nuestra mentalidad rectilínea, de nuestra conducta vertical, de nuestras empresas a peso de plomada, ha sido indudablemente una de las conquistas de nuestra Compañía. En Centroamérica, física y moralmente, hay que seguir por el atajo curvo buscando la línea de la conveniencia, ya se trate de construir un camino o seducir a un gobernante. Y en este caso, ya que hay un mal entendido entre los herederos, no queda sino favorecerlo, apoyando a los que están con nosotros.

—El mal entendido —habló el juez— no lo van a provocar ustedes. El disgusto latente ya existe, es eterno entre los herederos. Si lo sabremos los abogados... Lo

que la Compañía hará es aprovecharlo, como en escala mayor se aprovecha el mal entendido entre los cinco países que forman la República Federal. La misma herencia y cada cual tirando para su lado.

—Déjelo en mis manos —zanjó el gerente de la División del Pacífico— y lo que sí aseguro al señor vicepresidente, le aseguramos con el señor juez, es que los herederos que se llaman Ayuc Gaitán y Cojubul marchan a los Estados Unidos y allá se quedan por mucho tiempo...

—Y de esos Lucero —añadió el juez— marche el señor vicepresidente tranquilo, que yo me encargo: no yo, las leyes; ley sobre herencia, impuestos acumulativos, ausentismo —porque si no se ausentan los ausentamos— y contribuciones que siempre hay tiempo de procurar que vote el Congreso. Si un rico quiere ser rico debe portarse como rico, y en ese caso el Estado lo ampara, le dan las autoridades los medios legales para aumentar su capital, pero éstos que sobre ser ricos quieren ser redentores...

—El caso de Mead... —dijo Maker Thompson.

—El caso de Mead —repitió el juez—, que si no lo recoge ese piadoso «viento fuerte» acaba crucificado...

—¿Crucificado por ustedes? —indagó el gerente.

—Por nosotros o por cualquiera, crucificado, fusilado, ahorcado.

—No, amigo... —intervino el vicepresidente—, Stoner ser ciudadano norteamericano... Cristo no ser ciudadano norteamericano, por eso haberlo crucificado...

—¡Manos a la masa!... —exclamó Maker Thompson—... ¡Y hay que maniobrar con máximo cuidado porque no es harina, sino oro, y el oro se llega a convertir en alto tan delgado, tan infinitamente delgado, que acaba por ser un viento rubio, viento que de aquí va caluroso, pero que en la Casa Blanca y en el Congreso, al llegar a las riberas del Potomac, sopla muy fresco!

XIII

Escobas, sacudidores y agua devolvieron a «Semírames» de buena mañana su ambiente hogareño quitándole el aspecto de zarabanda triste que le quedó de la fiesta. Casi detrás de los invitados, escaparon como pudieron entre el discurso y la que se armó. Empezaron las escobas a bailar por los pisos, regados previamente para que no se alzara mucho polvo, por los patios, por la calle, frente a la casa, y luego los sacudidores a trabazo limpio o sobando muebles, puertas, ventanas, espejos, cuadros, floreros, todo nuevamente en su lugar, devuelto a su ritmo, a la lucha de cada día, por obra de la servidumbre y de las esposas de los nuevos millonarios que ya también andaban, Juancho campeando en la compra de unos bueyes y Lino, con su hijo mayor, Pío Adelaido, cortando un tablón de cedro.

La brisa se llevaba el calor, una brisa con olor a mariposas, y las mujeres poco hablaban, pero hablaban; la niña Lupe, esposa de Juancho, con la cabeza envuelta en un pañuelo amarillo fuego, y la negra Cruz, como llamaban a la esposa de Lino, con la cabeza envuelta en un pañuelo verde perico.

La negra Cruz, espantando con la escoba a una gallina que picoteaba un sembrado de claveles, decía:

—Lo malo, Lupe, es que muchos toman el rábano por las hojas, no porque no entiendan, sino de mala fe, y entre ésos la Gaudelia que además de bruta es criminosa...

—Bruta como el marido, porque el Bastiancito no inventó la pólvora. Esos, Cruz, eran los más ofendidos, como si siempre hubieran sido personajes de cuidar.

—¡Y el Juan Sostenes, Lupe, el Juan Sostenes!

—¡Ese dialtiro la chorreó con sus groserías, porque para liso el indio con pisto! ¡Y la mujer dónde me la dejas, parece que la destaparon caliente!

—Y no se enfrió, porque a mí no me den mujer que se sienta con la pierna cruzada y hamaquee el pie. Todos se ahogaban, parecía que Lino les hubiera querido arrebatar algo de lo que les tocó. El más furioso era Macario, y el que más excusas daba al comandante...

—¡Asqueroso! Ese Macario es asqueroso. Se le figura que no se va a volver extranjero, que sus hijos no van a ser místeres. Pero la culpa, negra, la tuvieron los muchachos. ¡Qué tenían que acarrear con tanta gente!... Haberse venidos unos pocos...

—Lo mismísimo estaba yo pensando, vos, Lupe. Pero más fue por compromiso, y como la gente donde ve trago y comida gratis...

—Y no estuvieron los que debían haber estado. La madrina de Lino, que para nada la hemos visto en estos días...

—En de veras, pues, que la Sara Jobalda no estuvo. Tampoco vi al señor Higinio Piedrasanta...

—No supo, o si supo, diría que era por invitación. ¡La gente es tan difícil!... Y como vino el alcalde y son medio enemigos, ya andará diciendo que preferimos al don Pascual Díaz que a él.

—Y la embelequería de don Pascualito, con traerse a esos músicos de circo, y comprar bombas voladoras... No, si no te digo más, porque no hay para qué... Ya esto va quedando limpio... Aquella maceta la quebraron... Va haber que sacar la begonia y sembrarla en un bote de esos de gas; ésos no se quiebran...

—Aquella silla también está quebrada; trastes hay un montón: copas no se diga... ¡A despenar lo ajeno, dijeron, y ardió Troya!...

El gangoso, sin lavarse la cara, no se había acostado. Después de la fiesta se fue a la oficina del telégrafo de tragos y risotadas con Polo Camey, subió a «Semírames» en busca de alguno de los Lucero y qué mejor que encontrarse con el mismo don Lino.

El serrucho embadurnado de sebo subía y bajaba por la hendidura que iba cortando en el tablón de cedro, al impulso de la mano de Pío Adelaido.

—Desearía hablar dos palabras con usted, don Lino.

Lucero pensó que el gangoso venía a sablearlo. El aliento aguardentoso, los ojos fríos, temblando de la sisea.

—Seguí, hijo... —ordenó Lino a Pío Adelaido, que se detuvo en la faena para dar lugar a que su padre atendiera al gangoso—, seguí, que ya falta poco, seguile parejo, que el señor nos va a decir qué chinche le anda picando. ¡Hable, amigo, mi hijo y yo somos la misma persona!

Una oleada de calor frío bañó la cara sudorosa del muchacho. No supo de momento dónde posar los ojos, si en su padre, de quien estaba orgulloso, si en el visitante, si en la madera hendida, atravesada por el serrucho caliente, si en el aserrín pastoso, olor a cedro, que formaba volcancitos en el suelo.

—Es un asunto bastante delicado y quisiera hablarlo aparte, con usted solo.

—Nada, amigo, habla aquí o hablamos de otra cosa. ¿Qué tal anoche con la cirquera? ¡Ocurrencia la del alcalde traer esa banda, esos payasos y esas mujeres!

—No reniegue, don Lino, que fue por una de esas cirqueras que yo me enteré de lo que quiero decir. El telegrafista andaba prendado de la más joven y armó una treta para que yo la sacara de la fiesta y la llevara a su cucarachero...

—¡Adelante con los faroles! Si se trata de asunto de faldas también este hombrecito puede oír. Ya está en edad...

—No es cuestión de eso. La hembra sirvió para algo más peliagudo y si vengo con el chisme es porque me contaron lo de su discurso; yo no lo oí, porque estaba en la oficina de Camey con la cirquera, pero me ganó la voluntad cuando supe lo que dijo. Así se habla...

—Pues sepa, amigo, que a mí me gusta lo senci... llamente sencillo, y hable usted que aquí no hay testigos; el serrucho es de fierro, el tablón de palo y mi hijo y yo...

—Nos quedamos con Camey en su oficina el resto de la madrugada echándonos unos tragos y comentando lo de su discurso que al final de cuentas no sólo acabó con la fiesta, cuando estaba en lo mejor, sino que hizo fracasar el plan que habíamos fraguado con Polo para aprovecharnos de la cirquera. El largazo aquel

le hizo creer que yo era una especie de Lester Mead disfrazado de maestro de escuela, un millonario, y que ella podía ser doña Leland. Aquí que no peco, dijo la cirquera y se salió conmigo de la fiesta a dar una vuelta, vuelta que se alargó hasta la oficina de Polo, donde ya éste esperaba escondido; pero, ¡cataplún!, el discurso y ¡adiós monte con todo preparado!

—Las mujeres donde ven un peso ponen el... ojo...

—Bueno, pues pasado el barullo amanecimos con Camey en el telégrafo, como le venía contando, y pude enterarme —bajó la voz y acercóse a Lucero— de los telegramas que mandaron denunciando su conducta. Lo menos que dicen es que usted es enemigo del gobierno.

—Me sigue gustando lo senci...llamente sencillo, ¿verdad, hijo?...

El gangoso se desconcertó un poco.

—No crea que es mentira, don Lino. No crea que le vengo a decir esto por sacarle algo. Lo hago porque me avoluntó usted con el discurso de anoche y eso es todo; lo único que le suplico es que no lo repita y que le advierta a su niño...

—Nada hay que advertirle al muchacho... ¿verdad, Pío Adelaido? —se dirigió a su primogénito, cuyo cuerpo de caña brava, doblado sobre el tablón de cedro, con el serrucho en la mano, acababa de erguirse, para contestar:

—Sí, papá; no he oído nada...

—Y ahora vamos a dejar el trabajo para atender al amigo. No sabe, Rodríguez, cómo le agradezco su informe. Siempre es mejor estar sobre aviso en estos casos, ya me lo suponía, y sé decirle que en otras circunstancias, con lo que usted me ha referido bastaría para preparar las maletas, una bestia y tratar de ganar la frontera. Ahora me deja tan tranquilo... —después de botarle la ceniza al cigarrillo que fumaba, lo alargó para darle fuego al cigarrillo que el gangoso tenía apagado en la boca.

—Sí, ahora con su dinero está usted a cubierto de tantas cosas, pero debía irse a la capital. No sé, en la capital la persona vale más que en estos montes; hay más garantías.

—¿Para qué me voy a ir, si aquí tengo mis intereses y mi comodidad?

—A mi modo de ver se pasa usted de confiado. Muchos hombres pudientes han terminado mal. El gobierno es todopoderoso...

—En este caso, no... Es todopoderoso contra las gentes ricas del país, nuestros pobres adinerados; pero no contra el capital que dispone de barcos, aviones y soldados que lo defienden, poderes superiores que lo respaldan y prensa que por cuidar sus inversiones es capaz de desencadenar una guerra; ¡a mí con telegramitas!

—Pero, después de su hermoso rechazo a la escolta, anoche, no creo que usted esté pensando en el respaldo que dan a ese capital sin corazón, diplomáticos y escuadras...

—Mientras se averigua, Rodríguez, dejemos a Dios que cuando quiere hace sol y llueve...

Sobre la línea ondulante del bananal, tinte de botella verde, el vuelo de los pájaros del mar que no aletean, sino reman, de las nubes del mar que no son nubes, sino barcos y abajo, hundidos en la tierra, los que lo andaban siempre. Juventino los imaginaba. Del brazo de la mulata los vio tantas veces. No son hombres, son sombras, le decía la Toba. Y eran sombras. Sombras con pasos, con pasos. Sombras con zapatos de hojarasca seca. Sombras, al final de la tarde, con pasos de hojarasca húmeda.

Toba...

Ahora, al pensar en ella, el gangoso levantaba los ojos a la profunda oscuridad azul que cubría el horizonte. Así estaba el cielo cuando Toba subió al avión de plata con los demás viajeros, sólo ella sin equipaje, semidesnuda, y le dijo adiós con su mano de hoja de tabaco.

Los mellizos Doswell, acompañados del viejo Maker Thompson, después de recorrer las plantaciones a caballo siguieron para acercarse al mar, al sitio en que estuvo el *bungalow* de Lester Leland, y por allí, avanzando más hacia la playa, Roberto alargó el brazo para señalar el cuerpo de una mujer desnuda que corría por la arena buscando el refugio de un acantilado. Alfredo espoleó para acercarse antes que se fuera a hacer espuma.

Del otro lado de los peñascales, donde el Mar del Sur despedaza sus oleajes, apareció la Toba ya vestida, si vestido podía llamarse a la tela raída que ocultaba lo que los jinetes acababan de ver sin velo alguno. Bajaba con los brazos en alto, el pelo suelto, los pies formando parte del aire.

—¡Mulaaa...ta!

El grito de Maker Thompson la hizo aproximarse, no del todo. Se detuvo en la vecindad de un tronco, tras el cual ocultaba la cara para reír del parecido de los hermanos Doswell, porque al enseñarse para curiosearlos desde sus ojos de pringas de agua, mostrábase seria y digna.

—Ve, mulata, los señores preguntan cómo te llamas...

—Toba...

—¿Sola estás?

—¡No, con el mar!

—Y ahora, ¿vas a subirte a ese sauce?

—Si quiero, sí... Si no quiero, no...

—Nadie te manda...

—Madre, padre muerto, enterrado aquí... Juambo hermano. ..

Por los ojos castaños del viejo Geo Maker, al sonar el nombre de Juambo en labios de la mulata, pasó una tempestad de días de oro, hoy otoño de hojas secas, y el rumor de la costa atlántica llenó sus oídos y le hizo sacudirse por dentro, como si él mismo hubiera tomado su corazón, igual que una cascara de caracol vacío, para llevárselo a la oreja y escuchar otro oleaje, otro mar, otros tiempos, otros nombres... Mayarí... Chipo-Chipó... Mayarí Palma... Flora Polanco... El Trujillano... El islote donde Mayarí lo llamó «¡Mi pirata!...» Jinger Kind y sus ideas, su brazo postizo y sus ideas también postizas de cristiano trasnochado... ¡Mayarí!... ¡Mayarí!... Desapareció de la casa..., desapareció de la vida... ¿Se arrojó al río vestida de novia?... Se la robó Chipo-Chipó... Sobrevivía la madre de Juambo... Agapita Luis... Murió el padre, Agapito Luisa... Este cambio raro en los nombres hizo que no se le olvidaran... Hijos de Agapito Luisa y Agapita Luis... Los hermanos Doswell le hablaban de llevarse a la Toba para educarla, por haberla encontrado allí donde vivieron Lester y Leland, pero él apenas les ponía asunto. Otros eran sus pensamientos, otros sus tiempos... Cerró los ojos... La «Vuelta del Mico»... Charles Peifer... Ray Salcedo... Aurelia...

—Toba, los hermanos Doswell, preguntan si te querés ir con ellos a Nueva York.

—Si madre dice sí... Padre enterrado aquí, padre no puede decir no ni sí...

—¿Tu padre se llamaba Agapito Luisa?

—Sí, Agapito Luisa enterrado aquí, y mi madre, Agapita Luis, viva, madre viva.

Ella dirá...

Los hermanos Doswell y su acompañante no dijeron más. Las fustas al anca de los caballos y adelante. Toba los vio alejarse como una alimaña de ojos dulces ya trepada en lo más alto del sauce, recibiendo en la cara el huelgo de la brisa, los ojos enrojecidos, y los labios con sabor a sal.

—*¡Chos, chos, moyón, con!...* —les gritó, pero no la oyeron; Juambo, su hermano, le había explicado lo que significaba ese grito.

Al detenerse las cabalgaduras de los paseantes frente a la casa del juez asomó el licenciado Vidal Mota, desnudo el torso, con sólo los pantalones y en medias. Ya no soportaba ni los zapatos. Con el pretexto de los pies hinchados quiso excusar su ausencia de paseos a caballo y reuniones en la Compañía, pero le salió adelante Maker Thompson:

—Venir a la costa a encerrarse a jugar ajedrez, es el colmo... Un hombre que necesita bañarse en el mar, montar a caballo, tomar aire..., conocer su tierra...

—Esto es de ustedes...

—Bueno, conocer su tierra que es de nosotros...

La voz del juez que se afeitaba en el fondo de la casa, se dejó oír:

—¡El ajedrez y los brujos!

Y no era habladuría del colega. Dos, tres veces hizo el licenciado Vidal Mota viaje en busca de la Sara Jobalda. Desgraciadamente, la madrina de Lino Lucero, la noche de la lectura del testamento fue tanta su emoción que se descompuso cuando volvían a «Semírames» y sólo tuvo tiempo de llegar a su rancho donde cayó redonda.

El borracho pelo de fósforo que salió de la fiesta más ebrio que dormido, al darse cuenta que era imposible detener la noche, hizo el gesto simbólico de sacarse los ojos y metérselos en la boca y tragárselos para quedar ciego. ¿Qué le importaba, si él ya se había tragado los ojos, que la esfera refulgente siguiera avanzando? ¿No era una manera de parar la noche? Para él estaba detenida y fue buscando un pie aquí y otro allá, un codo aquí y otro allá, la casa de la Sara Jobalda para preguntarle qué opinaba del cielo sin movimiento, mantenido en ese punto en que él se tragó los ojos cuyo sabor iba emetando. Eructaba a ojos, a cosas miradas, a cosas soñadas. Esa salsa en que los ojos están siempre. Y a una como agua de farmacia. Agua de lágrima. Las lágrimas son agua de farmacia y se agregan con gotero a las realidades de la vida...

Pero al llegar al rancho y sentir el bulto de la Sara Jobalda por el suelo, consintió en devolver los ojos; con los dedos en el galillo se provocaba náusea, para vomitarlos y recibirlos en el cuenco de su mano, clara de huevo medio cocida y dos globitos de cristal. Se los puso, se los pegó de nuevo de un lado y otro de la nariz, y pudo observar que efectivamente el bulto que yacía por el suelo tenía faldas. Por un momento, antes de ponerse los ojos y ver bien, creyó que era Rascón, su amigo de «cheverías», pero ese astro apagado dormía la mona más adentro.

Al pelo de fósforo se le fue la papalina. En una luz que salía del suelo navegaba la Sara Jobalda, pez con cuerpo de ballena pequeña y cara de buey, aletas en lugar de pies y dos brazos cortitos. Una nube de murciélagos aleteaba sobre ella. Algunos le picaban. Ella se defendía con brazos que le salían de todas partes del cuerpo. La picaban en la boca en forma de medialuna. Le comían la risa empapada en babas.

—¡Sara Jobalda!... —quiso llamarla, ya en su juicio, pero no pudo hablar, toda su boca era de un solo hueso, ni moverse a espantar los murciélagos que la despellejaban. La pobre giraba sus pupilas de ternera de un lado a otro buscando quiénes eran aquellos seres de alas telúricas y cabecitas de ratones viejos con chilliditos de niño que revoloteaban como fragmentos de nubes de humo velludo y cuando se detenían en su ronda incesante, le chupeteaban la boca con ventosas de fuego.

Salió dando voces enloquecido y a sus gritos de: ¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Auxilio! despertó Rascón y se volvieron unos chapiadores que marchaban a la tarea, la guarisama ya lista para echar punta creyendo que se trataba de alguna riña. Pero sólo le oían la explicación y seguían camino. Alharaca de «engasado».

Rascón ayudó a levantarla del suelo para tenderla en su cama y esperar que amaneciera. Por fortuna tenía una medida de aguardiente escondida tras una mata de cundeamor.

—Échate un trago, vos, Corunco... —dijo a su amigo pelo bermejo—, que a mí no me pasa. —Y le largó la botella—. Por fortuna, yo tenía esta cutarra. ¡El susto que me diste!...

—El susto que llevé yo, decí —el hipo se le hacía cristal en los ojos, suda que te suda y en un temblor. Se restregó los labios con la mano antes de aplicarse la boca de la botella.

—Y esta vieja está echando espuma...

—Pero amanece, y enfermo que amanece... —la voz de Corunco, después del trago, era más firme—. Hace la cacha y échate un guarazo, vos, Rascón, porque estás malo malo... Apretate la nariz con los dedos y así no oles lo que tragas y te pasa...

—El susto... Lo que tengo es que me asusté...

—¡Déjate de babosadas, lo que tenes es una sisea de aquellas que no se curan sino con otra riata!

—El que ha estado posando aquí sabe que la casa de Sara Jobalda está llena de misterio. Por eso me asusté más. Un día también dijeron que yo estaba «engasado», porque vide palmariamente todo el aire de la casa convertido en agua y nadando cientos de esos pescados de ríos que parecen cebras pequeñas, y quién te cuenta, cuando salí de la visión tenía todo el pelo cortado a tijeretazos.

La luz pelaba el cadáver de la noche cuando apareció por la puerta que daba al gallinero, Vidal Mota. No fue a la parranda de «Semírames» ni al poker de los gringos en las «yardas», por quedarse con el colega frente al tablero de ajedrez y había escapado, aprovechándole el sueño al juececito que en la amanecida se echó a dormir, en busca de la Sara Jobalda, la más famosa de las brujas de la costa.

El Corunco lo reconoció en seguida.

—Adelante, licenciado... —lo reconoció de haberlo visto en la notificación testamentaria; luego le presentó a Rascón—. Mi amigo, Braulio Rascón...

—Mucho gusto, ¿son de la casa?...

—El, Braulio...

—Sí... —dijo Rascón—, aquí poso y ahí tiene usted que anoche ella salió disparada al saber que su ahijado Lino Lucero había heredado millones, y en la madrugada el amigo la encontró botada en el suelo, sin conocimiento.

—Bueno, pues, se amoló la cosa, porque yo la quería consultar. Pero ustedes

deben saber de algún otro brujo de por aquí cerca.

—Hay, pero no sabemos —contestó Rascón.

—Aunque, tal vez, sí, se le podía recomendar a Pochote Puac, pero ése sólo es curandero, augur de palabra, adivinador. Si es enfermedad lo que le va a consultar quién sabe si sirve... —Corunco hablaba con la viveza de los tragos que empezaban a calentarle el ánimo—. .. .Pochote Puac o Rito Perraj...

La Sara Jobalda soltó un aullido al oír el nombre de Rito Perraj, sollozando y somatándose en el catre.

—¡No jodás, vos, con estar hablando nombres! —le reclamó Rascón amedrentado.

—¡Y vos con no beberte el trago, y estar ái que todo te parece sobrenatural!

A falta de la Sara Jobalda —los médicos diagnosticaron hemiplejía—, Vidal Mota le recibió el consejo al Corunco y fue en busca de Pochote Puac, detrás de las plantaciones secas. El rancho del augur topaba con el cielo; sólo tenía medio techo. Era más un cerco de cañas rodeado de corronchochos, frutillas que simulaban diminutas uvas color de rosa, higueras, tunales y otra vegetación chaparra.

—Pelo bermejo me manda... —dijo Vidal Mota al curandero, curaba con la palabra, siguiendo la recomendación de Corunco, y Puac lo saludó antes de oírlo, y le of reció asiento en un petate nuevo caliente por el calor del suelo y el calor del aire.

Sólo se oía el zum... zum... zum... zum... de las moscas gordas sobre un cuero de res estacado.

Vidal Mota resopló, enjugóse el sudor de la cara y el cuello, abierta la camisa, las mangas recogidas arriba del codo, dándose aire para no asfixiarse sin encontrar postura a su cuerpo en aquel incómodo sentarse a ras del suelo.

Zum... zum... zum... baban las moscas y él hablaba, hacía la confesión de su impotencia sexual, hecho que le obligaba a llevar vida de solterón recluido en una casa que eran cuatro paredes de purgatorio con el ánima en pena de la Sabina Gil.

Puac fijó en él sus ojos fríos de esencia de café.

Zum... zum... zum...baban las moscas y Vidal Mota se oyó hablando de aquello que él no había hablado nunca ni ebrio ni dormido. Su casa frente al «Llano del Cuadro». Los muchachos jugaban al *baseball.* Sus voces. El gusto con que se quedaba los domingos en la cama oyéndoles gritar, las manos atenazadas entre las piernas, los ojos entrecerrados, respirando con las narices y la boca. Pero ahora ya no le bastaba oírlos. Desde la puerta los atisbaba, seguía sus movimientos de bestiecitas nuevas, algunos se cambiaban las ropas al aire libre, los pantalones, las camisas, y esto le provocaba una rápida titilación en los labios y calofrío. Zum... zum... zum... baban las moscas...

Un cazador le tiraba a una paloma
y en vano fue la pólvora que gastó...
Tres balazos le tiró...
Dos se fueron por el aire
y el último no salió...

Vidal Mota perdió peso conducido por el zum... zum... zum... de las moscas, al

compás de la canción que tarareaba en sus horas perdidas, a los glaciales espacios de aquel espejo de peluquería, en el que vio reflejarse, siendo niño, el sexo de una mendiga hedionda a sebo, mosquera pestilente que hacía babear de gusto al barbero, y el cual se puso tan fuera de sí que estuvo a punto de llevarle una oreja con la máquina cero con que le pelaba el coco.

La paloma lo miraba y se reía
de ver la pena que el cazador sentía...
La paloma voló
y en el aire le decía:
anda ensáyate primero,
que si no no caigo yo...

Zum... zum... zum. Zum... zum... zum...

No comprendió nada de lo que le dijo Pochote Puac, pero debajo de ese no comprender sabía lo que le había dicho al sumergirlo en su palabra y hacerlo absorber por sus poros un fuego sin color, emanación helada de una cristalizada ausencia, de la que sobre su piel quedaba una sensación de polvo blanco, de escamas de pescado lunar...

Puac dijo, tocándole la frente con la extremidad de sus dedos de raíz de adormidera:

—La ceiba negra de sueños de pesadilla. Hay que derribarla a golpes de hacha, ¿Dónde está el hacha? En la luna. La luna echa por tierra el sueño de la ceiba negra y las pesadillas que cuelgan de sus ramas... (Oyó quebrarse en sus oídos, adentro, un espejo inmenso.) Paseo por la noche de tu pelo mi aliento de augur para barrer los malos sueños... Paseo por la noche de tu pelo mi aliento de augur...

—La ceiba blanca da sueños de niño y hay que nutrirla con leche de mujer. ¿Dónde está el seno de mujer blanco? En la montaña quemada, bajo las nubes. Hay que alimentar la ceiba del día hasta que no caiga más el ramaje del sol y existan ideas felices como niños, sobre tu frente. Paseo por tu frente mi soplo de augur, sobre tus párpados, los párpados no se hunden en el sueño, flotan, son de piedra pómez en el agua del río.

—La ceiba roja da el sueño de la guerra amorosa. Hay que alimentarla con sangre. Hay que encender el fuego de la batalla placentera, de la lucha en que desaparecen los que salen multiplicados. Por el tributo que se le paga, árbol de carne en flor, es rubí líquido el vino virginal, foco de calamidades el ombligo, el perro del vientre guarda su ladrido y pulpa de coral da rosa a los pezones, al abanico de las orejas, a la punta de los dedos y al sexo alado, mariposa presa en el musgo de la ceiba roja.

Y al decir así Puac sopló en el pecho de Vidal Mota, sobre los dos círculos de sus tetillas color de corcho.

—La ceiba verde da el sueño de la vida. Hay que nutrirla para que la vida siga. No tiene Poniente. Por todos lados en ella se levanta el sol. En sus ramas está la casa de la lluvia. Es un árbol de pájaros en lugar de hojas. Un aleteo gigante. Un canto a la esperanza. Muertos y vivos trabajando. El rayo se quiebra los dientes en su quietud redonda. Pepitas de duro sueño hacen pesadas sus trenzas de hueso y de silencio. La tierra ha venido a sentarse en redor de su tronco que no abarcan

veinte brazos de hombre, con todos sus hijos abrazados contra su pecho.

Guardó su palabra el augur para apoyar en los hombros de Vidal Mota sus manos, y cuando las tuvo apoyadas, firmemente apoyadas, levantó la voz de sus mandamientos:

—¡La ceiba roja, ceiba de la lucha amorosa, yo hombre de testículos amarillos, llené tu sangre roja!

—¡La ceiba verde, ceiba de la vida, yo hombre de asentaderas de tiniebla, llené tu sangre verde!

—¡La ceiba blanca, yo hombre de cascos rosados, llené tu sangre blanca, hijos de tu sexo sean y alimentados con leche de la mujer que en ellos se riegue para encontrar en sus cuerpos el blanco líquido con que a ti te amamantaron cuando en ti se vino a juntar la leche de tu madre y la leche con que tu abuela alimentó a tu padre!

—¡Y caiga la ceiba negra, la pesadilla, la negación, bajo las hachas de la luna!

El señor Bastían Cojubul soltó por las narices y la boca, tres cañones de humo, el bien del cigarrito de tabaco fuerte como chile y en su nube de viaje para arriba sintió que se le iba la cara al quinto cielo borrándole las arrugas de los tantos años. Para qué se iba a recordar de cuántos eran. Y un poco con catarata tenía el ojo derecho.

—Estos son, Gaudelia —le dijo a su mujer—, los últimos fumes sabrosos, porque en el extranjero solamente se fuman esos otros tabacos perfumados y muy suavecitos.

—De muchas cosas debes irte despidiendo, Basriancito...

—Menos de vos, Gaudelia, porque dicen que primero nos van a llevar a los hombres para ver de tenerles a ustedes casa donde estar...

—Y también tendrán que ver lo de las escuelas para los muchachos... —y cortando una pausa larga interrumpida por las chupeteadas a fondo que Bastían daba a su cigarro de tuza, añadió la Gaudelia—: ¿Te acordás, Bastiancito, de cuando nos venimos de tierra fría a la costa?... ¡Cómo era distinto de ahora que nos vamos!...

—¿Por la juventud, decís vos?

—Por todo, Bastían, por todo... El dinero es el verdaderamente impautado. A vos, a mí, a los hijos, a todos nos tiene cambiados. Así debe ser cuando se hace pauto con el demonio. ¡Dios sea con nosotros!, y no sé si vos te has puesto a pensar en que ahora sólo decimos quiero tal cosa y allí la tenes a tu disposición. Antes, Bastián, cómo nos costaba, cómo entreveíamos las cosas más sencillas, ambicionándolas, cómo nos las conversábamos, cómo soñábamos con tener algún día nuestra comodidad, y los hijos con tierras propias sembradas con buen guineo.

—Es mejor no pensar en nada de eso, mujer...

—Si se pudiera contrapensar, Bastián. Antes, cuando mi madre que de Dios haya contaba lo de los impautados, yo creía que eran exageraciones de señora crédula y anciana, chocheras... Pero a la larga me vengo a convencer carne propia que era muy verdad, cierto, puro cierto aquello de que el impautado no tiene más que decir: «¡Quiero esto, Satán!», y al pronto, en menos de lo que parpadea, lo tiene. Desde que les comunicaron a ustedes lo de la bendita herencia no hay cosa que yo no desee que no se me dé... Esto quiero, dicen mis hijos, y allí lo tienen, y vos ya no sabes qué pedir: antojos, caprichos... Lo malo es que a los ricos, ricos, se les muere el deseo...

—Por eso, Gaudelia, no me entra en la cabeza, no me explico la actitud de los Lucero... Esto de seguir de pobres en sus trabajos como si no hubieran heredado, cerrar sus puertas a la caridad y disgustarse, disgustarse con nosotros porque nos vamos a viajar al extranjero y a que nuestros hijos queden en colegios de por allá...

—Es raro que estén así... Salvo que a ellos, debido a quién sabe qué fuerza —hay tanta brujería y no debes olvidarte que la Sara Jobalda es madrina de Lino—, que a ellos no les hubiera agarrado el maleficio, y sólo nosotros fuéramos los impautados...

—No hay maleficio que valga, Gaudelia, lo que hay es que ésos son negados. Asimismo se comportaron tus hermanos cuando nosotros arrancamos para la costa. Hace tantos años que allá lejos me acuerdo. Ser joven es no tener recuerdos, y por eso ya somos viejos, muy viejos. La verdad es que no tendríamos cómo agradecer al señor Cucho, mi padrino, que con su voz de dañado nos aconsejó bajar a la costa... «¡No seas animal, Bastiandto! —me decía el pobre que en gloria esté—. Estar trabajando aquí donde la tierra no da... El porvenir de ustedes está en la costa.» Y tuvo visión el hombre... Diz que los tísicos oyen más que nosotros, pero también deben tener aguzado el sentido de la vista... ¡Si el padrino nos viera ahora millonarios!...

—Tenes sobrada razón. Entonces, mis padres, mis hermanos, mis gentes, veían al señor Cucho tu padrino, como la encarnación del diablo, y estas tierras verdes, como lugares de perdición del alma...

—Hasta el habla me quitaron tus hermanos, y Juan Sostenes pensó hasta puyarme con tal que no te trajera a malaventurar... Y pensar, Gaudelia, que ahora a ellos también, por habernos hecho caso de venirse a la costa, también les alcanzan los millones...

—No digas así sólo «los millones» porque luego pienso en lo de «los millones del diablo», y se me espeluca el cuero...

—Volviendo a los Lucero, ellos ahora están en el papel de tus hermanos. No quieren que arranquemos de aquí para el extranjero, no sienten ambición, la ambición de mejorar...

—¿Otro cigarro es ése o es el mismo?

—Otro. Quién sabe la porciúncula de tiempo que voy a pasar sin uno de éstos, aunque vos procurarás mandarme mis ataditos para que no me falte el gusto, y cuando te vayas cuidado se te olvida una piedra de alujar y algunas buenas tusas. El tabaco cernido se puede llevar en frasco. Donde las Domingas lo compras, y que te lo den bien curado, picante y dulce. A mí me gusta curado con miel de panal...

—Luego te vas a acostumbrar a fumar lo que ellos fuman...

—¡Eso de acostumbrarme a lo que uno no quiere es de pobre: vos sí que seguís siendo infeliz!...

—Esa... Bastían, ya te lo dije ayer y esta mañana también te lo hice ver: desde que te platearon has empezado a tratarme desconsideramente, y eso no me gusta ni tantito. ¡Groserías de rico, no! Todos los ricos tratan mal a sus mujeres, porque les cuestan sus pesos, son mujeres para ellos darse el gusto; pero entre nosotros no hubo nada de eso nunca, dado que yo te ayudé a trabajar, y por ese camino del menosprecio no vamos a llegar muy lejos: yo te conocí pobre y te quiero como eras, sin palabrotas, sin ínfulas, sin bestialidades. Si te caigo mal, yo no soy como las ricas que con tal que los hombres les den, les aguantan todo: yo tengo mis manos y aunque vieja... a mí nadie me ha mantenido...

—¡Perdóname, Gaudelia... —se acercó a acariciar a la mujer que sollozaba—, es que estoy nervioso, con la cabeza en cien cosas, y vos que no sé por qué te has puesto resuceptible!

—A la dignidad le llaman ponerse uno suceptible. Como no me dejaba que me ultrajaras, pues así como me decís infeliz...

—¡Hablen en voz alta, parece que están en rezo de iglesia o confesando sus pecados! —entró diciendo Macario Ayuc Gaitán, con todas las cuerdas bucales en vibrante sonido.

—Si así hemos hablado siempre, ¿por qué vamos a tomar el modo de hablar a gritos? —le contestó Gaudelia, enjugándose las lágrimas con el vello del brazo desnudo que se pasó por los ojos.

—Será necesario, Gaudelia —intervino Bastían, su marido—, porque entre la gente pudiente, aunque sea de aquí del país, se acostumbra a hablar como ellos, vociferando...

—Ese nuestro hablar bajito y como comiendo liendres, se acabó —dijo Macario—. Entre los gringos se hablan como si todos fueran sordos y así hablaremos nosotros... Sólo las razas inferiores hablaban como nosotros, con miedo, como Pedro por los rincones...

—No sé qué decir, Macario —argüyó la Gaudelia—, pero las gentes educadas no levantan la voz nunca...

—Eso era antes, cuando nosotros crecimos: ahora, Gaudelia, hablar es mandar y hacerse obedecer en base a que se puede porque se tiene con qué...

—¿Cuándo será el viaje, vos, Macario?

—No hay fecha, Bastiancito, pero será luego que se arreglen algunas cosas y entre éstas, lo de las tierras. Y por eso vine. Vamos a juntarnos allá en mi casa, si te parece, para arreglar, de acuerdo con el alcalde y el juez, qué vamos a hacer con las tierras que nos pertenecen. Las que eran nuestras, de nuestra propia propiedad nuestra, desde antes, y las que heredamos, que también son nuestras de nuestra propiedad propiamente propias.

—*¿Y* a qué horas se van a juntar?

—Dijeron a las seis de la tarde, pero si llegaras antes y fuera la Gaudelia para que le hiciera un poco la moral a mi mujer.

—¿Qué le pasa a la Corona?

—La pobre, Bastían, con sus ojos que, como vos con la nube, no hay cacha que se mejore.

—Pero ahora, menos que menos alarmarse por eso, si en Estados Unidos hay grandes médicos para los ojos; yo me pienso operar la catarata, si ya está de punto.

—No muy quiere irse. Vieran ustedes. Se ha enfermado más de llorar que del mal que ya tenía. Llora y llora...

—La considero —dijo la Gaudelia—, porque las que no lloramos, llevamos el pleito de chuchos por dentro.

—Menospreciar lo que la fortuna nos ha ofrecido, es el peor pecado —exclamó Macario.

—No es menosprecio ni cosa que se parezca...

—Allá vamos a llegar, Macario. Es a las seis. Y la Gaudelia procurará consolar a tu costilla, que lo que tiene es que debe estar desmoralizada pensando en saber cómo es allá... Yo le digo a mi mujer, no pensemos cómo es por allá, hay que

hacer como cuando uno se muere; cierra los ojos y hasta nunca.

—¡Lo único malo —dijo Macario— es que vamos viejos y algo estropeados!

—¡Ve qué grosero! —protestó doña Gaudelia.

Rieron todos, y Macario aproximóse a una alacena buscando un vaso para beber agua. Apuró hasta la última gota y dijo:

—Bueno, allá los espero.

En el comedor, largo como un túnel, de la casa de Macario —al centro una mesa de pino que empezaba aquí y terminaba allá lejos—, se reunieron para hablar de las tierras el alcalde, el juez, los hermanos Ayuc Gaitán y el señor Bastían Cojubul, que fue llegando a lo último.

Venía del cuarto de Corona, esposa de Macario, donde ésta le recibía la visita de Gaudelia, su cuñada; era hermana de los Ayuc Gaitán.

—Está muy en lo oscuro, Corona...

—Prefiero así...

—Pobrecita...

—El mal de ojo, Gaudelia, ya no me deja en paz. Siento como si me estuvieran echando fuego, y tengo peor que ardor de chile en las orillas de los párpados...

—Es que no se ha hecho el agua serenada, Corona, y mejor sería en quizá el agua de malva. Y estar sólo llorando, por ser la lágrima, la sal de la lágrima lo que más inflama, le va hacer mal. Con llorar nada se remedia. Sólo se empeoran las cosas, porque usted enferma para qué sirve.

—Sea por Dios, Gaudelia, sea por Dios...

—El llanto tiene mal pábilo. Por eso enferma llorar mucho. Un rato pasa, pero ya todos los días... ¿Qué es eso?... La pena está en el corazón quemándose y el pábilo es el que sale a los ojos y quema al gotear como si fuera lágrima de candela ardiendo. ¿No vido, mujer, a Nuestra Señora Dolores? ¿No vido que le aparentan las lágrimas con chorretitos de cera?

—Todos estos días, estoy muy apenada. De todo me aflijo, de todo me sacudo, y lloro..., lloro, porque sólo así me alivio la opresión que siento... —calló un momento y siguió en voz muy baja—: Me aflige ver disvariar a Macario, tan acostumbrado a ser cabal en todo, verlo echar por la ventana, no sólo las materialidades, que eso al fin y al cabo, como yo digo siempre, de eso no se lleva uno nada cuando se muere, sino lo que nos representa, nuestra manera de ser humilde, nuestro gusto por el trabajo y hasta nuestras santas creencias...

—Lo propio le estaba yo diciendo, con otras palabras, a mi marido. Disvarían como si estuvieran impautados.

—Y lo más grave —y lo que voy a decir, Gaudelia, que sólo quede entre nosotros, no me gustaría que usted lo repitiera— las mujeres de Juan Sostenes y Lisandro están peor que ellos, dialtiro han perdido el seso. Hablan de ponerse sombrero...

—¡Qué me está usted diciendo, Corona; yo como poco las veo no sabía! Ya con sombrero... Van a parecer las mujeres del Sombrerón... Pero la María Ignacia, la mujer de Lisandro, parecía tener la cabeza en su lugar...

—Es la peor..., la peor..,, porque la Arsenia, la mujer de Juansós, como le llaman, diz que ella sólo se encasqueta el sombrero si lo exigen, si es obligatorio, como para entrar a la iglesia, que hay que taparse la cabeza.

—Arsenia... Ayer me encontré con Piedrasanta, el de la fonda disimulada de

miscelánea, y me paró sólo para contarme que los Lucero le habían dicho que debíamos ir buscando nombres de gente bien, porque los nuestros eran rascuaches y de pobres y eso por no ofendernos, pues más parecen de irracionales. Arsenia nombre de perra, y Gaudelia nombre de yegua...

—Y Corona, el mío, a saber qué está bueno...

—Para el pan... —rieron con desenfado—, para el pan sabroso... Y ésa va a ser la más empinada de las cuestas por pasar: los hombres ya deben tener vista quién otra les da su pan de corona...

—Ahora están en la de las tierras, pero tiempo no les va a faltar. Hombres son hombres, son hombres...

En el comedor, mientras hablaban, alternaba la voz de uno y otro, fumaban «chésteres» y bebían whisky sin agua; con agua era gringo y daba mal de vejiga. El licor con agua revuelto es fatal, es beberse la rabia con el remedio juntos.

—Lo de las tierras va a traer mucho disturbio —dijo Macario, avejentado, verdoso.

El alcalde desarrugó la frente antes de contestar:

—¿Por qué disturbios?

—Porque así como usted dice, don Pascualito, de repente se arma una que no sirve, y el más disgusto va a ser con el comandante —siguió Macario—, que nos tiene advertidos contra todo lo que pueda degenerar en tumulto.

—Pues yo hablé con el subteniente pensando en eso —intervino Juan Sostenes, horquetudo y cabezón—, y él dice que no ve mal en que haga venta pública de esas tierras al mejor postor.

—Es lo más justo —habló el juez—; el que quiera comprar puja y listos. No hay otra primacía.

—No lo veo tan simple —opinó el señor Lisandro, otro de los Ayuc Gaitán—, y por ello más me cuadra que la venta se haga en privado, como dice el señor Bastián. Además, por lo que a mi persona toca, mi mujer está en que le demos al cura un pedazo, para que lo venda y con el producto acabe la iglesia.

—Eso no se puede, legalmente hablando —aclaró el juez—, porque la ley no permite legados a manos muertas...

—Y si empezamos con regalos —saltó Juan Sostenes— todo se volverá nada.

—Cada quien puede hacer lo que quiere con lo suyo, creo yo.

—No te lo niego, Lisandro, pero estamos viendo la conveniencia de todos, y no se trata sólo de vender las tierras —para eso con ir donde un abogado queda todo arreglado—, sino de taparles el hocico a los Lucero haciendo un acto bonito...

—Deja hablar, Juan Sostenes —interrumpió Macario.

—Espera, no es cuestión de deja hablar. Quería decirle a Lisandro que de lo que reciban de las tierras pueden hacerle la caridad a la iglesia...

—Lo que se discute... Favor..., favor..., un momento... —se oyó la voz del alcalde—, no es lo de la donación al templo, sino lo de si se hace o no se hace la venta de las tierras por subasta en la plaza, para favorecer a todo el mundo y que se queden con los terrenos los que paguen más por ellos.

—Ni Jerónimo de duda que así debe hacerse —insistió Juan Sostenes—, por ser lo más equitativo y porque así opacamos lo del discurso de Lino rechazando los servicios de la escolta.

—Bueno, si se trata de ponerle punto a los Lucero, pues de acuerdo —dijo el

señor Bastían—; que se haga la venta en la plaza pública, ante la autoridad competente.

Se iba la luz y aumentaba el calor, el calor de la tarde color de esponja que en el amarillo fuego de su lumbre muerta ocultaba el aguacero, fuego sin luz, derretido en celestes y al caer opacos cortinados de lluvia, refrescón pasajero que hacía lugar a la tempestad.

—Llueve y deja de llover... ¡Ay, Gaudelia, me siento tan oprimida, ando que no sé qué parezco, no aguanto el apretador!

—El corpino, Corona, el corpino... Mejor me da risa..., ¿pero dicen que vamos a tener que hablar fino?

En uno de los estampones se oyó venir a las cuñadas.

—Nos hemos empapado todas... —chilló a la puerta, la señora Arsenia, esposa de Juan Sostenes, y casi al mismo tiempo se oyó la voz gutural de Ignacia, la esposa de Lisandro:

—¿Cómo seguiste, Corona?... ¡Qué chapuzón!... ¡Peor que gallinas mojadas! ¿Y qué es ese milagro de la Gaudelia por estos andurriales?...

—Vine con el hombre...

—Sí, allí vi en el comedor que están con el alcalde y el juez.

—¿Por qué no se van a secar? —dijo doña Corona—. Entren, pídanles con qué secarse a las muchachas, el pelo, la ropa... ¡Dios guarde una pulmonía!...

Y al oír que se alejaban en busca de toallas y fuego para medio secar los zapatos, dijo la señora Gaudelia:

—Estas nuestras prójimas andan más chifladas que los hombres...

—¡Chifladas y pesadas!

—¡Cuando hay quien cargue el muerto, Corona, hasta de plomo se vuelve!

—¡Tropelías! ¡Todas ésas son tropelías! Desde que les dijeron que eran ricas se apatojaron, y se creen de quince y hacen cosas de nenas.

—El retrato más retrato del Diablo es el dinero. Es el Diablo mismo con cola, cuernos y todo, y a ellas también las tiene impautadas...

—¡Dios sea con nosotros, Cristo y María Santísima!

—El desafuero que les entró a mis hijos hay que ver...

—Y a los míos, Gaudelia... Y Macario, mi marido, pretende que hay que hablar a gritos...

—Eso por imitar a ésos, a los gringos, que hablan como chingolingueros, vociferaciones de gente malcriada...

—Para mí no hablan, sino ladran. ¡Qué cacha, aprender uno a ladrar de viejo!...

—Pero, según las Profecías, todo se ha de ver, Corona.

—Pues yo lo que pienso, Gaudelia —Bastián asomó a la puerta— es andarle una novena a San Judas Tadeo...

—Creía que al otro Judas... —alardeó Bastián con voz alta.

—¡Ya venís con tus gritos! —protestó Gaudelia—. Siquiera entre nosotros habla como la gente, no como gringo, y a ese otro Judas no le rezamos, porque es el puro patrón de ustedes, iscariotas, que están queriendo vender la tierra... ¡Barbaridad!... Vender la tierra sin necesidad es como vender a Nuestro Señor... Heredan una fortuna y siguen de poquiteros... Si por mí fuera, Corona, yo le dejaría la tierra a los más pobrecitos para que la trabajaran...

—La tierra —explicó Bastián— se va vender en la plaza pública al mejor postor, sin preferencias. Ricos y pobres podrán pujar...

—Los ricos, decí de una vez, Bastián, porque los pobres, como no pujen pa adentro o pujen como vos pujas, yo sé dónde...

—¿Y la Ignacia y la Arsenia? —preguntó Bastián.

—Empapadas vinieron —dijo la señora Corona— y por secarse andan allá en la cocina.

—Nos vamos, Bastían —se levantó la señora Gaudelia de la orilla de la cama en que estaba sentada—, porque nos puede agarrar el agua...

—Y yo que no traje el automóvil —contestó éste, frase que la señora Corona recibió con toses de alguien a quien se le ha atorado algo en la garganta.

—Buena mala la que parece que no mata una mosca...

—La falta de costumbre, dígale, Corona...

—Conque se van. Les agradezco el ratito. Por allá llegamos con Macario en cuanto me pase el mal de ojo.

—Hágase el agua de malva tibiecita. El chele se forma con el pabilo de la lágrima que va formando escamas en los párpados.

—¡Qué agua de malva!... Con sólo que no llore —adujo Bastían— el remedio está en su mano. Otras en su lugar, con la mitad de lo que usted tiene estarían felices.

—¡Ay, Bastían, no es cuestión de intereses! ¿Qué gano, aunque tuviera todo el oro del mundo, si a mis pobrecitos hijos, enseñados por allá, me los vuelven evangélicos? Porque si los hacen evangélicos o protestantes, o masones, ya no se van al cielo, y en ese caso sí es la separación completa, porque a una de católica alguna esperanza le queda de no cair en los infiernos.

—En lo que está pensando Corona...

—Es mi preocupación, Bastían. Rica o pobre, quiero juntarme en el cielo con todos mis hijos y día a día se lo pido a Dios, a Dios y a la Virgen. Aquí en la tierra, aunque nos separemos... Pero en el cielo, donde la dicha es para siempre, quiero que no me falte ninguno de ellos, ninguno.

—Y ahora, ¿dónde andan?... No se les oye...

—En el aprendizaje del inglés, Gaudelia. Los de ustedes también deben andar en ésas.

—Pues también. Bastían quería que hasta nosotros recibiéramos clase, pero yo digo que uno de viejo no aprende otra habla.

Al salir se encontraron con Macario, en una mano una botella de whisky y en la otra un plato de copas.

—Se van y yo les venía trayendo un «fuerte». No importa. Se lo toman así parados.

—Por no hacerte el desprecio —dijo Bastían— te acepto yo, porque la Gaudelia jamás toma.

—Sí, toma vos, mientras yo voy a ver cómo anda esa gente allá adentro.

—Andan por la cocina —explicó Macario— y podemos ir todos a darles la coba con la fregata que les dio el agua.

Tras empinarse la copa Bastían fueron siguiendo a la señora Gaudelia, para saludar a las «mojadas». Juan Sostenes y Lisandro también estaban allí. No por ellas, sino por una fritanga de moronga reparadora que ya debía estar lista.

—A los «ustedes» las mañas no se les apean —entró diciéndoles la señora Gaudelia—; ya creiba que por buenos maridos estaban aquí con la María Ignacia

y la Arsenia. Bueno, y ustedes, mujeres, se empaparon. A Juansós es al que más le gusta la fritanga. No la bota el ojo. A mí me gusta, pero me indigesta. Se hubieran tomado un trago. Eso cae bien cuando uno se moja.

—Pero ellas se mojaron, porque andaban en calzoneta. ..

—¿Cómo en calzoneta? —se extrañó Arsenia.

—Decía yo calzoneta, por aquello de que eso que ustedes se ponen ya no son vestidos —siguió Macario chanceando con ellas. Descotadas hasta el ombligo y la nagua arriba de las rodillas...

—¡No seas exagerado, Macario! —gritó la señora Ignacia, y luego en tono natural—: Les guste o no, tenemos que acostumbrarnos a vestirnos así, porque si llegamos allá con las trendas naguotas van a creer que somos gitanas.

—Dudo que algunas entren por el aro. Vos, Gaudelia, y la señora Corona, no van a entrar por eso... —expresó Bastían, entre serio y sonriente, buscando los ojos de Macario, esposo de esta última, el cual asintió con la cabeza ya diciendo:

—Mi mujer, la Cotona..., sólo que la hagan de nuevo. .. Son como los indios que se bañan en los «temaxcales» desnudos. Ahora, porque no las pudo ver bien con el mal de ojo, y porque tal vez de veras creyó que venían en calzoneta...

—No, pero veníamos con un aparato para oír llover —dijo la señora Arsenia, socarrona, para dar a entender que oían como caer la lluvia la insistencia de lo de las calzonetas en boca de Macario. Y remató—: Para la Corona, todo lo que no es rezar y dormir, es el infierno...

—Cada quien con sus creencias —intervino Juan Sostenes, sin apartar los ojos de la fritanga, y tuvo que escupir para seguir hablando, porque tenía hecha agua la boca de tanto ver el guiso—, pero si por allá la moda es así, mi mujer tiene diez veces razón. ¿Cómo van ir ellas con las naguas como espantos, donde todas andan con la ropa corta?...

Gaudelia, mientras Macario llenaba de nuevo las copas, creyó oportuno devolver a la Arsenia la chifleta que por su modo de ser piadoso le lanzó a la pobre Corona:

—Pero no sólo la ropa habrá que acortarse, también el pelo... El pelo bien tuzado... y los nombres, porque como dicen los Lucero, no son muy apropiados que se diga nuestros nombres para el mundo elegante... Arsenia, por ejemplo, habrá que llamarse Sonia y María Ignacia, Mary...

—¿Y usted cree, Gaudelia, que con eso nos asusta? —contestó en el acto la señora Ignacia—. Yo seré Mary y Arsenia, Sonia, nombre ruso, como vino en aquella película...

—Bueno, pues ya tendrán ustedes nombre de gente rica, para alternar con la gente bien, y vamos yendo, Bastían, que se me está abriendo el apetito con la fritanga...

—Si es por eso que se queden a comer —se oyó la voz queda de la señora Corona que se había levantado del sillón en que rezaba, para venir a dar una vuelta a la cocina.

—¡Qué bueno que se animara, Corona, pero no le aconsejo que se quede aquí en la cocina, es mucho el calor y el humo!

—Vine, Gaudelia, porque Macario quedó de ir a casa del doctor, para traerme un colirio.

—Es verdad. ¡Qué cabeza la mía!

—Bueno, pues; salimos con usted, Macario... Donde hay botella a los maridos hay

que sacarlos amándolos, Corona...

—Siempre es por una ella... —dijo Juan Sostenes.

—Aunque mal me pague, bella... —agregó Bastián pasando el brazo por la cintura de su esposa, para marcharse con Macario.

Una que otra pringuita de oro en el cielo cubierto de nubes y el calor más fuerte. Siempre pasa así después de los chapuzones. El vaho se alza del suelo como del cuero de una bestia que no se acaba de enfriar nunca. Los ruidos de las máquinas del tren balastrero. Las luces de las casas. El contento de encontrar la hamaca y el sueño. Músicas surgidas del silencio, pequeñas músicas humanas, discos, radios... Nada en medio de la gran orquestación de las especies que al vivir dan sonidos, porque viven de volver música su sangre, música su amor... Sonidos, madejas de sonidos...

Por allí andaba la noticia de las tierras... Las tierras empezaron a andar en las noticias... Y eso enloquece a los hombres... Que las iban a regalar... Que las iban a repartir entre los más pobres... Que las iban a dar arrendadas... Arrendamientos largos y más de apariencia, porque sería muy poco lo que se pagaría por ellas... Que las iban a vender por la tercera y cuarta parte... Parientes, amigotes, allegados, conocidos de Cojubul y los Ayuc Gaitán se paseaban con la noticia en la boca, seguros de salir favorecidos en la repartija de tierras que para qué las querían ellos siendo tan ricos, yéndose a vivir al extranjero. Las van a repartir..., las van a regalar..., sin costo..., así no más... Habrá que pagarle al notario..., pero no será mucho... Y son buenas tierras..., buenas plantaciones en producción...

—Vine a que me deschivara el maistro, pa tener la cara limpia en la puja de las tierras —entró diciendo al Piedrasanta, donde vendían de todo y hasta cantina había, Chacho Domínguez.

Por la puerta de la cantina entró. Venía con ganas, humeando como chimenea un tabaco de alcurnia que mercó en el Comisariato.

—Pero sin las chivas se te ve el machetazo, vos, Chacho —le dijo Piedrauta, adelantándose por detrás del mostrador, para ver qué le servía.

—De cierto que se me va a ver feo este amaguito... —y se pasó la punta de los dedos por un costurón que le agarraba de medio carrillo al cuello, cicatriz de un machetazo que no lo tendió y si no se meten tiende al otro.

Sí, hombre, las barbas algo mucho le disimulaban...

—¡Pues qué se ha de hacer, vos, Piedra, fue un amaguito a la vida!... Y por su salud quiero tomarme un cristal de aguardiente... ¿Tenes mangos verdes para darme de boca?...

—Algo habrá, Chacho... ¿No le gusta el queso?...

—Si es de Zacapa, de allá soy yo... y es como darme de boquita mi propia tierra...

Y tomando la copa de licor, antes de echársela al gaznate:

—Hasta el santo guaro se calienta en la costa. Es espíritu. ..

—*¿Y* ahora va a ser lo de las tierras? —preguntó Piedrasanta, mientras aquél se bebía el trago, y al tiempo de alcanzarle una pailita con dos rebanadas de queso blanco, esponjándose de puro rico.

—Pues así dicen. Yo vengo dispuesto a la puja. Si no suben mucho, algo quiero comprar.

Otros parroquianos entraban. Todos, por lo visto, venían al mandado de Chacho.

El trago a la barriga, la escupida en el suelo, y un débil suspiro, al tiempo de llevarse la mano a la cintura de donde les colgaban el cincho con tiros y la pistola, para dejar el brazo en jarra antes de pedir el segundo. El segundo es antes que el tercero y el tercero antes que el cuarto y el cuarto antes que el quinto, según explicaron.

—Pero ya cuando uno está bien acelerado, no hay tales cuentas —dijo Chacho—, todos son igualmente iguales... y no hay el último porque se llega al de «Timoteo, no te veo si te veo y si te veo no te veo, Timoteo».

La plaza estaba vidriosa de sol, de sol tieso, de sol almidonado, cortante. Grupos de gente de campo, amplios sombreros, calzón, camisa, y de jinetes que iban llegando, cuidadosos de rienda para no atropellar a los que se movían de un lado a otro, caites, pies descalzos, en espera del reparto de las tierras. Para los labriegos se trataba de una distribución gratuita —así lo oyeron decir y repetir— y como no sabían leer mal podían saber lo que decía el anuncio pegado a la puerta de la Municipalidad que empezaba con estas palabras: «Venta de tierras al mejor postor». Y aun sabiendo leer, no lo habrían creído, porque no les convenía creerlo y lo que está escrito, cuando no conviene leerlo, aunque diga lo que diga, no dice nada.

Los Ayuc Gaitán llegaron en caballos de alzada y Bastían Cojubul en un automóvil largo como una locomotora, capota frista, ruedas blancas, con muchos pedazos plateados. El juez y el alcalde les esperaban. Don Pascual con el bastón de borlas negras y mango de plata.

Un caballo entero interrumpió el exordio que hacía el juez sobre los beneficios de la tierra dividida, para acabar con el latifundio. El animal, tras enseñar los dientes, en un relámpago de marfil y espuma, se apelotonó como un trueno en la nube de su hermosa piel brillante, para saltar crinando, bestial como el deseo, sobre una yegua. Gritos, ayes, voces, peones ágiles saltando igual que peces voladores, para arrendar al animal enloquecido...

—Mal empezó la cosa —dijo Piedrasanta a su mujer; ambos estaban parados en la puerta de su negocio que daba a la plaza, no lejos de la Alcaldía—, y va a acabar peor... Oí lo que están gritando...

—Repártanlas..., repartan las tierras... Repártanlas..., repártanlas..., repartan las tierras..., repartan las tierras... Repártanlas..., repártanlas..., repártanlas...

Todo lo que no respondiera a la exigencia campesina fue dejando de existir. Callaron al juez. Se acabó la autoridad del alcalde. Las primeras piedras empezaron a golpear el automóvil de negro y plata, donde esperaba la familia Cojubul.

—... repartan las tierras..., repártanlas..., repártanlas..., repártanlas... Repartan las tierras..., repartan las tierras..., repártanlas..., repártanlas...

El grito unánime se hizo horizonte, plata, techo, casa, suelo, cielo, gente, gente que seguía en la brecha:

—... repártanlas..., repártanlas..., repártanlas...

El zafarrancho duró poco, menos que el salto del caballo entero hacia la yegua, pero cuánto destrozó, entre puños de tierra que eran como nubes de pólvora, piedras, palos, cascaras de cocos vacíos, botellas de cerveza...

—Y es que el caballo sólo dos tenía —dijo Chacho al volver al mostrador de Piedrasanta, alegres los ojos por lo sucedido—, y cada uno de estos paisanos como que anda tres...

—Por fortuna se metió la escolta —exclamó Piedrasanta.

—Por fortuna o por desgracia... Al baboso ese de Cojubul le hicieron cisco el automóvil...

—Pero eso, Chacho, es como quitarle un pelo a un gato...

—Pero algo que saquen... Querer vender la tierra que debían regalar... Atropello más manifiesto nunca se ha visto... Ellos, que son inmensamente ricos, a gente que es inmensamente pobre... Pero es el esquilme... Y dame un trago antes que se me amargue la boca... El guaro es dulce cuando sirve para tragarse las injusticias, vos, Piedra, porque nada es más amargo que la injusticia.

XIV

El comandante estaba aquella noche más enigmático que nunca y más digno de su apodo. Le llamaban *Bostezo.* Hablaba de la guerra en términos vagos, bien que al parecer esta vez no era con los asiáticos, que avanzaban por el torrente circulatorio del mundo como microbios —millones y millones— y atacaban por sorpresa valiéndose de masas humanas disciplinadas y suicidas. No. Esta vez era una guerra más real, más inmediata, más en la carne.

El teniente se tendió en la hamaca y quiso dormir; el calor lo aplastaba y lo dejaba despierto; dormitar, siquiera dormitar, hallarle postura al cuerpo.

La guerra. *Bostezo,* siempre que él hablaba de pedir su baja, se salía con lo de la guerra. No, pero esta vez algo más había en sus palabras. Al que solicita la baja en esas condiciones se le fusila por la espalda. Cerró y abrió los ojos. Se le fusila por la espalda. El chubasco se aproximaba. Por eso hacía tanto calor. Cierto como esa guerra que se les venía encima. Cortinas de aguaceros en formación cerrada. Por el techo y las paredes de madera colábase la lluvia en polvo. Alcanzó el capote y se lo echó encima. La guerra. Los asiáticos pueden navegar en la lluvia y caerles como desembarcando del interior de un aguacero. Así como en sus tapicerías se ven dragones entre hilos de oro, dragones y guerreros —no se sabe qué son más grandes: sus bigotes, sus colmillos o sus cuchillos—, así podrían aparecer bordados entre los hilos de la lluvia. Se adormeció. La balanceadora de las gotas golpeando las láminas del techo. Una batalla resonante, lejana, lejana en la medida en que se fue volviendo batalla de su sueño. Soñaba que estaba despierto, que estaba despierto y que se dormía y que dormido combatía contra los que en mala hora defendió de la exigencia campesina, humana, exigencia de raíz sin tierra. ¿Por qué cambio en el compás de los relojes eternos luchaba ahora de parte de los hombres que ayer contuvo, por principio de autoridad, ordenando a los soldados cargar armas? Y habría dado la voz de «¡Fuego!», si aquellos enloquecidos no se detienen ante la boca de los fusiles... «¡Fuego!»...

Pero ahora batallaba por ellos y con ellos. Su sable emergía de la masa humana candente, del incontenible empuje de los desharrapados, del pueblo trabajador que reclamaba la tierra, y mandaba volver las armas contra los que ayer defendía.

Sacaba los brazos de la hamaca tratando de asirse a algo que no fuera el vacío.

El revolotear de sus manos. Las atraía la luz de la linterna de querosén que había quedado encendida. Dos, tres veces, pasaron cerca, como las manos de un ciego que percibe la claridad por el calor de la llama. Al golpe del artefacto en el piso, despertó. Aún vio sus manos como mariposas. Al recogerlas, tras sentir que con ellas acababa de botar la luz, tuvo para él que eran dos mariposas. Pero algo había llevado en una de ellas. La espada. Una espada que ahora sólo era un sueño trunco.

Tuvo franco y se fue al pueblo. Le castigaban los zapatos, le dolía un poco la cabeza. En la puerta de su negocio, frente a la plaza, estaba Piedrasanta. Camisa y pantalón blanco, pelo alborotado. Hablaba con las narices aplastadas sobre el bigote que le prensaba el labio superior y la punta de la nariz.

—No vaya a creer que le estaba atalayando los pasos. Lo vi venir y me quedé esperándolo para invitarlo a tomar una cerveza.

—No me tocó servicio y salí a dar una vuelta...

—Así supuse cuando lo vi venir de particular...

—¿Y qué tal por aquí?

—Bien...

—¿Bien jo... semaría... o bien del todo?

—Y el señor comandante, ¿cómo siguió de su reuma?

—Lo molesta mucho.

—Aquí vivía antes un curandero que era la mano de Dios para esos dolores, pero se fue a la otra costa. Y en la otra costa, a propósito, mi teniente, como que dicen que va haber bulla.

—Sólo aquí con usted se bebe la cerveza bien fría...

—Siempre procuro que esté helada... Pues sí, teniente, como le venía diciendo, dicen que hay bulla con los vecinos por una cuestión de límites...

—Así dicen... —respondió el teniente, a quien Piedrasanta aclaraba la enigmática conversación del jefe.

—Y si hay guerra va a ser la ruina. Si sin guerra está esto tan mal... El dinero sobra, pero a saber qué se hace. De un negocio como el mío se aprecia bien. La «Tropical-tanera» suelta los miles de dólares entre la gente que trabaja; pero como por arte de magia, al pronto de pagar, igual que si lo recogieran con pala, no queda un peso en alza. Es como si por un lado nos entrara un buey de oro y por otro una bomba más potente lo sacara.

—Y también está planteada la guerra con el Japón... —soltó el oficial, para tirarle la lengua a Piedrasanta.

—¡La guerra con el Japón! Eso sería lo de menos. El peligro es ahora la guerra con nuestros vecinos. Ya se están reclutando tropas. Tropas y víveres. Amolada la cosa. Sólo falta que se lleven gente de aquí y entonces, ¡adiós, negocios! Por de pronto, con las noticias ya hoy estuvo silencio. La gente se esconde y tiene razón; temen que los agarren para llevarlos a que los maten, porque sólo a eso van los soldaditos, ¡pobres!, a que los maten.

—Nunca faltan líos...

—Cuestión de límites. Así dice el periódico. Parece ser que la línea divisoria que para nosotros pasa bien alto en la montaña, quieren ellos que se retroceda... Lo raro es que tan de repente se hable de eso y en forma tan belicosa... Bien dicen que entre hermanos las dificultades se vuelven más enconadas cuando se llevan por mal...

—Nuestro deber, Piedrasanta, es morir por la patria. Yo pediré que me movilicen en seguida; ya estoy aburrido de la costa; tengo una mi tos mera fea, y quién le dice que de la guerra no vuelvo con un par de ascensos, por lo menos capitán.

—No, si cluecos no van a encontrar; desafío por desafío, desiosos estamos todos de oler la pólvora..., ¡y eso amerita otra cerveza!

—Pero la pago yo —dijo el teniente al despegarse el vaso de la boca.

—Es la primera vez que se deja invitar, mi amigo. Tres son las del soldado, y sólo va la segunda.

—Entonces, la tercera es mía...

—Hablando se entiende la gente. La tercera es la suya. Y ya podían irnos consultando a usted y a mí para arreglar esa cuestión de límites sin que hubiera guerra.

—¿*Y* entonces, mi ascenso?

—Pero como ustedes tienen ascenso por la guerra que nos hacen en tiempo de paz...

—¡Por la vida suya! ¿Y ustedes no tienen ganancia por el negocio que hacen en tiempo de hambre? ¡A su salud! Tomo antes que se le acabe la espumita.

—Déjese el bigote y no andará necesitando que el bigote le haga sobre el labio la cosquilla de un bigote de hombre...

—Échele maíz a la pava, quemado me lleva, sepa que con y sin esa babosada soy muy hombre y le echo riata a cualquiera que me ponga enfrente, ¡sea quién sea!

—¡Lo que usted quiere es que nos echemos... otra cerveza!

—¡El que manda no suplica, pero la pago yo!

Piedrasanta llenó los vasos. El líquido ambarino caía como una madeja fría, espumosa. Dijo al ponerlos en el mostrador:

—Y eso que no lo he felicitado por sus millonarios...

—¡Cállese, qué trote! Por fortuna se fueron, y voy a tocar madera, no sea que regresen. ¡Vaina más grande, mi Dios! Las que más los perseguían eran las mujeres. Como ver chapulín les caían las putas, pero no porque fueran mujeres malas, no, mujeres honradas que querían putear por los pesos. Pero mejor hablemos de otra cosa que me corta el cuerpo. Pensar en esos infelices que se volvieron más infelices siendo ricos. El susto de lo de las tierras los espantó; si no, aquí estuvieran jodiendo la pita.

—¿Y sabe usted quién se va a quedar con esas tierras?...

—No tengo ni idea...

—Lino Lucero, el que era socio de ellos...

—Ese hombre me gusta —dijo el oficial, fijando sus ojos avellanados en los de Piedrasanta, como indagando lo que éste pensaba.

—A mí también. Es un hombre correcto. Las tierras le convienen porque son colindancias en su mayoría. Las compra porque quiere producir en grande. Según dicen va a emplear su fortuna en cultivos que ahora tienen mercado en otras partes. Y la casualidad, allá como que viene.

Lino se apeó del caballo, ató el cabestro al balcón de una de las ventanas del negocio de Piedrasanta y apuróse a entrar porque el sol quemaba como llama.

—¡Llueve fuego, don Piedra; en esta su tierra llueve fuego! —entró diciendo.

—Y para eso no hay paraguas, don Lino, salvo que se merque una sombrilla donde el chinito...

—Era lo único que me faltaba. Enemigo del gobierno, y con esa sombría, el peligro amarillo.

—Aquí le presento, don Lino, al teniente de la guarnición...

—Pedro Domingo Salomé —dijo el oficial, al estrechar la mano de Lucero.

—Lino Lucero, si usted no dispone de otra cosa, y a su servicio. Vivo en

«Semírames», que hasta hace un momento era mi casa, porque ahora ya es la casa de usted.

—¿Cerveza, don Lino?

—Cerveza revuelta con gaseosa de limón. Es lo único que me quita la sed. Y mi teniente de franco, después de tantos días de fatiga.

—De trote tupido...

—Pero así sería el regalo que le hicieron, a usted y a los de la escolta.

—Ni las gracias nos dieron...

—Tomemos... A su salud, teniente... A su salud, Piedrasanta...

—*¿Y* ya tiene la noticia del día? —inquirió el tendero—. Hay barruntos de guerra...

—Así leí en los periódicos que llegaron anoche. Traen grandes encabezados en las primeras páginas, y cada letrero de ésos cuesta muchos pesos oro... AI menos era lo que decía Lester Mead y ese hombre sabía dónde le apretaba el zapato... Pero el teniente Salomé debe saber más que nosotros.

—Sé lo que ustedes están contando.

Tras apurar el vaso de cerveza, poco para la sed que traía, Lucero pidió a Piedrasanta los datos de las tierras de sus ex socios que estaba tratando por interpósita mano. Era lo que venía buscando. Anotó en un papel. Despidióse del teniente y al fuego del día. Piedrasanta salió a darle la mano a la calle.

—Si hay bulla, don Lino, esto se va a poner más que chivado. Por de pronto ya está silencio el comercio... ,

—Pues entonces sí va a resultar cierto aquello de «Piedrasanta, moscas espanta»...

—¡Dios se lo pague, ve qué consuelo!

Salomé, de pie frente a una tilichera, señaló al ayudante del tendero un paquete de cigarros y una caja de fósforos, e iba a pagar, cuando Piedrasanta le tomó la mano, aspavientoso:

—¡Se hace delito, amigo, aquí se hace delito el que

Salomé se negó violentamente a recibir el obsequio de cigarrillos y fósforos.

—Ningún favor me hace, porque no voy a fumar si no me recibe el importe. ¿O cree que porque soy militar entré a que me diera bebida y cigarros? Si es así, está muy equivocado...

—No se disguste, es una broma...

—Ni en broma lo acepto...

—Juguémoslo a los dados, si quiere...

—Acepto, pero si lo jugamos todo...

—Alcánzate un cuchumbo y los dados —ordenó Piedrasanta al ayudante—, y servite otro par de cerveza, que ya me puso bravo este futuro general.

Un grupo de vecinos, hombres en su mayoría, desembocó en la esquina de la calle por donde se salía a las plantaciones, avanzando hacia el centro de la casa. Lo encabezaba el juez en medio de unos muchachones que portaban una bandera azul y blanca. Pronto dieron cara a las oficinas de la Municipalidad y salió el alcalde, a quien el juez, en vibrante discurso, hizo el pedido de convocar al pueblo a cabildo abierto a fin de patentizar, a los supremos poderes, la

solidaridad ciudadana en la emergencia.

—... la Patria está en peligro... El enemigo acecha... Todos como un solo hombre a defender el territorio de nuestros mayores...

Se oyeron las últimas palabras del juez, seguidas de aplausos, de gritos, de vivas.

—Un trago —entró pidiendo el bermejo Corunco; no había vuelto completamente en sí desde que no pudo detener la noche—, un trago de lo mismo para variar —repitió al acercarse al teniente y el tendero que dirimían lo de las cervezas, cigarros y fósforos, con los dados.

—¿Ron o blanca? —preguntó el ayudante del mostrador.

—Me da igual...

Y frente al mostrador, con la copa en la mano, dejó caer una larguísima escupida que no se cortaba y ya casi llegaba al suelo.

—¿Quieren que les diga una cosa? —acercóse más a los jugadores, después de beberse el trago y golpearse el pecho con la mano uñada y temblorosa para que le pasara—. El juez de paz, ese mi primo, no es más que un suplecacas de los gringos. Y mal olor tiene la guerra si ésa anda metido allí. Tiene olor a gringo.

En la Alcaldía, mientras tanto, se redactaba el bando convocando al pueblo a suscribir el vibrante documento en que se pediría al gobierno defender con las armas el sacrosanto suelo de la Patria, y se invitaba a todos los municipios de la República a proceder en la misma forma y en el menor tiempo posible.

La Toyana entró en busca del bermejo, rumiando un chicle, alta de pechuga, linda de cara, modosa y chapetona.

—Ve, Corunco —se le prendió del brazo—; si te vas a la guerra yo quiero prepararte ropa y bastimento. ¿Qué necesitas?...

El bermejo le sacó el brazo y le dijo medio indignado:

—¿Y vos estás creyendo que porque me gusta el trinquis, voy a caer de leva? ¿Sabes cómo es esa guerra? Yo conozco el terreno y por eso hablo. De este lado de la raya, una nalga, y del otro lado, otra nalga, y las dos nalgas son de la compañía, porque a nosotros sólo nos han dejado el culo, para que salgamos como lombrices a pelearles su guerra. No es territorio nuestro; que peleen ellos...

—¡Vos sí que sos de lo más último! ¡A dónde lleva el licor! ¡Yo, sin tener pantalones, siento que las manos me comen por empuñar un arma! ¡Cobarde! ¡A tipos como vos los debían fusilar!

—Lo que pasa es que está «engasado» —le susurró por lo bajo, a la Toyana, Piedrasanta, multiplicado en atender a los que entraban a beber cerveza, tragos, aguas, mientras su mujer con el ayudante despachaban a las mujeres que venían a la pulpería en busca de víveres, no se fueran a escasear con la bulla.

—¿Ya tienen la noticia? —entró preguntando el gangoso—. La Compañía ofreció sus líneas para que los trenes circulen libremente, y en el Comisariato están regalando ropa. Ya empezó la guerra...

—¡No puede ser! —exclamó el oficial, y agregó—: Por fortuna que con estos cinco ases me limpio de todo lo que debo y a la Comandancia —hubo suspenso, movió los dados una y otra vez en el cubilete sudoroso y soltó los dados—. Señores, están servidos... Cinco ases...

—Suerte te dé Dios, hijo... Bueno, teniente, ya sabe que Hipólito Piedrasanta lo espera para la revancha, antes que lo movilicen.

Pedro Domingo Salomé se presentó al cuartel, antes de terminar su franco, pero allí por lo visto no pasaba nada.

—¿Qué anda haciendo, teniente? —le preguntó *Bostezo* desde su despacho.

—¿Da su permiso, mi comandante?

—Pase...

Le informó lo que pasaba en la plaza, el cabildo abierto promovido por el alcalde y el juez...

—Es como si lo hiciera la Compañía... —se le oyó decir entre un bostezo y otro.

También le informó lo de los trenes, puestos a disposición del gobierno por la Compañía, en caso de movilización general y de la distribución de ropas en el Comisariato.

—De paso que el bestia ese del telegrafista intentó suicidarse y sólo se maljodió. Tendré que pedir a uno de los operadores..., pero no, no puede ser de la Compañía ni del Ferrocarril...

—No hay necesidad, jefe; yo estuve en el telégrafo y creo saber tanto como Polo Camey.

Bostezó antes de preguntarle con desconfianza:

—¿Usted?

—Sí, yo...

—El suplente fue al hospital a ver cómo seguía. Dicen que dejó una carta para las autoridades. Vaya, Salomé, ahora que me cuenta que el juecedto anda por la Municipalidad preparando el cabildo abierto, y en su despacho debe tener esa carta. Si está cerrado éntrese por la ventana. La recoge y me la trae.

Giró el teniente sobre sus talones y fue casi corriendo para llegar antes que el juez volviera a su despacho. Allí bajo el cartapacio, estaba oculta la carta de Polo Camey. No era tinta roja, era sangre lo que la manchaba. Sangre que desde sus venas cortadas salpicó el sobre como lacre humano.

El comandante la arrebató de sus manos y antes de entrar en su despacho para abrir el sobre y enterarse de su contenido, bostezó y le dijo que tomara arresto por andar vestido de paisano.

—¡ Aaaguacates!

—¡Las tortillas con queso!

—¡Los chiles rellenos!

—¡Limones!

—¡Los tamalitos de helote!

—¡Los de loroco!

—¡Mangos!

A los costados del convoy detenido en la atmósfera de horno de Río Bravo, las indias, limpias como los regatos en que acababan de bañarse, ofrecen sus comestibles a los viajeros.

—Arroz, ¿vas a querer? Arroz con gallina...

—Huevos duros...

—¿No va a comprar la enchilada? ¡Las enchiladas!...

—¡Arroz con leche!

—¡Café! ¡Café con leche! ¡Café caliente!

Y las manos de los viajeros, descolgadas desde las ventanas del tren, recogían de

las vendedoras lo que apetecían de aquel mercado que en dos rías pasaba bajo sus ojos de lado y lado de la línea férrea.

—¡Las cervezas!

—¡El pan de maíz!

—¡Los cocos!

En el esplendor metálico de los ramajes, árboles de grandes hojas en forma de corazones verdes, las guacamayas vestidas con los colores del arcoiris tropical, parlotean como si repitieran las voces de las vendedoras de frutas y comestibles y ya no se sabía si eran las guacamayas o las indias de huipiles de sedas de vivísimo matiz, las que seguían las ofertas:

—¡Horchata... a cinco el vaso!...

—¡Los rellenitos de plátano!

Y en trenza se mezclaban las voces: ¡melón!, ¡papaya!, ¡chicos!, ¡guayabas!, ¡guanábana!, ¡anonas!, ¡caimitos!, ¡jocote marañón!, ¡zapotes!, ¡guineos!, ¡guineo morado!, ¡guineítos de oro!...

Y otros refrescos:

—¡Tiste!

—¡El chian!...

Unos bajaban, otros subían a los vagones que pronto iban a reanudar la marcha, dando colazos en las vueltas de aquella peregrina trocha angosta que trepaba igual que una escalera de caracol de la costa hasta las cumbres.

—¡El loro!

—¡Periquitas!

—¡Los cangrejos!

En bejucos verdes ofrecían rosarios de cangrejos con los ojos inmóviles y las tenazas en movimiento.

Tosidas de basca. Otras más secas. Más toses. Risotadas. Dicharachos. Chencas de puros. Cigarrillos finos. Escupitajos. El tren a la espera de la campanada que anunciaría el momento de seguir.

Si se tarda más no llega.

—¡Muy buenas, mi teniente! —saludó un pasajero a Salomé.

—¡Muy buenas! —contestó éste a tiempo de trepar al estribo.

—¡Apúrese, apúrese, que si no se va a ir... quedando!

—¡Me agarró el tiempo!

—Quedan unos minutos para que enganchen... Ya engancharon. ..

Bajo los carros se oyó pasar por los tubos el resoplido del vapor de agua.

—¿Se lo llevan de por estos lados, teniente?

—¡Ojalá!

El tren cabalgaba por la planicie que de lado y lado se extendía hasta el infinito. Nubes con suavidad de peso blanco bajaban a ramonear el pasto. El cruce de un río, por un puente, interrumpía la monótona marcha del convoy al aguacalarse el eco de los redondos mundos metálicos y concéntricos en que avanzaba a toda velocidad.

Pedro Domingo Salomé, teniente de infantería, llevaba sobre su persona, en un sobre lacrado y sellado con el sello más grande de la Comandancia, la carta que escribió Polo Camey, antes de cortarse las venas.

—Dicen que va haber bulla... -—se acercó a decirle el que le saludó al llegar al tren—. Allá abajo es la voz que anda, que ya la guerra está... Yo me vine porque tengo a mi familia en la otra costa y mejor estar cerca, no lo agarren a uno con la familia desperdigada los acontecimientos, ¿no le parece? Y si hay buruca que sea de una vez por todas, hay que pararles las patas a esos asoleados.

Salomé vio a lo lejos, en la plataforma del carro en que iba, a Pío Adelaido Lucero. El muchacho, asomado a la vía, el sombrero en la mano y el cabello al viento, no se dio cuenta cuando aquél acercósele e hizo como que le empujaba al mismo tiempo de agarrarlo.

—Los hombres no se asustan...

—¡Yo sí me asusté! —confesó el muchacho, pálido y con el corazón saltándole, que no le cabía en el pecho.

—¿Y el papá?

—Va dos carros adelante...

—Déle mis saludos, y nada de estar sacando la cabeza a la vía porque es muy peligroso. Puede haber un peñasco o el travesaño de un poste y se mata.

El teniente Salomé volvió a su asiento. Un cigarrillo para pensar. El tren llega a las seis y media de la tarde. De la estación al Ministerio de la Guerra. Sólo a entregar y de allí al hotel. Sólo a dormir, para volver mañana. Esa era la orden. El sobre lacrado bajo el paño de su guerrera tronaba igual que si llevase una tempestad adentro.

Seguido de su hijo venía Lino Lucero. Dejó que se acercaran para levantarse a saludar.

—Mucho gusto... —Se iba a poner de pie, mientras Lino le apoyaba en el hombro la mano izquierda, para impedir que se levantara, y con la diestra le estrechaba la mano calurosamente.

—¿Para dónde la tira? —preguntó Lino, al tiempo que el teniente se corría en el asiento, para dejarle lugar al lado suyo.

—A la capital; *¿y* ustedes?

—¿Va en comisión?

—Así dicen...

Pío Adelaido, aprovechando que ellos conversaban, escabullóse hasta la plataforma, para recibir en la cara el golpe del viento. Por lo menos ser aviador. Ir así, así como él iba, pero entre dos alas. Se le cerraban los ojos con el ardor del golpe del aire y tras cubrírselos con los párpados unos segundos volvía a abrirlos. No debía cerrar los ojos si quería ser aviador. Luchaba por sostener las pupilas expuestas al viento, al polvo, al humo. El olor del viento cuando salía el tren a campo abierto era distinto de cuando se encallejonaba entre túneles de peñas. Un aterrizaje. Sí, el olor de las peñas le daba la sensación de aterrizar. El paisaje se borraba. La pista. Y el convoy fugándose, y de nuevo campo, el convoy sin rieles, volando, sin ruedas, como un gusano que fuera sostenido por pequeñas alas de mariposas de humo...

—En la peluquería lo contaron —decía Lino al teniente Salomé—. Quién no recuerdo, pero allí lo contaron. Habíamos varios. No recuerdo quién lo contó. Con todos sus detalles. El submarino se vio aparecer en alta mar. Esto fue el lunes. Miércoles el submarino volvió a salir a flote. Después se supo desde que le comunicaban datos precisos sobre la situación de las defensas en el Pacífico del Canal de Panamá.

—Eso es muy grave —dijo el teniente— y me parece que si Polo Camey lo hacía...

—Por eso se suicidó...

—Sí, decía yo que si Polo Camey lo hacía obraba por su cuenta, sin autorización del gobierno.

—Desde luego que sin autorización del gobierno, pero no estoy de acuerdo con usted en lo demás. Camey no obraba por su cuenta.

—¿Y por cuenta de quién obraba?

—Ese es el misterio...

La carta del suicida tronaba en su guerrera, igual que si dentro del sobre lacrado y sellado con el sello más grande de la Comandancia, fueran sus huesos.

—En fin —siguió Lucero—, que el gobierno debe estar en un lío padre. Más ahora que se nos amenaza del otro lado de la frontera, y que naturalmente necesitamos el apoyo de los gringos. ¡Cualquier día nos apoyan sabiendo que estamos en connivencias con submarinos japoneses!

—¡Qué fregado está eso! Bien dicen que cuando el pobre lava su cobija ese día llueve.

—Además cuentan que Camey dejó una carta, carta que el juez tuvo en su escritorio y que desapareció. ¡Imbécil, por andar de embelequero en lo del cabildo abierto!

—¿Y qué cree usted, señor Lucero?

—Lo que todo el mundo cree; que esa carta la desapareció un alto empleado de la «Tropicaltanera», aunque para mí también esa explicación tiene sus peros...

Y se iba a levantar en busca de su hijo, pero lo vio venir y arrellanándose nuevamente en el asiento, para rematar lo que decía, golpeando con la mano abierta la rodilla del joven militar.

—Tiene sus peros, porque si el juez está a sueldo de ellos no había necesidad que la sustrajeran. Es más. Sin sustraerla, dejándola en poder del juez, caso de no convenirles, la habrían podido sustituir por otra para lavarse las culpas. Imagine que Camey hubiera dicho que había recibido fuertes sumas de la «Tropicaltanera» a cambio de dar aquellos mensajes...

—Pero son norteamericanos los de la Compañía...

—No son de ninguna parte... El dinero no tiene patria... ¿Y si los mensajes eran erróneos, sólo para hacer caer a un empleado del gobierno en tan gravísima falta?

El teniente Salomé, en cuyo pecho iba la carta, se sintió orgulloso de haber evitado que cayera aquel documento al parecer tan importante en manos de algún empleado de la Compañía, y del mismo juez. En los labios se paladeaba el aire dulce de la meseta; dejaban las masas salobres de la costa y entraban en una atmósfera de azúcar.

Pío Adelaido vino a decir a su padre encarándose con él:

—Papá, yo quiero ser aviador...

Lino le acarició la mano, dándole golpecitos al compás del desplazarse del ferrocarril, sin responderle.

—Papá...

—Sí, ya veremos...

—¿Por negocios viene? —preguntó el teniente.

—Por negocios. Necesito un poco de maquinaria agrícola para intensificar mis cultivos. Quizá oyó hablar usted de Lester Mead.

—Lo que se cuenta en las plantaciones, señor Lucero. Ese sí que es un gran hombre.

—Para mí es el hombre con más corazón que he visto en mi vida *y* soñaba con un grupo de cultivadores de bananos que mediante cooperación del trabajo y el capital libraran nuestras tierras de la siniestra explotación a que están sometidas. Si no se muere, otro gallo nos cantara.

—Y usted, por lo que veo, piensa seguir en el plan...

—Sí, y por eso no acepté ir a vivir en las grandes ciudades, como Cojubul y los Ayuc Gaitán.

—Esos se dejaron encandilar, y les entró la deliradera...

—Cada cual piensa con su cabeza.

—Muchos habrá que lo secunden. Si a mí me dieran la baja yo me iría a trabajar con usted a ojos cerrados.

—Habrá o no habrá... Muchas gracias por la confianza... Creí que mi obligación moral, al recibir la herencia, era aceptar con el frío metal, el fuego, la pasión de vida que animaba a Lester Mead y a doña Leland.

El nombre le quedó sonando en los labios: Leland... y vio el mechón de sus cabellos color de oro verde, cuando el tren se fue despacito, rodando, sin hacer mucho ruido por un cementerio de bananales tumbados, ya ella muerta...

—Papá, esta noche me lleva al cine...

—Si hay tiempo...

—Y me tiene que comprar mi bicicleta, y me tiene que comprar mis patines...

Frío, hambre y sueño sentían los viajeros, molidos por el viaje y silenciosos, que largo se hacía el tiempo cuando ya iban llegando.

—¿Papá, me lleva al cine...?

—¿Y qué va ir a ver al cine? —interrogó el teniente.

—¿Cómo qué? Lo que den. Las vistas.

La luz baja y poco clara de las lámparas borraba a los pasajeros. Se miraban los bultos. Los bultos sobre los asientos. Esa sensación de no llegar nunca. De consultar la hora a cada momento.

—¿Papá, me lleva al cine...?

—Para qué quieres que te lleve al cine si aquí, viendo pasar las calles iluminadas, las gentes, los autos, es como si estuvieras en el cine...

Y la visión era exacta, la visión cinematográfica de la ciudad por donde pasaba el tren rápidamente.

El Norte barría la ciudad, golfo de las más negras intenciones heladas, la ciudad desierta expuesta al viento y al silencio, amurallada en sus casas bajas y en su sueño hondo. El cielo lila. Esas noches lilas que hacía más infinita la orfandad de las estrellas. Y hacia poniente los volcanes de tierra ausente de lo que pasa entre los hombres, volcados a la suma grandeza de las nubes.

El teniente Salomé tomó un automóvil para dirigirse al Ministerio de la Guerra. El subsecretario le esperaba en su despacho y le hizo pasar en seguida, casi sin saludarlo, a presencia del ministro, a quien Salomé alargó el sobre que contenía la carta del suicida. El ministro ni le contestó el saludo ni le miró. Fuese, al tener el sobre en la mano prieta y menudita —más prieta y menudita saliendo de la

bocamanga con los entorchados de general—, fuese con su pasito de indio y sus bigotes canos de vaca marina, por los corredores iluminados y lustrosos, siguiendo el camino de una alfombra roja, entre charpas de ayudantes y carreritas de porteros.

El subsecretario indicó a Salomé que se buscara hotel para pasar la noche y volviese a esperar órdenes. Un hotelito cualquiera, más para dejar su equipaje, porque a saber a qué horas lo iban a despachar.

—La interior catorce... —dijo el dueño del «Hotel del Tren», rabiando en busca de los anteojos, manotazo aquí, manotazo allí, entre papeles y libros de contabilidad, y un criado con la piel vidriosa, como la brea, entró la valija y el maletín de Salomé.

—¿Vas para la guerra? —le preguntó en voz muy baja.

Al teniente le cayó muy mal lo del «vas», y no le contestó. El sirviente contentóse con sonreír.

La habitación interior catorce... Ni la luz se encendió. Apestaba al sueño interrumpido de los cientos, de los miles de viajeros a quienes despertaban a golpes en las puertas para que no perdieran el tren. Ese sueño sin gastar, mancado, que no es ninguno y que sólo fue un profundo, un inmenso deseo de no despertar, de cerrar los ojos y que no viniera el madrugón.

Esperó que el sirviente, moviéndose en la oscuridad un poco al tacto, pusiera la valija y el maletín al lado de la cama, salió tras él —no hacía ruido con los pies descalzos— y en la puerta se detuvo para echar la llave por cumplir con el reglamento y con el rito de sentirse propietario.

—Oiga, jefe... —le llamó en la oficina de recepción el viejo que al entrar él, hace un momento, buscaba sus anteojos; los había encontrado metidos en la «Guía Telefónica», y se consideraba el hombre más feliz del mundo—. Tiene que llenar este papel con su nombre y apellido, edad, nacionalidad, profesión, lugar de nacimiento, procedencia, destino y citar los documentos de identidad que posee.

—Y eso..., ¿tanta exigencia?

—Siempre ha sido así, pero ahora con lo que va a haber guerra por esa cuestión de límites se ha puesto peor... ¡Puesto, oí, puesto —se dirigió al sirviente, mientras el teniente llenaba la ficha—; puesto, no ponido, como decís vos! El puesto que tiene don fulano... ¿Caso decís el ponido que tiene don fulano?... Y como decís reponido... Gracias a Dios que hay guerra y que allí van a morir todos los que como vos no son Académicos de la Lengua... Reponido... ¡Repuesto!... ¡Repuesto!... ¡Repuesto!... Trajeron el repuesto, el repuesto del automóvil. ..

El Norte seguía soplando, por momentos casi huracanado, y sólo ladeando el cuerpo lograba el oficial cortar la masa de viento que lo hacía detenerse y bailar hacia atrás cuando regresaba.

—¡Adiós, teniente, ya va de vuelta!... —alcanzó a oír una voz femenina tras una puerta.

Las personas que venían a favor del viento pasaban cómo exhalaciones. El polvo no dejaba ver. Polvo, papeles, todo volaba hacia los techos entre el bailoteo de los focos eléctricos en las esquinas, igual que si estuviera temblando, y el huir lloroso de los perros callejeros que se pandeaban al cruzar las bocacalles.

Fuera el viento y dentro de las casas, tras los muros, las puertas, las ventanas, el ventarrón de la guerra en noticias que se repetían y repetían sin gastarse, aunque a veces más que hablar era callar, porque la guerra se había callado con callar de muerte. Las familias se iban a la cama y entonces sólo se oía el viento Norte que

aullaba con aullido casi humano al llevarse los pedazos de periódicos del día, todos belicistas, significando —los arrastraba por el suelo, golpeaba en las paredes, abandonaba en los basureros, sepultaba en los barrancos, iracundia de gigante fluido—, que nada de lo que en ellos se leía era verdad. El venía del Norte, de los terrenos en disputa y no era cierto lo de la pugna y el odio; allí seguía el idilio de la tierra y el cielo, de la tierra y el hombre, la miel de la vida en los trapiches, el humo de la paz sobre los ranchos, el cencerro, la hamaca y el ordeño, las guitarras, los potros y las hembras, lágrimas en velorios, guirigayes en las fiestas, y la cabalidad en todo. El venía del Norte igual que mensajero y cansado de andar en la ciudad sin que nadie le oyera, enfurecido lo destrozaba todo y de haberla podido arrancar de cuajo la arrancara, sorda como sus muros, como sus noches, ciega.

El teniente Salomé medio se detuvo —un cigarro—, pero sólo encontró virutas de tabaco en sus bolsillos. Más adelante compraría, con tal que hubiera donde, pues todo estaba cerrado. En el centro era lo más probable. Fregado quedarse sin con qué echar humo. Apretó el paso por llegar pronto y porque andando ligero se calentaba. Venir de la costa y caer en una noche así. Sin el capote se habría helado y sin el orgullo de haber sustraído la carta de Polo Camey del despacho del juez. ¿Orgullo de un delito? Sí, señor, de un delito al servicio de la Patria. En la guerra como en la guerra, y en la guerra es un orgullo matar, lo que también es un delito, un delito más grave que sustraer documentos.

Adelante, en una calle transversal, la luz de una cantina abierta, «Cantina Dichosofuí».

—¿Hay cigarrillos? —preguntó desde el umbral.

—¿De qué manera se le ofrece? —preguntó una cuarentona que despachaba a dos manos, una garrafa de aguardiente en cada mano, copas y más copas a un grupo de clientes silenciosos.

—Déme «Chipanes» y fósforos...

—¿También quiere fósforos?

—También quiero fósforos...

—¿Y salivita?... —ronqueó la mujer, vivaracha y sonriente, seguía en lo que estaba, una garrafa en cada mano, llenando las copas—. Acerqúese el cristal... —se dirigió a uno de los parroquianos que casi de un tic nervioso sacó la mano del bolsillo y le aproximó su copa, y volviéndose de nuevo al militar, exclamó—: ¡A dos garrafas, jefe, no hay «bolo» valiente!...

A la vista de muchas cosas ricas de comer, alineadas en el mostrador bajo mosqueras —más que la vista el olor—, Salomé sintió hambre y como había una enramada con mesas y sillas en un medio patiecito, se fue a sentar. Además de los cigarrillos y los fósforos que le llevaran una cerveza y un pan con curtido y sardina.

—¿No se le ofrece otra cosa? —preguntó una muchacha que dormitaba y se levantó a servirle, tetuda, trigueña, potrancona; vino contoneándose con la cerveza y el pan relleno de encurtidos y sardina.

—¿Y todavía me lo pregunta, con el olorcito que tengo aquí cerca?

—Vea... —se volvió agresiva—, no le doy una gaznata porque me hago de delito.

—Entonces, chula, ya sabe lo que se me ofrece, y no pregunte. Como me preguntó mientras yo comía mi pan con sardina, le dije.

—¡Repesado!

—Acerqúese, me quiero ir repitiendo el nombre del establecimiento:

«¡Dichosofuí!... «¡Dichosofuí!»...

—¿Y para dónde va?

—¿Verdad que voy a ser dichoso?

—¿Para dónde va? Se le va a hacer tarde... Ni la cerveza se ha bebido.

—¿Quieres tomarla tú?

—Ya es de «tú» la cosa... La mitad... Hasta aquí voy a tomar... ¿No me tiene asco?... Tengo muchas enfermedades...

—¿Cómo te llamas?

—Adivine y le digo...

Se empinó el vaso. El teniente entreabrióse el capote para buscar su reloj. Ya era hora. El tiempo de que le trajera otro pan y otro vaso de cerveza.

—¿Pan con chorizo? ¡Al fin va a comer algo decente!...

—El chorizo será decente para ti, pero para mí, no.

Contoneándose se alejó con el quepis sobre la cabellera prieta. El teniente se levantó de la silla para gritarle: «¡Dos cervezas en vez de una!», y no perder de vista aquel juego de fandango que hacía al andar. ¡Qué culebreo!

—No me dijiste cómo te llamabas...

—Antes dígame usted su gracia...

—Bueno, a tu salud...

—Cuando venga más despacio le voy a decir mi nombre... A su salud, teniente, que tenga mucha suerte...

—Bueno, me iré diciendo «Dichosofuí»...

—Dos cervezas no es para tanto. Cerveza y media, mejor dicho, porque le robé tanto así del otro vaso. Pero otra vez viene, se zampa unos veinte tragos dobles, y entonces, aunque sea a gatas, le aseguro que se va diciendo, como el pajarito: «Dichosofuí».

Diez dedos electrizados sobre una máquina de escribir teclean en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Copia de la carta de Polo Camey y su traducción al inglés. Mañana habrá que sacar copias fotográficas. En el despacho ministerial conversaban el canciller, esqueleto de un país muerto, el ministro americano, prototipo del *carpet-bagger,* y el ministro de la Guerra, doblado por los años, sin habla, haciendo ronrón como los gatos.

El ministro de los Estados Unidos se puso del color de su camisa amarilla al leer la carta de Camey, y la traducción en inglés. Era una forma confidencial y amigable de prevenirle del contenido de aquel documento, antes de nacerlo en forma oficial.

—Fácil será establecer —dijo el ministro de Relaciones, moviendo la mandíbula; se le veían los músculos bajo la piel como resortes de calavera de estudiar anatomía —la verosimilitud del aserto, en cuanto a las sumas cuantiosas que recibió el telegrafista. Tenemos los billetes y se investiga para establecer si los números corresponden a las series con que en esos días hizo otros pagos la Compañía...

Los anuncios luminosos encendiéndose y apagándose en lo alto de los edificios de las calles céntricas, vestían y desvestían de colores al teniente Pedro Domingo Salomé, luces de colores que él sólo había visto en las quemas de fuegos artificiales. Se detuvo a contemplar el rutilante ir y venir de la luz, sus escaramuzas, sus correrías, sus choques, juego reflejado en su capote, ya rojo, ya

morado, ya verdoso, y luego en negro al apagarse todo el anuncio. Se borraba él y se borraba todo, como si una descarga lo hubiera bañado de oscuridad eterna. Recobró el paso para salvar la Plaza de Armas y presentarse en el Ministerio de la Guerra.

Esta vez el subsecretario mostróse más amable y por hablar de algo le preguntó si ya estaba lloviendo en la costa.

—Sus chaparrones han caído, pero no se ha entablado el invierno. Por allá abajo cuando llueve es cosa seria.

—Si lo sabré yo, teniente, que me pasé mi juventud quemándome en esos climas. ¡Qué climitas, mi Dios!... Me da frío de sólo acordarme, y eso que el paludismo que tuve fue benigno, y ahora ya las condiciones han cambiado mucho, antes había que ver... —y tras una pausa en que gastó una caja de fósforos en encender una chenca de puro, añadió—: No ha vuelto el señor ministro... De repente usted no se va de mañana... Si no lo despacha se va a tener que quedar...

El tic-tac de los relojes, interrumpido por los chupones que el subsecretario le daba al puro, acompañaba el pensamiento del oficial. «Dichosofuí»... Pensaba en la hembra que servia en la cantina, guapota, fácil, y al oír decir que tal vez no lo despachaban en seguida, que lo dejaban más tiempo, se proponía cambiar de hotel. Buscarse algo más presentable —el bocado de aquella hem-braza lo apetitaba—, algo más céntrico, porque en ése en que había ido a dar de verdad parecía que a todos se los estaba llevando el tren. Por algo se llamaba así, y a la hembra no la iba a invitar al «Hotel del Tren», que era como arrastrarla al «Abecedario», edificio de cuartos con puertas a la calle. En cada puerta una letra y en cada letra un amor que se va y otro que viene.

La llegada del señor ministro inteirumpió el sueño en que despiertos contaban los minutos o no los contaban por estar fuera del tiempo, el subsecretario chupa que chupa el cabo de puro ensalivado y el teniente imaginando dulzuras con la muchacha de la cantina... «Dichosofuí»... El ruido de los sables y espolines de los ayudantes, los pasos y las voces de los porteros anunciaron la llegada del silencioso ministro. El subsecretario pasó en seguida por una puerta de comunicación al despacho ministerial, apenas tuvo tiempo de arrojar la chenca a la escupidera.

Suavemente, como el que sale del cuarto de un enfermo, volvió el subsecretario.

—Dentro de un momento lo va a llamar —dijo al teniente—. Estése parado allí, junto a la puerta; párese allí junto a la puerta. Allí, allí...

El anciano general, titular de la cartera, le felicitó por haber sustraído la carta de Camey, a quien calificaba de «servidor indigno», bien que ante la gravedad de su delito de lesa patria haya optado por suscribir aquel documento y suprimirse.

Le hizo saber que sería promovido al grado de capitán y que se quedara en la capital esperando órdenes. Figuraría en el orden del día por servicios extraordinarios prestados a la Patria en tiempo de guerra.

Al nuevo capitán se le llenó el pecho de todas esas cosas que no son visibles —honor, mérito, gloria— y si la mano del ministro temblaba de senectud, la de él se sacudía de emoción, cuando se estrecharon, en medio de un silencio de mapas, mapas que eran como lenguas saliendo de grandes bostezos. ¿Por qué pensaba en el comandante? Sí, pensó en el comandante al dar las gracias; tal vez lo promovían...

El subsecretario también lo felicitó y lo felicitaron sus compañeros de armas, pero ya en el despacho del subsecretario. La puerta del señor ministro se había vuelto a cerrar.

Apenas la madrugada pasó en el «Hotel del Tren», porque muy temprano se puso en campaña para lograr otro hospedaje.

—Queda libre el interior catorce... —dijo el viejo que atendía la oficina, y luego de llamar al sirviente, para que sacara la valija y el maletín, negóse a recibir el pago del cuarto.

—No, señor oficial —le rechazó el dinero—, de ninguna manera... Si yo fuera más joven y pudiera ir a la guerra... ¡Cómo le voy a andar cobrando!...

El criado tampoco le quiso recibir la propina.

—Pienso irme a presentar esta semana y quién quita que me toque en su compañía. La propina será entonces pelear al lado suyo...

Y le dio la mano, su mano de raíz humilde, recién arrancada de la tierra.

XV

—¡Salude, no sea *mish!...* —instó Lucero a su hijo.

—¿Le comieron la lengua los ratones —se adelantó el señor Maker Thompson hacia Pío Adelaido, con la mano alargada—, y no le dejaron ni un pedacito para saludar?

—¿Cómo andamos, míster Thompson?

—Como cuando no era accionista, amigo... ¿Y ese muchachón qué dice? Boby debe estar en la calle. Aquí se han cambiado los papeles. Los perros en casa y el niño en la calle. Es un chico callejero, no como tú, que te debes portar muy bien.

—Hasta allí no más, míster Thompson.

—Vamos, dejemos a papá aquí y buscaremos a Boby, mi nieto, para que lo conozcas.

—No se moleste, míster Thompson, que al cabo sólo venimos entrada por salida...

—¡En esta su casa, amigo Lucero, no se aceptan ni médicos ni visitas de médicos!

Y desapareció con Pío Adelaido por el fondo de la sala, que se veía más espaciosa por la falta de muebles: un sofá y dos sillones de un lado y en la parte que daba a los ventanales del jardín una mesa con periódicos, revistas, libros, cajas de cigarrillos y en marcos de plata los retratos de Mayarí, doña Flora y Aurelia, los mismos que en las plantaciones tuvo siempre sobre su escritorio y que estaban vivos por milagro, pues Boby, con sus pelotazos había acabado con todo lo quebrable y hasta en las paredes se veían huellas de las directas, como impactos de bala.

La luz de la mañana sumía la estancia en una profunda claridad de agua límpida. Qué distinta luz la de la costa, donde, desde el espacio celeste hasta la habitación más pequeña se llenaba cuando alumbraba el sol, y los objetos y uno mismo sentíase prisionero del centelleo radiante de cada partícula, debiendo vencer su densidad para moverse. Aquí, no; aquí en la ciudad, a casi dos mil metros sobre el nivel del mar, salía el sol y no llenaba nada; quedaba el ámbito hueco bañado en su fulgencia como un espejo, y todo era como un sueño, un sueño en el vacío de un sueño, nada tangible, nada real, todo inexistente en la luz que no existía directa sino reflejada.

—Lo he dejado con Boby para que se hagan amigos —volvió diciendo Maker Thompson—, pero por atender a su chico ni siquiera le he dado la mano... ¿Cómo le va, don Lino?... ¿Cómo le va?... Hay que sentarse... Tome asiento... No sé si usted fuma...

Boby y Pío Adelaido se presentaron cuando Lucero y Maker Thompson, antes de sentarse, encendían un cigarrillo; más bien Maker Thompson, con un llameante encendedor de oro, le encendió el pitillo, en la boca, a su visitante.

Boby saludó a Lino y en seguida aproximóse a la oreja del abuelo y cuchicheó algo que éste repitió en voz alta, a medida que lo oía, no sin advertirle que secretos en reunión son mala educación.

—Me está diciendo que le pida permiso para llevar a su muchacho de paseo —explicó el abuelo, aunque inútilmente, porque al repetir las palabras que su nieto soltaba en el pabellón de su oreja, ya lo había hecho saber a Lucero.

—La única dificultad —expuso Lino— es que yo no me voy a quedar mucho tiempo, tengo otras cosas que hacer.

—Si es por eso no hay cuidado; que los chicos se vayan de paseo y cuando vuelvan le mando dejar a su chico en el hotel...

—Será mucha molestia...

—Ninguna... El chófer está todo el día de haragán... Pero, sí, Boby, ten cuidado con él.

—¿Llevas pañuelo? —preguntó Lucero a Pío Adelaido, aproximándose a darle un pañuelo y algunos pesos.

—¡Edad feliz! —exclamó Maker Thompson cuando salían—. Para ellos y para nosotros. Mi vida, amigo Lucero, no tendría ninguna razón de ser sin este nieto. Pero dejemos la cuerda sentimental y abordemos de lleno el asunto que me indujo a invitarle a venir por esta su casa.

Las canas se le regaban al viejo Maker como una luz de luciérnaga más blanca entre el pelo rubio, cobrizo. Levantó la diestra con el pulgar y el índice abiertos en forma de pinza al tiempo de agobiar la frente para clavarse los dedos en los párpados cerrados, correrlos sobre las pepitas de los ojos y juntarlos en la ternilla de la nariz.

Luego alzó la cabeza con decisión. Sus pupilas sin brillo, empañadas por el tiempo, se detuvieron con simpatía en el rostro tostado del visitante, a quién llamó señor Lucero, y no don Lino. «Señor Lucero» era casi «Míster Lucero»; lo de «don Lino», era tan aldeano y local...

—El propósito de continuar la obra de los esposos Stoner o Mead, como se les conocía entre ustedes, señor Lucero, criterio que ha privado en la conducta de usted y sus hermanos, es muy respetable... Formar cooperativas agrícolas de producción...

Lino se mostró anuente con el gesto, aunque guardaba la más profunda desconfianza para el viejo y todo lo que decía.

—Desgraciadamente, señor Lucero, una fortuna es una madeja de sueños de codicia, una madeja asquerosa e innoble, aislable en la medida en que de una cabellera aisla usted, con un peine, un mechón de pelos. Superficialmente lo aparta, pero en el fondo queda unido al resto, sigue participando de todo lo que lo nutre en el cuero cabelludo, de cuanto hay de bueno y de malo bajo sus raíces. Las acciones que usted, señor Lucero, y sus hermanos poseen en la «Tropical Platanera», han tratado de apartarlas con generoso impulso, al seguir las huellas de Lester Mead, pero sólo en apariencia, porque dentro, en el fondo, han quedado nutriéndose de lo que alimenta a todas las demás acciones.

Hizo pausa y siguió:

—Y debajo de ellas, en estos momentos, señor Lucero, se libra una lucha a muerte que está a punto de provocar la guerra entre su país y el país vecino, de lanzarlos fríamente a la lucha armada.

—¿Y cree usted, míster Maker Thompson, que se llegue a tanto? Estuve con mis abogados esta mañana y ellos creen que el asunto de límites se resolverá

pacíficamente mediante un arbitraje en Washington.

—Mi temor es ése: que tal y como van las cosas sean ustedes los que en el fallo pierdan la partida y al perder ustedes quedamos en la «Tropical Platanera» bajo la dependencia de la «Frutamiel Company», que en el Caribe es el grupo de la Compañía más terrible y voraz. Es la «Frutamiel Company» la que está agitando todo este asunto de límites, no porque le interesen un comino los intereses territoriales del país vecino. Su propósito es otro, dominar a la «Tropical Platanera», para ser entonces el arbitro de los destinos de la Compañía.

Los ojos castaños del viejo plantador de bananos recobraban el perdido calor y el brillo, cuando en el semblante de Lucero pulsaron el efecto de sus palabras. Continuó:

—Un grupo de accionistas bastante fuerte trata de evitar lo peor y me han pedido, por intermedio de mi hija Aurelia, que yo vuelva a Chicago. Debe maniobrarse hábilmente para que este país no vaya a perder una importante faja de terreno en el arbitraje, y para que nosotros no caigamos bajo el control de la «Frutamiel Company». Eso es todo.

—Vuelve entonces usted a Chicago...

—Depende..., depende... —reunió y apretó sus músculos faciales que al oír hablar de su ciudad natal suavizaba la nostalgia, para que fuera su cara lo que siempre fue, un nudo de energía.

—Señor Lucero —atacó de lleno—; me tomé la libertad de pedirle que viniera urgentemente porque vamos a necesitar de los votos de ustedes, como accionistas, para que yo salga electo de presidente de la Compañía, en la seguridad de que si así fuera trataré de evitar la guerra, ante todo evitar la guerra, y procuraré que el arbitraje salga favorable a su país.

Lucero se levantó a darle la mano; hace un momento desconfiaba, pero ahora era todo fervor.

—Nada de cantar victoria antes de tiempo y menos hablar de esto con sus abogados —dijo el viejo Maker correspondiendo a sus apretones de mano—; cualquier indiscreción de su parte podría ser fatal para nuestro juego, su país perdería una buena faja de terreno y nosotros pasaríamos a depender de la «Frutamiel».

—Desde ahora cuente ya con nuestros votos. ¡Qué fregado! Al no más bajar yo a la costa hablo con mis hermanos y los entero de todo.

—Sí, estas cosas conviene tratarlas personalmente y en la mayor reserva en cuanto a la finalidad, que es ganarle la partida en lo de límites a la «Frutamiel Company», si se resuelve por arbitraje, y evitar la guerra a toda costa. A sus abogados, caso que le pregunten, hágales saber que lo invité a esta su casa a proponerle la compra de sus acciones.

—Era lo que ellos se suponían...

—Pues muy bien...

—¿Y cuándo sale para Chicago?

—Sólo espero una llamada telefónica; y ya en el plano de la confianza que usted me inspira —se ve que es leal como su mano abierta—, conviene que sepa que el actual presidente de la Compañía es un peligro para nuestra causa. Simpatiza demasiado con el grupo de la «Frutamiel» y no conviene que nos vaya a hacer una trastada. Lo ideal sería que usted también se viniera conmigo a Chicago, pero quién lo arranca de la costa.

—Tiempo no ha de faltar, míster Maker, y si Dios no dispone otra cosa, cuando

ganemos el punto, me llego a visitar por allá, me voy a meter con usted al hormiguero, porque esas ciudades deben ser como negrear la tierra cuando se alborota a las hormigas.

—¿Y qué hay de la costa? ¿Qué me cuenta?

—La única noticia de por allá es lo del telegrafista. Se suicidó. Diz que estaba en connivencia con unos submarinos japoneses. Al menos es lo que quieren hacer aparecer. Y dejó una carta en la que culpaba a la «Tropical Platanera» de haberle pagado para cometer esa tropelía.

—Si alguien le pagó debe haber sido la «Frutamiel Company».

—Pero ésa está en el otro Estado...

—Está en todas partes... Esas compañías son todopoderosas y operan donde menos se piensa. Va a ver cómo resulta cierto que son los de la «Frutamiel».

—Me marcho antes de que me corretee... No fue visita, sino un día de campo... Lo que tiene que dejarme dicho es cómo le mandamos los votos.

—Un simple cable... Y de su hijo no tenga pena, en cuanto regresen del paseo con Boby, se lo mando dejar en mi automóvil con el chófer... Y muchas gracias... Hasta la vista...

Otra de las visitas que Maker Thompson esperaba esa mañana apareció en el jardín. Avanzaba por un sendero de arena blanca, espejeante bajo el sol, entre arbustos ornamentales, flores y alfombras de césped. De cerca se le vio mejor. Un hombre sin sombrero. Alto, fortachón, vestido de gris claro, zapatos de color café, camisa azul, a rayas horizontales en la pechera y cuello blanco, postizo, exageradamente alto, besándose los lóbulos carnosos de las orejas. A causa de los callos andaba como sobre patines de ruedas.

—No se dé prisa, don Herbert, no se dé prisa... —le gritó en broma Geo Maker al saludarlo de lejos, tras encender un cigarrillo con su llameante encendedor de oro.

—Noticias favorables —le anunció don Herbert al entrar. Andaba como sentado, procurando no asentar más que los talones y con un gran movimiento de brazos para guardar equilibrio—. Mi hijo Isidoro volvió con su yate de un largo recorrido por los mares de la China y no solamente él, sino sus amigos y los amigos de sus amigos, es decir, casi todos los principales accionistas de California, votaron por usted.

—Espléndido, don Herbert... ¿No se sienta?...

—Odio estar sentado...

Y en efecto, siempre se le veía de pie y como masticando, ora porque rumiara alguna jugada de bridge, al compás de la cadena del reloj que envolvía y desenvolvía en el índice al hacerlo girar en espiral o porque redujera a pedacitos unas semillas secas que le servían de pretexto para aquel continuo batir de sus mandíbulas.

—El hombre es usted, Geo Maker Thompson, y lo vamos a oponer a los avances de la «Frutamiel Company». Hay que evitar que nos desplacen de la dirección de la Compañía. Y oportunidades estamos perdiendo desde la otra vez, cuando usted renunció a la presidencia.

—Hace tantísimos años, don Herbert, que no vale la pena recordarlo.

—Para mí, como si hubiera sido ayer; y por eso, a pesar de los años, me hago siempre la pregunta de por qué renunció usted. Sé de sobra las razones que tuvo, pero, qué quiere, me complace pensar en que tal vez hubo otra. El amor propio

no basta a explicar su renuncia. Será porque para nosotros no existe el amor propio y al que entre nosotros lo tiene gritamos que lo crucifiquen y lo crucifican...

—La única razón, sin embargo...

—No me diga eso, Maker Thompson. Iba a coronar su vertiginosa carrera de capitán de empresa, traía del Caribe el nombre del filibustero que prefirió ser plantador de bananos, el nombre con que los voceadores de los periódicos de Chicago barrieron en esos días su ciudad natal... El Papa Verde... ¡Cómo iba a renunciar por amor propio!... Yo trabajaba en la oficina de unos diamanteros de Borneo, gente con olor a cuerno caliente y vidrio cortado. Lo recuerdo como si fuera hoy. *«¡Banana's King!»... «¡Green Pope!»... «¡Banana's King!»... «¡Green Pope!»...,* gritaban los voceadores y muchas noches me revolqué en la cama helada oyendo hasta dormirme el *«¡Banana's King!»... «¡Gree Pope!»...* sin saber que era la fortuna que me llamaba a voces. Con mis pocos ahorros compré las primeras acciones y no quiera saber usted mi desesperación cuando se dio la noticia de que el fabuloso señor de los trópicos se retiraba a la vida privada. Lo maldije, escupí su retrato, y me di a averiguar el porqué.

—Al fracasar mi proyecto de anexarnos estas tierras, renuncié; no me quedaba otro camino. Pero, don Herbert, a qué recordar cosas que ya no son ni recuerdos.

—¡Modestia a base de olvido, no! ¿Cómo vamos a callar que de tierras selváticas, al poner usted la planta en la costa atlántica, surgen emporios, verdaderos emporios?

Por los ojos del viejo Maker, el humo de su cigarrillo se trenzaba como una vena aérea sobre su frente; cruzó desleída por el tiempo la figura implume del manco Jinger Kind —apenas un muñeco— y sonrió medio despegando los labios carnosos, sonrisa apenas perceptible, al recordar aquella discusión que paró en el más gracioso juego de palabras, averiguando qué eran, «Emporialistas» o «Imperialistas».

—¿Cómo quiere usted que olvidemos, Maker Thompson, su energía y decisión en su lucha contra el nativo, la peor plaga de estas tierras? Trataba de competir con nosotros en los embarques de frutas. Sólo usted pudo domarlos, imponer el uso del inglés, hacer obligatorio el dólar con exclusión de su moneda y que cayera en desuso la bandera nacional.

Don Herbert Krifl sacó el pañuelo para sonarse —fino de Italia—, lo hizo un burujo para abarcar la narizota colgante, sonóse con fuerza —más de una de las semillas que masticaba salió expelida— y siguió hablando.

—¿Cómo olvidar una política financiera tan atrayente, en que su audacia no conoce límites? Todo el mundo recuerda. Tan atrayente. Le entregan los ferrocarriles del país sin desembolsar un solo céntimo, con lo cual el transporte rápido y barato de nuestra riqueza bananera de las plantaciones al puerto de embarque, por noventa y nueve años, y como si eso fuera poco, la entrega de los ferrocarriles se nos hace con la cláusula, ¡única en el mundo!, en que se estipula que usado por nosotros por noventa y nueve años, al devolvérselos al gobierno, éste los comprará al costo... al costo de qué si a nosotros no nos costaron nada, ni las gracias, porque no se las hemos dado, no se las daremos, por no ser caso de agradecer, ya que al final vamos a tenerles que vender lo que ellos nos regalaron... Parece cuento...

Don Herbert Krill entre discursear y mover las quijadas masca y masca, y envolver y desenvolver la leopoldina de oro macizo alrededor del índice, no advertía la contrariedad, el malhumor, el disgusto con que Maker Thompson le

escuchaba.

Y si lo notaba no hacía caso, dispuesto al puntapié antes que dejar de mover la lengua escarbando en la memoria de su amigo a fin de poder leerle en los ojos, en el gesto, en el aliento, en el desasosiego, lo que le indujo a renunciar ha tantos años a la Presidencia de la Compañía, cuando él era un simple empleado de una oficina de diamanteros, de Borneo. *«¡Banana's King!» «¡Green Pope!»... «¡Banana's King!»... «¡Green Pope!»...*

¿Preguntón por sin oficio?... ¿Chismoso por naturaleza?... ¿Necio por viejo?...

No, calculador en frío. Contar en mano con un valor cotizable tan fluido como tener agarrado a Geo Maker Thompson. En la bolsa en que suben y bajan las acciones del crimen —las mejores acciones son las de la guerra, el crimen más horrendo, y los suicidas caen como simples monedas desvalorizadas, tal el caso del telegrafista últimamente—, este abuelo amoroso con su nieto debe tener las suyas y las ajenas, y tras eso andaba don Herbert Krill, cuyo apellido, ya lo decía, corresponde a los pequeños peces de que se alimentan las ballenas azules.

Pero no, no podía ser un simple crimen... Pirata y plantador de bananos, uno más uno menos... Algo misterioso, más hondo, que el viejo preguntón husmeaba —mastica y mastica sus semillas, gira y gira la cadena, golpeando en todas las cuerdas con su lengua de martillito de piano—, influyó en su decisión de retirarse a la vida privada, de venirse a vivir con el nieto a la apacible casona en que todo parecía dormido.

—¡Ya sacamos nuestra tarea de bestias al vivir..., no la recordemos! —gritó Geo Maker; el viejo lo exasperaba y añadió—: No me acuerdo de nada ni me gusta recordar. No existe un colador que separe en el recuerdo el oro de la ganga, la gloría de la bajeza, lo grande de lo mísero, y sobre todo, no me gusta verme acorralado recordando lo que no pude evitar.

Krill, alimento de ballena azul, masticó rápido, rápido, sin tragar saliva, saltando su quijada bajo la quietud de sus pupilas heladas como el alcanfor.

—¿Qué fue lo que no pudo evitar? —inquirió deteniendo un momentito la mandíbula rumiante, para no dar importancia a su pregunta.

—Hay tantas cosas que uno no puede evitar... —desmadejó la frase el viejo Maker y quedóse pensando que si hay muchas, las que más duelen, las que duelen toda la vida y quién sabe si toda la muerte, son aquellas en que el destino burla a los mortales, cuando son todopoderosos, como fue él en aquellos días en que entraba sonando los pasos en las oficinas de la Compañía, en Chicago, y de donde salió quedamente a perderse en las calles de su ciudad natal, después de renunciar a todo.

Ambuló días y noches con las manos en los bolsillos, más bien con los bolsillos del pantalón llenos de sus manos inútiles, inservibles, al menos para desnudar todo lo que la fatalidad había atado ciegamente. Le creció la barba, se le acabaron las cigarrillos, gastó los zapatos. Ni hambre ni sueño. Ni sueño ni sed. Basuras, rostros, calles sórdidas. Andar y andar. Richard Wotton... La «Vuelta del Mico»... El crimen perfecto, le correspondía una estatua en Chicago por haber logrado realizar el crimen perfecto, y como el pirata Francés Drake, a quien quiso emular, tenía una estatua en Inglaterra... Pero hasta su orgullo de haber podido llegar al crimen perfecto se desmoronaba ante el hecho de que el destino, con una carcajada que más era mordida, le hubiera cambiado al sujeto, poniendo a Charles Peifer en lugar de Richard Wotton... Para enloquecer a un hombre, pero no era todo... La carcajada seguía... El hombre que no mató se transforma en el padre del fruto que su hija lleva en las entrañas... Mueve las manos como

cangrejos presos en sus bolsillos, marchando a grandes zancadas entre hacinamientos de basuras y casas derruidas, no sin regar con una risa que más es saliva su belfo caído por el peso del cigarrillo apagado, húmedo, colgante... Ser todopoderoso, poseer montañas de dólares, oír el eco del *«¡Banana's King!»... «¡Green Pope!»* resonando en las calles con su triunfo y no poder acercarse a la puerta del cementerio y pedir a la muerte que le devolviera a Charles Peifer, pagándole la suma que quisiera. Me lo devuelve vivo y le doy tanto y si no acepta dinero, la imbécil esa puede ser medio difícil, ofrecerle un trueque de cuerpo por cuerpo comprometiéndose a traerle el cadáver de Richard Wotton, en un gran entierro...

Como una caja de música que toca la misma melodía cada vez que se le da cuerda, recordaba su vagar sin rumbo por las calles de Chicago. ¿Quién, quién le había burlado?... Richard Wotton, no. Disfrazado de arqueólogo de mentirijillas, bajo el nombre de Ray Salcedo, ni siquiera supo lo de la «Vuelta del Mico», accidente del que Peifer salió con el cráneo fracturado, y si lo supo no le dio importancia, ocupado como andaba en preparar lo suyo: el informe que echó por tierra sus planes anexionistas. Y luego, esa especie de acertijo, en que su hija aparece embarazada.

Esto ocurre una sola vez. Nadie le detuvo. Había vuelto al asfalto, arrastrando los pies, envejecido de cansancio, minúsculo, arácnido. entre los rascacielos, entre las ruedas de los vehículos y las olas del Gran Lago, que de la orilla regresaban atemorizadas por el fragor de la urbe gigantesca.

Violentamente salió de lo profundo de su recuerdo. Tantas calles había dejado atrás y tantas más le faltaban que titubeaba entre seguir y detenerse, como un perro perdido. Hierro, carbón, cereales, pieles, carnes, y él con su barba de niebla.

Ocurre una sola vez que uno se pierde y no se encuentra más.

Salió de su recuerdo; tras doblar el cabo de un suspiro y preguntó a don Herbert:

—¿Qué masca, míster Krill?

—Pedacitos de pistacho... Se me hace tarde... Tengo una cita en el «club»... Habrá visto usted que para no ser menos que la «Frutamiel» mantenemos la campaña en favor de la guerra en los diarios... —se marchaba masticando y hablando— ...El mundo no tiene arreglo, mi buen amigo, pagamos a los periódicos anuncios de arados, máquinas de coser, bombas hidráulicas, biberones y muñecas, y con esos anuncios de elementos que sirven o alegran la vida, porque también anunciamos pianos, bandoneones, guitarras, cubrimos el costo de las pulgadas que ocupa nuestra propaganda en favor de la guerra, en forma de noticias, comentarios, caricaturas...

Al salir, casi en la puerta, volvió por el jardín patinando sobre sus numerosos callos, encontróse con Boby y Pío Adelaido que le saludaron al pasar.

—A éste le llama papá «el judío errante»... —dijo Boby al oído de su amigo, y ya entrando en casa—: Es una lástima que no puedas venir con nosotros hoy a la tarde al Cerro. Vamos a jugar una guerra padre, de muchos contra muchos; toda la plebe se va a dividir en dos partidos, para echar piedra... A mí las que me gustan son esas lajitas chatas, redonditas, de este tamaño —e hizo un círculo de argolla abierto con su pulgar e índice—; agarran una fuerza que para qué te digo y zúmmm..., zúmmm..., hacen al salir de la mano, y una puntería si se les echa saliva.

El paseo fue ir al trote por todos lados. Boby quería presentarle a sus amigos. «Son mis amigos», le repetía a cada paso. Y eso era muy importante, que fueran

sus amigos. Y como eran sus amigos, iban a ser amigos de Pío Adelaido, para que éste les contara cómo era allá en la costa. Le harían muchas preguntas y tendría que contestarles, inventar, si no sabía, pero no quedarse callado. «El que calla es muerto, viejo; en nuestras leyes así es, es la ley de la pandilla; el que no tiene cabeza para inventar si no sabe, es anestesiado de un izquierdazo, y al caer se le deja por cadáver. Por eso, cuando te pregunten, por ejemplo, si en la costa hay culebras, vos contales que hay por montones y si te preguntan de qué tamaño, cuidado te vas a quedar corto, porque si no tienen por lo menos veinte metros, van a creer que son lombrices...»

Pero no lograron ver a los amigos. Andaban en sus escuelas y colegios. Apenas el Chelón Mancilla estaba en la puerta de su casa. Había tomado purgante y no tenía ganas de hablar. A la tarde sería distinto y ya estaban citados para «jugar guerra», en el Cerrito. Boby, según le explicó, no estaba en ningún colegio, porque se lo iban a llevar a los United States. Quería ser aviador. Aviador civil.

—¿Cuántos terneros tiene tu papá? —le preguntó Boby.

—Como trescientos serán —le contestó Pío Adelaido.

Boby se indignó:

—¡Ah! —le dijo—, no exageres conmigo, yo te dije que inventaras, pero ¡cómo vas a tener trescientos hermanos!

—¡Ah, hermanos!

—Sí, viejo; hermanos. Es que nosotros a los hermanos les llamamos terneros en la pandilla, y a las mamas, vacas, y a los papas, bueyes...

—Pero los bueyes no dan terneros —rectificó Adelaido—, y ahí eres tú el que me estás exagerando.

—En la costa tal vez no, porque hay toros, pero aquí les llamamos bueyes a los papas, y ellos son los que dan los terneros. ¿Cuántos hermanos tienes?

—Cuatro... Ahora, primos tengo un montón... Yo soy el más grande de todos mis hermanos... De mis primos hay otros más grandes, hijos de mi tío Juan...

Bebieron agua. Tres vasos de agua cada uno. La panza les sonaba como tambor de cristal.

—Lo de a chipé sería que te fueras con nosotros a la costa. Allá es otra cosa, tú.

—Hace un calor bárbaro...

—Hace un calor bárbaro, pero no es como aquí, todo tan encerrado, tan frío, tan triste...

—Si tu papá le pide permiso al viejo tal vez me suelte. A mí me gustaría conocer allá, y luego que con tus primos y otros muchachos formaríamos un equipo de baseball...

—Y jugaríamos guerra...

—Ya vas a ver cómo será la cosa esta tarde en el Cerro. No es así no más, no estés creyendo; es bravo... Pero ya lo creo que sería suave organizar una guerra en la costa.

Y al detenerse el automóvil frente a la puerta del hotel, Boby exclamó:

—¡Suave la vida!

El papá de Pío Adelaido estaba en el hall con visita. Así les informaron en la portería. Pero qué visita, era el teniente de allá con ellos.

—Es visita —le dijo Boby, que entró a saludar al señor Lucero y por aquello de la invitación para ir a la costa, si Lucero se lo pedía a su abuelo con seguridad que le

daba permiso—, es visita aunque sea de allá de la costa.

—Bueno, pues es visita... —le contestó Pío Adelaido braceando para tener valor de atravesar el hall lleno de gente y de plantas sembradas en grandes macetones.

Boby se adelantó a saludar a don Lino, el cual departía con el teniente Pedro Domingo Salomé, y a pedirle que le diera licencia a Pío Adelaido para salir con él por la tarde, después del almuerzo.

—Siempre que él quiera... —contestó Lucero.

—¡Gracias! —aceptó Pío Adelaida—, tú pasas por mí y salimos.

Boby se despidió y entonces se dio cuenta de que no se había quitado la gorra al entrar, una gorra de *beisbolero* con la visera larga y terminada en punta, como cucharón.

—Se queda con nosotros y almuerza —insistió Lucero ante las negativas del teniente—. Pío Adelaido va a subir a la habitación mientras nosotros nos tomamos otro whisky. Hijo, pedí la llave, vas al cuarto y me bajas esas pastillas que estoy tomando.

Y al retirarse el chico que marchó braceando para darse valor —cómo se le hacía interminable aquel *hall* lleno de gente—, Lucero golpeó con unas cuantas palmadas efusivas la pierna del oficial mientras decía:

—Pues qué bueno, qué bueno, que lo hayan ascendido. Así se llega, mi amigo, así se llega.

—Si viera, don Lino, que estoy pensando pedir la baja.

—¿La baja cuando va para arriba?... Vamos al comedor... —se puso de pie Lucero e hizo levantarse al invitado—. Un rico vino para celebrar el ascenso. ¿Cerveza?... No... Nada de cerveza en las grandes ocasiones. Quiero decir que ahora es usted capitán.

—A propósito de lo que le decía —siguió Salomé—, quiero pedir mi baja —cuando pasen estas bullas, no sea que se crean que es por no ir a la guerra—, para comprar unos terrenitos por allá con usted y sembrar bananos.

—Todo se puede, pero no deje la carrera de las armas. Mejor los galones que sembrar bananos. A los militares les pagan hasta por escupir, y su estrella va para arriba.

—Y este jovencito, ¿qué hace? —preguntó el nuevo capitán al muchacho que volvía con el remedio para su papá, después de haber tenido que cruzar otra vez el *hall.*

—Fui con Boby Trompson a visitar a sus amigos. No los encontramos. Sólo pasamos frente a sus casas.

—Paseo de cartero fue ése, mi hijito. Lo que es ser muchacho, capitán. Conformarse con pasar por delante de las casas de los amigos. La amistad no existe entre los muchachos de esta edad, es más enamoramiento; ¿no se ha fijado usted?...

—No, si no pasamos así como usted dice, papá. Nos parábamos un buen rato y Boby les silbaba, para ver si estaban.

Terminado el almuerzo, Pío Adelaido subió a la habitación a dar una ojeada a los regalos que su papá había comprado para sus hermanos, para su mamá, para sus primos, para sus tíos. Regalos y encargos. Y Lucero y el capitán se apoltronaron en dos sillones del *hall.* Otra vez tuvo que cruzar el dilatado salón, ya con poca gente, el muchacho delgado y cabezón, a quien inquietaba, como una cosquillita

bajo la lengua, la idea de la guerra en el Cerrito.

Salomé aceptó una copa de plus cacao, Lucero pidió coñac y encendieron dos puros.

—*¿Y* qué hay de cierto en todo eso del submarino japonés y el telegrafista? —interrogó Lucero, mientras en la copa de coñac hundía apenas el extremo del puro, antes de encenderlo, ya para asegurárselo en la boca, donde se lo puso, y lo rodó entre sus dientes medio cerrados.

—¡Pobre muchacho!

—Hoy me decían, capitán, no sé si usted sabe algo, que en la carta que dejó confesaba que un alto empleado de la Compañía le entregaba sumas considerables de dinero, para que transmitiera esos mensajes comprometedores.

—¡Don dinero hace de un honrado un traicionero!

—Pero también se dice que no había tales submarinos japoneses, y que más le pagaron a Polo Camey para comprometer al gobierno, ahora que estamos en las dificultades de limites...

—¿Y cómo lo comprometía?

—Haciéndolo aparecer como aliado del Japón... El mandaba los mensajes a ciegas. Nadie los recibía, pero quién prueba eso...

—La carta...

—Sí, la carta, y por fortuna, diga, que cayó en manos de las autoridades; si no, sí que nos dan la gran trabaña. Y hay algo más, capitán; parece ser que los billetes que recibió Camey servirán, por los números, para remachar la prueba de que es un puro trabajito de la Tropicaltanera.

El sabor del coñac y del licor del cacao, el aroma de los puros, la luz blanca, cegante, adormecedora, de las dos de la tarde, el poco movimiento —apenas si en el bar se oía ruido de vasos y en el comedor desierto el ir y venir de las moscas— los fue penetrando de una modorra tan agradable, que más que dormir la siesta, prefirieron estar despiertos, la cabeza apoyada en el respaldo de los sillones, frente a frente, sin hablar.

Al sosegar la hamaca de la pierna cruzada, el capitán quedóse colando a través de sus pestañas, los ojos entrecerrados, la visión de la hembra que había conocido anoche en la cantina del callejón... Siempre se le olvidaba el nombre de ese callejón... Del hotel se iría a buscarla... Sólo que la babosada del nombre del lugar, ese «Dichosofuí»...

Lucero, apoyando los codos en los brazos del sillón, recordaba el anuncio profético que les tenía hecho el Rito Perraj de un viento fuerte formado por masas humanas que barrerían con la «Tropicaltanera»... Masas humanas convertidas en cientos, en miles, en millones de manos azotadas por la furia del huracán y arrancadas de sus quietos brazos, y lanzadas contra, contra, contra, contra...

Pío Adelaido se durmió, no fue a la guerra. Boby estuvo en el hotel y llamaron a la habitación, sin obtener respuesta. Entre los juguetes de sus hermanos —no faltaban espadas, pistolas, cañones— y los obsequios para las personas mayores, hecho un ovillo se fue quedando dormido y cuando su papá entró en la habitación, roncaba. Este le puso una almohada bajo la cabeza, le desató los zapatos y lo cobijó antes de salir.

Durmió hasta muy entrada la tarde. Boby vino por segunda vez a buscarlo hasta su cuarto y lo despertó. Fuertes ronquidos. Lo despertó para hacerle saber que la pandilla lo esperaba en la calle, cerca del hotel, todos deseosos de conocerlo, y darle el notición del triunfo de los de su bando en la guerra del Cerro. Los del

otro bando fueron desalojados de sus posiciones a puro tenemastazo, hasta hacerlos huir a la desbandada. *Parlama* Juárez se portó como león. Una pedrada le hizo posta la oreja. No oía y le manaba sangre. Si lo agarran de frente se lo apean de donde estaba encaramado. Pero qué bien cubrió el puesto para defender la trinchera. El solo se sostuvo, mientras le llegaban refuerzos. El *Negro* Lemus también se portó al pelo. «¿Y tú, Boby?», estuvo a punto de preguntarle Pío Adelaido cuando se dirigían a la calle, donde los esperaba la pandilla. Pero Boby, mientras Pío Adelaido se restregaba los párpados todavía calientes del sueño, se adelantó a explicarle que en esas guerras locales él no tomaba parte, por ser gringo. Boby siguió la batalla con las manos hechas dos tubos de dedos sobre los ojos en forma de anteojo de larga vista. Mañana sí le tocaba pelear a Boby, porque mañana sin falta, en la tarde, después de las clases, la guerra con el Japón.

—¿Sabe jugar *béisbol?* —preguntó a Boby el *Chelón* Torres.

—Pregúntaselo vos...

—Sí, es verdad, qué baboso soy yo, ya como que no hablara español. ¿Ha jugado beis?

—No, pero Boby me va a enseñar —contestó Pío Adelaido.

—Muchades —propuso Fluvio Lima—, les propongo que organicemos un juego en su honor. Podría ser mañana, en lugar de la guerra con el Japón.

—No vengas con esas, vos..., y el todo porque tenes miedo, hoy estabas que te temblaban las canillas, no pareces hombre.

—Pero es que en la guerra no puede participar él. Cómo va a ser que venga de lejos sólo a que le den un mal golpe. Para brutos, los mismos.

—Bruto fue un gran hombre.

—Pues vieran que me está gustando la idea de organizar un *match* mañana en honor del amigo —anunció Boby.

—Otro que tiene miedo, ya porque mañana va a tener que pelear él. Ves, vos, Boby, que los gringos también van a tener que echar bala; o crees que toda la vida se la van a pasar jugando al *béisbol.*

—¡Sho, boy!

—¡Sho será tu cara, gringo abusivo —gritó *Plumilla* Galicia—; estás creyendo que a mí me vas a zafar la quijada!

—¡.....¡

—Pues otra vez tu cara, por si al caso...

—Vos, *Plumilla* —intervino *Parlama* Juárez—, respeta que hay invitado a comer... chicle...

Y al decir así, Juárez fue dando a todos un chicle, pero el que le tocó a Pío Adelaido no era chicle, sino una pastilla de una especie de goma jabonosa, dulce, que le fue creciendo en la boca. Al principio no dijo nada, tal vez era una impresión suya, pero al sentir que ya no le cabía en un lado de la boca, todo el carrillo lleno, ni en los dos carrillos, toda la boca inflada, empezó a sudar como si se ahogara, pálido y lloroso, entre las carcajadas de los de la pandilla.

Se fueron, mientras Lucero hijo se sacaba aquella masa de goma azucarada pegoteándose las manos. Boby y Fluvio Lima le ayudaron porque ahora, con la saliva, ya era más abundante y no cabía en sus manos y se le pegaba en los dedos como una barba de copal, y mientras luchaba con aquella madeja interminable y pegajosa, le explicaron que era la prueba de que se valía la pandilla para saber si

era digno de pertenecer a ella.

—El que se despega sin asfixiarse es de los nuestros y el que no, cadáver... —le explicaban mientras volvían los otros a darle el espaldarazo, espaldarazo que consistía en escupirse la palma de la mano y dársela sucia de saliva—. No tengas asco —aclarábale Boby—, la saliva es sangre blanca, y si los novios se besan, los amigos se besan con las manos ensalivadas.

—Y ahora —le dijo *Plumilla* Galicia— tiene que contar algo nunca oído en los cinco continentes.

—Algo que tú sepas o que hayas oído... —le ayudó Boby.

—No sé si servirá esto que les voy a contar. Cuando los cuervos pescan juntos parece la cabeza negra de un gigante que saliera del mar. Una cabeza de gigante degollado que sube y baja al compás de las olas...

Los dejó callados. El *Chelón* Tones se atrevió:

—En el fondo del mar es donde degüellan a los gigantes.

—Bueno, mucha, búsquenle apodo; éste ya es de la pandilla! —exclamó el *Negro* Lemus.

—¡Por llamarse Pío, Pío, Pollo!... —lanzó *Parlama.*

—¡Fine!

—¡Nada de *faiti,* vos, Boby! —le cortó el aliento *Plumilla*—, eso de *Pollo* no me gusta, *Cabezón* le luce más, sólo véanle el chilacayotón que se carga!

—¡Hurra..., hurra..., *Cabezón!...* ¡Hurra, hurra..., *Cabezón!* —gritaron jubilosos y bullangueros todos los que no gritaron—: ¡Burro, burro, *Cabezón!...* ¡Burro, burro, *Cabezón!*

—¡Yo te bautizo con pan y chorizo y *Cabezón* te pongo por nombre postizo! —le dijo *Plumilla* Galicia, el más confianzudo, golpeándole la cabeza, mientras los otros se acercaban, saltándole encima y queriéndole bautizar a golpes.

Pío Adelaido se defendió como pudo. Era tiempo de volver al hotel. Andaban por la Plazuela de Santa Catalina. Si no corre llega tarde. Tenía que salir con su papá. Las ocho de la noche. Vestirse. Salir. Iban a casa de un dentista emparentado con don Macario Ayuc Gaitán, cuyo nombre, en letras resaltadas de bronce oscuro sobre fondo dorado, se leía en la puerta de la calle: «Dr. Silvano Larios».

Todo cambiaba al cruzar el umbral de la residencia del doctor Larios, como si por arte de magia los visitantes fueran transportados a Nueva York. La luz indirecta devuelta sin choque por las superficies lisas —muros, techos, pisos, muebles—, como una bola de tenis que en *ralenti* regresa después de golpear en el piso. En aquella luz todo parecía moverse en *ralenti.* Los invitados, la servidumbre, los músicos que alternaban valses y hawaianas.

A Pío Adelaido lo tomó un grupo de chicos para llevarlo al jardín. Estaba con un vestido nuevo, oloroso a estearina, la cabeza con el pelo tieso, tanto cosmético le echó su papá. Por primera vez llevaba corbata y reloj.

—Véngase por acá, señor Lucero —dijo el doctor Larios—; tengo que hablarle de un asunto muy delicado.

Lino aceptó el cigarrillo que le brindaba el doctor y ocupó una de las sillas en la antesala del consultorio, a donde le condujo, no sin llevarse a cada momento el dedo a los labios, para recomendarle silencio.

—Aquí se queda usted, señor Lucero, y lee esta carta. Vuelvo en seguida.

Lino desdobló el pliego que en un sobre acababa de entregarle el doctor Larios y al terminar la lectura quedóse de una pieza, inmóvil, sin saber qué hacer ni qué

decir. Quiso leerla una segunda vez, pero apartó los ojos, ya tenía bastante.

Macario Ayuc Gaitán le pedía que votaran en las elecciones por efectuarse para presidente de la Compañía, por la persona que en caso de aceptar Lucero y sus hermanos, en pacto de caballeros el doctor Larios estaba autorizado a nombrarles, y la cual encabezaba y secundaba a los accionistas de la «Frutamiel Company».

Larios volvió trayendo sendos vasos de whisky con soda y le pidió que bebieran chocándole su vaso en brindis silencioso y elocuente. Lejos se oía la música y por ráfagas la risa y alegría de los invitados. Después de paladear el whisky, paladeo que el doctor hizo notorio con un chasquido de lengua, le preguntó qué pensaba de la carta de Mac.

—De la carta de Mac... —repitió Lino mecánicamente.

—Sí, de Mac...

—De Macario...

— ¡Oh, amigo, a ese hombre sólo se le conoce en medios financieros y bursátiles, con el nombre de Mac Heitan.

—¿Y sabrá... —iba a decir Macario, pero con el nuevo nombre le pareció otra persona—, sabrá ese señor que la «Frutamiel Company» está contra nuestra patria? Porque él es de aquí, aquí nació, aquí se crió, es de aquí.

—Ese modo de hablar ya no se usa, amigo mío —exclamó el doctor Larios, acompañando sus palabras de un gesto de echar por tierra por inútil, igual que un desperdicio, algo que sostenía en la mano—; eso de patria ya pasó de moda.

—Pero si la patria para Macario...

—¡Atención, Mac! ¡Mac Heitan!

—¡Macario, si así se llama! Si la patria para Macario pasó de moda, no puede ser que haya olvidado las enseñanzas del que le dejó la fortuna que lo hizo gente... ¡Qué diablos!...

—¡El chiflado más grande que ha calentado el sol!

—Dificulto, doctor Larios, que si estuviéramos en otra parte y no en su casa, le permitiera yo hablar así de Lester Mead.

—Le pido excusas. Creí que usted lo despreciaba, como lo despreciaban Mac, sus hermanos y Cojubul.

—¿Lo desprecian, dice usted?

—Sí, cuentan que él y la mujer eran desequilibrados, amigos de enredar las cosas, turbulentos. Pero eso ya pasó, y lo que Mac y Cojubul quieren, como lo queremos todos, es que la «Frutamiel Company» absorba las acciones de la «Tropical Platanera, S. A.», que se ha vuelto vieja y comodona, y pase a operar aquí con nosotros, ¿comprende?... La «Frutamiel Company» es un brazo de la Compañía, con más vigor que la «Tropical Platanera», ¿comprende?... Mientras aquí nos cobran hasta por suspirar, allá la «Frutamiel» ha conseguido que le perdonen impuestos por nueve millones de dólares al año, y como ya le van perdonando más de diez años, haga la cuenta: cerca de cien millones de dólares a repartirse entre los accionistas, ¿comprende?... ¡Eso es estar en un país como se debe estar! Termínese su whisky. Aquí con la «Tropical Platanera» empezamos bien, nos regalaron los ferrocarriles, nos los comprarán dentro de noventa y nueve años, nos regalaron los muelles, pero ahora vamos de mal en peor. Por eso conviene que llegue a la Presidencia de la Compañía un hombre de la «Frutamiel Company», que por bien o por mal, con la guerra o con el fallo del tribunal

arbitral, todas las plantaciones que tenemos aquí pasen al dominio de la «Frutamiel», al ganarse para los de aquel lado esa franja de terreno en disputa. Así tendremos las mismas prerrogativas todos. ¿Está usted cansado?...

—Un poco. Siempre que uno sube a la costa, se cansa.

—Es la altura.

—Sí, la verdad es que no me siento bien.

—¿Qué resuelve de la carta?... Debe resolver para que yo le conteste a Mac si podemos contar con el voto de ustedes. Caso de ser así, en pacto de caballero estoy autorizado a confiarle el nombre de nuestro candidato.

—¿No es el señor Maker Thompson? —indagó Lucero. Tenía la sospecha de que este hombre estuviera jugando a dos cartas, y su corazón latió a toda prisa al formular la pregunta.

—De ninguna manera... ¡Pobre el «Papa Verde»; ya está para el tigre! Nuestro candidato es hombre de garra.

Lucero respiró aliviado, satisfacción que disimuló echando la cabeza hacia atrás al tiempo de alzar el vaso pegado a sus labios. El hielo con saborcito a whísky bajó a darle un beso.

—Hacemos el pacto de caballeros y en seguida le digo el nombre.

—No, doctor Larios.

—En ese caso, es elemental que usted me dé su palabra de honor de que esta conversación quedará entre nosotros.

—De eso, doctor Larios, esté usted seguro con y sin palabra. Me daría vergüenza referir lo que dice esta carta y lo que he oído de sus labios. ¿Qué clase de hombre es éste —se preguntarían las personas a quienes yo se lo contara— que dejó sin castigo al que le invitaba a traicionar a su patria, al que vejó la memoria de los esposos Lester Mead y Leland Foster en su presencia?

—Si es garantía de silencio, tómelo a la tremenda, señor Lucero, pero no hay traición a la patria, no hay traición a la patria, déjeme hablar, espere que termine: las tierras fronterizas que se disputan ambos países, no son de ninguna patria, no son ni de aquí ni de allá, son de la Compañía, de la «Tropical Platanera», hasta ahora, y mañana de la «Frutamiel Company», si es que ganamos el asunto. No hay cuestión de patrias, no hay cuestión de límites, así como usted lo ve, porque es poco práctico. Esas tierras, esa franja que se disputa en la frontera, son propiedad de la Compañía, y la lucha no es entre patrias, sino entre dos grupos inversionistas poderosos...

—¿Y entonces por qué se habla de guerra?

—Ese es otro cantar... Hay algunos interesados en vender armas y se aprovecha un poco la ocasión de calentar la pólvora. Se hace bulla, mucha bulla. Los periódicos hablan del asunto todos los días y en todos los tonos, pero por negocio, no por otra cosa. Los tontos son los que dramatizan el problema hablando de morir por la patria, de exhalar el último suspiro al pie de la bandera, defender el suelo sagrado hasta la última gota de sangre... Tonterías... Puras tonterías, porque al fin y al cabo, si hay guerra, se van a matar por matarse, pues no van a defender nada, porque nada es de ellos. Triunfen los de aquí o triunfen los de allá, el territorio en disputa no va a cambiar de dueño; si triunfan los de allá, seguirá siendo nuestro con la «Frutamiel Company», *y* si al contrario, el ejército victorioso es el de aquí, seguirá siendo nuestro con la «Tropical Platanera».

—A mal palo se arrima, doctor Larios, si me quiere convencer, y lo único que puede pasar es que terminemos mal.

—¿Por qué, si no es pleito, sino negocio? A un inversionista no le son indiferentes las ganancias, las utilidades, su prosperidad. ¿Un cigarrillo?... Los yanquis tienen una palabra que define esta época: *«prosperity»... «Prosperity»,* para mí, quiere decir prosperen los que están prósperos y los demás que se joroben. El hombre moderno no tiene más patria que la *«prosperity»;* yo nací en la tierra de los lagos, pero soy ciudadano de esa patria que se llama la prosperidad, el bienestar. Uno, uno es el que debe estar bien; pero nos estamos yendo por los cerros del Merendón y conviene definir las cosas.

—Nada falta por definir, doctor Larios; mi respuesta ha sido clara. No votaremos en nada que pueda favorecer los planes de la «Frutamiel».

—Pero pueden abstenerse de votar, votar en blanco...

Lucero no contestó. Dirigióse hacia la puerta que comunicaba el consultorio con el resto de la casa. Su espalda era bastante respuesta. Larios quiso detenerlo.

—No, doctor, usted se ha confundido —y le zafó el brazo que aquél le había tomado, como si le asqueara su contacto.

—¿Desde cuándo usted por acá? ¡Qué gusto verlo! —le salió al paso a Lucero una vieja amiga de su esposa, acabando con el forcejeo que traía con el doctor Larios—. Venga, le voy a presentar a unos amigos. A mi esposo sí lo conoce. Les presento a uno de los famosos herederos de la costa, es de los millonarios que no agarraron para el extranjero. Sólo de usted hemos estado hablando. Le deben haber ardido las orejas.

—No sé cómo hay personas de posibles que vivan aquí... —comentó con la voz lánguida una dama de piel blanca, vestida de negro, con un lunar más negro en la cara, junto a la boca, por el refuerzo de pintura que ella le ponía hasta hacerlo aparecer como un *momotombito* de luto. Un poeta de su tierra le dijo alguna vez con voz de conjurado: «Tu lunar, *momotombo* de luto...»

—Doña Margarita es de la tierra del doctor Larios —explicó la que hacía las presentaciones, viuda de un diplomático.

—De un gran diplomático... —dijo la viuda suspirando, al tiempo de pasar un pañuelito de encajes por su bella nariz de estatua griega, con el *momotombo* de luto en la mejilla pálida.

—Y cuénteme, Lucero. ¿Cómo está la Cruz? Hace tanto que no la veo... Yo creí que se iban a trasladar a la capital, porque eso de quedarse viviendo como pobres en la costa...

—Como pobres no vivirán —intervino el esposo, hombre de anteojos de carey, cuello alto, duro, y cabeza calva, con el poco pelo que le quedaba repartido en préstamos, como una tela de araña; tan parecido a una tela de araña, que él se vanagloriaba de que los calvos que llevaban así el cabello, no los molestaban ni las moscas, porque temían quedar presas.

—El es el que debe venir a la capital muy a menudo... —dejó ir doña Margarita las palabras como si las empujara con los ojos, como si las golpeara con sus pupilas negras que suspendió, oblicuas, rientes entre sus párpados de largas pestañas.

—Vengo cuando los negocios lo requieren, pero casi siempre de entrada por salida. No se halla uno a estar lejos de la casa.

—¿Y ahora vino solo? Le voy a mandar a decir a la Cruz que qué es eso de estarlo dejando venir solo. Un hombre con los millones que usted tiene es una tentación. Gracias a Dios que ya nosotras somos casadas. ¡Ah, pero doña Margarita es viuda!... ¡Aquí tiene usted una viudita linda!

—No vengo nunca solo. Ahora vine con el mayorcito.

—Por lo menos a él sí lo van a mandar fuera —atizó la viuda—. Vivir donde la vida es vida, y no en estos pueblos donde sólo se vegeta. Yo como con mi marido me acostumbré a no ver necesidades... Vivíamos en Washington. La legación tenía una casa toda rodeada de almendros. Unas flores que ni soñadas...

—Bueno, pues ya soñó y despertó —dijo el calvo, mientras los sirvientes repartían tazas de *consommé* frío, preludio de la cena que les esperaba.

—Y no pierdo la esperanza de volverme a dormir, de marcharme al extranjero. Uno cuando está fuera de su país está como soñando cosas bellas, gratas impresiones.

—Verdaderas preciosuras, en una palabra —intervino la esposa del calvo, sin probar el *consommé.*

—¿No lo toma? —inquirió Lucero.

—Me gusta, pero mejor que se lo tome mi marido. De dos que se quieren bien con uno que coma basta. Y a mí no me gusta el caldo helado. Ese es moda nueva. A mí las cosas calientes. El calor es vida.

—Véngase conmigo a la costa, entonces.

—Pero no ese calor... Mejor me voy al infierno...

—Es más alegre que el cielo —dijo el calvo; entre los dientes le brillaban los pedacitos verdes de las aceitunas que mascaba.

—No me contestó, señor Lucero, si piensa mandar a su muchacho a estudiar fuera. Se lo pregunto, porque me interesaría recomendarle a una persona que se ocupa, como encargada, de chicos que van a los institutos, escuelas, universidades.

—Más tarde, sí. Por ahora, no. Primero tiene que enraizar en su tierra. Los que salen muy niños ni enraizan aquí ni enraizan por «ái». Se quedan como esas plantas sin vida, de hojas bonitas, que se pintan de dorado para que sirvan de adorno. No quiero que mi hijo sea planta de adorno, como tanto niño rico. Y allí viene, aquí lo tienen ustedes. Pío Adelaido Lucero, se los presento...

—Es el retrato de la Cruz, dos gotas no serían tan iguales.

El calvo, sin prestar atención a las ponderaciones de su legítima sobre el parecido de Pío Adelaido —retrato de la Cruz—, terminada la cena rodaba la cabeza en el cuello duro buscando a los criados que repartían el café —cuyo aroma sentíase—, los licores, las brevas.

—¿Y al joven qué le pasa? —dijo doña Margarita, al tiempo de tomarle la mano, cariñosamente.

—Que mi papá no se quiere ir y yo ya me quiero ir...

—¿Quién te ha dicho que no me quiero ir? Vamos a despedirnos de estos buenos amigos. En el «Santiago de los Caballeros» estamos y me daría mucho gusto verlos por allá, que se vinieran a almorzar o a comer un día de estos. Nos vamos a quedar hasta el veinte. Vean que día quieren venir y se vienen. Sólo me avisan para mandar preparar algo especial.

—¡Increíble que haya tipos tan bayuncos! —exclamó la viuda cuando se alejaban Lucero y su hijo.

—¡Pobre la Cruz, casarse con un hombre así! Es puro indio bozal, aunque tenga cara de ladino. No piensan como una.

—Para mí —dijo el calvo—, para mí lo que es es un circunstanfláutico.

—¿De dónde fuiste vos a jalar esa palabra?

Doña Margarita siguió con los ojos y el lunar —casi eran tres ojos negros— a Lucero, que se detuvo de palique con otros invitados.

—Es una aberración muy suya estar viviendo en la costa. Perdone que le hable con tanta franqueza, pero mi propósito es abrirle los ojos sobre los negocios que se pueden hacer en otra parte, contando con una base como la que usted cuenta...

El que hablaba era un pariente de los Ayuc Gaitán, representante en plaza de una de las marcas de automóvil de más aceptación.

—¿Le ha escrito Macario?... Espere, hijo, ya vamos, déjeme conversar.

—Mac, dirá usted. Ya ve usted, hasta de nombre mejoró, del vulgar Macario al elegante Mac, y no es el sembrador de guineo, macilento habitante de la costa, sino míster Mac, humilde vecino de «River Side», en Nueva York. Pues Mac en sus cartas me pide que me ponga al habla con usted, para que no siga perdiendo el tiempo usted, su dinero, y las criaturas que ya debían estarse educando.

—La guerra con los vecinos lo va hacer salir de la costa, y la cosa está que arde —terció un cafetalero de ojos azules y acento teutón.

—No, porque la guerra es en la costa atlántica, y míster Lucero está en la costa del Pacífico —aclaró el agente de automóviles y automotores en general.

—Sí, lo mejor sería que se echara un viajecito —dijo el teutón—, pero no sólo a los Estados Unidos, para mí que le convendría ir a Alemania. Mientras pasa el temporal por estos lados.

—¡Primero a los Estados Unidos, nada de Alemania; hay que estar bien con los gringos! —contradijo el pariente de Ayuc Gaitán.

—¡Papá, yo ya me quiero ir! —necio Pío Adelaido.

—Pero una cosa es estar bien, ser amigo —alzó la voz Lucero sobre la quejadera de su hijo—, y otra depender de ellos, como tapadera o sirviente.

—¡Papa, yo ya me quiero ir!

—Hasta allí no más eso de amigo... Desde que el mundo es mundo, los amigos son amigos cuando tienen igual poder, llámese fuerza o dinero. ¿De dónde un elefante va a ser amigo de una pulga? Sólo porque la aguanta, o como nos pasa a nosotros, míster Lucero, que creemos que el elefante existe para que la pulga tenga a quien chuparle la sangre, porque nuestra mentalidad es de pulgas, de pulgas, así como lo oye, de pulgas.

—Entonces, que venga el elefante a hacer su guerra, y que nos deje en paz a las pulgas...

—Sí, porque al fin de cuentas —habló el teutón—, ésa va a ser la guerra de ustedes, una guerra de pulgas...

—Yo ya, papá, me quiero ir... Yo ya me quiero ir, papá...

—Sí, vamos. Señores, hasta muy pronto.

—No se va sin que le haga una pregunta —acercóse a decirle la viuda—; pero me la tiene que contestar, me promete que me la contesta... Muero por saber cómo eran los esposos Mead. Es tan rarísimo encontrarse con gringos así, gringos que se pongan de parte de los hijos del país en cuerpo y alma... En cuerpo, alma y dinero, porque sin el divino ingrediente, ¿de qué, señor Lucero, sirven el alma y el cuerpo? Ya puede ser usted el hombre más virtuoso o talentoso del universo y yo la más bella mujer del mundo por mis formas esculturales, que de nada vale si nadie lo sabe, y nadie lo sabe sin propaganda, y la propaganda es dinero.

—¡Papá, yo me quiero ir ya!

—Para mí que los esposos Mead, aunque, según dicen, también se llamaban

Stoner, todo lo hacían por publicidad y testaron a favor de ustedes por hacerse notorios, sin suponerse siquiera que la muerte les andaba cerca. Ellos deben haber dicho: testamos ahora, y después de figurar en las crónicas de los periódicos de allá —éstos de aquí son pasquines— revocamos el testamento. Gente que se la quiere dar de exótica por pasar a la historia, ¿no le parece?...

—No, señora.

—Margarita me llamo...

—No, doña Margarita...

—¡Qué vieja me hace!... Dios se lo pague..., le devuelvo su «doña».

—No, Margarita...

—¡No, no, no..., pues como me llamo Margarita, puedo hacerle la contra y decirle... sí, sí, sí!

—¡Papá, yo me quiero ir ya!... ¡Yo me quiero ir ya, ya!

—Este jovencito está que se cae de sueño —y la viuda puso la mano cubierta de anillos (su muñeca tintineaba de pulseras), sobre el hombro delgado de Pío Adelaido.

—Sí, nos vamos...

—Pero como me debe la explicación, pasaré por el hotel, están en el «Santiago de los Caballeros». Allí lo buscaré para que me diga cómo eran los esposos Mead. Gente de otro planeta.

La comba del cielo, de una sola pieza de basalto azul oscuro, sobre la que se extendía el cedazo de oro de las estrellas, tela metálica para que no entraran a turbar el sueño de Dios los humanos insectos, se sacudió con el trepidar de un avión. Empezaban a salir para otras latitudes las naves aéreas de pasajeros, gente que de madrugada viajaba hacia otros sueños, hacia otros sueños.

XVI

El director general de la Policía —la cara redonda y la cabeza al rape en un solo medallón trigueño con verdín de veneno— se sustrajo a los volcanes de papeles que firmaba —el despacho del día— para recibir al señor Lino Lucero, audiencia que principió entre la quinta y séptima campanada de las ocho de la mañana resonando en un alto reloj de pesas frías, al parecer inermes, que descendían del tiempo a la eternidad encadenada, sin que se notara su movimiento tras el ir y venir del péndulo.

Sobre el escritorio, además de los papeles apilados, en la cumbre las órdenes de libertad de formato más pequeño, seis teléfonos, teclados de botones de timbres eléctricos, una lámpara de pantallón verde y un tintero monumental, con una estatua de la Justicia vendada —ojos que no ven corazón que no siente—, sosteniendo los platillos de una balanza que al aproximarse al escritorio Lino Lucero, el funcionario trató de nivelar con un golpecito dado con el portapluma antes de depositarlo en el tintero.

Los platillos de la Justicia en sube y baja, los últimos golpes de la campana del reloj resonando quedamente entre los muros y los cortinados de terciopelo azul, y la gran bocamanga cubierta de entorchado tendida hacia la mano del visitante.

Se despegó del escritorio, al que le estrechaba el sillón de tornillo, sillón que hizo girar con dificultad para salir, apretóse el arnés al pasar entre los teléfonos, anduvo como si se desentumeciera después de muchas horas de estar sentado y con más agilidad, tras arreglarse las partes y la pistola que pendía del arnés, adelantó por una alfombra de vino tinto oscuro y desplomóse al centro del sofá con las piernas abiertas, desde donde ofreció a Lucero uno de los sillones.

—Lo hice madrugar, señor Lucero, porque deseaba conversar con usted lo antes posible y me felicito de que haya estado en la capital: si no, lo hubiera tenido que llamar y molestarlo con hacerlo venir desde la costa. Siéntese y vamos a charlar como amigos. No vea, pues, al funcionario. Los éstos de la Compañía Tropical Platanera han puesto en conocimiento del supremo gobierno que usted anda soliviantando los ánimos por la costa y son cosas que no se pueden hacer ahora que necesitamos el apoyo de ellos en el asunto de los límites.

Lino Lucero intentó hablar.

—No tiene nada que explicarme, que para eso me soplo en esa silla, sentado frente a mi escritorio, las veinticuatro horas del día y de la noche. No le exagero. ¿Tomó café usted? Voy a que nos hagan servir. Desde las cinco de la mañana aquí, como me ve, estoy trabajando.

Se levantó pesadamente, tintinearon sus espolines, las botas brillosas cerraban los embudos de sus pantalones del uniforme verde oscuro y apoyó el dedo en uno de los botones del teclado de timbres.

—Café con leche —ordenó al criado que apareció con el desayuno—.

¡Sobresaliente en urbanidad! —increpóse—. Me serví yo y no le hemos servido al señor. La costumbre, amigo Lucero, de desayunar siempre solo. ¿Cómo le gusta, canche o negro? A mí siempre me gusta más negro que canche, con mucho café. Esto huele a campo, amigo. ¡Qué tiempos aquellos! A veces muevo las manos para recordar cómo se ordeña.

—Debe tener sus buenas tierras usted —se atrevió Lucero.

—Algunos pedazos... Cosa de nada... Ahora estoy queriendo comprar.

—¿En la costa no ha pensado?

—Pensado, pensado, muchas veces.

—En la costa la propiedad está valiendo.

Pues le doy el encargo, amigo Lucero... Una hacienda que se consiguiera barata...

—Siempre se presentan, cuestión de buscar.

—Pues se lleva el encargo... Es más, una idea trae otra; podríamos comprarla en sociedad —dio el último sorbo de café con leche, cuidando de no ensuciarse los bigotes de negrísimos hilos de azabache—; formamos una sociedad y la compramos. Me gustaría que lo pensara.

—Estoy tan atareado en mis plantaciones y mis cosas allá abajo que quién sabe si me queda tiempo.

—Un abuelo mío decía: «los cortes de madera no quitan lo semoviente», dando a entender con este disparate que se puede estar en la montaña cortando bosque y en el plano engordando ganado.

El desayuno había concluido y con un palillo se escarbaba los dientes a lo militar. Primera fila, segunda fila y las piezas da artillería pesada, los molares de la retaguardia a lo último.

—Vamos a planear algo que nos convenga a los dos —enfrentó a Lucero. Y, pausa de por medio, dirigiéndose al sirviente que había entrado por los trastos, le dijo—: Mis cigarrillos y mi encendedor están allí sobre mi mesa de luz... —el criado fue y volvió rápidamente de la alcoba vecina al despacho con el recado de fumar...— y que vengan por esa guerrera y la limpien bien, ¡carajo! Ya nadie hace las cosas como se mandan. El plan sería —volvió a enfrentar a Lucero ofreciéndole un cigarrillo— (¡ya ve la lucha para limpiar una guerrera!), el plan sería comprar una buena hacienda entre los dos y que usted sacara la cara.

—No me puedo comprometer. Tenemos emprendidos con mis hermanos además del banano, otros cultivos: tronela, té de limón..., y la fábrica de harina de plátano; pero la idea no es mala: meterle ganado a una propiedad en la costa... ¡Todo ganado, la palabra lo dice!

—¿Usted sabe lo que eso significa con mi poder y su dinero en juego? Y en cuanto a las quejas de la Compañía, trataré de poner sordina a todo lo que dicen contra usted, contra usted y sus hermanos. De esta conversación depende que le quede la ciudad por la cárcel.

—A la «Tropicaltanera» hay que exigirle que cumpla las leyes del país. Eso es todo.

—Del diente al labio la palabra, amigo Lucero, pero del diente al galillo la necesidad. Fácil es hablar, gastar saliva, pero no es tan fácil llenarse la barriga. Si Dios, tras el hermoso don de la palabra, no deja el vacío de la necesidad, el hombre no ladraría, sino hablaría. Su inspiración es hablar, pero su instinto no lo deja y por eso ladra, ladra para que le tiren el pan de cada día los que lo tienen, los poderosos.

—Pero, algún día, en lugar de ladrar, morderá.

—Además, dirá usted. Que algún día además de ladrar muerda es muy posible, aunque sólo sea para confirmar la regla de que chucho que ladra no muerde...

—Que se atengan al Santo...

—Lo mejor, mi amigo, y vamos a ser socios, es hacerse de la vista gorda o... ¿cree usted que los funcionarios no estamos al tanto de todas las barbaridades que hacen?... Sin ir muy lejos, ayer recogí de las manos de una anciana moribunda... Véngase por acá, le voy a mostrar; véngase para que vea; aquí guardo en este cajón los fajos de billetes que le pagaron al telegrafista que se mató en la costa, a cambio de no sé qué mensajes que estuvo transmitiendo a unos submarinos. Se vendió para que su anciana madre tuviera con qué irse a operar a Norteamérica de un terrible tumor que ni la mata ni la deja vivir. ¿Cree usted, amigo Lucero, que antes de sobornar al telegrafista no indagaron que Camey, hijo único, le profesaba a la madre un amor casi de amante? A instancias del hijo, la señora bajó a la costa y se puso en manos de los médicos de la Compañía. ¿Qué le quedaba al infeliz cuando la vieja tuvo que devolverse a la capital con la trágica disyuntiva de operarse en los Estados Unidos o morir?

Levantó un rollo de *green-backs* tan pesados como el pedazo muerto de una faja de polea, exclamando: «¡Con esto se mueve el mundo y dichoso usted que heredó más de un millón de dólares!»

—¡Y un millón de ideas! Los Lucero no aceptamos la herencia como nuestros ex socios, a beneficio de inventario.

—Esos supieron hacerla. Cerraron la biblia que les enseñaba el míster ese, y se fueron a vivir de sus rentas. Las profecías se quedan para los pobres y los chiflados como ustedes, perdóneme la confianza, que creen que el mundo va a cambiar... Por fortuna para ustedes, el viento fuerte se llevó al profeta y a su esposa...

—Pero en nuestros corazones quedó el viento fuerte que barrerá con la «Tropicaltanera» y cuanto de injusticia representa...

—No quiero dejarle la ciudad por cárcel, pero, mi amigo, cállese, cállese siquiera mientras se resuelve este asunto de límites que nos tiene al borde de la guerra.

—Eso es aparte; que por el momento nos callemos, le doy mi palabra, sin que ello signifique renunciar a la lucha en el futuro. Y lucha no en el sentido de violencia, pues ése fue el triunfo de Lester Mead y su esposa, resistir por medios pacíficos a la inmensa Compañía, porque es todopoderosa...

—Como todo lo de nuestros «primitos» del Norte.

—También quiero decirle que no es por temor a que la capital me quede por cárcel —el que nada debe...—, sino el convencimiento que tengo de que entre la «Tropical Platanera» y la «Frutamiel Company», aunque las dos son malas, es peor la «Frutamiel». El conflicto de límites es simplemente un conflicto bananero y si no apoyamos a la «Tropicaltanera», la «Frutamiel» se queda con las plantaciones que hay en el territorio en disputa, y nos lleva... perdone el consonante...

Lucero se preparaba para despedirse.

—No sería malo, y de mi parte voy a informar que conversé con usted y que me dio su palabra de honor de evitar toda cuestión con la Compañía, mientras se resuelve el asunto de límites. Pero no creo que sea tan «peor» la «Frutamiel». Mi dentista opina que es de lo mejorcito, tal vez lo conoce usted, el doctor Larios.

—Anoche estuve en su casa, daba una fiesta.

—*¿Y* no se habló del asunto límites?

—Indirectamente...

Lucero guardó sus pensamientos al estrechar la menuda mano cobriza del jefe de policía.

—Te pasamos jalando por si quieres venir con nosotros a conocer el «Llano del Cuadro»; es nuestro campo de *base-ball* —dijo Boby Thompson a Pío Adelaido Lucero, al dejar la puerta del hotel—; éste se capeó del colegio, no fue a clase con tal de acompañarnos.

—¡Calla, vos, *gringo,* no lo digas tan recio! —le reclamó Fluvio Lima, quien llevaba del brazo a Pío Adelaido. Bajo la camisa, sostenidos por el cinturón, sobre el estómago, escondía Lima dos cuadernos y un libro de aritmética—. Lo fregado es que si vamos por el «Llano del Cuadro» mi tío Reginaldo me puede mirujear y para qué quise más... —dijo como pidiendo consejo a Boby.

—A estas horas ya salió para su oficina; corres más riesgo por estas calles céntricas.

—Mejor no vamos por el «Llano del Cuadro», vamos a pasear por cualquier otra parte que no sea por allí... No seas tapa, vos, Boby, porque en la casa, si no está mi tío, si mi tío ya se fue para la oficina está la Sabina que es peor.

—Lo mejor —indicó Boby quitándose la gorra para rascarse el cabello rubio sin aflojar el paso— es ir al «Llano del Cuadro», y no esconderte de la Sabina. Si querés vamos y la saludamos directamente.

—¡Por Papo!

—¿Por qué, por Papo? Si te ve queriéndole zafar el bulto en el acto va a pensar que te andas capeando del colegio; si vamos a la casa y la saludas tranquilamente piensa que andas con permiso de tu tata y no dice nada.

—Boby tiene razón... —dijo Pío Adelaido, cuyo callar de niño campesino dejaba largo espacio a los compañeritos de la capital para el retozo de la verba.

—Vamos a hacer una cosa, muchachos —se animó Lima—, si nos ve la Sabina, nos acercamos a la casa, como si tal cosa, para que no entre en sospechas de que no fui al colegio, pero si no anda por allí mejor me hago el sapo.

Ya estaban sobre la sábana verde del llano rodeado de casas blancas, azules, rosadas, cercas con flores rojas, amarillas, y trechos donde no había ni casas ni cercas, sino el horizonte con sus montañas en sucesivas cadenas andinas. Un poco de color del humo que subía de las cocinas el de estas montañas celestes. Sanates y palomas revoloteaban sobre los techos. Un puño de zopilotes picoteaban una cabeza de caballo, ya el ojo afuera, los dientes sucios de sangre seca.

—Aquí les presento —vino al encuentro de ellos el *Chelón* Mancilla— al tío de Fluvio... —y señaló al caballo.

—No vengas con esas bromas desde tan temprano, *Chelón,* que ya me estás cargando.

—Si no es broma, es verídico...

—¡La Sabina!... —gritó Boby.

Fluvio hubiera querido que se lo tragara la tierra. La vieja asomada a la puerta, con la mano en la frente para hacer visera, escudriñaba quiénes andaban en el llano un día de trabajo y tan sin pena. Un querer alcanzar a ver sosegado, para no partir con la primera.

—¡Bruto, para qué te estás escondiendo! —le sopló Boby—. ¡Yo que vos me acercaba a la casa, con el pretexto de pedirle agua!

—Tal vez no me ha visto y me da tiempo a zafarme...

—En lo que estás vos... —exclamó Boby.

—Entonces acompáñenme todos y se echan a conversar con ella. Hay que hablarle de santos de las iglesias, y de las procesiones.

La Sabina, aculada a la puerta de la calle, les saludó.

—¿Cómo le va?... —es decir, sólo saludó al niño Fluvio—. Hoy como no hubo colegio... Ya le voy a dar la queja a su mamá que sólo viene a estarse dapeando con este montón de vagos...

—Dieron feriado... —Fluvio hablaba con bastante aplomo, no obstante las risitas de Boby y de *Chelón.*

—¿Y por qué dieron feriado? ¿Qué es eso los señores maistros de escuela? Ya por todo dan feriado. ¿Es que ellos tampoco quieren trabajar? ¡Vergüenza les debía dar!

—Dieron feriado por ser el día de San...

—...Patricio —ayudó Boby.

—¡Pa...tridas las que tiene usted, niño! Todos los así como extranjeros tienen unas semejantes patas...

Hasta Pío Adelaido coreó la carcajada. El gringo, más rojo que una remolacha, trataba de esconder sus enormes zapatos.

—Y este color miltonante, ¿de dónde sale? —se dirigió a Fluvio para recabar quién era Lucero.

—De la costa, niña Sabina —contestó Mancilla.

—¿De cuál costa?... Perdónenme que sea tan preguntona, pero me interesa.

—De la costa Sur... —aclaró Pío Adelaido.

—¿Lejos queda eso?

—Se va en el tren...

—Yo no sé, pero mientras más progreso hay, más lejos queda todo. Me interesa porque la señora Venancia de Camey es madre de un muchacho que se suicidio por allí, por la costa Sur...

—¡Ah, ya sé! —dijo Adelaido, contento de poder informar a la niña Sabina de la muerte del telegrafista, haciéndose admirar por sus compañeros.

—Así se van sabiendo las cosas —ronroneó la vieja; sobre su vientre de soltera abultado bajo la enagua, apoyó sus manos flacas, casi de madera.

—Se llamaba Polo Camey, un bajito él, muy simpático, y que en la casa decían que parecía ardilla loca. Era el telegrafista. Siempre que estaba con el dedo en la maquinita transmitiendo algún mensaje, masticaba copal, y alternaba la taca, taca, taca del dedo, con chaca, chaca, chaca del chicle.

—¿Y por qué dicen que se mató?

—Por mula... dijo mi tío Juan.

—¡Tenga respeto..., es una malcriadez tratar así a una persona que ya está juzgada por Dios!

Pío Adelaido guardó silencio, atemorizado, y el brazo del gringo Thompson, apoyado en su hombro, vino a devolverle el aplomo.

—¡Vamonos! —ordenó el gringo.

—Espere —dijo la vieja Sabina—; ya que como en el llano se les fuera acabar y no fuera poder *fugar* más, antes de que se vayan quería preguntarle a este niño si fue

verdad lo que cuentan de que el hijo de la señora Venancia estaba en entendimiento con los japoneses. ¿Fue verdad eso o son mentiras?

—¿Con los japoneses? —dudó, preguntando Pío Adelaido.

—Sí, ya lo creo -—intervino Boby-—, parece que les vendía los secretos.

—Pobrecita su señora madre..., algo de eso le han contado: por eso es bueno que ustedes se porten bien, que el que mal anda mal acaba, y dime con quién andas...

Ya esto lo decía por Fluvio, cuando todos íbanse alejando hacia el centro del campo, y ella, tras dar un jalón a la puerta para cerrarla, la empujaba para ver si quedaba bien segura, sin dejar de repetir:

—...dime con quién andas... ¡Pobre la señora Venancia!... ¡Pobre la señora Venancia!..., en la prosperidá que estaba..., el hijo ganaba bien..., la casa de alquiler por cobrarle algo, pues casi regalado vivía ella..., pero todo le vino del tumor, de ese tumor maligno... Mejor se hubiera muerto. Hay males de los que una no se debe querer curar porque son los males de su muerte, de su propia muerte; dejar que sigan su curso y que la agonien a una y se la lleven, que para eso son los males, para llevarse a muchos de los que salimos sobrando... ¡Ah, pero los médicos!... Los médicos no son como antes; los médicos de ahora quieren curarlo todo sin ser Dios, sólo porque han estudiado y por cobrar. ¡Son de «pisteros»!... Pero una cosa es el estudio y otra cosa es ser Dios... Y empezaron que operación, que *indecciones* de veneno de culebra, que rayos eléctricos, que piedra radium, todo lo que el demonio inventó para que el mortal viva más tiempo de lo que precisa y peque más y más corriendo que andando se vaya de cabeza al infierno... Sólo que en este caso el castigo fue para el hijo, el rayo le cayó al ser que ella más quería... Vieja mi compañera..., ah cosa... A mí no me den viejo que no se quiera morir, porque es la peor calamidad en las familias... Ya cuando una está propicia al camposanto, no hay más que voltear el catre para la pared y con un ¡Jesús me ampare!, cerrar los ojos.

Se marchó envuelta en un rebozo barcino que fue del año de la nanita, mientras los muchachos gritaban, en la distancia, a campo abierto, y el sol iba de más en más caliente fuerceando las últimas sombras, antes del mediodía, para que cayeran a sus pies dormidas.

—...Japoneses —murmuró para ella sola y apretando el paso—, más japonés que ese doctor Larios, porque ése ha sido el de toda la treta, el que vino con que ella se fuera a curar al extranjero, que por allá la sanaban, que era cuestión de ir y volver, todo color de rosa; y qué casual que ahora le hayan recogido a la señora Venancia los billetes que le dejó su hijo, diz que para confrontarlos por si eran falsificados y le hayan dejado en su lugar billetes que ya no son iguales, porque aquéllos eran dinero gringo y el que le dieron en cambio, es dinero del país... Igual cantidad, igual número de billetes, pero del país... Moneda de aquí, por la de allá que es la que vale... La de allá se la llevaron, El mismo director de la Policía vino con el tal doctor Larios a recogerlos... Y ni doctor es, es dentista..., y planta de eso tiene... planta de barbero... ¡Pobre la señora Venancia, el ese tal por cual, ya ni el nombre me gusta decirle, ni caso hizo de su gravedad cuando vino a llevarse el *pisto!* ¡Muerto el hijo se acabó el viaje! ¡Muerto el perro se acabó la rabia! Bien dicen. Y a saber si alcance lo que le dejaron en billetes del país, para el cajón y el entierro, y habrá que decirle misa... Por fortuna al hijo le rezaron... Como se cortó las venas, dijo el padre que tuvo tiempo de arrepentirse... Por ese lado la señora Venancia está consolada... Si se arrepintió su hijo se fue al cielo, y ella ya pasó con el tumor el infierno en la tierra y se juntará con él en la santa gloria.

Se encaminaba a casa de la señora Venancia. En la mano caliente apretaba un paquetito con incienso para quemar en el cuarto de la enferma y que saliera un poco el mal olor; ya era insoportable la fetidez de la carne atumorada.

«Dichosofuí»... Por todas partes y a todas horas perseguía al capitán Salomé aquel maldito rótulo. «Dichosofuí», entró diciendo al estanco una y otra vez, al leer el rótulo, en busca de la real hembra que le sirvió la primera noche que pasó por allí. No sabía ni el nombre. Pero ya también la imagen se le iba borrando. Alta, trigueña, sonada.

—¡Nada me puede más que los moscardones! —soltó la patrona dueña del fondín, detrás del mostrador, junto al cajón de los billetes, en una de sus tantas entradas—. Entran..., se somatan en los muebles... y se van... Si entran, que se queden y si se van, que no vuelvan... Y al que le venga el cuante que se lo plante... Hay que justipreciar y justijuzgar que éste no es miadero... Se gasta el hueco de la puerta de entrar y salir...

El capitán, ante tamaña boquera, reaccionó:

—Cóbrese lo de la puerta que dice que se gasta de entrar y salir y sírvame un trago doble.

—¿Decía el caballero?

—Lo que oyó...

—Está servido... ¿Boca de qué va a querer?... ¿Le gustan los rabanitos?... Hay chorizo..., chicharrones..., lo que quiera —y servida la boca de rábano picado, apoyó los brazos desnudos, gordos como piernas de Niño Dios, en el mostrador, y dijo—: ¿Le dieron de alta por aquí?...

Salomé hizo un gesto vago, casi afirmativo, y apuró la copa con la derecha al tiempo de ensartar los dedos juntos en el picado de rábano, para llevarse el picor a los labios detrás del líquido quemante. El trago le sentó como una pena ambulante que sentía.

—Repítalo...

—¿Doble también lo va a querer?

—Igual...

—Qué de malas pulgas es usted. Tal vez tomó en serio lo que le dije de los moscardones que entran y salen. No fue por usted, sino por el otro, aquel que se metía y se iba, tras buscar a alguien, y es que también ni siquiera saludaba... y yo bien sé a quién buscaba... Voló la prenda, mi amigo, voló la prenda...

—¿Para dónde voló?

—Para dónde «no sé»... Por allí voló...

—¿No sabe o sí sabe?

—De veras que no sé...

—Era tan guapa...

—Y no era mala...

—Por ella me voy a zampar otro doble. Sírvalo, y si usted quiere servirse algo, yo invito.

—Voy a agradecerle un anisado.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Quién?

—Ella...

—Ah, ¡la fulana!... Clara María... La verdad es que le tuve que decir que se fuera, porque era peligrosa. Cuando una de ésas sale buena, hay que esperarse el pero, porque todas tienen algo, ¡qué cosas!, que no hay gente para trabajar. Usted está ansioso de que yo le cuente. Pues es cuestión de trompas, mi amigo, ¿capitán es su grado?...

Salomé asintió con la cabeza.

—No entiendo ni una palabra... Cuestión de trompas...

—Así lo explicó el médico militar de Matamoros,, cuando le conté lo que pasaba con la fulana esa. Parece ser que las mujeres, además de esta trompota con la que estoy hablando —y déjemela remojarla un poco con el santo anisado—, tenemos otras trompas, arriba y abajo...

—¿Y entonces por qué dijo que era buena?

—Pa... ciencia... Sospeché que la muy desgraciada trabajaba con las dos trompas... Con la de «Ustaquio», aquí en la oreja, volaba pabellón, volaba cartílago, para saber lo que se hablaba entre los militares de los preparativos de guerra con el otro Estado, y con la trompeta de abajo mantenía en brama a más de un personaje... Yo supe que no era de aquí por un maistro, su paisano, que venía a visitarla y tuve la mala espina porque, ¡qué casualidad!, cada vez que el maistro venía, a la pu...ño de tierra le dolía la muela y me pedía licencia para ir donde el dentista... Corté por lo sano. No convenía tenerla donde viene a chupar tanto militar de alta. Ustedes los hombres son tontos, y estas mujeres son muy vivas.

—*¿Y* no sospecha para dónde agarró?

—Cuentan que se fue para la costa. El maistro vino el otro día. Estuvo aquí y se bebió una cerveza. Pero no lo he vuelto a ver. Y si quiere un consejo, quítesela de la cabeza.

—No, si yo no la vi más que una vez, pero me interesó tanto...

—Seguro que en lo que usted se bebió algo le echó... Eso también me hizo sobarle la varita con buenas palabras y su paga anticipada... Tenía por costumbre escupir en los vasos de cerveza de los clientes... Así les mandaba un beso líquido, me dijo la vez que la regañé por lo que hacía la muy cochina..., y con usted eso debe suceder, mi capitán; se le regó el beso líquido de Clara María en la sangre... Aquellos lodos traen estos polvos, sólo que en el amor es al revés, los polvos traen los lodos...

—Pues yo también voy para la costa...

—Sólo que ésta donde mero se fue, a la Costa de Honduras...

—Para allá también vamos...

—Tararí... ¡ya Llegaron!... Y ahora yo soy la que obsequio. ¿Doble lo quiere?

—Para no hacerla trabajar dos veces, échele doblete... ¿Cómo se llamaba el profesor ese que trataba con ella?

—Trataba..., trataba... No sé si se trataba con ella... Lo cierto es que la visitaba... Le decía «Moy», cuando yo no estaba presente, y don Moisés, cuando me veían asomar. De segundo nombre, es decir, de apelativo, tenía a Guásper. Moisés Guásper. Una vez salió retratado en el periódico. Parece ser que en los archivos encontró no sé qué papeles famosos para la historia.

—A su salud...

—A su salud, capitán... ¿Capitán qué es usted?

—Capitán Pedro Domingo Salomé...

—De los Salomé, ¿de cuáles Salomé? Yo fui amiga de aquel Salomé que fusilaron.

—Era tío mío...

—Pues si es usted como él, revalientazo era, va a llegar lejos. Lo perdió oír a los amigotes. Bueno, hubiera sido un gran presidente de la República. Me gusta saberlo. Los Salomé son algo dispersos. Con sólo su apellido me lo ha dicho todo. Los Salomé van tras las mujeres, van tras los caballos, van tras los amigos, convertidos ellos por su gusto en sombras de sus propios sueños, y ya ve usted, para usted anda en las mismas, enamorado de un imposible...

—No tan...

—¡Para un hombre de bien, para un patriota, para un militar digno, esa mujer es más que imposible!...

La fondera, al decir así, enfática, inmovilizó los ojos, pupilonas de aguardiente de cacao, sobre la cara de Salomé tratando de adivinarle el pensamiento, y como otros ojos brillaban algunas gemas en sus sortijas, pendientes y prendedores que la aderezaban. Pobre carne vieja, pobre carne en vísperas de pelar rata bajo tantas preciosuras de joyería; mejor fuera aquella viva piel que enloqueció al fusilado tío carnal de este capitancito tonto, aquella tez de oro mate vivo impecable en el óvalo de su cara, de encaje marino en las orejas, de ánfora en el cuello, de escultura en el hombro, de fruta madura en los senos, de belleza por consumir en el vientre, de azucena amarillenta en los muslos.

De un solo trago se bebió la copa de anisado, pronta a servirse otra.

—¿Quiere que le cuente?... Su tío... —suspiró— ...su tío fue mi pasión... Por él me huí de mi casa..., dejé a mis padres..., me vi en trapos de cucaracha, y no salvé de que mis hermanos me balacearan... Uno de ellos me tiró, porque dijo que me prefería ver muerta que así como vivía y aquí tengo todavía entre el pelo la señal del balazo... Sólo me rozó... Tuve que decir que había sido yo..., tuve que inventar que me había querido suicidar yo..., suicidar yo... Yo estoy soquís... Eso de suicidar yo es albarda sobre aparejo... ¡No, que me iba a suicidar otra!... Bueno, pues después de todo lo que pasó, que él me dejó por casarse con la que fue su señora, yo también tuve mis otros señores; pero quién le va a contar, media vez lo fusilaron a él, renuncié a la carne del demonio humano, que es el hombre, no de al tiro, no de al tiro..., que a veces hay llamados que el corazón entiende. .. Yo tenía en la cabecera de mí cama, y lo tengo todavía, junto a mi Corazón de Jesús, el retrato de su tío... y quién le dice, cada vez que, después de fusilado, yo le faltaba con otro, el retrato ponía cara brava, me miraba con ojos duros, me fruncía la nariz, como si la hediondera del otro, me la sintiera su fotografía sobre el cuerpo... ¡Pobres de aquellos que creen que esos cartones con caras de gentes que uno conoció o quiso, no viven después de muertas las personas!... Viven..., ansian y sufren... Bueno, pues no lo va a creer; por no verle la cara de furia al retrato dejé de darle al gusto. ¡Ja!, ¡ja!... Tamaña vieja hablando de esas cosas...

Las palabras de la fondera resbalaban de su lengua a la saliva, de la saliva a sus labios, mientras de sus ojos, otros tiempos hermosos, babeaban largos lagrimones...

—¿Por qué le puso a su fonda «Dichosofuí»?... Lo torció todo. Se torció usted y nos torció a nosotros. «Dichososoy», le debía haber puesto. Ponerle al pasado con el presente.

—«Dichososoy»... No, capitán, nadie se cree dichoso, y nadie hubiera entrado a tomarse un trago, si a mi establecimiento le pongo «Dichososoy»... La verdadera dicha, para nosotros los humanos, siempre es una cosa pasada y por sabido se

calla, el alcohol sirve para la nostalgia que nos deje en el alma el huido instante feliz...

Eructó anisado, lentos los ojos, lentas las manos, frotando los zapatos en el piso, antes de dar el paso, toda temor bajo su pelo entrecano, temor de reír, temor de llorar...

—Clara María Suay... —murmuró, mientras el capitán sacaba la cartera para pagar— ...un día que se mamó quiso hasta arrancar el rótulo en compañía de unos oficiales de la Guardia de Honor, y gritaba, como usted dice, no hay derecho de que esta babosada se llame «Dichosofuí». Lo escaso que está el vuelto... —agregó cambiando de tono, los ojos puestos en el cajón del dinero, calculando cuánto tenía que darle de cambio a Salomé, sin guardar el «camarón» de cien pesos con que le había pagado para que después no se fuera a hacer dificultad—. Lo escaso que está el vuelto y los clientes. En todo el tiempo que usted ha estado aquí, ni a comprar cigarros y fósforos han entrado que es lo que más se vende, porque la gente primero deja de comer que de fumar...

—Dichoso fui, Clara María Suay... —gritó Salomé—. ¡Y vea, doña, guárdese esa mugre de billete y vuélvalo más guaro con harta plata y con una pena de amor que ahogar en el olvido!

—¿Usted no es de artillería?

—Infantería pura...

El maestro Moisés Guásper salía como siempre del «Archivo Nacional» cargado de papeles, periódicos, libros, cuadernos, tras andar todo el día afanoso, como rata consultando legajos, haciendo copias y sustrayendo aquellos que le interesaban. De tanto estar en el archivo ya era como parte del personal que no cuidaba de otra cosa que de ver el reloj para marcharse antes de la hora de aquel cementerio de polilla, telarañas y sueño filtrado al través de las claraboyas, por donde en invierno también se colaba la lluvia.

Del «Archivo», el maestro Guásper pasaba a un negocio apenas alumbrado al caer de la tarde y compraba religiosamente tres panes desabridos, dos pedazos de queso fresco, si había, una vela, un atado de cigarrillos de tusa y una caja de fósforos, todo lo cual iba a parar a su chaquetón sin fondo, una especie de americana de género sucio que le llegaba hasta las rodillas.

Alquilaba en el fondo de una casa por el barrio de Capuchinas un altillo. La escalera daba directamente a la puerta que cerraba con un candado. Escalón por escalón escuchaban los moradores de la casa, gente trabajadora y honesta, subir a don Moisés hasta su cuarto todos los días a la misma hora. Era un reloj el hombre para llegar, comerse sus panes y acostarse.

De mañana bajaba para ir a dar sus clases en el Instituto Nacional y por la tarde volvía a sus trabajos de investigación al archivo.

¿Qué le desvió entonces aquel día para no comprar el recado, pan, queso, candelas, fósforos, cigarrillos, y no amortajar las ocho de la noche con sus pasos en la escalera?

¿Qué le hizo salir del archivo en la locura luminosa de la tarde, huyendo del silencio muerto de los papeles centenarios, para enloquecer en la fiebre de las calles, andar como sonámbulo por todas partes, y esperar que salieran todos los luceros, que tachonaran la pizarra del cielo todos los luceros?

Se detuvo a oír su corazón. Lo sentía como un imán que perdía y recobraba su virtud amante, al tomar y soltar ya renovada la mala sangre por la cabellera de

sus arterias y vasos sanguíneos, desde las grandes y degollables yugulares, hasta los ínfimos capilares de las yemas de sus dedos. Todo él tremaba, pabilosos los ojos, seca y húmeda la boca, pues por ratos, entre pensamiento y pensamiento, se ponía a juntar saliva para no ahogarse del gusto.

Un húmedo y mantequilloso pergamino, entre su camisa de tela burda y su esternón peludo...

Cerró los ojos... No, no podía ser... Del ano le subía una cosquilla tenebrosa... Desandar, dejarlo allí, contentarse con fotografiarlo e informar, tendría mayor fuerza probatoria... Bueno fuera poder volver, pero qué pretexto daría a los empleados... Se aflojó el cuello de la camisa, aunque rápidamente tomó a apretárselo, sostenido como un embudo con su corbata... El llamado a resolver no era él, sino Larios. Le mostraría el gran hallazgo, y si mejoraba la prueba dejándolo en el archivo y no en poder de su gobierno, pues mañana lo devolvería al legajo de donde lo tomó.

Al acercarse al consultorio de Larios notó desde la calle, por la luz y las voces, que había varios clientes en la antesala, y al instante extrajo de su bolsa un pañuelo para apoyarlo en su mejilla, y entró quejándose, apagado un ojo del dolor de muela y haciendo como que temblaba, aunque apenas tuvo tiempo de sentarse, pues al escuchar sus quejidos, abrió la puerta el flamante doctor Larios, y le hizo pasar, excusándose con los demás de tenerlo que atender de urgencia, dado el dolor que al parecer traía.

Todos, no sólo aceptaron, sino elogiaron la conducta de aquel gran dentista educado en Norteamérica. Tan fino. Sus modales. Su gesto. Su limpieza. Su optimismo.

La queja del paciente, después de un momento, se fue apagando. En la sala de espera, donde cada cual parecía que estaba no en la silla del dentista, sino en la silla eléctrica, imaginando la extracción dolorosísima de aquella pieza —cuando hay dolor fuerte cuesta que agarre el analgésico—, al cesar los lamentos hubo como un bienestar repartido entre todos, a cada cual su poquito, como agua tibia y perfumada a desinfectante en un vaso de papel.

Larios arrebató el pergamino de manos del fingido rugidor que llegaba a que le sacara la muela, y el cual hubo de seguir rugiendo, mientras aquél examinaba el documento con una lupa, trazo por trazo, sello por sello, hasta los granos de la superficie y las manchas de antigüedad. No lo abrazó. Lo estrujó. Lo alzó del sillón para besarlo. ¡Qué hallazgo! *(«Yo, el rey...».* La famosísima cédula de Valladolid.) Sonó el teléfono y Guásper, sin dejar de quejarse, salió con la cara hundida en el pañuelo, pálido de la emoción, los ojos tristes, pequeños, como dos pimientas.

—El siguiente... —dijo al tiempo de salir Guásper, el paciente intruso, atendido de urgencia, el doctor Larios, con su mejor sonrisa, y con ruido de huesos se alzó un español vestido de tela inglesa, azul la barba, los dientes granudos, la nariz aguileña.

Lo aposentó en el sillón, le pasó un babero blanco, y se perdió momentáneamente, para contestar al teléfono que seguía sonando.

—¿Y qué hay, don Saturno? —volvió Larios, preguntándole mientras se acercaba al sillón, lo hacía inclinarse hacia atrás, y dándosele de espaldas, se lavaba las manos, los grifos abiertos, y el jabón líquido verdoso jugándole en los cuencos antes de hacerse espuma.

—¡Qué hay y qué no hay!... Pues nada, que cuando estoy en esta silla es como si estuviera en la silla eléctrica: ¡vosotros los dentistas sois unos verdugos! ¿No os

da vergüenza? A mí se me hace una sola cosa entrar aquí y envidiar al más infeliz de los carabineros de mi pueblo, me ca... Ya sabe usted, doctor, que para nosotros los españoles la Me... ca... está en Ceuta... Meca, meca me va a doler...

—Y yo tan contento que estoy de tenerlo por aquí y poderle decir que para mí no hay nada más grande que los reyes de España...

—Y ¿por qué lo dice usted?

—Porque, vea, en el asunto de límites de que le he hablado, ellos nos dan toda la razón...

—Bien entendido... —remolineó el español cazurro en el sillón: no las tenía todas consigo y levantaba los ojos para ver la luz azul igual que mariposa en la lámpara que parecía de granizo, o los hilos de pellejo de mono del correaje de la maquinita que Larios llamaba el torno.

Larios alzó los puños para secarse con unas toallas de papel, de papel que era como trapo esponjoso, luego con la punta de su zapato rojizo, acharolado, levantó la tapa de un cubo, y allí lanzó el papel de toalla al acabar de secarse.

Don Saturnino se refregó en la silla, sudando y maldiciendo.

—Amigo, si usted me habla del rey, para que yo soporte sin quejas estas mancillas, está muy equivocado, ¡maldita sea mi estampa!..., que el rey me tiene muy sin cuidado cuando de mis dientes se trata.

Guásper, sin quitarse el pañuelo de la cara, casi con el dolor de la extracción, de tanto simularlo, apuró el paso hacia el barrio de Jocotenango, seguro de encontrar en el camino a Clara María. En las aceras, chiquillos, perros y matrimonios gordos daban un tono ordinario a la ciudad, limpia como taza de plata, bajo un cielo venoso con estrellas de oro.

—Clara María —le dijo al verla aparecer en una esquina que regaban de sombra espesos árboles—, hija, ya podemos volver; por fin encontré el documento, se lo llevé a Larios, yo pensaba que era mejor fotografiarlo nosotros, dejarlo en el archivo, y allí pedir que se buscara..., pero el doctor pensó que no, que el documento era tan valioso que no podíamos exponernos a perderlo o a que lo hicieran perdidizo, y que era mejor llevarlo, sacarlo con nosotros, y cuando sea su oportunidad presentarlo en Washington.

Una mitad de luna alumbraba la calle. Pronto salieron a un parque penumbroso, perfumado, con agua sonando en fuentes, y una inmensa ceiba, una ceiba que para que no cayera inyectaban con cemento, árbol centenario, donde el viento tal vez buscaba entre las hojas, como en un archivo, otras pruebas, para fijar los límites del cielo y de la tierra.

—¡Qué necios son los hombres! —exclamó Guásper al levantar los ojos al inmenso árbol, cúpula de catedral verde ceniza bajo la luna contra la pureza platinada del cielo—. Más bien, ¡qué necios somos los humanos, pequeños como hormigas! ¿Qué somos tú y yo junto a esta ceiba monumental?... ¿Qué representamos?... Aunque precisamente de ahí data la grandeza del hombre, la gran grandeza del hombre, de no ser nada, partícula infinitamente pequeña, y haberse alzado a dominarlo todo. Pasma pensar en lo que ha podido esa masa insignificante encerrada en la bóveda craneana.

—Papá, háble me del documento...

Guásper la codeó fuertemente.

—Aquí oyen las sombras, los arbustos, las estatuas, el agua, los bancos. Cuando hayamos doblado la Punta de Manabique... Te decía lo de la necedad de los hombres, porque por un documento viejo, vamos a recibir mañana un papelito,

un solo papelito con un uno y muchos ceros, tal vez dos, tal vez tres, tres, tal vez cuatro, tal vez cinco... Siempre soñé con una casa en Comayagua... Es el lugar más lindo del mundo... Una casa de dos pisos, color rosado, con sus barandales pintados de verde... Y unos gallos, un par de negros, otros pintos, y otros color sepia...

—Y si viene la guerra, ¿nos va a agarrar por allá?...

—¿Por qué lo preguntas? ¿Ya estarás enamorada de aquel militarejo?

—No, señor... Se lo pregunto, porque es la pregunta que se hace toda la gente...

—Pues si hay guerra mejor que nos agarre allá... Ese documento lo venía yo persiguiendo desde 1911, ya hace rato..., pero nos hemos cruzado en feliz regreso la Punta de Manabique... Lo que sí te digo es que bendito sea el rey de España que estampó su firma en él, ese Rey Divino, color de chañaca, vestido de negro de la cabeza a los pies... Lo que sí quiero que sepas de una vez —bajó la voz para mirar a un lado y otro— es que con ese manuscrito auténtico, innegablemente auténtico ante cualquier tribunal, la «Frutamiel» extiende sus cultivos hasta más allá de lo que ahora tiene cultivado la «Tropical Platanera»... Un uno y muchos ceros, tantos como estrellas hay ahora en el cielo... ¡Qué lindo es Dios cuando se vuelve dólar!...

Sin anunciarse llamó doña Margarita al cuarto número 17 del Hotel «Santiago de los Caballeros», toda blancura de piel y polvos en su sencillo traje negro de viuda llena de encantos, y hasta un poco menos negro el *momo-tombo,* lunar que hacía más graciosa su cara y que era como un tercer ojo perdido en su mejilla.

Lucero abrió en mangas de camisa, los tirantes fuera de lugar a los lados del pantalón, en pantuflas, y sin tiempo para otra cosa que saludarla, de seguido la tuvo ocupando una punta de la cama, sentada de medio lado, el cigarrillo en los labios, la pierna cruzada...

—No crea que vengo a que me cuente cómo era Lester Mead y su esposa. Ya soy vieja para que me cuenten cuentos. Vengo a que me diga cuánto me da si le muestro un documento que para usted es importantísimo. Poco le voy a pedir. Su amistad, simplemente.

Y le tendió la mano de suavísimos dedos de piel de espuma, mano que en algún lugar del espacio quedó aprisionada por la de Lucero largo rato, el suficiente para que ella acabara de fumar y le hundiera hasta el alma el filo redondo de sus pupilas majestuosas, profundas.

—Aquí lo tiene... Es una copia fotostática...

Lino tomó el acartonado papel en cuya superficie, sobre el encuadre gris plomo, resaltaban caligrafías y sellos antiquísimos.

—Se lo dejo para que lo lea, y luego hablaremos; le llamaré por teléfono esta tarde...

Se puso en pie y volvió a tender su mano al huésped.

—No veo a su muchacho. ¿Por dónde anda?...

—Por dónde no anda ese diablo, pregúnteme, y tal vez le sabré contestar.

En la puerta se detuvo a mirar a Lucero, a cerciorarse de que la iba a seguir con los ojos ahora que se alejaba por el pasillo penumbroso, fragante a magnolias y jazmines del Cabo.

Poco entendió Lucero de aquel documento que tras leer varias veces dejó sobre la mesa de luz, indeciso entre llamar a su abogado o al señor Herbert Krill, a

quien el viejo Maker Thompson indicó como su segundo, caso de tenerle que hacer alguna consulta, ahora que él se había marchado a los Estados Unidos a dar la batalla contra la «Frutamiel Company». Se decidió por Krill. No estaba en casa. Volvieron a llamar a la puerta. Se subió los tirantes, apresuradamente, bajóse las mangas de la camisa para abrocharse los puños, y abrió. Otra vez la viuda.

—Me olvidé de decirle —le habló sin pasar de la puerta— que si después de la lectura del documento que le dejé, quiere vender sus acciones, las acciones que tiene en la «Tropical Platanera, S. A.», tengo comprador, siempre que se ponga en un precio justo, de acuerdo con las circunstancias, porque ahora ya no valdrán mucho. Y muchas gracias. Perdone que le vine a interrumpir. Le llamaré por teléfono.

Por poco se mete el teléfono en la boca, tan apurado llamó a don Herbert Krill, tratando de informarse si era verdad que las acciones de la «Tropical Platanera» estaban perdiendo valor.

Alzó los ojos para ver entrar a su hijo. Krill no había vuelto a casa. Al pie del teléfono el pliego fotostático, inerme. Sí, la escritura tenía no sé qué de más inerme en aquella forma. Lo tomó para guardarlo en el ropero. Una vez más su hijo se preparaba a explicarle cómo se jugaba al *base-ball.*

XVII

Sin alterar la voz el presidente de la Compañía, su voz de tecleo de máquina de calcular, las mandíbulas con ritmo de palancas, terminó su informe ante el directorio, pequeño grupo de grandes accionistas sentados en un semicírculo penumbroso, penumbra honda, confortable. De cada sillón, ocupado con un accionista, subía el humo del cigarrillo con vibración telegráfica.

—...¡Cuarenta y cuatro millones, setecientos doce mil quinientos ochenta y dos racimos de banano!...

—Repito... ¡Cuarenta y cuatro millones, setecientos doce mil quinientos racimos de banano!...

—Agrego... ¡Cuarenta y cuatro millones, setecientos doce mil quinientos racimos de banano al precio de cinco dólares por racimo! Utilidad neta...

El humo de los cigarrillos se oía taladrar el silenció.

—Utilidad neta del año: cincuenta millones de dólares, deducidos los cinco millones que por impuesto de utilidad se pagaron al tesoro federal americano...

Una voz. La voz de un accionista que llevaba un clavel en el ojal de la solapa:

—*¿Y* a esas republiquetas cuánto se les pagó?

—Casi cuatrocientos cuarenta y siete mil dólares...

—¡Tanto!...

—Repito... A los tres países en que cultivamos la fruta se les pagó de impuesto cuatrocientos cuarenta y siete mil dólares, dado que en dos de esos países sólo pagamos un centavo de dólar por racimo exportado, y en otro, dos centavos... Sigue el informe... Repito... (martilló las palabras con tartamudez sorda de palanca)... ¡Sigue el informe!...

Atmósfera de frío y nebuloso celuloide en que nadaban en luz de yodo muebles y personas.

—República identificada pliego letra «A»... —ruido de pliegos de papel hojeados con premura, las columnitas de humo de los cigarrillos, igual que resortes, alargándose y encogiéndose.

—Repito... República identificada pliego letra «A» niégase otorgarnos ciertas concesiones para operar más abiertamente a través de su territorio, y lo estamos haciendo de prepotencia con muchas molestias en la costa atlántica. Solución que se propone a los señores accionistas. República identificada pliego letra «B» —hojeo, hojeo...— en la que poseemos también plantaciones, limita con República identificada letra «A», y entre las dos existe una vieja cuestión de límites territoriales...

Atmósfera de frío y nebuloso celuloide en que nadaban en luz de yodo, muebles y personas, personas y muebles que respiraban con el humo de los cigarrillos.

—Solución. Aprovechar esta rivalidad entre ambas repúblicas, recientemente avivada por nosotros, al tam-tam del patriotismo, y que ya alcanza clima de guerra. Nuestros agentes maniobran hábilmente. Interceptamos un telegrama altamente comprometedor para la República identificada pliego letra «A». Este mensaje nos servirá para presionar al gobierno de ese país a fin de que nos otorgue las concesiones que necesitamos. El mensaje interceptado prueba que dicha República está en connivencia con una potencia asiática. Si no se nos otorgan las concesiones que pedimos, amenazaremos con dar a conocer ese mensaje al Departamento de Estado, para que en el asunto de límites apoye a la República identificada pliego letra «B».

En el silencio vacío, en el que ya no se hojeaban papeles, sino espadas, oyóse la voz de un viejo color ceniza, que al hablar se puso casi celeste. En la frente venas azules de feto.

—Pido que se nos informe sobre la venta de armas...

—Agentes de ambas repúblicas —siguió el presidente de la Compañía— venidos a Norteamérica a comprar armamentos cayeron en nuestras manos. Identificados algunos en Nueva Orleáns, otros en Nueva York, se les dio caza en seguida.

—¡Ña... ña... ña...! —chicharra de teléfono con estertor de niño de teta—... ¡ñaaa... ñaaa... ñaaaa!...

El presidente levantó el auricular del aparato verde, esmeraldino, y lo articuló a su oreja gigante, colorada, carnosa. Una voz de mujer que al oírla se le representó a los ojos de betún violáceo entre las pestañas rubias. Chasqueó, más bien tragó algo, algo así como las intragables arrugas de su cuello.

—¡Protesto, señores, protesto!... —alzó la voz el viejo de ceniza que al hablar se ponía celeste. En la frente, saltándole, sus venas gordas y azulencas de feto—. ¡Protesto!... ¡Comunicaciones telefónicas cuando se está en reunión de directorio!...

—Hilo directo... —informó por lo bajo el presidente jugueteando sus pupilas de betún violáceo entre sus pestañas superdoradas—. Armas..., armas... Están pidiendo armas... —y hablando en el fono—: ¡Aló, aló, Nueva Orleáns... Aló... Aló... Nueva Orleáns...! ¡Corto, estoy en reunión de Directorio!

Y al solo colgar el auricular, otra vez el teléfono:

¡Ña... ña... ña... naaa... ñaaaaaa!...

—Nueva York... —informó por lo bajo el presidente—. ...Armas..., armas..., armas... —y hablando con el agente que le llamaba de Nueva York, dijo entre un gran despliegue de arrugas, al tiempo de parpadear muy lentamente—: Pero esos países se piensan borrar del mapa... ¿Tantas?... ¿Tantas armas?... ¡No puede ser!... No..., no... ¡Ni a Europa se mandó todo ese armamento!... ¿Los árboles?... ¿No quedarán más que los árboles?... ¡Mal negocio para la Compañía, mal negocio para nosotros que necesitamos de los plantadores!... ¡Aló!... ¡Aló!... Sí, sí, sería la oportunidad de acabar con todos ellos, es decir, que ellos mismos se aniquilaran unos a otros y llevar nosotros a las plantaciones gente de color... Corto... Corto... ¡Estoy en reunión de Directorio!

Cayó la horquilla del teléfono aplastando la voz lejana, etérea, como si quitara la vida a una sustancia humana, mientras se agitaban los accionistas, manos y papeles, entre el humo de los cigarrillos.

—¡Calma! ¡Calma! Hay que terminar el *record.* Falta el informe sobre los herederos de Lester Stoner, dicho Mead en las plantaciones. Los primeros datos que nos llegan son satisfactorios... —poco a poco iba cesando el barullo—. Del

monto hereditario —continuó el presidente— quedaron con acciones Sebastián Cojubul, Macario Ayuc Gaitán, Juan Sostenes Ayuc Gaitán y Lisandro Ayuc Gaitán, ahora establecidos en Norteamérica. Sus hijos están inscritos en los mejores colegios y sus padres de rotarios y mercancía de las agencias de viajes. Los otros herederos, Lino, Juan y Cándido Rosalío Lucero se negaron a venir a los Estados Unidos y operan en el trópico bajo el rubro de «Mead Lucero y Cía., Sucesores».

Ña... ña... ña... ñaaa... ñaaaaa!... —otra vez el teléfono con estertor de niño de teta—. ...¡Ñaaa... ñaaaa... ñaaaaa!...

—¡Washington! —informó por lo bajo el presidente de la Compañía y pegando la boca al aparato para hablar lo más cerca posible—. ¿Eh?... ¿Arbitraje?... ¿Someter la disputa de límites a arbitraje?... ¡Espere, tengo al Directorio aquí reunido!...

Dejó descolgado el teléfono color de la esperanza. Se oía en la bocina el zumbido lejano de una voz que se perdía en el espacio, sin que se la escuchara, igual que una botella que hace efervescencia antes de saltar el borbotón de agua.

—Señores accionistas, permitidme interrumpir el informe: comunican de Washington en este momento que la cuestión de límites entre esos países va a ser sometida a arbitraje. La guerra les hubiera costado a ellos. El arbitraje nos costará a nosotros. Sin embargo, si la venta de armas no se interrumpe y nosotros hacemos el negocio, habrá margen para que podamos pagar a los arbitros a fin de que fallen conforme lo demandan nuestros intereses.

La sensibilizada hostia metálica del auricular seguía vibrando. Confusa palpitación de vocablos que anunciaba la proximidad de la lucha diplomática entre dos repúblicas americanas.

El viejo de ceniza celeste, venas de feto azules y gordas claveteándole en las sienes, señalaba al aparato indicando al presidente que seguían hablando, pero éste, sin hacerle caso, levantó la sesión. La voz se perdía, ya aguda, ya ronca, como un sonido abstracto, mientras salían los accionistas, los muy viejos arrastrados los pies por los vidriados pisos de madera preciosa, los menos viejos elásticos, aquéllos enfundados en trajes oscuros y éstos en franelas de moda, algunos tocados con fieltros que pesaban onzas.

—Habla, habla, mala bestia —se dirigió el presidente, al quedar solo, a la voz carraspeada en el teléfono—, que esta vez tengo el gusto de no oírte... ¡Ja, ja, ja, ja!... Gra, gra, gre, gri... A eso se ha quedado reducido tu palabrerío amenazante. Gre, gra, gre, gri, gra, gra, gru... ¡Blofista!... ¡Loro..., loro..., loro!... —y el aparato verde realmente parecía un loro hablando solo.

Sus ojos de betún violáceo entre las pestañas de oro se jugaron hacia la puerta. Alguien llegaba. El secretario, sin duda. Levantó el auricular con el ademán del rey que alza el cetro para comunicarse con Dios. No lo llevó a su oreja, sino a sus labios, e hizo el gesto de escupir. Cuántas veces la boca del teléfono le pareció un desaguadero de inmundicias, la pequeña escupidera en que los enfermos dejan las entrañas convertidas en saliva malsana. Esta vez, su informante dejaba la vileza del anónimo convertida en vibración sonora. Pero ya nadie hablaba. Sólo se percibía el idioma de la corriente eléctrica, la palpitación de un fluido desconocido.

Su collar de arrugas fue como parte de su risa que ahora era tonta, dividida su atención entre los pasos del secretario que no llegaba nunca a la puerta y el ronroneo de la corriente en que estuvo perdiéndose en el vacío la voz de su gratuito amigo que le informaba a diario del peligro de jugar su situación a la carta de la «Frutamiel Company». Esta vez con el anuncio del arbitraje. Estaba previsto. Sí, pero no en esa forma de tribunal sin apelación reunido en Washington. Muy bien.

Sólo la «Frutamiel» podía gastar lo que fuere en ese arbitraje fulminante. Sus empréstitos para la compra de armamentos probaba hasta dónde podía llegar en gastos para que el arbitraje se inclinara a su favor.

El secretario le anunció que acababa de llegar un sirviente con dos jaulas. Le hizo entrar y no esperó a que aquél se acercara.

—¡Estas ratas están limpias! —dijo alzando la voz colérica, casi fuera de sí—. ¡Yo pedí dos ratas sucias! ¿Es posible que en Chicago no haya dos ratas sucias?

La risa de una mujer, regadera con agujeros de cascabel, adelantó la presencia de Aurelia Maker Thompson. Franqueó la puerta, sin más anuncio que su risa.

—¿Es posible, Aurelia, que en todo Chicago no haya dos ratas sucias? Las que vienen en esas jaulas las han llevado a la peluquería, al masajista, ¡qué sé yo!... Ratas blancas con ojos de rubí y orejitas de rosa, mejor hubieran puesto canarios... Yo pedí un par de ratas prietas, leprosas, pelo y ojos de rabia, rabos húmedos y orejas carcomidas... ¿O es que en esta ciudad no hay una sola rata, una sola rata asquerosa?... O dos... Dos he pedido... Estas no representan lo que yo quería, no sirven para la broma que pensaba hacer a su padre... que está aquí... ¡Hombre, qué gusto! Aurelia: no me había dicho que venían juntos...

—No me ha dejado hablar...

—¿Y estos bichos? —indagó Maker Thompson, después de estrechar la mano y abrazar al presidente de la Compañía, extrañado de encontrar sobre el escritorio del poderoso magnate bananero aquellas dos jaulas de metal dorado convertidas en sendas ratoneras.

—Quería hacer una apuesta sobre si adivinaba o no qué eran estas dos jaulas que yo pensaba ir acercando a una línea divisoria olorosa a queso; pero no con ratas así... Por eso había encargado dos animales repugnantes, tristes, sucios, más imagen de los pueblos que encerrados en nuestras jaulas de oro pretenden pelearse por el queso...

El viejo Maker Thompson, riendo de muy buena gana, tras pasarse la mano por la frente amplia y despoblada de cabellos, avivó sus ojos castaños al responder:

—Pues si es así, soy yo el que propongo la adivinanza: ¿qué representan estas dos bestezuelas blancas?... Aproximamos las jaulas a lo que usted llama la línea divisoria del queso... Véales cómo se remueven al olor, cómo se convierten en olfato, cómo gimen por alcanzarlo, de fuera el hociquillo y el cuerpo palpitante... Piense, piense qué representan, y si se da por vencido paga todo lo que comamos y bebamos esta noche... No es que no adivine, es que no quiere decirlo —prosiguió Maker Thompson—; representan a dos compañías en guerra por la hegemonía del territorio en litigio.

—¿Sabe la última noticia? No habrá guerra. El conflicto va a ser sometido a arbitraje.

—¿En qué pie está la «Tropical Platanera»? Yo he venido porque tengo algunas acciones —más bien son de Aurelia—, pero quería aconsejarle sobre el terreno.

—Aurelia me consultó y confidencialmente le aconsejé que las vendiera, para comprar acciones de la «Frutamiel». Muchos accionistas han hecho lo mismo. No es que sea más sólida la «Frutamiel», pero en el asunto de límites lleva todas las posibilidades de triunfo. Opera con más arrojo y reparte más dinero. Y por otra parte, la «Tropical Platanera» perdió prestigio con las acusaciones y el testamento descabellado de Lester Stoner. Por fortuna, logramos atraer a los herederos. Sólo han quedado por allá esos de apellido Lucero, Lino, Juan y otro... Pero ya habrá tiempo para hablar de estas cosas otro día. Ahora vamos a celebrar la llegada de

incógnito del Papa Verde.

—En Chicago gozo cuando me llaman así. Me siento joven, capaz de las empresas más audaces. Por ejemplo, comprar todas las acciones que pongan a mi disposición de la «Platanera» y lanzarme al abordaje contra la «Frutamiel».

—Sería una locura...

—Sí, sí, ya sé que sería una locura de pirata viejo, pero ¿qué quieren que haga un anciano que vuelve a su suelo natal, sino soñar locuras para sentirse joven?

Aurelia inició la marcha, metióse entre los dos viejos y les tomó del brazo. Tarareaba una de las canciones de los marineros de Nueva Orleáns. En el despacho, sobre el escritorio, quedaron las jaulas doradas con las ratas gemidoras, lloraban por acercarse al queso moviéndose de un lado a otro. El teléfono las inmovilizó. La chicharra. Ese sonido extraño... ¡Ña... ña... ñaaa...! Sonaba en forma intermitente y cuando cesaba volvía la agitación de los hambrientos roedores. ¡Ña... ña... ñaaa...! Silencio. Nadie se movía. Sólo quedaba vivo el brillo de sus ojos, cuatro chispas de rubí, mientras llamaba el teléfono verde. Una de las jaulas resbaló y con la jaula, la jaula en que remolineaba la rata más grande, cayó el teléfono, y del teléfono salió la voz, la misma voz, la voz del informante anónimo, espacial, sólo oída por las ratas, por la rata más gorda que al caer quedó próxima al audífono y que al que hablaba le daba la impresión de una oreja frotada contra el aparato, oyendo sin contestar, sin siquiera respirar...

...No importa que no se digne contestar. Basta que me oiga. Eso es suficiente. Le oigo respirar perfectamente, como si estuviera respirando sobre mí, y oigo cómo se restrega en la oreja el aparato al escuchar lo que le digo: «YO, EL REY... (y aquí ya sólo se oían palabras sueltas, la otra rata había quedado sobre el escritorio, más cerca del queso)... lo cual visto por nuestro consejo juntamente con las cartas geográficas que de suyo se hace mención... dar esta cédula fechada en la villa de Valladolid a nueve días del mes de Mayo de mil y seiscientos cuarenta y seis años...» ¿Me oye usted?... ¿Oye usted cómo por cédula real se fijaron sin establecimiento definitivo hitos en tierras que no contenían más división que las parciales de localidades que eran continuación de un mismo reino o señorío?... «Y contra el temor y forma de nuestra dicha cédula, mandamos a todos no vayan ni pasen, ni consientan ir ni pasar...» Mas, ahora, ¿quién pasa?... Son los plenipotenciarios, vienen en justicia, cargados de los más preciosos títulos, primeros y siguientes, segundos y siguientes, ninguno como la cédula de Valladolid...

...Bueno; conteste, responda. Se le oye el aliento y no quiere hablar. Una voz anónima le está informando de la documentación con que llegan los plenipotenciarios de esos países a defender sus derechos en el asunto de límites ante el tribunal arbitral que va a dictar su fallo uno de estos días. ¡Cata, que aquí viene un caballero de casaca roja! Trae, en las manos enguantadas de blanco, enrollado un pergamino con el sello del Almirantazgo Británico. Si lo abre volarán las palomas del oleaje espumoso y una rígida geometría de líneas disecadas por el tiempo temblarán bajo los ojos de los arbitros. Más allá, un pelado de túnica y guantes de color violeta enseña un plano parroquial herido por el reflejo de la amatista que lleva en el pecho engarzada en una cruz de fuego. El incienso y el nardo han entrado en el tribunal junto a los viles títulos de tierras, amparo de propiedades arrebatadas a los indios...

¿Quién informaba a quién por aquel teléfono verde, color de la esperanza, caído junto a una jaula, más que jaula ratonera por el extraño habitante que en el interior se revolvía?

¿Qué boca desde el sueño hablaba de lo que ocurría en Washington, para que lo oyera una rata encerrada en una cárcel al parecer de oro, seguro de que le escuchaba el presidente de la Compañía, con su gran oreja fría y su respiración de roedor canoso?

...YO, EL REY, seguía el informante, es el documento más valioso, hallado por un maestro de escuela en el Archivo de la Nación, a la que se le sustrajo por la «Frutamiel Company», cédula real que se presta a interpretaciones, como si el soberano, en Valladolid, hace trescientos años, hubiera adivinado que para ser valedera, una compañía de fruta iba a agregar el peso de su oro verde...

...¿Y la «Tropical Platanera», qué hace, qué espera, para avalar ese documento regio con el respaldo de sus millones?

...¿Qué se hizo el Papa Verde?

El informante anónimo oyó ruidos extraños (el secretario que recogía el teléfono), seguido de una voz estúpida que dijo:

—¡Caramba, se cayó todo esto!

El sirviente soltó las ratas en la calle, a la vuelta de la oficina —dos ratas más en el viejo Chicago a nadie podían alarmar— y un pordiosero devoró el pedazo de queso que aquéllas tuvieron tan lejos y tan cerca de sus hociquines rosados.

De espaldas al rumor de la ciudad, rumor acuoso, Maker Thompson se salvaba en el balcón volante del rocío de don Herbert Krill que hablaba escupiendo. Don Herbert padecía de vértigo de altura y a prudente distancia, mientras masticaba sus pepititas de pistacho, vociferaba contra la compra de acciones de la «Tropical Platanera, S. A.», cuya manifiesta indiferencia y pasividad en el asunto límites significaba el triunfo completo de la «Frutamiel Company». Vino a Chicago, casi desautorizado por sus médicos, para mostrar personalmente a Geo la fotografía del famoso documento encontrado en los archivos, la misma que le proporcionó a Lino Lucero doña Margarita, prueba evidente, al decir de los expertos, de que el asunto lo perdía irremisiblemente la «Tropical Platanera».

—Feliz está usted, don Herbert, en el país del masca-masca —Maker Thompson desviaba la conversación—, porque aquí todos lo entienden, hablan su idioma; mascan, mascan, mascan a todas horas y en todas partes. Es una forma fría de canibalismo. Los abuelos se comieron a los pieles rojas y los nietos mastican chicle, mientras económicamente devoran países, continentes...

Krill se olvidó del vértigo. Era urgente convencer al viejo capitán de empresa que los tiempos actuales no obedecían a otro ritmo que al de la violencia y la catástrofe. Saltó al vacío, donde el balcón se liberaba del muro para quedar sobre la calle, suelto, aéreo, todo él sobre su amigo, palpándole, manoseo desordenado por los bolsillos, las solapas, las hombreras, restregándole la narizona en los carrillos, como si por aproximación de cuerpos le fuera más fácil convencerlo de que no jugara a su ruina, y a la ruina de todos, de que no comprara más acciones de la «Tropical Platanera».

Pero igual que colgado, ya no era en el vacío, sino en el suelo, quedó don Herbert al escuchar que de las calles subía el grito de los voceadores: *«¡Green Pope!»... «¡Green Pope!» «¡Green Pope!»... «¡Green Pope!»... «¡Banana's King!...» «¡Banana's King!»...*

Sí, asomaba desde su vejez al sueño de su juventud, al hondo miedo vago de la vida irrecobrable, tiempo de relojes destrozándole el sueño, para despertarlo, sin más haber que el cepillo de dientes, el jabón y la toalla y por arte de magia, ya en su trabajo, hurgando con los dedos entre las gemas de los más famosos diamanteros de Borneo.

—*...«¡Green Pope!»... «¡Green Pope!»...*

¿Qué significado tenía aquello? Abrió los ojos más y más sobre el rostro del viejo Thompson para que le contestara. ¿Qué significado tenía aquello? Hundirse..., hundirse con el barco y la tripulación...

Sí, Geo Maker es capaz...

Pero si él había perdido la cabeza, no así los demás. Aurelia entró con un periódico en la mano.

—¡Estalló la bomba! —fue todo lo que dijo. Lo demás estaba en el periódico que Krill arrebató con hambre de miope por las letras que al extender la sábana quedaron en columnitas, ejércitos de hormigas que van al ataque con algo más peligroso que la pólvora.

Todo, todo lo que él se había supuesto. Orgullo. Simple orgullo. Orgullo de viejo cretino. Pero esa clase de orgullo está bien que se tenga en la peluquería, donde uno puede verse joven, a fuerza de afeites, con el pelo distribuido en la calva discrecionalmente. Orgullo de viejo en la peluquería... —soltó la carcajada, aunque más que reír mascaba apresuradamente— ...peluquería que en lugar de espejo luce pizarras con cifras y se llame «Wall Street».

Estaban arruinados. Eran las once de la noche. Habían pasado todo el día fumando. Cerveza y refrescos quedaron intactos en sus bandejas. Los vasos calientes, visitados por alguna mosca. Atropelladamente entraron a buscarlo míster Mac Ayuc Gaitán (Macario Ayuc Gaitán) y uno de los hermanos Kaujubul (Cojubul), para consultarle si vendían sus acciones. Sin titubear, Geo Maker les aconsejó que las vendieran.

—Pero usted está comprando...

—Yo sí; pero ustedes vendan...

—Se las vendemos...

—No creo que me las den en lo que están. Es la ruina...

—Peor es que nos quedemos con ellas. Si no van a valer nada.

—No; valer, van a valer; pero no tanto como valían...

Las calles de Chicago hervían, hormigueaban de gente que eran como letras de los grandes periódicos vistas desde el balcón en que Geo Maker Thompson libraba la batalla, sin su hija, sin su amigo, a solas, con un puñado de papeles en las manos, lápices y estilográficas.

Al salir Gaitán y Cojubul, después de negociarle las acciones por lo que él quiso darles, huyeron atemorizados Aurelia y don Herbert. Estaba loco. Si adquirió las acciones de aquéllos, ¿por qué se negaba a comprar las de los hermanos Lucero, para lo cual trajo poder especial el mismo Krill?

Las acciones de la «Frutamiel» seguían en alza. Suyo era el porvenir. Nadie ponía ya en duda en qué forma fallarían los jueces en la cuestión de límites. Lo estaba diciendo la Bolsa de Nueva York. Mientras las acciones de la «Frutamiel Company» (...¡Tomo! ¡Tomo! ¡Tomo! Sólo esta voz se oía) iban en alza —para este ejercicio se anunciaban dividendos astronómicos— de un momento a otro se esperaba el derrumbamiento de la «Tropical Platanera, S. A.», empresa en la que ya no creía sino Maker Thompson, aberración explicable, como la del viejo marino que vuelve a la nave para hundirse con ella. De sus manos salió la riqueza con que ahora se juega a la Bolsa y a los arbitros. Es triste llegar a viejo. De tener sus años, habría tomado a cada arbitro del pescuezo, para obligarlo a fallar a favor de su compañía. Pero más sabe el diablo por viejo y en lugar de sus manos maniobraban las atenazantes fuerzas de los seres más poderosos de la creación.

Cotizaciones... Arbitros... Armas...

Aurelia y Krill abandonaron el «Stevens Hotel» —en una de sus tres mil habitaciones había un loco, un delirante que fue pirata— sin salir del hotel —era tan grande que se podía estar fuera de él, sin dejar de estar en él—, para buscar asiento en uno de sus cafés, perdidos entre cientos, entre miles de bebedores de café.

Krill masticaba sus pistachos y hablaba:

—Si no fuera más que las cartucheras, pero me dice que también le han pedido armas.

—Son agentes de la «Frutamiel» —aclaró Aurelia mientras revolvía el azúcar en la taza.

—¿Y la conexión es buena?

—Magnífica...

—Esa hubiera sido la salvación de su padre: jugar a las acciones de la «Tropical Platanera», si quería —cada cual es libre de ahorcarse— y comprar armas a cargo de la «Frutamiel Company», que lleva todas las de ganar, aun en la guerra, dado lo que han gastado y siguen gastando en armamento.

—Mi padre no quiso ni siquiera hablar del asunto.

—Sí, porque usted subió tan decidida.

—Jugó al encuentro y desencuentro con mis ojos y luego quiso que me sentara a sus pies. Como cuando era jovencita, me dijo. Obedecí. Dócilmente me enmadejé a sus plantas igual que una criatura sin años ni amargura y tuve la sensación de que él y yo habíamos vuelto a las plantaciones. Olor a tierra mojada, a bananal caliente. Los ruidos profundos, enloquecedores, de las noches del trópico.

Sorbió el café. Sus labios quedaron marcados en la porcelana como un trébol de dos hojas partido en el filo de la taza.

—Y cuando estuve así sentada, empezó a contarme un cuento...

—Es increíble, en medio del tormentón en que estamos...

—Encendió la pipa, fuma siempre el mismo horrible tabaco hediondo de marinero pobre, y me preguntó si conocía la historia de esos hombres que se vuelven lobos...

—Lo del hombre lobo para el hombre, ¡cuento viejo!

—Eso creí, pero no. Se refería a los «lobisones», sujetos que a la luz de la luna se convierten en lobos y en forma de lobos cometen toda clase de tropelías. Una creencia popular. Una vulgar superstición. Algo que no puede existir y que, sin embargo, existe, no sólo en las aldeas y caseríos, sino en Washington mismo, en el Capitolio, donde hay hombres que a la luz del oro se transforman en «lobbystas».

—Un argumento para Charlot...

—Me lo quitó de los labios. Usted ve a Charlot convertido en lobo, en «lobbysta», aullando al paso de los senadores en los pasillos del Congreso.

—Pero, Aurelia... —se detuvo Krill, le faltaba materia prima en la boca para seguir masticando, al tiempo de sacar algunos pistachos de su bolsa—, no penetró lo que él quiso decirle, salvo que haya algunos «lobbystas» interesados en el negocio de armamentos.

—No sé. El actual presidente de la Compañía fue el que me habló de las

cartucheras y él parece que tiene en sus manos los pedidos de armas.

—¿Ese con los ojos color de cuba en la que han vomitado diez mil borrachos? Aurelia, lo de los «lobisones del Capitolio» me da mucho en que pensar. Voy a subir a mi cuarto.

—Yo aprovecharé para leer la carta de mi hijo. Por fin mandó su retrato. Es un tremendo muchacho. Crece cuando no lo veo y cuando llego a visitarlo siempre me parece un chiquitín.

Krill hizo un amistoso gesto de enfado, al apartar la cabeza para no ver el retrato de Boby.

—Me llama chismoso...

—Perdónelo. ¡Qué culpa tiene el loro! No hace sino repetir lo que le oye al abuelo. Y el abuelo no deja de tener razón. Apostaría doble contra sencillo que ahora va a su cuarto a ver a quién le chismosea por teléfono lo de los «lobbystas», los «lobisones del Capitolio», como los acaba de llamar.

—No tengo tiempo. Voy a dar órdenes a mis agentes para que compren acciones de la «Tropical Platanera»..,.

—¡Está usted loco como mi padre!

—Síííií..., loco como su padre... —exclamó con sorna, los ojos de alcanfor helado, y se marchó a pasos largos; cojeaba un poco del lado en que se había puesto el crisantemo en el ojal de la solapa, de la pierna izquierda, aunque poco le importaba el calambre, ni el dolor sentía... ¡Je, je, je! Documentos reales, la cédula de su majestad expedida en Valladolid... ¡Je, je, je! Connivencias de ese gobierno con los japoneses, pesando en contra de la línea divisoria de 1821, a favor de la «Frutamiel»... ¡Je, je, je! Hay que ponerse en guardia... Alzas y bajas especulativas...

No sube a su habitación. Da la vuelta alrededor de Aurelia, que contempla el retrato de su hijo, se encaja en una cabina telefónica y llama, llama, llama. Por fin obtiene uno de sus agentes. Se le va la respiración. Pequeños pasos en un solo sitio que son como pataleos. Corta. ¡Uf! ¡Pronto! ¡Pronto!... Aurelia se ha ido. ¿Dónde encontrarla?... ¿En el hotel?... ¡Ja!... ¡Ja!... ¡Ja!... Otra vez el calambre. La cojera del lado del crisantemo. Por un espejo vio aparecer a una vieja. Por otro espejo vio desaparecer a una jovencita. Las edades. ¡Qué edades! Las cotizaciones. La edad de las personas es una simple cotización bursátil. Es evidente que el Papa Verde ha estado jugando a la baja con las acciones de la «Tropical Platanera, S. A.», para quedarse con ellas, con la mayor parte de ellas, entendámonos, ya que las demás las repartirá, entre billetes, bonos, cheques, cupones, con los «lobisones del Capitolio», los arbitros, los abogados, los dueños de las cadenas de periódicos —¡lindo nombre!—, las cadenas de periódicos que en nombre de la libertad encadenan a la libertad... ¡Aurelia!... ¡Aurelia!... Quiero encontrar a Aurelia para agradecerle. Por ella me salvé. Por ella, Herbert Krill, Krill, pececillo que alimenta las ballenas azules, se salvó y navega en la barca en que van por el divino mar Caribe los reyes, los presidentes vitalicios y semivitalicios, los jefes de operaciones militares, también operaciones bursátiles, los jueces que integran el tribunal de arbitraje en esta ardua disputa limítrofe, el gran secretario de Estado Corazón de Búfalo... Navegan... Navegan... Navega... mos sin ningún peligro, porque todos los bucaneros vamos dentro... ¡Ah!, mar de los plátanos azules y las tempestades de oro, de las hamacas más adormecedoras que sirenas, de las islas donde en las degollinas, al saltar la sangre de las venas, produce una música... Deja de masticar... Mastica... Deja de masticar... Krill, te salvaste por el cuento de los hombres que se vuelven lobos a la luz de la luna...

No hay cuidado ahora. Todos los lobos van en el barco. Los lobos y los bucaneros. Sólo los pueblos quedan afuera para aplaudir, para trabajar, nada dignifica más que el trabajo. En el mástil más alto se ha desplegado la bandera del Papa Verde... *(«¡Green Pope!»... «¡Green Pope!»...)* ...Y pensar que yo fui joven aquí en Chicago y trabajé hasta oír ese grito mágico *«¡Green Pope![1]» «.¡Green Pope!»,* en la oficina de aquellos diamanteros de Borneo, sin pensar que más, mucho más que esas gemas, valen los diamantes que saltan de las frentes de los trabajadores del banano, sudor que vale y pesa como los diamantes... En nuestras manos..., entiéndase; en nuestras manos, porque en las manos de ellos no vale nada. Pabellón verde claro desplegado en el mástil más alto, pabellón de pirata, en lugar de las clásicas tibias, dos troncos de bananal, y la calavera matando la esperanza de los pueblos que aplauden y trabajan, no va contra ningún país en particular, va contra la esperanza de los que todavía tienen esperanza. Matar la esperanza... ¡Oh, sí!... Matar la esperanza... Empresa gigantesca porque cada ser humano es una maquinita de fabricar esperanza...

—Habla, escupe, masca... ¿Qué hace, don Herbert? —le sorprendió la voz de Aurelia.

—Ni escupo, ni hablo, ni masco. ¡Sueño!

—¡Ah!...

—La andaba buscando... —se esponjó la frente sudorosa con el pañuelo—. ¡Me salvó de irme a quemar al infierno, Aurelia! Su cuento de los «lobisones del Capitolio» me decidió a ordenar la compra de acciones de nuestra frutera: ¡La Tropical!... ¡La Tropical Platanera! Y sabrá que en este momento su valor está repuntando. Si no es usted, me arruino, me suicido y al infierno.

No estaba Aurelia. Otra vez había desaparecido. Sepultada viva en la cabina del teléfono, gritaba:

—Vendan... Vendan... Vendan las que tengan en poder de ustedes de la «Frutamiel Company»... Sí, todas mis acciones de la «Frutamiel», véndanlas... Aurelia... Aurelia Maker Thompson... Maker Thompson... Mi nombre es Aurelia Maker Thompson —dijo despacio—. Au... re... lia... Ma... ker... Thomp...son...

Tierras madres. Montañas que son como caracoles gigantescos en los que ha quedado sonando el mar. Minas, aserraderos, hatos de ganados, ríos atajados para la pesca y la envolvente soledad del cielo azul, cielo sobre los pinos, cielo sobre los cedros, cielo sobre los picachos sangrantes de crepúsculo. Filas interminables van formando los ejércitos de pajarillos que duermen en los hilos telegráficos a la entrada de este villorrio más acostumbrado a las estrellas que a la sombra. ¿Qué pasa? ¿Por qué han volado los pájaros? ¿Quién anda allí disparando su revólver? ¿Qué son esas fusilerías? «¡Encendé, encendé luz, hay que esconderse!», suena una voz de vieja que duerme a regaña párpados para acostumbrarse a la muerte. No porque le guste. De su cuenta, no dormiría nunca, pero hay que acostumbrarse al sueño eterno y más vale irse habituando en largos sueños. Y tras los disparos de pistolas y fusiles sonaron las campanas. Era confundir las cosas. Era hacer pensar en la noche de Navidad. ¡La misa del gallo, nanita! ¡Qué misa del gallo, si no está el Padre, algotra cosa menos santa es, repican para convocar al pueblo! Al salir a la calle, el fresco, el fresco húmedo de la tierra sin baldosas. Sólo en la ciudad las calles están calzadas. Aquí puras descalzas. De tierra. De tierra para los pies del pueblo descalzo. El calorcito entre las cuatro paredes. El olor del candil apagado. La puerta cerrada con tranca. El repique. Los disparos. Unos hachones de ocote frente a la Comandancia. El

comandante local en rueda de hombres bebiendo copas. De un momento a otro tiene que salir el bando. Ya los soldados están formados. Y el que lo va a leer se despereza. Que dejen de repicar. Ese repique tan largo. Más vale, para que se despierten todos. El del farol. El del farol también se despereza. Lo llevará para que el del bando pueda leer lo que dice el papel. Dentro de los vidrios, la luz. Fuera de los vidrios, la noche, y ellos todos en la noche. Menos mal que no habrá guerra. La línea divisoria pasará saltando como una cabra por lo alto de las montañas. Ni al valle de allá ni al valle de acá. Entre melón y melambas. Bien arreglaron las cosas. Peor hubiera sido por mal. En las ciudades sonaban las sirenas. Los pequeños puertos de la costa atlántica, sobre el Caribe, se llenaron de gente. Todas eran banderas blancas. Negros, mestizos, asiáticos, europeos en trajes blancos. Por estornudar se paga. Pues que estornude, que estornude la banda municipal, toda la noche y todo el día. Lo que falta de la noche. ¡Qué tarde llegó la noticia! Y de repente. Por inalámbrico. ¡Vaya sueño el de las putas! No parece que se durmieran, sino que se murieran. ¡Abran, bestias, se ganó la línea divisoria! ¡Qué se va a ganar, se perdió! ¡Se ganó la paz! ¡Bueno, eso sí! ¡Despierten a la «Chapina»! «¡Chapina», no soy, viví allá!, desfundó una mujer cobriza, la voz más ronca de la costa. «¡No sos 'Chapina', y te están temblando las tetas del gusto!» «No entiendo nada, me agarraron dormida!» Porque ganaron ustedes, ¡mazorca de brujos! ¡Son lujosos! ¡Para ganar son lujosos! Vaya olor a pólvora, a mar y a pólvora de cohetillos. ¡Saquen a ese chino y exíjanle que haga un castillo! ¡Viva la patria, la patria de nuestros mayores! Ya el maestro está mamado. En cuanto se pase, gritaré: «¡Viva la madre patria!» Y antes de fondear, entre babas y pedos, se apalabrará con el suelo para decir lloriqueando: «¡Viva América y la reina que la parió!» Otra cosa. Nada se sabe en la Compañía. Parecen ajenos al fallo dictado por el más alto tribunal de la historia. Quién anda haciendo frases. Cualquiera hace frases. Lo fregado es hacer aguas con sintitis. Sólo las ánimas del purgatorio sufren igual cuando orinan. El practicante de medicina dragonea de médico y da conferencias sobre el «venerado tema venéreo». En medio de todos, analiza el fallo del tribunal, como el resultado de una lucha bursátil entre dos poderosos consorcios bananeros. Pero nadie le oye. Alguien le arrojó a la cabeza una lata de sardinas vacía. Por poco le hiere. Le quedó buen humor y tiempo para gritar al desconocido: «¡No pierdo la esperanza de hacerle la autopsia gratis!» Las ranas despiertas y croantes ponen un «después», «después», «después», entre lo que sucede y está sucediendo. ¿Entienden ustedes? Quién iba a contradecir al señor Nimbo, el espiritista, maridado con la médium más flaca de la tierra conocida, y que, según él, fue flaca en Egipto, flaca en Babilonia, flaca en Galilea, lo que hace pensar que los gordos son gordos, no por lo que ahora comen, sino por lo que se hartaron en el banquete de Nabucodonosor. El único banquete de que tenía noticia don Nimbo. Pero volviendo al tema de lo que estamos celebrando, dijo la culebra entre las ranas, y alumbró con los fósforos de sus ojos, al paso de los peces por las aguas celestes, tibias, trémulas, de burbujas. Porque la serpiente también lo celebra, y lo celebra la nube, el gavilán, las siete que brillan en lo que puede llamarse exactamente la coronilla de Dios. El naturalista inglés, sir Brakpan, ha donado su opinión. Los únicos donativos que los ingleses hacen, a sus patrias de adopción, son sus opiniones. Todo lo demás lo donan al Museo Británico. Ríe. Ríe con una risa de oro católico. No le dieron sólo la hostia. También le dieron la custodia para que se la tragara y le quedó la dentadura. Manifestaciones, algazaras, revuelo de gente arrebatando los periódicos. La noticia. La noticia. El fallo del tribunal arbitral en el asunto de límites. Se conoce lo poco que han transmitido las agencias cablegráricas. No hay información oficial. En las cancillerías a puertas abiertas los

funcionarios brillan por su ausencia. Ultimo momento. Los gobiernos darán a conocer el laudo arbitral conjuntamente dentro de las veinticuatro horas siguientes. Es inapelable. Los delegados han estado conferenciando con sus abogados. Inapelable y los Estados Unidos son garantes de su cumplimiento inmediato por parte de los gobiernos. Los empleados públicos esperan de un momento a otro la noticia: ¡Feriado! ¡Feriado!... ¡Qué importa que sea inapelable, si hay feriado! Ya las calles están llenas de gente, adornados los frentes de las casas con los colores nacionales y en automóviles y carruajes enfiestados, banderas, flores, guitarras, botellas, chicos y muchachas pasan cantando *La Marsellesa,* seguidos de bandadas de pillastres con palos para apagar los triquitraques y quedarse con los que no estallan. Júbilo. Júbilo rodando. Júbilo andando. Júbilo en ruedas. Júbilo a pie. Bailes en las plazas. Te Déum en la Catedral.

Petrificado recibió el presidente de la Compañía la noticia del derrumbe de su política frutamielera. Geo Maker Thompson, ahora principal accionista del más gigantesco consorcio frutero, acababa de ser nombrado en su lugar. Oyó sus pasos. Sus pasos de plantador de bananos. En los vidriados pisos de madera preciosa se copiaba, de abajo arriba, la imagen del Papa Verde. Venía del brazo de Aurelia. Amigos y enemigos le seguían. Krill entre ellos. Krill, el último pececillo de los que alimentan las ballenas azules.

Buenos Aires, 10 de diciembre de 1952.

Vocabulario

Abodocar: Salir chichones en cualquier parte del cuerpo.
Acogojado, a: Congojado.
Acomedido, a: Servicial, oficioso, solícito.
Acomido, a: Carcomido.
Acuacbado, s: En pareja, por pares.
Achimero, s: Vendedor de baratijas.
Aguacdarse: Ahuecarse, ponerse en forma de huacal.
Aguaáaba: Aflojaba, debilitaba.
Acumen: (De ajumar.) Estar ebrio.
Alebrestado, s: Alerta como liebre.
Algotra: Alguna otra.
Amancornar: Aparear.
Amelcochar: Poner dulce una cosa, adulzorar.
Andan viendo: Andan mirando.
Apatojar: Anifiar.
Arrehiatar: Unir en reata varias caballerías.
Ayote, s: Calabaza.
Bayunco, s: Montaraz, tosco, sandio.
Bejuco, s: Liana.
Boleco, s: Borracho, ebrio.
Caimito, s: Árbol tropical y fruto del mismo.
Caite, s: Sandalia tosca hecha de cuero crudo. En términos despectivos, la cara de una persona.
Canche, s: Persona de pelo rubio.
Carredear: Corretear.
Cayuquitoj s: Cayuco pequeño, es decir, pequeña embarcación indígena.
Carrero, s: Inculto, cerril.
Cesoso, a: Jadeante.
Cocal, es: Sitio poblado de árboles que producen la coca.
Cochemonte, s: Especie de jabalí americano.
Codo, muy codo: Mezquino, avaro.
Comiteco: Aguardiente de Comitán (Chaipas, Méjico).

Como ver chapulín: Como ver langostas, nubes de langostas, abundancia, etc.

Convulvulo: De la familia de las convulvuláceas, flores en forma de embudo.

Corozo, s: Corojo. Árbol americano con frutos del tamaño de un huevo de paloma. Cociendo estos frutos, se saca una grasa que emplean los negros como manteca en sus alimentos.

Corronchocho: Fruto silvestre de color rosado, dulce y astringente.

Guache, s: Gemelos o mellizos. Por extensión, todo lo que es doble: escopeta cuache, la de dos cañones; marimba cuache, la de dos teclados, etc.

Cundeamor: Cundiamor. Planta trepadora, de flores como jazmines y frutos amarillos.

Cuque, s: Soldado, en sentido despectivo.

Curcucho, s: Jiboso, jorobado.

Cusuco, s: Peón que trabaja en la reparación de vías férreas.

Cutarra, s: Zapato alto con orejuelas.

Chama, s: Brujo.

Chapiador, es: Peón.

Chapulín, es: Langosta.

Chele, s: Légaña.

Chenca, s: Colilla de cigarro puro o cigarrillo

Chilamte, s: Árbol de la América tropical.

Chilar, es: Planta de ají (pimiento).

Chile, s: Ají, pimiento.

Chinastero, s: Fornicador.

Chingaste: Sedimento, residuo.

Chivado: Fregado, difícil.

Chunero, s: Aprendiz de albañil.

Danta: Tapir americano.

De a chipé: Muy bueno, magnífico.

Descbivarar: Quitarse las barbas (según la frase), o quitarse uno de algo que le molesta.

Desde tierno: Desde muy niño.

Didtiro: Del todo, de una vez, por completo. Y también: rápidamente.

Echar ñata: Echar lazo, dar rienda.

Echarle al converse: Ponerse a conversar.

Elote, s: Mazorca de maíz tierno.

Embrocado, a: Puesto boca abajo.

Enchilada: Torta de maíz rellena de diversos manjares y aderezada con chile.

Engasado, a: Estar «engasado». Padecer *delirium tremens.*

Espeluca: Espeluzna (de espeluznar).

Ese didtiro: Forma despectiva de señalar a una persona.

Estar a la pepena: Tener necesidad.

Fallón: Motor que no anda bien, que falla.

Fondera, s: Fondista.

Fuetazo, s: Fustazo, latigazo.

Fuete: Del francés «fouet». Fusta, látigo, rebenque.

Garrobo, s: Especie de iguana comestible.

Gringo: Norteamericano.

Guaco, s: Guacamaya.

Guacamaya, s: Papagayo americano.

Guaje, s: Calabaza vinatera.

Guanábana, s: La fruta del guanabo o guanábano.

Guarapetazo, s: Trago de aguardiente.

Guarazo, s: ídem. Trago de aguardiente.

Guarisama, s: Especie de machete.

Guaro: Aguardiente de caña.

Güegüecho, s: Tonto, bobo, estúpido.

Guineyo, s: Banana, plátano pequeño.

Güipü, es: Camisa bordada. También se dice «huípil».

Haber cacha: Oportunidad, ocasión.

Hilama, s: Palma muy fina.

Huípil, es: Camisa bordada. Lo mismo que «güipil».

Humar: Fumar.

Iguana, s: Reptil verdoso.

Ilímite: Sin limites.

Ingrimo: Completamente solo, sin compañía.

Ixcamparique, s: Forma despectiva de designar a los indios.

Izotal, es: Lugar sembrado de izotes.

Izote, s: Especie de palma de poca altura, con hojas en forma de dagas y flores blancas formando ramilletes como palmatorias. La flor del izote, además de ser de gran belleza, es comestible y tiene un sabor muy agradable.

Jalón, es: Tirón. (De halar, «jalar».)

Jicaque, s: Indio salvaje. Se aplica también al hombre cerril, ignorante, inculto.

Jiquilete, s: Planta leguminosa, de la cual se obtiene añil.

Jocear: El hociqueo de los cerdos.

Jocote, s: Fruta parecida a la ciruela.

La dita: El débito, la deuda.

La gran trabaña: La gran molestia, el gran estorbo.

Latidera, s: Ladradera de los perros.

Loroco, s: Semilla comestible mezclada con arroz o tamales.

Mafia: Asociación criminal.

Mañoca, s: Palma.

Mancuerna: Gemelos de camisa. Por extensión, todo lo que sea doble: un par de gemelos, un par de pistolas, etc.

Mascón, es: Tarascada.

Mecate, s: Cordel, lazo.

Mera fea: Muy fea.

Mero bien: Muy bien.

Mero me estoy yendo: Ahora mismo, en este momento me marcho. Es un modismo exclusivamente guatemalteco, y se usa frecuentemente y con amplitud. Ya *mero* me voy; ya me voy. Ya *mero* viene; ya viene, etc.

Mero me gusta: Ya me gusto.

Mirujear: Mirar, observar, acechar.

Momotombito: Pequeño volcán del Lago de Nicaragua.

Moyón; Voz onomatopéyica.

Muchades: Muchachos.

Muy codo: Muy avaro.

Naguas: Contracción de enaguas.

Nance, s: Fruta de color amarillo y tamaño de una cereza de sabor delicioso y muy perfumada. El árbol se llama también nance.

Ni Jerónimo de duda: Sin duda alguna.

No hay cacha: No hay por dónde lograr una cosa.

No *me cacha:* No me cornea, y por extensión, estar uno a cubierto.

Nos estamos viendo: Ya nos veremos, nos veremos pronto.

Ocote, s: Pino rojo y madera del mismo, muy resinosa, que arde fácilmente. Sirve para encender el fuego y, en forma de hachones, para alumbrarse.

Pailita, s: Plato pequeño que acompaña a la taza.

Pajuil, es: Ave acuática.

Palo jobo: Especie de cedro.

Parlama: Especie de tortuga.

Patacho, s: Recua de animales de carga.

Patoja, s: Niña, muchacha.

Patojón, s: Mozarrón.

Pelar la oreja: Aguzar el oído, escuchar atentamente.

Pinche, s: Ayudante de cocina, y por extensión, lo que no vale gran cosa.

Pipante, s: Embarcación que usan los nativos de la costa atlántica de Centroamérica.

Pistear: Dar dinero.

Pistocho, s: Alfóncigo (fruto).

Pisto: Dinero.

Pom: Especie de resina que los indios queman ante sus dioses.

Poquitero, s: De poco. Negocios de poco.

Pulla, s: Vara de madera de punta aguzada con que los boyeros castigan a los bueyes.

¡Qué de a chipuste!: ¡Qué cosa más buena, qué bocado más sabroso!

¡Qué cacha!; ¡Qué lata! ¡Qué engorro!

Rascauche, s: Pobre, muy poca cosa, sin importancia.

Riata: Soga para enlazar.

Rompida: Reventada.

Sacar franco: Divertir, hacer reír.

Sagusán: Voz onomatopéyica.

Santo guaro: Frase encomiástica de la bebida de ese nombre —guaro—, especie de aguardiente barato. Como quien dice: ¡Santo aguardiente!

Sartal: Serie de cosas metidas por orden en hilos. Objetos o seres que van unos tras otros, etc.

Ser coche: Lo mismo que «estar coche». Ser, estar enamorado.

Sigatoga: Enfermedad que ataca a los bananales.

Sisea: Borrachera y, también, estado del borracho al día siguiente.

Somatar: Golpear, pegar fuertemente.

Tamalito, s: Pequeña torta de maíz rellena de carne.

Tapesco, s: Cama hecha de cañas.

Tastazo, s: Golpe dado con la punta del dedo.

Tenemastazo, s: Piedra grande, golpe dado con una piedra grande.

Tepemechín, es: Pez de río.

Tilichera: Pequeño mostrador de vidrio.

Tishuda: Pelo grifo.

Tiste, s: Bebida refrescante que se prepara con harina de maíz tostado, cacao y azúcar.

Vamos yendo: Vamos andando.

Vitera, s: Vieja.

Viaraza: Capricho, cólera.

Volarle anteojo: Mirar disimuladamente y con insistencia.

Volar lengua: Hablar demasiado, irse de la lengua.

Zacate, s: Alimento, forraje, pienso de las caballerías.

Zacatal, es: Lugar poblado de zacates.

Zompopo, s: Hormiga grande.

Zopilote, s: Aura.